

Liah S. Queipo

Los chicos
guapos
no se lo
montan bien



CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

LOS CHICOS GUAPOS NO SE LO MONTAN BIEN

Liah S. Queipo

Principal Chic



LOS CHICOS GUAPOS NO SE LO MONTAN BIEN

V.1: Marzo, 2018

© Liah S. Queipo, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Estudio Nuria Zaragoza

Imagen: Irina Bg, Minerva Studio - Shutterstock. Kupicoo - iStock

Corrección: Anna María Iglesia y Raquel de Diego

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-12-6

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

LOS CHICOS GUAPOS NO SE LO MONTAN BIEN

Una noche de locura puede cambiarlo todo...

Claudia está cansada de salir siempre con el chico equivocado.
Así que decide renunciar al amor y vivir la vida alocadamente, como las
protagonistas de las novelas eróticas.
Pero sus planes se truncan cuando conoce a Pablo y Álex, dos chicos guapos y
totalmente diferentes que pondrán su vida patas arriba.

Una divertida y adictiva novela de la autora española del momento

«Liah S. Queipo escribe historias divertidas, llenas de tensión sexual, descaro y
chispas.»

La Estación de las Letras Olvidadas

«Las historias de Liah S. Queipo enganchan, son muy ligeras y se leen de una
sentada.»

El Baúl de Nix

Este libro va dedicado a los valientes. ¿Qué serían las grandes historias sin ellos? Nada. Todos los protagonistas son tipos valientes, tipos que luchan por conseguir algo, por cambiar las cosas, por no conformarse con las cartas que la vida ha entregado. En mi vida tengo la gran suerte de estar rodeada de valientes.

Saúl, nadie dijo que la vida fuese fácil, pero tú puedes con todo y más. No tienes techo, amigo. Eli, una guerrera valiente. Juntos... invencibles.

Mamá, ni los dolores más fuertes hacen que dejes de luchar por tu familia, un gran ejemplo a seguir.

Christian, gracias por ser valiente conmigo, quizá no era el camino más fácil, pero tú haces que lo parezca. Gracias por existir.

Y para acabar, a todos los valientes que estáis leyendo estas líneas. Los que lucháis contra enfermedades, los que lucháis contra la crisis, los que intentáis leer para olvidar lo malo que hay en vuestra vida. Este libro va para todos vosotros. Creedme, todo pasa.

Capítulo 1

Definitivamente leer novelas románticas rompe parejas. Sí, es así, no puede decirse de forma más delicada. La realidad es esta.

Me pregunto quién es la guapa que, después de pasar un rato con un libro erótico, quiere a un hombre «simplón». Disfrutas con un libro que te habla de hombres que solo desean montarte y, esto, evidentemente, te parece estupendo, maravilloso, pero después llega tu marido, con el que llevas quince años, te busca, pero lo rechazas y terminas frustrada; te das la vuelta en la cama y comienzas a roncar.

Lo sé, puede parecer que las mujeres no seamos muy compasivas, más bien todo lo contrario, pero da igual si lo somos o no, porque el principal problema es otro; el problema es que, en materia sexual, no nos complacen. Nosotras necesitamos otro tipo de acción, y no es cuestión de que seamos más o menos falsas, en absoluto. Es una cuestión de necesidad.

Tengo la certeza de que toda la culpa la tienen los personajes de nuestras novelas favoritas, todos ellos son seres imposibles, irreales. Como dice el dicho, la culpa es siempre de los demás y, en este caso, la culpa es de los personajes de los libros. Ninguno de esos hombres que aparecen en las novelas existen; ninguno de los hombres, y son más de uno, con los que me he acostado ha durado más de quince minutos, y ninguno, después de hacerlo, me ha mirado de forma seductora, insinuándome que iba a haber más. Al contrario, siempre han terminado por apartarme como si molestara, para después jadear mirando al techo y luego roncar.

No hay sexo. No lo hay. En mi mundo, y en el de la gran mayoría, solo hay

polvos mediocres, mete-saca rápidos y llenos de falsos orgasmos. Si hablamos de timos, no solo hay que referirse a las novelas, sino también a los videojuegos, contra los cuales no tengo nada, pero es absurdo que se diga que gracias a ellos los hombres tienen más interés en nosotras. Los tíos con los juegos y nosotras leyendo novelas eróticas —aunque ellos piensen que son novelas rosa—, así pasan los días.

Sí, leo novela erótica, no pasa nada por decir que me encantan. Mis compañeros de trabajo creen que lo que leo es porno, pero me da absolutamente igual. Leo novela erótica y acabo teniendo sueños tórridos con todos los protagonistas de mis libros. No solo me siento bien, sino que creo que los hombres deberían leer más novela erótica y dejarse de tanta película porno sin sentido. Con la novela erótica se aprende mucho más.

El problema de leer tanto es que, ahora, todo me parece poco. No hay hombre que me interese, solo encuentro a sosos o a hombres que no aguantan demasiado.

Por todo ello, he decidido que esta noche me comeré el mundo. Iré a la caza y encontraré a un hombre que merezca la pena. No creo que pida demasiado, no busco matrimonio, no busco una relación seria, solo quiero un poco de acción de la buena. Puede que sorprenda mi determinación siendo mujer, pero ¿por qué? Si los hombres pueden ir de caza, ¿por qué no lo puedo hacer yo? Además, tampoco debe de ser tan difícil o, al menos, eso pensaba.

Dos horas y siete copas después

—¿Por qué eres tan guapo? Deberías ser un poquito menos guapo, ya sabes, menos de todo. Lo sé, lo sé. No sabes de qué narices te estoy hablando, yo te lo explico, no te preocupes. Los chicos guapos no se lo montan bien. Nada bien.

El chico guapo me está mirando de forma extraña. Creo que he metido la pata hasta el fondo. Si sigo así, no habrá ni caza ni presa y me tocará volver a casa sola. Guapo es poco, tiene unos ojos bonitos, no los veo bien desde donde estoy, pero creo que sí, que son bonitos. Hipnóticos y todo lo que se suele decir en estos casos. Lástima que desde mi posición no le puedo ver el culo; si no, sería algo más sincera.

—Un momento —digo alzando con extraños movimientos mi dedo índice y poniéndome en pie. Tengo que empezar de nuevo. Creo que podré salvar esta

situación. Vuelvo a empezar. Otra oportunidad, espero que no se vaya.

Él no se mueve, pero yo sí. Tengo que tomar aire antes de volverme, estoy algo mareada.

Tengo otra oportunidad con el chico guapo. ¡Sí! Grito en mi interior o puede que en voz alta. De todas formas, lo importante es que tengo otra oportunidad. Camino hasta él, sintiéndome muy orgullosa de mí. No me he caído, y eso que llevo los tacones altos que favorecen la forma de mi trasero, y que mis piernas, al parecer, con siete cubatas no están nada coordinadas.

—Hola de nuevo —saludo con una sonrisa e intento apoyarme en el sillón, dejando que mi perfil bueno quede a la vista. Sin embargo, mi mano no atina bien y termino cayendo de morros sobre sofá. Está blandito, pero eso no importa, porque reacciono rápido y me siento. Sentada todo parece mucho más controlado.

El chico guapo me mira, pero no dice absolutamente nada. Se cree interesante en este rincón oscuro con la copa llena y cubitos de hielo flotando. Es mono, eso parece, aunque según mi lógica, no debe de montárselo particularmente bien.

Solo los guapos de los libros se lo montan bien. Y este no está envuelto con papel, sino con ropa, con una camisa entallada de color negro que le queda realmente bien. Creo que es de Zara. Lo sé por el bordecito blanco del cuello.

—En este momento tú deberías contestar algo como: «Hola, guapa» o no, mejor, di: «Hola, nena». Me gusta cómo suena lo de nena. Vamos, no tengas vergüenza.

Él sonrío, eso es bueno y su sonrisa también es perfecta. Sus dientes parecen brillar en la oscuridad. Bien, estamos ante un hombre guapo, interesante y con sonrisa bonita. Mi noche puede ser maravillosa, pero no del todo, porque es guapo; puede que si lo miro a través del vaso deje de serlo.

Alargo el brazo y cojo un vaso vacío de la mesa que tengo detrás de mí. Lo coloco en horizontal para poder mirarlo a través del cristal. No veo una mierda, es más, acabo de sentir como algo, lo que creo que es un líquido, cae encima de mis piernas. Al parecer no estaba tan vacío como pensaba.

¡Mierda! Dejo el vaso encima de la mesa y miro al chico desconocido y, en un principio, creo que es guapo.

—Hola —saluda él y se olvida del «nena».

Al parecer, no era tan difícil.

Lo rechazo con la cabeza, intentando mostrar mi desilusión, pero, con todo

este movimiento, me mareo. Cierro los ojos. ¡Concentración! Me exijo a mí misma, piensa al menos en tus futuros orgasmos.

—Voy a evitar dar rodeos, voy a ser directa —anuncio confiada. Me canso solo de pensar en entablar una conversación típica y sin contenido alguno. «¿Qué tal? Hace calor, ¿verdad?» ¡Tonterías! Eso no pasa en los libros, él ahora mismo debería estar empotrándome contra la pared del almacén después de haberme dicho: «Vale, nena».

Solo basta con pestañear y ya podrás follar, pero está claro que, aquí, algo falla. Ante todo, porque ha faltado el «nena», algo primordial.

—Claro, tú sé directa —añade él, y no soy capaz de descifrar si me lo dice como animándome o como mofándose. El alcohol me confunde. ¿Por qué he bebido? Ah, sí, porque estoy depresiva, bueno, más bien porque estoy enfadada con el mundo. Sacudo la cabeza, intentándome centrar en la conversación. *No a la frustración, sí a los chicos guapos.* Tomo un sorbo extra, un sorbo largo y termino mi copa.

—¿Quieres que te seduzca? Porque puedo. *Hip.*

Esa frase habría quedado genial, maravillosa, para enmarcar... pero el maldito hipo la ha destrozado.

—¿Seguro que puedes?

Entrecierro los ojos. En realidad, intento hacerlo, pero los ojos se me cierran casi por completo. Ese tono no me ha gustado nada, no se contesta así; no, señor. No puedo evitar escuchar en mi cabeza a Amy Winehouse cantando, aunque ni tan siquiera sé pronunciar su nombre.

Nunca se reta de esa forma a una mujer. Me incorporo, coloco ambas manos encima de la mesa y me inclino hacia delante. Ahora mismo debo de tener mi gran escote tratando de llamar la atención de su bonita mirada de color azul o verde, no lo sé, pero tampoco importa.

—Puedo hacerlo —afirmo y mi cuerpo se sacude por otro mísero hipo. ¡Maldito!

—No sé cómo quieres hacer tal cosa si, según tu opinión, los guapos no se lo montan bien.

Me muerdo el interior de la mejilla ante esta afirmación. Tiene razón, quizás no se lo monta bien, pero es listo. ¿Los listos se lo montan bien? No sé qué tengo que hacer con esa información. La verdad es que en estos momentos lo único que me preocupa es que creo que me estoy inclinando demasiado hacia delante.

—*Touché* —termino diciendo, por eso de meter alguna palabra diferente para que vea que, a pesar de mi embriaguez, tengo amplitud de vocabulario. Y me siento, lo hago dejando caer todo mi peso en este bonito sofá de color blanco. ¿He dicho que es muy blandito?

—¿Es por eso que estás solo? ¿Porque no te lo montas bien? No sufras, amigo, yo tengo libros eróticos que te podrían venir de maravilla.

Acabo la frase besando mi mano y lanzando un beso al aire. ¿Por qué lo hago? No lo sé, me ha parecido apropiado, de esta manera ese hombre frustrado se sentirá un poco amado.

—¿Quieres que te diga una cosa? —le pregunto y cierro los ojos un ratito, para descansar la mente. No creo que se dé cuenta de que tengo los ojos cerrados, aquí está bastante oscuro.

—Total, vas a decírmelo de todas formas.

—*Touché* —añado y me siento feliz por ello. Es la palabra estrella de la noche—, no te preocupes.

—¿Me ves preocupado? —pregunta y alzo mi mano para que se calle un momentito, no me gusta que me interrumpen. Me cuesta mucho componer una frase larga en este estado.

—Yo te daré amor.

Creo que lo he impresionado, es más, me he levantado para dar más énfasis a esta maravillosa declaración de intenciones y he colocado la mano en el lado derecho de mi pecho, pensando, equivocadamente, que la apoyaba en mi corazón, que, como es lógico, está en el lado izquierdo. Cambio la mano de sitio, espero que no crea que me estoy tocando lascivamente para él, aunque, llegados a este punto, poco importa, lo que me preocupa es que él no dice nada.

—¿Te he impresionado?

Lo he hecho, su expresión solo puede ser de pura impresión. El alcohol me marea, pero me hace irresistible. Él está sonriendo, sí, lo está haciendo.

—¿Te estás tocando?

La pregunta me llega, pero no la termino de comprender. ¿Tocando? ¿Qué tiene de malo? Quito la mano de mi pecho, quería ser un gesto romántico, no había nada de erótico en él, pero aprovecho la ocasión para seguirle el juego.

—¿Quieres tocarme tú? —pregunto lanzada. Alcohol y pasión van de la mano y, por su cara, puede que con ellos venga también la vergüenza. ¿Cómo se atreve a rechazarme?—. No, no quieres tocarme, porque... eres gay, ¿verdad?

Puede que lo sea, últimamente la mayoría de los guapos son homosexuales.

La vida está así de mal con sus reparticiones; sin embargo, prefiero atacar antes que quedarme a la defensiva como él.

Su ceja derecha, puede que la izquierda, se levanta; estoy tan mareada que no distingo nada bien. Su expresión cambia, he herido su orgullo de guapo heterosexual. Un *minipunto* para mí.

—Estás borracha.

¿Lo ha deducido él solo? ¡Bravo!

Quiero aplaudirle, pero no puedo, porque todavía siento que mi sitio es estar aquí sentada, en el sillón blandito, aunque también podría aplaudir sentada, pero no. No puedo hacerlo, no ahora, pues todo se mueve.

—Para tu información, dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. Por lo que te resumo la noche: eres guapo, gay y follas mal.

Cuando termino la frase noto que quizás he sido demasiado directa y maleducada, pero el alcohol me hace oír varios aplausos a mi alrededor y eso me hace sentir bien. Lo he puesto en su sitio. Pero ahora que escucho mejor, quizás no son aplausos, simplemente es la música; de todas maneras, me gusta pensar que es una ovación que me dedican a mí.

—Vamos.

El guapo de ojos verdes o azules se levanta de la mesa con una agilidad que en estos momentos envidio. Me coge del brazo y me arrastra hacia la salida. Todo está pasando demasiado deprisa. ¿He triunfado? ¿Dónde está mi bolso? De lo borracha que estoy no me doy cuenta de que lo llevo colgando del brazo.

Llegamos fuera y el aire frío me golpea en la cara. Me siento un poco menos mareada, mi estómago parece quejarse por la velocidad con la que nos hemos movido.

Abre educadamente la puerta de un taxi pero, lejos de ayudarme a subir, me empuja hasta el interior. No sé cómo lo hago, pero termino medio tumbada en la parte de atrás del coche.

—¿Vamos a follar? ¿Aquí? ¿En un taxi? No es que me importe, pero...

Estoy un poco desconcertada, pero en momentos así, todo me parece un buen plan. Quiero hacerlo, aunque puede que tengamos que parar un momentito; mi estómago parece querer evacuar, pero eso no tiene por qué ser un impedimento.

La puerta se cierra de golpe, sonrío de forma lasciva, pero él no está dentro. «¡Maldita sea!», grito, se ha quedado fuera, ¿cómo voy a seducirlo, cómo vamos a hacerlo si él no viene conmigo?

Lo veo aparecer por la ventanilla delantera. Intento levantarme, pero sigo estirada, soy incapaz de moverme. Mi estómago está lleno de alcohol y eso hace que mis abdominales no quieran trabajar.

—Por favor, llévala a su casa. Ten.

Ojos bicolor está entregando un billete al taxista. Me incorporo con bastante esfuerzo y lo miro con el ceño fruncido.

—¡Oye, guapo, a mí no me trates así!

Me gustaría hacer un movimiento chungo de cabeza, estilo rapero, pero no puedo. Mi coordinación ha dejado de existir.

—*Hoy no tengo tiempo para ti.*

Con esa frase de hombre ocupado, da un par de palmadas al taxi y este arranca. Voy a escupirle, pero alguien me dijo que si escupes boca arriba consigues que el escupitajo vuelva a ti. «¡Joder!», vuelvo a gritar. Quiero quejarme, y hacerlo delante del conductor; ese hombre no puede tratarme como una puta mercancía. No puede subirme a un taxi en contra de mi voluntad, simplemente no puede hacerlo. No es justo y, sobre todo, no es bueno para mi estómago.

Y, a modo de queja formal, vomito. No estoy orgullosa de ello; milagrosamente, logro llegar a la ventanilla por educación y limpieza. Ahora me siento un poco mejor. La cordura vuelve a mí y la neblina mental comienza a difuminarse. No logro entender qué he hecho. Consigo dar mi dirección al taxista antes de cerrar los ojos un poquito más.

Un ratito largo hasta mi casa.

Hoy no tengo tiempo para ti.

¡Será estúpido!

Capítulo 2

*La vida después de una borrachera terrible continúa.
La vida después de una humillación absoluta continúa.
¡La vida es una real, pura e inmensa mierda!
He dicho.*

Me levanto de la cama con un dolor horrible de cabeza. Voy hasta la cocina con los ojos entrecerrados, todavía no tengo energía suficiente como para abrirlos por completo.

En la nevera, en la balda de arriba, tengo una lata de tónica. Espero que esta me haga sentir un poco mejor. Doy un largo trago, espero unos segundos, pero me siento igual de mal. ¿Quién dijo que la tónica quitaba la resaca? Crueles mentirosos de pacotilla.

¿Dónde he dejado el teléfono? Camino, con pasos pequeñitos, por el piso intentando perseguir el rastro de ropa y objetos que debí de dejar anoche cuando llegué a casa. Encuentro los zapatos en el recibidor, el vestido en el comedor, las bragas en el pasillo. ¿Dónde está mi bolso? Dios, ¡no he podido ir desnuda por casa únicamente con mi bolso en la mano! Pues sí, increíblemente lo he hecho y, ahora, mi bolso está colgado en la puerta de mi habitación.

Introduzco la mano en su interior con dificultad por la cantidad de cosas que llevo dentro, busco mi teléfono móvil y, por casualidad, me encuentro una tarjeta. La inspecciono, a pesar de mi molesto dolor de cabeza.

Álex Casado, este es el nombre que figura. No me lo puedo creer, me ha

dado su tarjeta. Por un momento, todavía bajo los efectos de la borrachera de ayer, pienso que «casado» indica su estado civil, pronto me doy cuenta de que es su apellido. Detrás de la tarjeta aparece su número de teléfono.

La tarjeta es muy bonita, simple, pero elegante. ¿Cuándo me colocó la tarjeta en el bolso? Quizás espera que lo llame. Lo lleva claro, puede esperar sentado, y si quiere que se pida otra copa con hielo. No pienso llamarlo. ¿Qué le dije? No me acuerdo, solo sé que me plantó y que ayer fue otra maldita noche más sin sexo.

«¡Qué bien, Claudia!», me felicito con ironía.

Creo que voy a salir a correr. Necesito quemar el alcohol del cuerpo y, de paso, el exceso de hormonas que tengo amontonadas pidiendo auxilio.

Me pongo unas mallas y una camiseta de licra, los cascos y subo la música a todo volumen. Todo listo para salir a correr, aunque he de reconocer que no se me da bien, es más, mis pulmones siempre acaban ardiendo, por lo que opto por caminar deprisa, pero qué bien sienta decir: «Voy a salir a correr». Parezco deportista y todo.

Voy al trote, mientras dejo que la música de Porcelain Black me suba los ánimos. Es una canción que me hace sentir más mujer, una tontería como tantas otras de las mías, pero la verdad es que, cuando la escucho mientras finjo correr, parece que corro más deprisa.

Miro el paisaje, aunque no sea algo digno de admirar. Todo está lleno de edificios con toallas colgando (¡que viva el turismo!), pero en realidad no estoy mirando, aprovecho y dejo que mi imaginación vuele.

Esta es la mejor parte de salir a correr: imaginar situaciones geniales en las que conozco al tío de mis sueños, follamos, nos casamos, follamos y todas esas cosas que cualquier mujer en su sano juicio (o en mi juicio) quiere.

En esta ocasión pienso en que, tal vez, podría chocar con un desconocido, podría ir al gimnasio con él, quizás, incluso, podríamos terminar en su *jacuzzi*. Parece que estoy en celo, debo dejar de leer novelas eróticas, al menos durante un mes. Es mejor que me pase a la novela histórica, aunque seguramente en este género también encuentre sexo, nuestros antepasados no eran mejor que nosotros.

Alguien tira de mis cascos, giro la cabeza hacia la derecha en busca del maleducado. ¿Quién diablos osa molestarme con estas pintas?

—Hola, nena —saluda el chico que ayer catalogué como guapo, pero mal follador. ¿De dónde ha salido? ¿Me ha perseguido? ¿Ha estado esperándome

aquí toda la noche? En mi cabeza suena una alarma o puede que simplemente sea la resaca machacándome. Quizás es un maldito acosador. En los libros puede parecer divertido, pero en la vida real no. Da miedo y mucho.

Lo miro, está vestido para correr. Ya no tiene esa camisa negra ajustada, ahora lleva una camiseta algo más ancha con unos pantalones cortos y unas piernas que son dos veces las mías. Aunque he de admitir que, si hubiera salido a correr con la camisa de anoche, todo sería más raro aún.

El chico guapo está depilado; y su camiseta, empapada. Mirándolo sin alcohol de por medio, creo que ayer, a pesar de estar borracha, lo catalogué bien. Está bueno, remarco: muy bueno.

Un momento... me ha llamado «nena», eso es excitante cuando yo controlo la situación, pero ahora mismo, no. No es erótico caminar al trote o corriendo despacio, como quieras llamarlo, medio ahogada, mientras él parece estar paseando por el parque con un único foco alumbrándolo.

Tiene complejo de Ken deportista.

—Álex —lo llamo recordando su tarjeta.

Él sonrío. Sabe que la he encontrado, eso o la tarjeta no es suya y piensa que lo estoy confundiendo con otro.

—No me has llamado.

No, no lo he hecho. Bien, la tarjeta es suya. ¿Qué pensaba? ¿Creía que lo llamaría nada más despertar? Uno: tengo resaca. Dos: tengo dignidad (aunque ayer no lo pareciera) y TRES: No sé qué más decir, pero siempre queda mejor cuando dices tres cosas.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto sin preámbulos estúpidos. Como ya le dije ayer, y en eso no mentía, soy directa, y a quien no le guste ya sabe dónde puede irse.

Él sonrío.

Su sonrisa sigue siendo de anuncio. Maldito.

—No, nena, he salido a correr y te he reconocido. Por cierto, no te has lavado la cara.

—No me llames «nena» —le exijo con los dientes apretados. Acabo de darme cuenta de que lo que dice es cierto, y debo de parecer un mapache deportista al estilo Kung Fu Panda.

—¿Por qué? —pregunta sin parar de sonreír—. Ayer parecía gustarte.

Odio esta actitud, estoy a punto de sacar el hígado por la boca y él habla tan jodidamente normal. ¡No es justo! Freno en seco y tomo aire. Mi pecho parece

querer quejarse, pero no estamos para perder el tiempo. Lo miro, más bien me encaro. Ahora, sin los tacones (esos que colocan bien mi culo), es más alto que yo, mejor dicho, me parece mucho más alto. Sus ojos son de color azul (mira, no iba tan mal encaminada) y su sonrisa sigue siendo blanca y bonita. Uy, creo que eso ya lo he dicho.

—Oye, ayer estaba borracha. Lo siento si te molesté.

Bueno, he dicho lo siento, eso debe servir para que su prepotencia disminuya un cincuenta por ciento. Tengo que volver a la carrera y, esta vez, no me servirá el trote. Tengo que correr y desaparecer de su vista. Sin tacones y con mallas no soy tan chulita. Mi culo no está mal, pero no soy Kim Kardashian. Soy una tía normal, de esas que, si lleva un vestido apretado y se pone una braga faja, después, cuando liga, le da vergüenza llevarla. Así que me quito el vestido, la faja y me lanzo a mi presa todo en seis jodidos segundos. ¿Quién ha visto mi michelín? NADIE.

—¿Todavía crees que follo mal?

Su pregunta me pilla desprevenida. Mi cara arde de vergüenza y acabo tosiendo. Y toser sin aliento no es nada erótico, más bien parezco un perro. ¿En serio me acaba de preguntar eso? Es más, yo empleé la palabra montar, no follar, pero bueno: él lo ha querido. Giro el cuello, trazando en un círculo casi completo, y lo miro con una ceja alzada.

—Ahora que te miro mejor —comienzo la frase, tratando de mostrar algo de indiferencia, porque necesito tomar el rumbo de la conversación—, no eres tan guapo. El alcohol en ocasiones nos ciega. ¿Sabes?

Quiero ridiculizarlo, con clase, pero ridiculizarlo. Aguardo a ver su expresión. ¿Qué? ¿Esperabas que me quedase calladita? Pues no, nene. No me callo, no soy ese tipo de mujer. Hablo hasta debajo del agua. ¿No lo habías notado?

—Bueno, si no soy tan guapo como creías, quizás sí que me lo monto bien.

Ten points para ojos azules. Y, ahora sí, me he quedado muda. Mierda, antes digo que no soy ese tipo de mujer que se calla y ahora me deja sin palabra alguna. ¿Qué ha tomado el señor Álex para desayunar?

Vamos, Claudia, esta es la ocasión que estabas esperando. Al parecer este hombre reúne todas las cualidades para ser un buen polvo. Tiene buen cuerpo, parece tener buena labia... No pierdes nada. No, ahora no puedo recular. No puedo hacerlo. No estaría bien. Sería una hipócrita y quedaría como una gallina; y en los libros la protagonista no es una gallina.

—Ayer no parecías interesado en mí.

—¿Qué te hace pensar que ahora sí?

Todavía no he tenido tiempo de alegrarme por mi ingenioso apunte que él me noquea con una de sus respuestas rápidas. Me ha dejado muerta. Maldito capullo arrogante, solo sabe enviar mensajes confusos. Me llama nena, me pregunta si se lo monta bien o mal y, ahora, me hace la cobra. Intenta reírse de mí, eso es lo que pretende, pero se va a reír de su tía.

—Bueno, te has tomado las molestias de perseguirme, me colocaste una tarjeta en el bolso y estás dolido porque no te llamé. Tranquilo, lo superarás.

Él sonrío ante mis deducciones, pero sé que lo he molestado, que se aguante.

—No me lo monto con borrachas.

Su sentencia me sorprende, pero disimulo. Eso tiene sentido. ¿Qué clase de hombre se acostaría con una borracha? Uno ruin, sin duda. Continúo con mi marcha, mientras intento pensar dónde quiere ir a parar y, por supuesto, dónde quiero ir a parar yo. Lo miro de reojo, parece un hombre que se cuida; es un metrosexual, y esto me suscita pensamientos encontrados. Por un lado, es atractiva la idea de que un hombre se cuide, pero, por el otro, es una ruina, porque están más pendientes de su cuerpo que de la faena.

—Entonces —termino diciendo—, ¿se puede saber a qué has venido?

A pesar de estar semicorriendo, siento ardor en mi sexo. ¡Soy lo peor! Me estoy excitando en medio de la calle con un hombre guapo que conocí ayer en una discoteca. Además, por si no fuera poco, la calle no está desierta, hay grupos de turistas que bajan de un autobús. Hay gente que parece ir a la playa.

—Quería comprobar algo. Además, repito, he salido a correr y te he reconocido, no te creas lo que no es.

Su respuesta me intriga. ¿Qué quería comprobar? ¿Si soy una obsesa sexual? Pues no lo soy, querido. Simplemente busco algo de acción para mi cuerpo y esto me hace parecerlo. No logro entender cómo me he podido convertir en una mujer así. Freno en seco y él me imita. Hora de estirar. No puedo correr, excitarme y pensar a la vez. Es demasiado para estas horas de la mañana.

Hago estiramientos o, al menos, eso es lo que finjo hacer, pero no cualquier estiramiento, intento que mis pechos queden bien firmes, porque mi punto fuerte tiene que estar bien a la vista en este momento tan tenso.

—Déjame que te ayude a estirar la espalda.

Me quedo quieta, no me niego. ¿Por qué lo hago? ¿Debería hacerlo? No es

algo normal que un desconocido se coloque detrás de ti y te ayude a estirar, pero es lo que está pasando en este preciso instante. Sus brazos me rodean. Y yo intento coger todo el aire que puedo.

—¿Qué querías comprobar? —pregunto con un hilo de voz, en el momento menos indicado. Él tira de mi espalda y yo suelto un chillido, que se parece demasiado a un orgasmo, y mi espalda queda completamente relajada.

Me suelta, no he podido sentir si él está duro o no, simplemente he notado como su acercamiento ha hecho que mis piernas tiemblen. ¡Qué bien! Y yo quejándome de la poca acción.

Se coloca frente a mí, el espacio entre los dos es mínimo. Sus ojos azules buscan los míos. Está concentrado o serio, lo que sea, pero sus labios a esta distancia parecen todavía más carnosos.

—¿Buscas sexo o una relación?

Su pregunta me descoloca de nuevo. Es directa, como un rayo. Es cierto que yo no soy de dar rodeos, pero él, sin duda, me gana. Mis ojos se mueven de un lado a otro, de derecha a izquierda. ¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Qué se supone que tengo que decir?

—No busco nada —contesto, y no puedo evitar sentirme orgullosa. He respondido rápido y de forma eficaz.

—Bien —contesta él, sin moverse—, encantado de conocerte.

Y con esa frase se vuelve y comienza a correr y, cuando digo correr, me refiero a adelantarme rápidamente. ¿Qué hago? ¿Corro tras él? No, eso sería actuar como una mujer desesperada. Además, nunca lo alcanzaría sin vomitar antes.

Mi orgullo está chafado.

¿Qué clase de pregunta es esa?

¿Buscas sexo o una relación?

Capítulo 3

Consejo del día: no toméis decisiones estando frustradas.

Nunca hay que tomar decisiones cuando se está frustrada, pero yo nunca sigo mis propios consejos y ahora estoy como una estúpida, no hay otra manera de definirme, intentando pegar los pedazos de la rota tarjeta de Álex.

Soy así de chula y orgullosa. He llegado al trabajo y lo primero que he hecho ha sido romper la tarjeta en pedazos (en diez para ser más exactos) y aquí estoy: intentando conseguir el teléfono del chico cubitos de hielo.

—¿Qué tal el fin de semana, Claudia? —me pregunta Pedro con una sonrisa tan falsa como él dibujada en la cara. Su pregunta, inocente y ya habitual, en realidad, significa: ¿Has follado?

No, no soy mal pensada, trabajo con hombres y sé cómo hablan y cómo camuflan sus preguntas cargadas de mala intención. Ellos lo relacionan todo con el sexo. ¿Estás de mal humor? No has tenido sexo. ¿Estás muy contenta? Has tenido sexo. Pues no, señores, bueno, sí. En mi caso sí, estoy de mal humor, no he tenido sexo, pero la culpa la tenéis vosotros, los hombres, que no me complacéis. ¡Maldita sea! ¿Por qué tendré expectativas tan grandes? Dios, apiádate de mí.

Todo es una farsa.

—Bien —contesto tajante. No tengo que darle más información.

—¿Bien a secas?

Maldito.

Hora de contestar y callarlo. Dejo el celo pegado en el borde del escritorio y, encima, lo que queda de tarjeta. Lo encaro, con mi mirada azulada cargada de pura convicción. Pedro es el chico feo de la oficina, Dios, queda cruel describirlo así, pero es la manera más exacta. El chico es poco agraciado; quizás, si se quitase los dos kilos de pelo que tiene en los brazos sería un punto menos feo, pero para llegar a guapo tendría que hacer muchas cosas más.

—Pedro —pronuncio su nombre y, después, intencionadamente, hago una pausa antes de volver a hablar. Él se pone nervioso cuando le hablo en ese tono, lo noto, siempre retrocede un paso cuando lo hago—. He conocido a un hombre y me lo he pasado bien. ¿Y tú? ¿Qué tal con tu novia? ¿Os quedasteis dormidos en el sofá viendo la película del domingo por la noche?

Sé que es un golpe bajo remarcar su rutinaria vida, pero entonces, si no quiere estas respuestas, que me deje en paz. Seguro que él no tiene sexo casi nunca. ¡Seguro que hasta se toca en la ducha!

Pedro sonrío sin ganas y se va.

Adiós, Pedro, adiós.

No es que se vaya muy lejos, su mesa está a unos metros, pero como tengo mi sitio en un rincón, me siento algo más resguardada. Mi mesa está en una esquina y no toca con las otras (gracias a Dios); la suya, en cambio, está en el centro de la planta, al lado de cuatro más. Todos hombres. Mira que es difícil trabajar con hombres y que, encima, ninguno merezca la pena, pero la estadística es así. El noventa y ocho por ciento de la población que trabaja en administración de género masculino son feos, y al otro dos por ciento nunca lo he visto.

A lo mejor, me da por pensar —y eso que no soy mal pensada—, mi ubicación ha sido decidida con mala fe. El lavabo está en la otra punta y tengo que pasearme por delante de todos ellos pero, gracias a Dios, por ahora tengo una vejiga que aguanta carros y carretas.

Me concentro en terminar de reconstruir la dichosa tarjeta. ¡La tengo! Quiero levantarme y bailar una conga, pero el hecho de estar en una esquina alejada no significa que no me vean. Así que me quedo sentada, balanceando levemente el cuerpo.

¡Mierda! Hay un número que no está legible, fantástico, iba a estrenar mi agenda de posibles «Follamigos» con ese número, y ni siquiera lo tengo completo.

Mi agenda es de Mr. Wonderful, y en su preciosa tapa dice: «Hoy voy a

tener un buen día».

Así que intento ser positiva, pero la positividad en mí escasea. No tengo paciencia, tiendo a querer las cosas al momento, quiero que las cosas funcionen ya.

¡A la mierda!

Nunca lo volveré a ver. Tengo que empezar a hacerme a la idea. Había un chico guapo, accesible y que al parecer entendía algo de sexo y lo he perdido todo por mi fabuloso orgullo.

«Yo no busco nada».

¡Mentirosa! Lo buscas todo.

Un momento. Tan solo es un número, puedo probar con las diez posibilidades restantes. ¡Bien! No está todo perdido. ¿Llamo? ¿Y qué digo? ¿El señor Álex Casado? Y, cuando me digan que sí, cuelgo y grito un: «¡Tengui!». No, no puedo hacer esto, sería demasiado ridículo. Lo único que puedo hacer es guardar en el móvil todas las posibilidades y comprobar la foto del WhatsApp.

Esa idea está mucho mejor y así no hago tanto el ridículo.

Después de Alexbuenorro1, Alexbuenorro2 y así sucesivamente hasta el diez. Abro el WhatsApp y busco con nerviosismo.

Me siento muy ridícula, como es lógico; estoy roja como un tomate, pero, de todas formas, sigo adelante con mi idea y empiezo a buscar en el WhatsApp, avergonzándome yo sola, sin que nadie me vea.

—Hola, Claudia.

Cierro la tapa de la funda del móvil a toda velocidad. Alzo la mirada y ahí está Raúl. Otro compañero de trabajo. Al parecer hoy lunes no tienen otra cosa que hacer que venir a saludarme a mi mesa. Bueno, yo tampoco estoy haciendo mucho de provecho, pero qué más da. Quiero que me dejen en paz.

—Hola —saludo en respuesta—, si vienes a preguntarme por mi fin de semana me ha ido la mar de bien.

Sonrío y lo hago de forma antinatural, invitándolo a que se vaya por donde ha venido. Raúl lleva un vaso de café en la mano, su mirada color avellana se fija en mi mesa.

Estos hombres son unos espías retorcidos.

—Vengo a recordarte que tenemos una reunión dentro de cinco minutos. Espero que tengas el programa listo, pero si quieres contarme tu maravilloso fin de semana también lo puedes hacer, pero después.

¡Mierda! La reunión, la había olvidado por completo. Hoy nos entregan los

presupuestos para este año y tengo un listado de cosas pendientes de los años anteriores por reclamar.

Tecleo en el ordenador y mando a imprimir el listado. Tengo que olvidarme de Alexbuenorro, de mi agenda y de mis hormonas hasta que salga de trabajar. Mientras el listado se imprime voy corriendo al baño. Intento no caminar al trote delante de ellos, siempre están al tanto de si mis pechos saltan al ritmo o no. ¡Salidos!

Mi melena rubia está suelta con su propia ondulación natural. Me lavo la cara, hoy no me he maquillado. No suelo hacerlo para venir a trabajar. En mi llavero tengo un pintalabios *gloss* que siempre ayuda en estas situaciones desesperadas.

Coloco bien, mejor dicho, descoloco, mi camisa estampada, me medio giro y compruebo mi culo. Se ve bien. No hay manchas extrañas. Sé que es rara esta comprobación, pero tengo un trauma con ello.

Salgo, cojo las hojas y voy corriendo hasta la sala de reuniones.

—Hola, ojos bonitos —me saluda el señor Rodríguez.

Este hombre está cerca de la jubilación y no veo la hora para que ese día llegue y él se largue. Lleva el pelo teñido de negro y repeinado como siempre; no sé si, incluso, esa parte trasera que brilla de más será un peluquín. Moreno de piel y lleno de las arrugas, es un hombre que ha vivido mucho, o eso es lo que siempre recuerda. Mujeres, alcohol y *rock and roll*. Sin llegar a ser grosero, siempre tiene algún piropo para mí y, sí, quizás debería estar agradecida porque no es maleducado, pero me molesta. No hay piropos para los hombres, entonces, para mí tampoco. ¡Arriba la igualdad!

—Ten cuidado no te vayas a caer y te golpees esa cara tan preciosa.

Esa es su forma particular de decirme que llevo los cordones de los zapatos desatados. Original, ¿verdad? Odio que mis cordones se desaten, sé que es culpa mía, pero no me gusta agacharme entre tanto hombre, porque sé dónde se posan sus miradas. Y sí, se dirigen todas a mi culo.

La reunión se hace eterna, una hora y media llena de conversaciones que no tienen nada que ver con los presupuestos, y después, en los últimos quince minutos, intentamos arreglar el mundo. ¡Hombres!

Tras una rutinaria y poco entretenida jornada laboral, vuelvo a casa. Estamos

entrando en plena temporada veraniega, las calles están llenas de turistas que vienen a divertirse y que yo envidio a más no poder. Salou es así. La nostalgia invade mi cuerpo y termino recordando mi época juvenil, cuando solo tenía problemas estúpidos y el único objetivo de mis tres meses de verano era conseguir estar morena, algo realmente difícil cuando una es de piel extra blanca.

¡Dios! Cómo me gustaría volver a esa edad. Bueno... a esa edad sabiendo lo que sé a la mía, teniendo permiso de conducir y la independencia de ahora. Por pedir que no quede.

Llego a mi edificio. Acelero el paso para no tener que saludar al portero; es una bellísima persona, pero muy cansino. Siempre tiene cosas que decir y, cuando empieza a hablar, nunca encuentra el momento de callarse.

Subo hasta el quinto piso por las escaleras. No queda bien amanecer al estilo de Kung Fu Panda y subir por el ascensor. Entro en mi apartamento con la lengua fuera. Los edificios de Salou, e imagino que de toda zona turística, tienen un pasillo enorme, propio de una película de terror, y hay cientos de pisos por planta. Mi apartamento es pequeño pero acogedor.

Dejo las llaves en el recibidor, que está casi dentro de la cocina. Me dejo caer en el sofá, situado a dos metros y medio del recibidor barra parte de la cocina, y cojo el móvil.

Continúo con la operación: encontrar el número perdido de mi encantador barra posible buen follador (rima y todo) Alexcito, bueno sin el «cito». Álex a secas, suena más a hombre.

Las fotos de perfil de los números que he memorizado en mi teléfono no dan muchas pistas. Una cerveza, un pato, un niño... Un momento. ¿Tendrá hijos? ¿Estará casado? Quizás anoche no tenía tiempo porque allí estaba su mujer. Bueno, no creo, estuvimos un rato hablando, ella lo habría visto. ¿Verdad?

¡A la porra! ¡Voy a llamar! Total, no pierdo nada.

Siento un cosquilleo extraño en el estómago. Me aclaro la garganta y pruebo con un número al azar.

—¿Álex Casado? —pregunto con un tono de voz típico de línea erótica. Me encanta emplear este tono cuando hablo con desconocidos por teléfono.

—Se equivoca.

¡Mierda! Vamos a por otro.

Me prometo a mí misma que solo lo intentaré una vez más y, si no acierto, lo dejaré estar, pero me miento, cómo no. Suelo hacerlo a menudo. El segundo

tampoco resulta ser él.

—Álex Casado.

—Ese soy yo.

Me quedo callada. Al quinto intento he acertado. Y ¿ahora, qué? Piensa, Claudia, piensa. No tengo que parecer desesperada. No, tengo que parecer una mujer decidida y segura de sí misma.

—Soy Claudia.

Muy buena información, sí, ahora ya sabe cómo te llamas. Conocerse es el primer paso para toda relación, sin embargo, hay un problema: tú no estás buscando una relación, solamente estás buscando sexo, y el sexo suele ser anónimo, no importa la identidad del otro. De todas formas, ya has dado tu nombre, así que ahora la opción que te queda es la de cambiar tu nombre, esto es siempre posible.

—¿Qué Claudia? —pregunta con total obviedad. Nunca le he dicho cómo me llamo.

—La borracha deportista —respondo e intento no reírme de mí misma. Es una definición poco común, pero esa he sido yo en las últimas veinticuatro horas.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Eres buena con las descripciones.

—Lo sé —afirmo orgullosa de mí misma.

—Bien, Claudia, dime, ¿cuál es el motivo de tu llamada? ¿Ya sabes qué quieres?

Su pregunta me molesta. ¿De qué va? Es un chulo. Sabe que es guapo, cree que folla bien y que tiene la sartén por el mango. ¡Lo odio, pero lo deseo!

Aprieto los dientes y, aprovechando que no lo tengo enfrente, hago una mueca de asco. Anda, que me pregunte algo jovial para romper el hielo. No sé, podría haberme preguntado cómo estoy, qué tiempo hace. No, simplemente se basa en mi táctica de ir directo al grano.

—Sí, sé lo que quiero —respondo con total convicción. Un hurra por mí.

Se hace un absoluto silencio en la línea. Imagino que él espera a que le diga lo que quiero, pero tengo dudas. ¿Lo hago? ¿Lo digo? ¿O dejo que la tensión sexual se estire un poco más? Espero y, sin poder evitarlo, aprieto los muslos. La excitación parece burbujear en mi sexo.

—Dime, Claudia.

Su voz suena a rota, sexual y, joder, eso me excita. Tomo aire y afronto la situación. En esta vida hay que arrepentirse de las cosas que haces, no de las que

dejas de hacer (segundo consejo del día).

—Quiero sexo.

Capítulo 4

Lo he dicho, lo he hecho. Y lo peor es que me siento demasiado caliente por ello.

—Eso está bien, Claudia. ¿Estás preparada para tener sexo?

¿Perdón? ¿Me está vacilando? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Estás preparada para tener sexo? ¿Qué quiere que le diga? Sí, estoy lubricada a un ochenta por ciento de mi capacidad. ¿En serio?

—¿Perdona?

—No parabas de repetir que los chicos guapos no se lo montan bien, bla, bla, bla... Al parecer crees que necesitas algo más. Yo tengo ese algo más, está mal decirlo; quizás, incluso, suene algo prepotente, pero puedo enseñarte cosas nuevas, cosas que jamás has imaginado. La cuestión es: ¿estás preparada para ello?

Suelto una pequeña y sonora carcajada. ¿Qué se cree? No puedo negar que sus palabras son súper eróticas. Que no hay nada más excitante que un hombre que sabe lo que hace, que sabe lo que quiere, pero yo no soy una virgen en apuros. No. Sé lo que es el sexo y también sé lo que quiero.

¿Sonar a prepotente? Esos humos hay que bajarlos.

—Quizás aprendas tú de mí.

—Quizás... —responde dejando la frase en el aire—, tengo muchas ganas de conocerte, Claudia. De comprobar si eres una leona o te quedas en una gatita, como la inmensa mayoría.

Sus dudas me ofenden, pero a la vez me excitan. ¿Alguien le ha dicho alguna vez que las comparaciones son odiosas? No se compara, olvida a las gatitas que has tenido, maldito *playboy*. ¿Será tan bueno como quiere dar a entender?

—No soy como la mayoría —anuncio, odiándome a mí misma. Es verdad que no se dicen las cosas, más bien, se demuestran. Y yo se lo demostraré, pero mi lengua tenía que defenderse.

No me puedo creer que esté en una situación así. ¿Cómo hemos llegado a hablar de esto?

—Bueno, Claudia, si quieres quedamos en el mismo rincón oscuro del otro día. Esta noche a las once. ¿Rincón oscuro?

—¿En el Tropical? —pregunto completamente sorprendida.

¿Allí quiere hacerlo? Tengo dudas, quizás solo quiere probarme, pero creo que no soy capaz de hacerlo en un lugar público.

¡Gallina! Me digo a mí misma.

Aunque, ahora que lo pienso, quedar en un lugar conocido y público es una manera elegante de quedar. Yo habría preferido el *hall* de un hotel... pero se puede aceptar.

—Sí, no te hagas ilusiones, solo vamos a hablar un rato.

¿Que no me haga ilusiones? Prepotente no es la palabra adecuada, más bien es un chulo, un chulo de mierda, pero no tengo otra cosa más que decir.

—Allí estaré.

Quiero colgar, necesito tiempo para pensar. ¿En serio voy a ir? Sí, vale, estoy excitada. Sí, se sale de lo normal, de la rutina, del mete-saca, pero no lo conozco de nada.

¡Qué más da! No, sí que da. Es un hombre guapo y quiere sexo. Hemos entablado una conversación y hemos decidido que vamos a comportarnos como personas adultas y a copular de distintas formas. Eso es. Un, dos, tres. A copular otra vez.

¡Dios mío! ¿Qué me pongo?

Miro el teléfono con dudas. Alexbuenorro5, ¿qué me vas a hacer?

Voy directa a la ducha. Agua fría, ven a mí. Mi sexo está ardiendo. ¡Dios! Tengo una cita. No una cita a ciegas, no una cita de cine y palomitas, no. Tengo una cita para hablar de sexo. ¿Cómo se puede catalogar esa cita? ¿Cita caliente? Sí, se puede llamar así, puedo decir que tengo una cita caliente.

Me tengo que depilar bien, sé que ha dicho que no vamos a hacer nada, pero

estoy segura de que una cosa llevará a la otra. Siempre es así.

Ya estoy LDP: limpia, depilada y perfumada.

Ahora tengo que pensar qué me pongo.

Un vestido. Un vestido siempre es la mejor opción. Si tienes sexo en el coche es más fácil de subir. Los pantalones son súper incómodos de quitar. ¿Sexo en el coche? Dios, ¡cuánto hace que no tengo una cita caliente! Álex no tiene pinta de hacerlo en la parte trasera de un coche. No, él tiene pinta de hotel, es más, tiene pinta de hotel caro.

Otra vez me estoy calentando.

A este paso voy a llegar oliendo a sexo recalentado.

Vestido negro, zapatos negros, collar dorado.

Estoy lista y quedan todavía dos eternas horas.

¿Por qué hemos quedado tan tarde?

Mi teléfono vibra y pienso que es él. ¿Me estará llamando para anular la cita? ¿Me estará enviando una foto caliente para enseñarme que NO lleva ropa interior? Pues no. Alexbuenorro5 no me está llamando; lo está haciendo Miriam.

—Miriam, no es buen momento —contesto sin saludar.

La confianza apesta; es lo que hay.

—¿Cómo que no es buen momento? ¿Qué tipo de broma es esta? Estoy en tu portal, hemos quedado. ¿Recuerdas?

¡Dios, no! No lo recordaba. ¿Qué narices hago? Quedan dos horas, en dos horas no puedo completar el ritual de los lunes ni de coña. Eso de irnos de cervezas y hablar por los codos de cómo hemos pasado el fin de semana.

¡Joder! ¿Cómo no he caído antes?

—Estoy enferma —miento pésimamente.

Mentir a una amiga debe de ser delito. Nunca (consejo del día) mintáis a una amiga a no ser que tengáis una increíble cita caliente. Solo entonces, en ocasiones así, puedes intentar esquivar la cita semanal con tu amiga.

—¿Qué te pasa? —pregunta, y siento verdadera preocupación en su tono de voz.

Me siento un ser horrible por mentir, pero la necesidad aprieta y una no tiene citas todos los días.

—Un virus —contesto, escueta. No hay que dar mucha información cuando se miente. Es primordial no darla, porque, si no, te pueden cazar.

Además, puedo tener algún que otro virus en el cuerpo, eso es siempre

medio normal.

—Anda, abre. Encargamos cena en tu casa y ya está.

¡Joder! No lo capta, la pobre muchacha no lo capta. Miriam y yo somos amigas desde siempre y desde nunca. Antes nos odiábamos a morir. No había hablado nunca con ella, porque tenía fama de ser muy borde.

Después terminamos siendo las mejores amigas bordes del mundo. Lo típico.

—No —niego con rotundidad—, no quiero contagiarte.

Dios, esta mentira tiene demasiada información. Miriam es un hueso duro de roer y tarda varios minutos en ceder. Me siento fatal, pero tengo que retocarme y salir pitando hasta el local.

Son las 23.05, ya puedo entrar. Llevo veinte minutos caminando por la calle paralela al local. Las mujeres no pueden llegar antes a las citas. Eso se lo dejo a las mujeres desesperadas.

El Tropical está abarrotado, como siempre, pero tengo tarjeta VIP. Esto es lo que tiene residir en Salou y conocer a gente importante. Estoy mintiendo otra vez, hay que ver cómo me gusta hacerme la interesante. En realidad, vine la noche de «pases Vip» e hice cola como todas las demás personas que querían tener el pase de temporada. La vida es así, pero en ocasiones puedes vivirla como te dé la real gana.

Entro, caminado con mis zapatos de tacón (pro-culo firme). Siento un hormigueo invadiendo cada músculo de mi cuerpo.

En el rincón está él. Dios, sin alcohol parece todavía más guapo y esto no es lo habitual. El alcohol siempre hace más guapos a los feos.

Sonrío desde la lejanía y él solo me mira. ¡Será antipático!

Llego hasta él, voy a inclinarme a darle dos besos, pero él no se levanta del sillón, sé que está blandito, pero podría tener la decencia de levantarse a saludar.

—Siéntate, por favor.

—Hola, nene —saludo con retintín. Mucho sexo, mucho león, pero ni si quiera da dos besos. ¡Tacaño!

—Claudia —me nombra y sonrío.

—¿Sabes? Antes me has preguntado qué quiero, pero no me has dicho qué quieres tú.

Yo, como siempre, directa, más todavía cuando estoy molesta porque me he quedado sin besos y sin mi «nena».

—Quiero sexo, Claudia.

No duda, contesta directo y mirándome a los ojos. Su mirada parece que está conectada con mi sistema nervioso, que acaba de enviar un calambrazo a mi sexo. Ya no quiero que diga nena, mi nombre en sus labios queda realmente bien.

«Claudia», nunca hasta ahora he pensado que mi nombre sonase a erotismo puro.

Trago saliva ante la directa respuesta y me muevo incomoda en el sillón, menos mal que es tan blandito como lo recordaba.

El ambiente en el local es el ideal para tener una conversación tenue. Las luces azules y lilas se mueven al son de la música, que, como siempre, está un poco demasiado alta, pero es lo que tiene ir a un *pub*, además, no tengo problemas de oído.

—Y tú dices que también buscas sexo. ¿Verdad, Claudia?

Asiento. Tengo que acordarme de respirar o me tendrá que hacer el boca a boca en breve y esto no es nada romántico. Boca a boca, no, gracias. Mejor lengua contra lengua.

—Dilo, Claudia.

Trago saliva y lo miro. ¿Está jugando conmigo? ¿Es eso? ¿Un mísero juego?

—¿Dudas?

—No.

—Pues dilo.

—Quiero sexo.

Esta vez mi respuesta ha salido disparada de mis labios maquillados con rojo carmesí. Él sonrío ante mi respuesta, no es una sonrisa de burla, no. Es una sonrisa sexual, de las que promete llevarte hasta el séptimo cielo. Y hasta allí quiero subir yo. ¿Dónde se compra el tique?

Álex entrelaza sus manos, son grandes y están bien cuidadas.

Sus dedos índices golpean suavemente sus labios. ¿He dicho que son carnosos? Carnosos, besables, tienen aspecto de ser suaves. Vale, pero. Tiene barba, la típica barba de dos o tres días que todo hombre se afeitaría para ir a una cita, pero él no. Álex sabe demasiado bien que esa barba le hace sexy, debe de saberlo.

—¿Sexo normal, Claudia? —Su pregunta me descoloca—. Vamos, no te extrañes. Yo no soy un hombre que busca sexo de una sola noche, ni tampoco busco meterla por meter. No quiero que te tumbes boca arriba y esperes a que te lo hagan. Eso es demasiado sencillo.

Niego con la cabeza. Es raro hablar de esto, pero si quiere sinceridad, yo se la daré. Odio la rutina sexual. La o-d-i-o.

—Soy activa —sentencio—. No me gusta esto de mirar al techo y esperar, ya me entiendes.

¿Qué se ha creído? ¿Que el sexo no-normal es que la tía mueva las caderas? Si eso es lo que cree, por muy guapo que sea, lo lleva claro.

Sí, digo guapo porque lo es, porque sus ojos azules van a conjunto con su camiseta azulada y poco importa que el tono sea diferente: van a juego. No puedo ver desde aquí si lleva pantalón negro o vaqueros, pero sí intuyo que su pelo está bien peinado. En la mesa hay una copa, de nuevo llena con hielo y un limón.

Está sentando en el mismo sitio que la noche anterior. ¿Cuánto tiempo hará que está aquí?

—Vamos a hacer una prueba de lo que eres capaz, Claudia. Ve al baño y quítate las braguitas y después vuelve aquí.

Su propuesta me deja aturdida. No sé qué se supone que tengo que hacer. Esto es nuevo para mí. Normalmente el sexo se inicia con cuatro besos, con un par de magreos, no charlando sin ropa interior.

No entiendo la situación. ¿Qué narices le pone? ¿Que me quite las bragas o que me mande y yo obedezca?

—Dijiste que solo íbamos a hablar —le recuerdo para ganar algo de tiempo y así poder ver su reacción.

—Solo vamos a hablar, Claudia, pero sin braguitas. Nadie te está obligando a hacerlo. Si quieres, lo haces y seguimos charlando, y si no, pues encantado de conocerte.

¡Eso es chantaje! Bueno tampoco chantaje, pero sí presión.

Lo miro mientras aprieto los labios. Alzo mi ceja derecha. ¿Le da morbo que hable sin braguitas? Pues lo haré, qué más da. Mi vestido es negro y el negro no transparente.

Me levanto y paso por su lado. Intento caminar como una súper modelo, aunque, por mucho que lo intente, el tacón derecho siempre termina doblándose demasiado. Voy al baño, me miro en el espejo: mis ojos azules están brillando

de la excitación.

Voy a quitarme las braguitas, las voy a meter en mi bolso y voy a salir de nuevo. Me sentaré en el sillón blanco y lo miraré a los ojos. Esto es lo que haré, porque ¡soy una leona! No tengo nada de gatita, nada. ¡Arriba las leonas!

Entro en el baño, entrecierro la puerta y me quito mis braguitas negras, las introduzco en el bolso, me ajusto el vestido y salgo a comerme el mundo.

Al salir del baño, me topo con una chica morena que entra. No puedo dejar de preguntarme si ella también vendrá a quitarse la ropa interior. No, seguro que no, lo más probable es que entre en el baño para retocarse el maquillaje y, así, ligarse a un tío normal.

Voy hasta él, no lo miro cuando paso por su lado y, solo cuando me siento, dirijo mi mirada hacia la suya y la fijo.

Él da un sorbo largo a su copa.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—¿Cómo te sientes?

—Más fresca —digo, intentando romper el hielo. Él suelta una pequeña carcajada como respuesta, pero se recompone rápidamente.

—Y, aparte de fresca, ¿cómo te sientes? ¿Estás excitada?

Asiento. Claro que lo estoy, ¿cómo no lo voy a estar? Una no se quita las bragas porque un tío bueno se lo pide todos los días.

—No te escucho, Claudia.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, estoy excitada.

Su sonrisa se amplía.

Su mano coge la mía y la acerca hasta sus labios, que la rozan hasta besarla. No logro entender qué beso es este, un beso en la mano, no en los labios como era de esperar, y, sin embargo, dentro de mí ardo. Siento fuego en mis piernas, sé que no estoy bien.

Como si fuera un pecado y él no quisiera pecar, así ha sido ese fugaz beso en la mano.

—Bien, Claudia. Ya puedes irte.

¿Cómo? ¿Irme? ¿Dónde? ¿Se refiere a que me tengo que correr o a que me vaya a casa con el calentón? O, a lo mejor, se refiere a que nos vayamos los dos en un coche para follar en la parte de atrás. ¡He traído vestido, aprovéchalo!

—¿Perdón?

—Por hoy ya hemos tenido suficiente. Quedamos mañana a la misma hora.

Esto tiene que ser una broma. Estoy caliente, ardiendo, y me dice que me tengo que ir a casa. ¿Suficiente? ¡No! Se levanta y, a pesar de mis tacones, sigue siendo mucho más alto. Lo miro, su pelo castaño claro o quizás rubio oscuro, sus ojos azules y su media sonrisa quieren que me vaya para casa. Chico guapo desaprovechado. ¡Maldito!

Es guapo, lo es, pero también un completo imbécil.

Me vuelvo, anonadada. Camino por la discoteca sin ropa interior, sintiendo el peso de su mirada en mi espalda. ¿Me mira el culo?

No me lo puedo creer. ¿Dónde está la cámara?

Mi teléfono vibra. Es un mensaje; es él quien me escribe. Seguramente me pedirá que me de media vuelta y regrese. Seguramente quiere tener sexo, se ha cansado de esta broma sin sentido.

Abro el mensaje de texto y me quedo de piedra.

«Prohibido tocarse. Hasta mañana».

Me vuelvo para mirarlo y él me sonrío en la lejanía.

¡Tócate lo que no suena!

Me deja caliente y sin poder tocarme.

¿Qué clase de sexo es este?

Esto es una farsa.

Le contesto, mis dedos se mueven rápidos cargados de rabia.

«Que te follen».

Su respuesta no tarda en llegar.

«Curioso, pensé que tú querías follarme».

¡Maldito!

Capítulo 5

Termino la noche en la bañera sin poder parar de pensar en todo lo que ha pasado. He quedado con el chico guapo, también conocido como Álex Buenorro; he hablado con él sobre sexo, me he quitado la ropa interior (en un cuarto de baño de una discoteca) y, después, él me ha dicho que hasta mañana (*hasta luegui* para los amigos). ¿Por qué? No lo sé.

¿Cómo narices voy a dormir así?

Creo que este chico tan prometedor me ha salido rana; puede que crea que sabe mucho de sexo pero, en verdad, todo lo que sabe es mera teoría. Él es un tipo aburrido o, a lo mejor, es un cura y solo se le permite hablar de sexo y ser deseado, pero no puede en absoluto tocar a nadie.

¿Álex, el cura?

¡Me ha besado en la mano!

Esto es tan raro y yo estoy tan excitada. Y, por si fuera poco, el puritano me dice que no puedo tocarme. ¡Dios! ¡Eres cruel! Tocarse no es algo malo. Dudo si hacerlo, si tocarme o no; mi mano se desliza por mi estómago hasta alcanzar mi sexo. Puedo hacerlo, nada me lo impide, incluso, puedo pensar en él mientras lo hago; en realidad, puedo pensar en todo lo que me gustaría que me hiciera, pero no, me contengo y decido tomar una ducha de agua fría, la necesito. ¿Un cura seductor y cruel?, me vuelvo a preguntar. No puede ser.

No he dormido nada. Nada de nada. Y, lo peor de todo, es que he soñado despierta. Me he pasado toda la santa (nunca mejor dicho) noche pensando cómo sería coger a Álex y tirármelo. Así, sin más, sin rodeos ni calentamientos extraños. En mi mente, lo he dejado totalmente descolocado. ¿Gatita? ¡Para nada! Soy una leona en busca de una manada, bueno, en realidad, una manada no, busco más bien un macho alfa. Bueno, en realidad, tampoco. Dios, ¡estando caliente una no piensa con claridad!

Debería dejarlo correr. (Correr en el sentido de dejarlo pasar, no de expulsar fluidos.) Es decir, no debería volver a verlo, ni tendría que llamarlo más, ni tampoco debería pensar en él, pero, lo peor de todo es que, por un momento, he llegado a plantearme cómo sería tener una relación seria con él. ¿Estoy loca? No quiero tener relaciones, son aburridas y rutinarias. Además, no lo conozco de nada; lo único que sé es que quiere sexo, que busca una leona y que le gusta que me quite la ropa interior, por la sencilla razón de que a él le da la gana.

Quien lo entienda, que lo compre. ¡Se lo regalo!

¡Madre de Dios, estoy desesperada! Todo esto me pasa por la falta de sexo, es eso, el no tener sexo hace que piense con mis partes íntimas y no con la cabeza. Me he transformado en un hombre semental en cuerpo de mujer. ¡Desvarío, joder!

Me voy a buscar un puto. Sí, sé que suena mal, pero... no, no lo haré. Las mujeres no pagan por tener sexo, lo que hacen las mujeres es ir por ahí y batir sus pestañas; así tienen sexo asegurado, de baja calidad, pero sexo al fin y al cabo. No hago más que inventarme excusas, palabras absurdas que no sirven de nada porque, al final, lo que quiero, lo único que quiero es quedar con él. Sí, aunque todavía falten algunas horas, ya tengo elegido cómo me vestiré. Me volveré a poner un vestido, esta vez azul eléctrico. No tengo remedio, lo sé, pero hay que reconocer que se me da bien jugar, al menos por unos instantes, a ser una mujer entera.

Después de un día interminable, durante el cual las horas en el trabajo se me han hecho más que eternas, estoy lista para volver a nuestro rincón oscuro. Siento cómo la excitación recorre todo mi cuerpo.

Una vez más, entro en el local como si fuera una auténtica súper modelo y, aunque las grandes firmas de la moda quieran implantar un canon de belleza

esquelético, yo me siento más que contenta con mi talla cuarenta. Al fin y al cabo, las curvas hacen que los hombres se vuelvan.

—Hola —saludo al llegar hasta la mesa de siempre, lo digo sin entusiasmo y, después, me siento.

Ya he aprendido la lección, no espero que me lo pida.

Él está todavía más guapo que ayer. Lleva una camiseta ajustada de color blanco que no deja casi nada para la imaginación. Puedo ver que tiene unos marcados pectorales masculinos, y su torso parece haber sido trabajado y mucho en el gimnasio. A través de su camisa, llego incluso a ver sus pezones bien colocados; si no fuera así, sería espantoso.

Está peinado de la misma forma de anoche, aunque hay que decir que, en realidad, su pelo no da para muchos otros peinados. Sigue sin afeitarse. Yo, en cambio, he decidido recogerme el pelo y me he maquillado de forma más atrevida que ayer. Lo miro de nuevo, es guapo, pero los chicos guapos no se lo montan bien, me recuerdo a mí misma.

—¿Estas mirando mi pecho?

Alzo la mirada rápidamente. ¿Tan descarada he sido? ¡Tierra, trágame! No, mejor al contrario, que sea él quien me trague, pues un poco de acción no iría nada mal. Necesito más acción y menos teoría, porque es con la práctica con lo que se aprende.

—Ve al baño y quítate la ropa interior.

¡Vaya saludo!

Ni «Hola», ni «Hello», nada de nada. Él, como siempre, directo.

—No he traído.

Noto como mi respuesta lo coge desprevenido, mejor dicho, lo intuyo, pues su expresión apenas cambia, se muestra impertérrito. Veo como su lengua acaricia tímidamente su labio inferior. Quién fuera esa lengua.

—Bien, ya sabes, Claudia, si mientes te estás mintiendo a ti misma.

—¿Quieres que te lo enseñe?

Mi pregunta es muy atrevida, puede que haya sido demasiado lanzada, sobre todo porque, en realidad, no tengo intención de enseñar nada o, al menos, esto es lo que creo, porque ¡Dios! Este hombre hace que incluso dude de mí misma.

—¿Te has tocado, Claudia?

Mis mejillas se tornan rosadas, lo sé porque el calor incendia mi cara. Niego con la cabeza, pero no levanto la mirada. La mesa es de color blanco. Al parecer, ahora es tendencia decorar en tonos blancos, porque, según dicen, el

blanco da amplitud. Encima de la mesa, él tiene una de esas copas enormes con sus hielitos flotando de nuevo.

—¿Qué dices?

Ahí está otra vez con su preguntita, al parecer no entiende los movimientos de cabeza. Este tío con los juegos de mímica debe de ser nulo.

—No —niego con rotundidad, acompañando mi negativa con el movimiento de mi cabeza (a ver si así, con suerte, asocia el movimiento con la negación).

—No, ¿qué?

Resoplo. Con él, hay que decirlo todo. ¡Por el amor de Dios!

—No me he tocado. ¿Contento?

Mi pregunta hace que sus cejas se alcen en una expresión que parece de curiosidad. Se inclina hacia mí y percibo de cerca su fragancia. Huele bien, me gusta que los hombres se perfumen.

—Sí, estoy contento de que quieras aprender, Claudia.

No sé qué leches quiere que aprenda. ¿A no tocarme? ¿Qué tipo de sexo es este? ¿Tántrico? Es absurdo, no puede ser. Además, bien podría dejar de mover tanto la lengua y hacerme algo, no sé, montarme, por ejemplo, al menos así ya no tendría la necesidad de tocarme.

Sus ojos me miran fijamente. ¡Qué guapo es! No puedo mostrarme tan desesperada, tengo que controlarme, pero no puedo; él es guapo, quizás más atractivo que guapo, pero lo cierto es que es ese tipo de hombre que impone y hace que te derritas cada vez que sonrías.

—Ahora quiero que vayas al baño y te toques.

Está de broma, tiene que estarlo. Miro a mi alrededor totalmente asombrada ante su propuesta. Esto no puede estar pasando. Ayer me pone a cien con cuatro frases y su presencia, para luego decirme que no me puedo tocar, y hoy me pide que me masturbe en el baño.

¡Que lo haga él! ¿No? Tanto mandar para nada. Luego nos quejamos de cómo va el país, pero aceptamos que unos manden y los demás hagan caso.

—Tócame tú —le exijo y me muestro tan condenadamente desesperada que, por un instante (eterno instante), llego a odiarme.

Al parecer mi respuesta le hace gracia, porque su sonrisa es cada vez más amplia. Vuelve a humedecerse el labio y, como siga así, terminaré por lanzarme sobre él y lo besaré. Un beso rápido, y ya está.

—Te tocaré cuando estés preparada.

¿Preparada? ¡Si estoy ardiendo! Estar mojada es igual que estar preparada.

Él vuelve a inclinarse sobre mí, pero esta vez su boca se acerca a mi cuello. Creo que me va a lamer, es más, quiero que lo haga, pero nada, no lo hace.

—Ve al baño y tócate.

Su aliento seduce a mi piel. Cierro los ojos, estoy muy excitada. Antes de levantarme, lo miro. Voy al baño, entro y me encierro dentro. ¿Tocarme? ¿Ahora?

¿Por qué? Esto es tan increíble que miro a mi alrededor en busca de no sé qué. ¡A la mierda! Me meto la mano dentro de la ropa interior (sí, llevo, he mentido) y la saco rápidamente. No puedo hacerlo, voy a salir del baño y me iré. Esto tiene que acabar, tengo que poner fin a esta historia de chico guapo y obsesa sexual. Fue húmedo mientras duró.

Estoy a punto de salir del lavabo, pero tengo dudas. ¡A la porra! Voy a ver qué pasa, al menos hoy. Me prometo, aunque sé que me miento, que es solo por hoy, que no habrá ningún otro día más.

Me quito las braguitas, las vuelvo a introducir en el bolso y me toco. ¡Estoy ardiendo! Mi sexo está más que preparado. ¿Cómo es posible? No me ha hecho nada, ni me ha tocado y ya estoy así... completamente preparada, tal y como él dice.

Cierro los ojos y junto mis piernas. El simple roce de mi sexo hace que sienta placer. No sé cuantos minutos estoy dentro del baño; quizás es solo un minuto, quizás sean tres, pero independientemente del tiempo, me da la sensación de que he llegado al clímax muy rápido.

Beso rápido, orgasmo rápido, Claudia, la rápida. Así soy yo.

Me lavo las manos, me echo agua en la nuca y salgo.

Álex está sentado en el sillón.

Me siento frente a él, tengo que admitir que estoy algo avergonzada por lo que acaba de ocurrir. Sentarme aquí después de haberme tocado roza lo humillante y, sin embargo, aquí estoy yo, humillada y sedienta de más.

—¿Cómo te has sentido?

No sé qué decir. Me he tocado yo, ha estado mejor que bien, mejor que nunca, pero me he tocado yo, no él. Me he sentido desesperada, me he sentido humillada, me he sentido muy sexual, pero joder, me sentiría muchísimo mejor si lo hiciera él.

—Bien —digo con la voz titubeante.

—Eso es bueno. Mañana llámame desde el trabajo, en torno a las once de la mañana.

No, no va a volver a decir que me vaya. Esto es el colmo de los colmos. ¿Qué clase de relación sexual es esta? Él ordena y yo obedezco. No, ni hablar.

Lo miro y, sin dar tiempo a reaccionar, me abalanzo y lo beso.

No es un beso casto, entro a matar. Le beso con ganas, con deseo. Cuando termino me doy cuenta de que él no se ha apartado, pero tampoco me ha besado.

Me mira, no sé si está enfadado o sorprendido. No lo sé. Es un hombre difícil de entender.

—¿Te ha gustado más besarme que tocarme en ese baño, Claudia?

No respondo, lo miro sin saber qué decir. ¿Qué clase de pregunta es esa? No puedo articular palabra. Me he atrevido a besarlo, sin guion alguno, y él no parece reaccionar.

—Siéntate a mi lado.

¡Bingo!

Voy hasta él y me siento en el sofá. Se desplaza hacia la pared para dejarme sitio y, aunque estos sofás no son muy grandes, entramos los dos. Me coloca la mano en la rodilla. Siento como el fuego amenaza con volver a iniciarse. «Vamos, Claudia, que vas a parecer una novata. Solo ha puesto su mano en tu pierna. Así no pareces ni leona, ni gatita; eres más como el espermatozoide buscando el óvulo».

—Para lo que te quiero enseñar tienes que conocer tu cuerpo. ¿Conoces tu cuerpo, Claudia?

Asiento, pero él no dice nada, aunque en su mirada por encima del hombro, intuyo qué es lo que quiere que yo le responda.

—Sí, lo conozco.

—Mientes. Hasta ayer no sabías que te excitaría quitarte la ropa interior en una discoteca porque un tío que has conocido hace dos días te lo ha pedido. Hasta hoy no sabías que te tocarías en un baño y sentirías más placer que en tu último polvo. Tampoco sabías que basta que yo coloque mi mano en tu muslo —dice mientras su mano sube lentamente por mi pierna—, sí, basta solo que coloque mi mano en tu muslo para que, dentro de ti, estés rogando con desesperación que te folle.

Su dedo pulgar inicia un masaje en mi ingle, de vez en cuando roza mi labio, pero solo es un roce o puede que simplemente lo esté imaginado. Pero lo hay, sí, es un escaso roce que me vuelve loca. El masaje coge más velocidad.

—Claudia, ¿quieres que te folle?

—Sí, quiero —afirmo con rotundidad y me siento sucia por ello, pero no quiero que pare de hacer lo que está haciendo. Estoy ardiendo. Mi boca se abre para respirar. Estoy en una discoteca, mejor no pensar en eso. Estoy en las nubes, en el quinto, no, en el sexto cielo.

—Pues si quieres, mañana me llamas a las once. Desde el lavabo de tu trabajo; y ahora, Claudia, córrete.

Y mi viaje hasta el séptimo cielo se ha terminado.

Así de fácil.

Con un masaje en el muslo.

Capítulo 6

Esto no me puede estar pasando, esto no me puede estar pasando.

Entro en mi habitación y cierro la puerta de un solo golpe. ¡A la porra con las delicadezas! Me he tocado y no como el otro día, cuando me acaricié los pechos sin querer. Hoy me he masturbado en un baño y lo peor de todo es que me ha gustado.

Tengo que ir al médico, soy una ninfómana progresiva. Necesito terapia de choque.

Voy hasta mi estantería y no a una cualquiera, sino a la estantería en mayúsculas, ahí donde tengo todos mis preciados tesoros. No son joyas, ni cosas por el estilo, mis joyas son mis libros, esos que he releído una y otra vez, esos que me han enamorado, que me han hecho sentir.

Los cojo, todos, casi todos, y los coloco encima de mi cama.

Bien. ¿Qué tenemos aquí?

Pienso en los personajes masculinos, esos con los que he soñado y fantaseado, proclamando una y otra vez que son míos, porque no quiero compartirlos con nadie más. Los miro y los comparo con el sujeto X (ÁlexBuenorro en mi agenda).

¿Qué tienen en común? El misterio, la arrogancia, la dominación, la seguridad en sí mismos, pero resulta que el sujeto X me pone nerviosa. Esto es la vida real, y sí, me he quejado en innumerables ocasiones de que no encontraba un hombre como el de los libros en la vida real, y ahora estoy aquí buscando una excusa para acabar con esta dichosa aventura.

Tengo que dejar las cosas claras, no quiero sado en mi vida, puede que un poquito, solo un poquito, aunque no estoy segura. En realidad, ya no sé lo que quiero. Todas hemos fantaseado con Christian Grey, pero si en la vida real nos encontramos con un hombre como el protagonista de la novela, ya no nos hace tanta gracia.

Tengo que zanzar esta historia y dedicarme otra vez al puro y húmedo fantaseo.

Lo que realmente me fastidia es que nunca, jamás, he sentido nada igual a lo que he sentido esta noche.

Mañana hablaré con X y le diré lo que pienso. Hay que ser claros, las relaciones (sean del tipo que sean) tienen que basarse en la confianza.

He dicho.

Son las once menos cuarto de la mañana y mis piernas ya están temblando. Y no es de miedo, es de excitación. ¡No aprendo!

Miro mi teléfono, busco en la agenda Álexbuenorro5, que continúa grabado en mi móvil, aunque, en realidad, no lo necesito, porque ya me sé el número de memoria.

—Hola —saluda Pedro, alias «el hombre más inoportuno de la Tierra».

—Adiós —respondo y tecleo mirando la pantalla. Quiero parecer una mujer ocupada, y en verdad lo soy, mi trabajo es muy importante, pero solo durante cuatro horas.

—Ayer te vi.

Su afirmación me llega desde lejos. Por un momento, en mi sistema mental, lo había puesto en modo «mute». Trago saliva, ayer me vio, ¿dónde? Por el amor de Dios, espero que no estuviera en el Tropical, que no me viera sentarme al lado de Álex y dejar que mi boca se abriera en el momento glorioso de la noche.

—¿Dónde? —pregunto con el mismo tono de voz de Terminator.

—Adivina —responde con su tono estúpido de siempre.

Lo odio. Mi labio superior se estira, me levanto de la silla, odiándome por no haberme puesto tacones. Con ellos impongo mucho más y es que, por lo general, los zapatos de tacón solo traen cosas buenas a la vida de las mujeres. Cuando los llevas, no solo te impones más, sino que te ves mejor: los tacones te

hacen mejor culo, aunque te dejan con un dolor de pies horrible; pero ya se sabe, para presumir hay que sufrir.

—No estoy para tus juegos, Pedro.

Miro el reloj, quedan dos minutos para las once. Tengo que llamar, no sé por qué esta vez tengo la necesidad de ser puntual. ¡Patética! Me voy al lavabo. Noto como me miran por encima de sus pantallas. Si ellos supieran lo que voy a hacer, se quedarían muertos.

Un momento, ¿qué voy a hacer?

Bueno, da igual, entro en el baño y me encierro.

Respiro hondo, cojo el teléfono y llamo a X.

—Claudia —pronuncia mi nombre con esa cadencia llena de promesas de sexo de infarto, pero que hasta ahora no ha cumplido.

—Antes que nada, quiero hablar.

Lo he hecho muy bien, he subrayado que quiero hablar, le he echado valor.

—Háblame.

—No quiero nada de cuartos rojos del placer, bueno, quizás sí, pero nada de fustas, bueno, quizás un poquito solo, a ver, que no me gusta nada raro.

Álex se ríe, se ríe a rienda suelta.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú. Vas diciendo que quieres sexo diferente, te quejas de lo simple, pero cuando no dominas la situación, te echas para atrás. Si fueras tú la que planificases la acción... Si pudieras decidir cuándo vas a recibir un cachete, que sabes que te va a gustar, no habría problemas, pero te cohíbes ante lo desconocido. Apaga y vámonos. Quieres mucho en la teoría, pero en la práctica no.

Entiendo todo lo que me dice y tiene razón: quiero pero no me atrevo.

Camino por el pequeño habitáculo del baño. ¿Él habla de práctica? Si no ha hecho nada, más allá de sentarse y mandar desde su asiento privilegiado. Ni siquiera sé si algo de todo esto le ha producido un mínimo placer.

—¿Eres un amo? —pregunto y cierro los ojos ante la cuestión que acabo de formular.

La lectura me está afectando demasiado.

—No, Claudia. Soy un hombre al que le gusta el sexo. Me gusta introducir a mujeres en el sexo sin tabúes, pero solo si ellas están dispuestas. Pensé que quizás estuvieras hecha de la pasta necesaria para ello, pero puede que me haya equivocado contigo. No pasa nada, ha sido un placer conocerte.

—No, no cuelgues, por favor. Sí que quiero. Quiero conocer eso.

Silencio. Él no responde. Quizás la he fastidiado. Me paso las manos por el pelo, mi estómago se cierra por los nervios.

—Mírate en el espejo.

Bien, no ha colgado. ¿Eso es un sí? Voy hasta el espejo y me miro; cómo no, me quejo, pero obedezco.

—Lo estoy haciendo.

—Dime, ¿qué ves?

—Pues me veo a mí misma, ¿qué, si no?

—¿Crees que eres guapa?

¿Qué clase de pregunta es esa? Me miro. Mis ojos están brillando, no sé si de los nervios o de la excitación. Mis labios (yo también los tengo carnosos) están ligeramente separados. Mis pómulos tienen un tono rosado que resalta en mi piel blanquecina.

—No lo sé, creo que no soy fea.

—Por consiguiente, eres guapa. Tienes que creer en ti, si tú no lo haces... ¿Por qué tengo que hacerlo yo? A partir de ahora te arreglarás para ir al trabajo, intentarás que los hombres que tengas alrededor te deseen.

—Que me guste el sexo no me convierte en una caliente...

—Desear no es algo sucio, Claudia. ¿Vas a hacerlo?

—Lo intentaré —respondo y, en realidad, siento emoción por este nuevo reto.

—Bien, ahora quítate la camisa o lo que quiera que lleves y mírate en el espejo. Mira tus pechos.

¿Es una broma? No pienso hacerlo, no pienso quedarme en sujetador aquí, pues no me va a servir para nada.

—¿Ya lo has hecho?

—Sí —miento.

—Recuerda que, si te mientes, lo haces a ti misma.

¡Maldito! Pongo el altavoz del teléfono y me desabrocho la camisa (con lo que odio yo los botoncitos). En serio, esto es ridículo, más que eso, es vergonzoso, no entiendo qué siente este hombre al mandarme hacer estas cosas.

—Tócate los pezones por encima del sujetador.

Es automático, él me ordena y yo siento un latigazo en el centro de mi sexo. Otra vez vuelvo a cumplir sus órdenes, soy muy fácil, demasiado. Me acaricio

tal y como me indica, y es que soy así de poco rebelde. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?, que venga y me lo haga él, así sería mucho más divertido, pienso mientras sigo tocándome.

—Bien, Claudia, esta noche seré yo quien te toque. ¿Quieres eso?

—Sí —afirmo con demasiada rotundidad.

¡No, Claudia, no! No hay que parecer una mujer desesperada, aunque lo seas. Sigo tocándome y me imagino cómo sería si en lugar de mis manos fueran las tuyas. ¿Ha dicho esta noche?

—Bien, esta noche te tocaré yo, pero ahora céntrate en lo que estás haciendo. Te estás tocando en el lavabo de tu trabajo, mientras tus compañeros siguen con sus cosas ajenas a lo que tú estás haciendo. Quiero que tu mano izquierda siga tocándote, mientras la derecha baja hasta tu sexo.

Lo hago sin rechistar, su voz va marcando el ritmo de mis acciones. Mis labios se entreabren.

—¿Estás mojada, Claudia?

—Sí —siento sorpresa al notar cuánto lo estoy—, mucho.

—Bien, gatita.

—No soy una gatita, soy una leona.

Afirmo mientras dejo que mi dedo acaricie mi deseo. ¡Por todos los dioses! ¿Cómo me puede estar pasando esto?

Nunca antes me había tocado, casi nunca. Miento de nuevo, en el baño de la discoteca me toqué, pero no sé por qué, me gusta. Cuando lo he hecho sola, en casa, antes de todo esto, nunca he sentido placer.

—Eres una gatita, hasta que te folle.

Su frase hace que mi cuerpo arda. Nadie, nunca, nadie (y esta vez es verdad) me había hablado así. Pensé que quizás me escandalizaba, pero me gusta.

—Para de tocarte.

¿Cómo? ¿Por qué? Estoy a punto, muy a punto. Solo falta que dispare.

—Ponte otra vez la ropa y sal ahí fuera, ve a trabajar.

—No, no he acabado —me quejo. Quizás cree que soy rápida, pero no tanto.

—Lo sé. Sal, siéntate a tu mesa. No cruces las piernas y trabaja. Esta noche a la misma hora, en el mismo sitio.

Silencio.

¡Me ha colgado!

Me miro en el espejo y apresuradamente me coloco bien la camisa. Esto es una broma de mal gusto. Toca, ahora no toques, ahora sí, después no.

Lo odio, pero me excita y mucho.

Me lavo las manos, me mojo la cara y espero que se me pase el calentón. Afortunadamente a las mujeres no se nos nota.

¿Ha dicho que esta noche me va a tocar?

¡¡Sí!!

Capítulo 7

Camino hasta mi mesa con la cabeza gacha. Acabo de tocarme en el lavabo y ahora tengo un eterno y bochornoso camino hasta mi rincón de trabajo. No es que mis compañeros sepan lo que he hecho, pero de todas formas me siento sucia. Son las once y media de la mañana, ¿qué me recuerda esto? Ah, sí, al famoso y excitante anuncio de Coca-Cola *light*. Adoraba ese anuncio, pero por desgracia a mi alrededor no hay ningún obrero con tableta de chocolate incluida. ¡Qué va!, aquí solo hay babosas que me miran de forma obscena.

Los miro de reajo, pero al parecer no me observan, esto quiere decir que me estoy convirtiendo en una creída maleducada.

Llego a la mesa y me siento a toda prisa. Mis muslos están tensos y mi sexo todavía se queja por no haber terminado. No puedo cruzar las piernas, pero quiero hacerlo. En realidad, puedo hacerlo, nada me lo impide. Él no me ve, pero entonces, si lo hago, me mentiré a mí misma, aunque he de reconocer que es algo que suelo hacer.

En fin, seguiré con el juego de: vamos a conocer mi cuerpo, que, por cierto, hasta ahora solo me ha servido para ir sin bragas, para tocarme en baños públicos y para convencerme de mi rápida humedad.

Ese hombre no es normal; es de otro planeta. Si le digo a alguien que basta con que me hable (y me mande) para que me ponga caliente, pensará que tengo un gran problema y no se equivocaría, pues quién iría al baño, se quitaría las braguitas y se quedaría ahí pasmada solo porque se lo dice un tipo, por muy espectacular que sea. No lo haría nadie, a lo mejor, algunas, pero no la mayoría de mujeres heterosexuales.

Tengo que hacer un informe de las ventas de este trimestre antes de terminar el día, pero no consigo concentrarme, no dejo de pensar en esta noche. Sigo excitada, muy excitada, ardo, pero no hay ninguna manguera con agua que me pueda calmar. Además, no dejo de preguntarme qué tipo de relación tengo, ¿puedo continuar teniendo sexo con otros? No es que mi vida sexual sea tan extensa, pero nunca se sabe cuándo va a aparecer un posible coito, pero ¿por qué me lo pregunto? Esta noche es mi turno, esta noche va a ser que sí; llegó finalmente el momento de demostrar que soy una leona con colmillos afilados y no una simple gatita. Tengo que prepararme para esta noche.

—¿Quién te va a tocar?

Me vuelvo en la silla y dirijo la mirada hacia Pedro, el único compañero que al parecer le gusta venir a molestarme a este rincón.

Lo miro sin saber qué decir. ¿He hablado en voz alta? ¿Qué he dicho? Trato de mirarlo con la misma indiferencia de siempre, pero la alarma de alto nivel de vergüenza de mi cuerpo está a punto de saltar.

—¿Qué quieres, Pedro?

He optado por la mejor opción, la de no saber. No quiero saber qué he dicho y qué narices ha escuchado él. Quiero que deje de molestarme, pero antes, me voy a aprovechar y lo utilizaré un rato.

—Siéntate, Pedro.

Sonrío para mis adentros. Me siento poderosa, he usado el mismo tono que empleó Álex conmigo la otra noche y, mira por dónde, Pedro se ha sentado sin rechistar. *Ten points* para mí.

Ya tengo a Pedro sentado, pero ¿ahora qué? ¿Le digo que vaya al cuarto de baño y se quite los calzoncillos? ¡No! Solo de imaginármelo se me destensan los muslos.

Miro a Pedro, está nervioso. Lo sé porque su bigote o, mejor dicho, la parte superior de su labio, pues pelo no tiene, está sudando. Sus ojos negros se mueven, nerviosos, de un lado al otro. ¿Qué estará pensando? ¿Creerá que lo voy a usar como un juguete?

—Pedro, mañana te quiero aquí a las nueve de la mañana, tenemos una conversación pendiente, ahora tengo trabajo.

Soy estúpida, lo sé. ¿Qué clase de persona hace que otra se siente para después hacer que se vaya? Ninguna, pero Pedro me hace caso sin rechistar. ¿Tengo la sartén por el mango? Me siento feliz, no estoy excitada, pero me gusta la sensación de poder y me pregunto si Álex siente lo mismo por mí.

¿Se excita conmigo o solo demuestra su poder?
Las dudas hacen que mi estómago se remueva.

—¿Estás viva?

Por teléfono, Carla parece estar realmente preocupada.

—Sí, ¿por qué? —pregunto, mientras me repaso las ingles por cuarta vez esta semana.

—No das señales de vida. No sales conmigo desde el jueves de la semana pasada. No mandas mensajes, no llamas, no pones estados en Facebook. ¿Te has echado novio?

Su pregunta me parece graciosa. No, no me he echado novio, pero tengo un conocido *buenorro* que me pone a mil. ¿Sirve de excusa?

—No... —contesto dudosa. No sé si quiero hablarle de Álex. Es mi amiga y sé que me escuchará y me aconsejará, pero no sé si quiero contar toda la historia en voz alta. Quizás, si hablo de ello, Carla haría que me lo pensara dos veces y, sin embargo, quiero ir esta noche para ver si de una vez por todas me toca de verdad.

—Estás mintiendo.

—Solo un poquito —admito, mientras me siento en la taza del váter.

—¿Estás en el baño? Es decir, ¿me mientes y, encima, osas mear en mi presencia?

Miro al cielo, Carla en ocasiones es demasiado catastrófica.

—Uno, no estoy en tu presencia y, dos, solo he mentido un poquito, nada de mentiras grandes. No tengo novio, pero he conocido a un hombre.

Aún debo ducharme, secarme el pelo, escoger un vestido que dé acceso a mis pechos y maquillarme como una leona, por lo que no tengo tiempo para esta conversación.

—Cuéntame —me pide emocionada y olvida lo de mear en su no-presencia.

—Ahora mismo me tengo que arreglar, te cuento mañana.

—No vas a colgarme.

Miro el teléfono y sonrío antes de colgar. Sabe que lo voy a hacer, no sé por qué se molesta en decir que no. Tengo prisa y tengo prioridades. Mañana ya le contaré.

Mi ducha tiene una radio incorporada; lo sé, es una pijada, pero me encanta. La música me sube el ánimo y más cuando estoy excitada, me refiero a la excitación por entusiasmo, no a la otra.

El portero del Tropical debe de estar sorprendido con mi presencia. Sé que ahora mismo estarán hablando sobre que nunca más me van a renovar el pase, pero hoy no van a quejarse, hoy voy a pedir una copa. No suelo hacerlo, la verdad, mi economía no me llega para salir tan a menudo o, mejor dicho, para beber tanto, pero hoy puede ser un gran día. Algo de alcohol me vendrá bien.

Para variar he llegado un poquito antes. En el rincón no hay nadie, así que decido ir a la barra. Una chica morena, guapa y con poca ropa me sonrío.

—Un *gin-tonic* —pido moviendo muchos los labios para que me entienda.

La chica sonrío de nuevo y da media vuelta, dejando a la vista el enorme tatuaje que tiene en la espalda. No logro descifrar qué es, inclino la cabeza hacia la derecha intentando seguir las líneas negras del dibujo, pero sigo sin verlo claro.

—No deberías beber alcohol, yo no follo con borrachas.

Álex está susurrándome al oído, está detrás de mí. Puedo notar su presencia, no hay espacio entre nuestros cuerpos. Quiero sacar un poco mi culo hacia atrás y comprobar si está duro, pero no lo hago. Al final sí, lo intento. Me rozo contra él y siento como sonrío, mientras su aliento acaricia de nuevo mi cuello.

Necesito saber que no soy solo su marioneta. Me vuelvo y, la verdad, que no sé cómo logro hacerlo porque tengo muy poco espacio para maniobrar. Así, de cerca, es mucho más guapo. Lo sé, suena empalagoso y cursi, pero es la verdad.

Mi sexo, cómo no, ya está en el proceso que yo llamo «dando palmas». Al parecer se alegra de ver a Don Mandón. ¡Yuju!

—Ah, pero... ¿vas a follar conmigo? —Mi pregunta le hace sonreír y su sonrisa es una bomba sexual. Sonrío de lado y un perfecto hoyuelo aparece en su mejilla—. Pensé que solo me ibas a tocar.

Remarco el *solo* como si esa palabra fuese el peor de los pecados. Lo hago con un susurro que intenta ser erótico.

No sé por qué digo esto. En realidad, quiero hacerlo con él, ya hemos pasado la fase de solo tocar; es más, esa fase ha sido extraña porque o me he tocado yo o él solo me ha tocado el muslo. Qué le vamos a hacer, soy así de fácil.

Sus ojos bajan hasta mi escote. Sí, hoy me he puesto un *push up*, tenía que llamar toda tu atención. Es la primera vez que veo a Álex fijarse en mí algo más. Siempre me molesta que se queden mirando mis pechos, pero en esta ocasión no quiero que pare de hacerlo.

Su mano toma mi cintura y me pega todavía más a él. Paquete, ¿dónde estás? No puedo concentrarme en su búsqueda, me encantaría, pero no puedo hacerlo porque sus labios, carnosos y apetecibles, se están acercando a mí.

¿Me va a besar? ¿Sí? No, ha cambiado de dirección y se dirigen a mi cuello. ¿Me va a besar el cuello? Debería saber que allí se encuentra un precioso interruptor de no retorno. Es así y, aunque en ocasiones me siento muy predecible, si me besas el cuello, mis piernas se abren.

Su camiseta de hilo, eso creo, es de un tono blanco roto. No es tan ajustada como las demás, pero tiene unos botoncitos desabrochados que dejan ver algo más su pecho.

—Nena —dice y, entonces, el proceso de humedad da inicio—, si te follo ahora y no estás preparada para ser una leona, no habrá más oportunidades.

Ya está con el tema de leona, gatita y sus tonterías varias. ¡Se va enterar!

Aprovecho que estamos pegados para que mi mano derecha baje hasta su entrepierna. No solo está algo erecto si no que aquí, Claudia, la leona, acaba de tomar posesión de su máspreciado tesoro. Y lo he hecho sin mapa y sin beso en el cuello.

Sus ojos se abren por completo.

No esperaba que yo moviera ficha, pero las leonas son así, no se las ve venir. Atacan a su presa y toman el mando.

—Regla número uno: en sitios públicos tienes que ser siempre una señora.

¡Manda narices!

Suelto su sexo, pero no me aparto. En distancias cortas soy algo más atrevida. Me arrimo a él. Yo también sé susurrar y dejar que mi aliento se expanda como una droga; yo también voy a jugar a ver quién arde primero.

Mi sexo se sacude de la excitación. ¡Traidor!

—Tú hablas de señoras en lugares públicos cuando me haces quitarme las braguitas.

Empleo el término braguitas porque «bragas» me suena vulgar; serán tonterías mías.

Sonríe, parece que hoy está algo más alegre.

—Caminas como una señora sin braguitas, cariño.

No sé si alguien habría apostado que esta noche ganaría la batalla, pero la verdad es que ya no puedo más, mi excitación es máxima. Me vuelvo, de forma extraña, tratando de rozarme con su cuerpo, y tomo el *gin- tonic*. Necesito algo fresco.

—Cuando termines tu copa, te estaré esperando fuera, en el coche.

No me da tiempo a reaccionar, se va sin más. Lo miro, es la primera vez, excluyendo el día en que yo intentaba hacer deporte, que pude apreciarlo de espaldas. Sus pantalones de color negro le quedan de muerte.

Coche, ¿vamos a tocarnos en el coche como adolescentes? No. ¿O sí?

Termino lo que queda de mi copa de un solo trago y, antes de salir, voy al baño y me quito las braguitas. Nunca pensé que caminar sin ellas sería tan excitante.

Soy una señora, una señora leona, una que camina en busca de su presa.

Capítulo 8

Salgo y le digo adiós al portero. Este sonrío. Sí, chico, sé que ya me tienes hasta cariño de tanto verme por aquí. Debería decirte que el cariño es mutuo, pero entonces mentiría. Me importas un comino.

En la calle de enfrente hay un taxi parado. ¿Me ha preparado otro puñetero taxi? ¿Me manda a casa por beber una mísera copa? Álex está de pie junto al vehículo. No pienso subir ahí, es humillante e, incluso, peor.

No estoy borracha, si quiere le soplo para que compruebe que no estoy borra-cha.

Cruzo la calle muy enfadada. Mis labios están fruncidos, los tengo bien apretados para no soltar la ristra de tacos vulgares que tengo en la punta de la lengua. Ante todo, soy una señora, sin ropa interior, pero una señora.

La calle está como siempre, muy transitada, tanto por extranjeros como por gente que busca la buena fiesta de Salou.

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —pregunto, dando a entender que no estoy de buen humor.

—Sube al taxi —me ordena Míster Mandón.

Hasta aquí hemos llegado, coloco mis brazos en jarras. Alzo la barbilla y enfrento su mirada. Observo sus ojos azules, parece no estar afectado por mi cambio de humor. Este hombretón no sabe lo que es verme enfadada.

—Sube al taxi, gatita.

¿Gatita? No voy a montar una escena, no pienso hacerlo. Así que saco del bolso mis braguitas negras de encaje y se las doy antes de subir al maldito taxi.

¿Quiere que me vaya? Me iré, pero sin mis bragas, ¡qué narices! Que se las quede de recuerdo. Maldito, ¿qué se ha creído?

Subo al coche odiándome, he sido una presa fácil. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! Me digo, sin pensar que él también se subiría al coche. ¿Nos vamos los dos? ¿A dónde?

—Roberto, por favor.

Álex no parece enfadado por haberle entregado mi ropa interior en medio de la calle, si bien es algo que las señoras no harían nunca. Roberto, que imagino es el taxista, sube la música y arranca el coche.

—Sácate las tetas.

Me quedo muerta, petrificada, alucinada y, cómo no, excitada. Humedad, ven a mí.

—Pero...

—No hay peros —me corta él tajante.

¿Un taxi es un lugar público? No quiero enseñar las tetas a Roberto. No quiero enseñar las tetas aquí, ¿tanto cuesta de asimilar?

—Roberto no va a mirar —aclarar él—. ¿Quieres continuar con lo nuestro o no?

«Lo nuestro», bonita forma de llamar a este camino de orgasmos autoproducidos.

Lo miro, sus ojos brillan. ¿Está excitado? Trago saliva sin saber qué hacer. Roberto conduce por una zona poco habitada y, por si fuera poco, el coche tiene los cristales de la parte de atrás tintados.

Estoy buscando todo tipo de excusas que justifiquen esta locura, así que lo hago, me saco los pechos, aunque con un pequeño esfuerzo, pues estos sostenes los sujetan bien y cuesta un infierno sacarlos.

Ya están fuera. Me muero de vergüenza, ahogada en mi extraña excitación.

Álex los mira con detenimiento. Álex, querido, son dos. Uno y dos.

—Sé que te dije que te tocaría, pero voy a ser bueno y te voy a dar a escoger. Esta noche pueden pasar dos cosas. Préstame atención. Solo una de esas dos cosas. O te toco o me tocas. Si te toco, tú no me tocarás; y si tú me tocas, yo no te tocaré.

Me quedo callada.

¿Eso es ser bueno? No quiero conocer la parte mala de Álex. O sí, por qué no.

Me ha quedado claro que hoy no habrá coito en el taxi, y esto me jode

porque voy con un vestido accesible y sin bragas, haciendo de la cópula algo fácil. ¿Por qué no lo tiene en cuenta? Ya estamos con las normas. ¿No puede, simplemente, dejarse llevar?

—¿Tocar? —pregunto con un hilo de voz.

¿Por qué la vida es tan injusta? Esto es el karma. Sé que rogué y pedí una y otra vez conocer a un hombre más sexual, pero esto es una condena, una jodida y eterna condena en un infierno calentito.

Tengo que meditar bien mi respuesta.

Si me toca (¡por fin!) yo disfrutaré, pero quizás él no lo haga. Si, en cambio, lo toco (¡por fin!) él disfrutará y yo... ¡También! Soy así, disfruto con el placer ajeno. ¿Soy rara? Seguramente sí, pero ahora no es momento para plantárselo.

Él continúa mirando mis pechos y yo no quiero pensar que estoy en la parte trasera de un taxi con las tetas fuera y sin bragas. Surrealista, lo sé, pero el vicio es así de perturbador.

—Tocarte —digo sin dudar.

Él sonrío, pero juraría haber visto una pequeña sorpresa en su mirada. Asiente a modo de respuesta.

—Tócame.

—¿Aquí? —pregunto anonadada. ¿En el taxi? Bueno, podemos hacerlo aquí, pero que Roberto pare y se vaya a dar una vuelta. ¡Vamos, Claudia! Las leonas no dudan. Es sexo, no es tu novio, no es tu futuro marido, no es tu amigo, es solo una bomba sexual con la que tú te desatas, punto y final.

No sé por dónde empezar.

Miro su entrepierna, obviamente sé que empezar por ahí sería lo más fácil, incluso siendo sincera es lo que más ansío, pero no. Yo sufro, él sufre. La nueva ley de igualdad de sexos.

Me coloco los pechos de nuevo en su sitio.

—¿Quién ha dicho que hagas eso?

—He escogido tocar, tú no tocas, tú no miras, tú no mandas.

Quiero que vea que a mí también me gusta mandar. Álex se queda callado.

Un taxi no es el lugar más cómodo del mundo, pero tengo que decir que, al menos, este es amplio.

Mis dedos repasan el contorno de sus labios para después bajar por su cuello. Sus ojos curiosos me miran. Le desabrocho la camisa. Odio los botoncitos. ¡Cuántas ganas tenía de verle el torso a este hombre!

Su pecho firme está cubierto por una fina capa de vello, algo que me parece

muy sexy y varonil. Él me mira, y eso me pone nerviosa. Está expectante, atento a mis movimientos. ¿Cree que no puedo sorprenderlo? ¿Se sabe superior?

—Quítate los pantalones.

Álex alza una ceja.

—Quítate los pantalones.

Se los quita desafiándome con la mirada, sé que todavía cree llevar el control, pero yo le voy a demostrar que no.

Sus calzoncillos, unos bóxer de color blanco, me sorprenden. Le quedan realmente bien y no dejan casi nada para la imaginación. Está duro y es grande. ¡Este hombre lo tiene todo!

Adoro el color blanco, podría ir siempre con bóxeres blancos y camiseta blanca. Sería una nueva moda sexual estilo ibicenco.

—¿Los señores llevan ropa interior?

Mi pregunta está cargada de dobles intenciones. El cazador ha sido cazado. Él mucho mandar, pero no predica con el ejemplo. ¿Qué tienes que decirme ahora?

—Yo nunca he dicho que sea un señor.

Su respuesta me deja sin palabras y, cómo no, ardiendo. Siempre lo consigue, siempre le da la vuelta a la tortilla. Sus palabras son húmedas, mejor dicho, sus palabras me humedecen.

Me quito el vestido. Tengo que admitir que este sujetador me queda realmente bien, tengo los pechos arriba y bien puestos.

—Gatita, hemos dicho que tocar, nada más, ¿recuerdas?

Le respondo con una sonrisa. En esta ocasión no me coge desprevenida. Tengo la situación bajo control.

—Lo sé, solo te voy a tocar, pero quiero que veas qué es lo que te pierdes con tus normas.

Él sonrío y, no solo eso, suelta también una sonora carcajada.

—¿Vas a tocarme hoy? ¿O vas a seguir con tu palabrería? Creo que se te está enfriando la cena.

¡Chulo prepotente!

Voy hasta él, arañeo con suavidad su pectoral, bajo hasta su ingle. Me acerco a su sexo, lo miro, lo toco con un solo dedo, este parece querer más porque se mueve inquieto.

Saco mi lengua y acaricio la punta.

—Hemos dicho tocar —comenta sin moverse.

—Te estoy tocando, y no me has dicho con qué.

No le doy tiempo a que hable o diga algo más, me lo llevo a la boca y juego con él, una y otra vez. Lo lamo, lo soplo, lo acaricio.

Sé que está disfrutando, aunque no lo diga, y me sorprende cuánto aguanta. Lo araño, lo succiono con todo mi empeño y este acto hace que me ponga a mil. Lo quiero dentro de mí, lo necesito. Ha pasado ya un buen rato, lo miro sorprendida, ninguno de mis anteriores amantes había durado tanto.

—¿Puedo montarte?

Él niega con la cabeza. ¿Por qué he preguntado? Lo sigo tocando.

—Cuando quieras puedes parar de tocarme.

—No —contesto con rotundidad—, tú todavía no has acabado.

—Cariño, las gatitas lamiendo no hacen que acabe.

Capítulo 9

*Cariño, las gatitas lamiendo no hacen que acabe.
Cariño, las gatitas lamiendo no hacen que acabe.
Cariño.*

¡Claudia, reacciona!

Alzo la mirada e intento que esta parezca la de un felino, uno grande y enfadado, no la de un lindo gatito enjaulado; no quiero que me tome por uno.

Puede que sea el rey de la excitación, el rey de las humedades, pero no es el rey del mundo, porque me acaba de cortar todo el maldito rollo.

Tengo ganas de morderle, de montarlo hasta que su boca se abra y suelte un sonoro grito de placer, pero no lo hago. Me aparto de él.

—Entiendo que esto le gustase a todos los hombres con los que has estado, realmente eres muy convincente y una chica muy aplicada.

¿Qué me está contando?

—Eres un gilipollas, ¿te lo han dicho alguna vez?

Sonríe, lo insulto y él sonríe. «Genial, no me asustas, gatita», parece decirme con la mirada.

—Voy a bajar del coche y me voy a tirar al primer tío que pase. Seguro que él lo aprecia mucho más que tú.

Su expresión no varía y mi amenaza es una mierda, una mierda enorme. ¿Qué demonios acabo de decir?

—Bien, ¿puedo mirar?

Le golpeo el pecho con cruda y burbujeante indignación. Tiene los santos cojones de preguntarme si puede mirar. Miro su sexo, está duro y brillante. ¿Le pone esta mísera discusión? ¡Puto!

—¿Qué? Buscas sexo normal, rutinario, quizás un poco más rudo, un poco más vulgar, pero es lo que buscas. No quieres nada diferente, cariño. Mira — dice señalando por la ventana—, ahí hay un grupo de chicos que tienen ese perfil.

No quiero mirar, si se propone humillarme no lo va a conseguir.

—Mira —insiste.

Miro por la ventana, y ahí hay un grupo de chicos haciendo el gamberro. Son jóvenes, demasiado jóvenes para mí. Sacudo la cabeza, pero él me toma por la nuca.

Estamos a tres calles del Tropical y esos parecen estar haciendo botellón. Estupendo, espero que, por lo menos, no me puedan ver.

—Me voy a saltar las normas por una sola vez.

Me quedo callada, no solo eso, creo que no estoy respirando. Mi corazón golpea fuerte, muy fuerte. No me he dado cuenta hasta ahora de que estoy a cuatro patas, pues era la única forma que tenía para poder mirar por la ventana.

¿Vamos a tener sexo? ¿Conseguiré que grite de placer?

Su mano baja por mi espalda.

—Roberto, para un momento aquí.

¡Roberto! Ni me acordaba de él. ¿Estará mirando? ¿Qué pensará de mí? ¡Dios! No puedo pararme a pensar porque la mano de Álex está llegando a mi trasero, pasa por él y toca mi sexo. No se adentra en él, ¿para qué? Lo acaricia una y otra vez, y esas caricias hacen que mi piel quemé de necesidad.

—Míralos, gatita, ¿ellos te harían esto? ¿Lo ves?

No puedo concentrarme en mirar. Los chicos están bebiendo alcohol, uno de ellos le grita algo obsceno a una chica que pasa por su lado. Son cuatro, o tres, no sé contar mientras Álex me toca.

No sé lo que veo, solo sé que quiero que me penetre y que se deje de tonterías.

—¿Quieres bajar, Claudia? ¿Qué tal si te ponemos el vestido y te dejamos aquí? ¿Te los tirarías, Claudia?

Niego con la cabeza.

—No te oigo.

¡Maldita sea!

—¡No! —digo en un tono bastante elevado.

—¿Por qué, Claudia? Estás ardiendo, estás necesitada. ¿Por qué no? Te vendría bien una buena montada. Si quieres puedo mirarte, es más, podrías chupármela mientras te lo hacen, Claudia.

—Quiero que me folles tú.

Se lo digo de verdad. Mi voz parece la de una mujer poseída. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué estaba diciéndome? Quiero salir de esta situación y obligarlo a que lo haga. ¡Dios! Ardo en llamas. Nunca había estado así, nunca, en toda mi vida.

Me siento sucia, pero excitada.

—No lo voy a hacer, Claudia. Hoy no, y lo sabes.

Aprieto los dientes con fuerza. Mis muslos tiemblan de necesidad, tengo la boca seca, mi corazón martillea como loco.

Sus dedos palmean mi sexo, son palmadas secas, no muy fuertes, pero hacen que todas las terminaciones nerviosas se declaren en alarma.

—Entonces, Claudia, ¿bajas y te los follas?

Me quedo callada.

—Vamos, mira —dice mientras su dedo entra en mi sexo. Noto la humedad, el calor y la pura necesidad.

Me aparto y lo miro fijamente.

Niego con la cabeza.

—¿No quieres? Entonces, ¿qué quieres?

Sin pensarlo dos veces tomo su sexo, lo tomo con decisión. Muevo la mano de arriba abajo. Él sonríe.

Dejo que la leona se asome y enseñe sus dientes.

Quiere que lo toque, lo haré.

Lo tocaré con mis garras.

—¿Qué tal tu noche? —pregunta Pedro, de nuevo.

Creo, y lo creo con total sinceridad, que este hombre no tiene variedad de vocabulario.

Se supone que tenía una conversación pendiente con él, y cuando me pregunta qué tal mi noche, a mi cabeza viene la imagen de mis pechos al aire en

la parte trasera de un taxi.

Es bochornoso, tengo vergüenza, pero todavía siento el placer que sentí en aquel puñetero momento. Creo, sinceramente, que cada vez que me suba a un taxi me excitaré. ¿En qué me estoy convirtiendo?

¿En una ninfómana? No, porque una ninfómana se tiraría a Pedro, y yo no lo haría nunca.

—Muy bien, Pedro —le digo, mientras lo analizo.

Pedro es compañero mío desde hace cinco años, precisamente los que llevo en esta empresa. No es muy alto, está muy delgado y siempre sonrío de una manera que, sin querer ofender, no puedo catalogar sino de estúpida.

Tiene una novia desde hace un par de años, o eso es lo que él cuenta, porque nadie la ha visto nunca.

Sus ojos de color miel me analizan, está inquieto. Quizás le gusto y yo no lo sabía. No me parece bien aprovecharme de esta situación de aparente superioridad, pero necesito descargar mis pensamientos en alguien y, sobre todo, necesito una opinión masculina.

—¿Alguna vez te has excitado con algo que no pensabas que te excitaría?

Pedro me mira de forma rara y me doy cuenta de que la he fastidiado. ¿En qué demonios estaba pensando? Le acabo de decir que me gusta el sexo y sí, es así, pero no debí haberle hecho esta pregunta. Ahora tengo que reaccionar.

Suelto una carcajada.

—Es una broma —miento vilmente—. Deberías ver qué cara has puesto.

Sus mejillas se vuelven de color rojo. ¿En qué estaría pensando?

—Ya puedes irte, Pedro —le digo con una sonrisa que espero que tenga una apariencia amable.

—Entonces... ¿esta era nuestra conversación pendiente?

¡Maldita idea! ¿Por qué dije que teníamos una conversación pendiente?

—¡Se me olvidaba! —digo falsamente.

Consejo del día: No uséis el mismo tono para mentir que para ser falsa. Son dos acciones completamente distintas y hay que separarlas.

—¿Te gustan los gatos?

Suelto la pregunta y me ruborizo. ¿Por qué he dicho eso? Leona, soy una leona, no una gatita callejera.

Él parece descolocado. ¿Qué esperaba? ¿Que lo invitara a tomar café o a cenar? ¿Esperaba una noche de sexo? Por favor, es impensable. Ya lo dice esa

norma no escrita según la cual nunca tienes que acostarte con compañeros de trabajo y menos todavía con los que no te atraen.

—No, no lo sé, tal vez.

Su respuesta es desconcertante.

—Está bien saberlo.

¡Vaya conversación más irracional! Vete, Pedro, Vete. No soy tu Heidi. ¿O Heidi estaba con Marcos? No, no, era Pedro.

Pero yo ni soy Heidi ni canto como ella.

—¿Me puedo ir? —pregunta el pobre desubicado.

Me aclaro la garganta.

Laralaralara hi hu.

¡No! Nada de canciones prehistóricas.

—Sí, Pedro, vete.

Miro el reloj, son las once de la mañana. Hora de hablar con Álex por teléfono. ¿Debo llamarlo? Anoche tuve una sensación extraña. Humillación, placer y mucho deseo. Me dijo que lo llamase, pero no sé si quiero seguir con esto. Querer, quiero, pero no sé dónde está mi límite y quiero tener un límite. No puedo rozar esos niveles de placer y hacer cualquier cosa. ¿O sí?

Mi teléfono suena. Es Álex.

¿Ahora es él el que llama?

Quizás, solo quizás, anoche vio potencial de leona en mí, pero ¡qué fácil de ilusionar soy!

Dudo, ¿atiendo o no?

—Hola—contesto desde mi mesa.

No sé por qué lo he hecho, simplemente mi mano ha cogido el teléfono y ha descolgado por voluntad propia. Es una mano viciosa y traidora. Miro a mi alrededor con la sensación de estar haciendo algo totalmente prohibido. Disimulo mirando la pantalla del ordenador y moviendo el ratón sin sentido aparente. ¿Cómo me he atrevido a atenderle?

—No me has llamado —anuncia con tono neutro; no parece estar enfadado, aunque no tengo un máster de cómo es posible saber si alguien está enfadado tan solo con el tono neutral de su voz.

—Solo han pasado tres minutos de las once —le informo algo molesta. Debe asumir que tengo mi vida, por muy rutinaria que sea, aparte de sus actividades sexuales—, me temo que eres un poco impaciente.

Álex no contesta. Quizás el macho ibérico se ha desinflado, quizás el cazador es, en realidad, un lindo gatito. No, no puede serlo. Él terminó con un orgasmo, un largo y placentero orgasmo, y yo, en cambio, acabé algo humillada y bastante húmeda. Sabe lo que hace y ha conseguido que yo no pare de pensar en cómo sería hacerlo con él. Es un sucio creador de ilusiones.

—Entiendo, al parecer para ti soy un hombre impaciente. ¿Eso crees?

—Sí —añado sin creerlo, pero tengo ganas de ver cómo reacciona. Vamos, enseña los dientes, pequeño gatito.

—¿Estás en tu mesa, Claudia?

El vello de todo mi cuerpo se pone de punta. ¿Cómo lo sabe? Noto un latigazo de excitación en mi sexo, pero en este momento es secundario. ¿Quién narices es Álex? ¿Me está mirando? ¿Hay cámaras en mi oficina? Miro mi ordenador portátil y, corriendo, tapo la cámara con un dedo. ¿Habría hackeado mi cuenta?

No, no lo ha hecho. Saco el chicle que estoy mascando y lo pego encima del objetivo de la cámara, solo por si acaso.

Miro a mi alrededor. ¿Con quién demonios estoy jugando? ¿Y si es uno de los jefazos? Seguro que me chantajeará para el resto de mi vida, seré algo así como su esclava sexual. Suena aterrador y, a la vez, excitante.

Tengo ganas de llorar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto con un susurro cargado de terror.

—Oigo ruido, imagino que no estarás en el lavabo.

Mierda, tiene su lógica.

La idea del jefe malo es una falsa alarma, también lo del *hacker*, aunque el chicle se queda ahí de momento.

—¿Cómo vas vestida, Claudia?

Dudo si contestar, todavía estoy en *shock*. En realidad, no conozco para nada a Álex, sé que es guapo, que tiene buen cuerpo, que es un mandón, un chulo, un prepotente, que es asiduo al Tropical desde hace unos días y nada más. No tengo más información.

¿De qué trabaja? ¿Cuántos años tiene? ¿Tiene antecedentes penales?

—¿Dónde trabajas, Álex?

—Cambio de tema, veo. Al parecer hoy mi querida Claudia se ha despertado

fría. ¿Ya no quieres jugar, Claudia?

Fría, dice. ¡Ja! Hasta mi silla arde cuando su nombre aparece en la pantalla de mi teléfono, pero necesito más información.

—No es eso. Para seguir jugando necesito saber algo más de ti —miro a mi alrededor, y hablo con un tono de voz cada vez más bajo, no quiero que me oigan—. ¿Estas casado? ¿Dé que trabajas? ¿Eres un violador?

Su carcajada resuena en el auricular del teléfono. No sé por qué se ríe, es un tema serio, muy serio. Me aparto el teléfono del oído y miro a mis compañeros. Todos parecen estar concentrados, sorprende lo buenos trabajadores que son.

—Solo te he metido un dedo y quiero remarcar que, al parecer, estabas disfrutando con ello. Que yo sepa, eso no es una violación. Y mira, podría haberlo hecho cuando te sacaste las tetas rogando que te follase, estoy seguro de que incluso lo habrías hecho en el Tropical con lo húmeda y desesperada que estás.

Álex está enfadado y no sé por qué. ¿Por lo de violador?

¡Manda narices!

Me duelen sus palabras. Siento como mis mejillas arden por la vergüenza. Es cruel. No quiero llorar, aunque la rabia hace que mis ojos se humedezcan.

—Perdón por lo de violador, veo que no tienes sentido del humor.

—¿Sentido del humor? —pregunta lleno de sarcasmo. Su tono sigue siendo frío, no hay nada de sexualidad en él—, tú eres la que cree que porque un hombre no se te tire debe de tener un pero.

Quiero contestarle, quiero chillarle. Está sacando todo de quicio. Debe de haberse levantado con el pie izquierdo. Me pongo en pie con demasiado impulso y la silla se desliza hacia atrás. Fantástico, estoy armando un escándalo. Me dirijo al baño con paso ligero. Mis ojos están húmedos, lo noto porque me escuecen.

—Voy al lavabo —le anuncio entre dientes.

—Por mí no lo hagas.

¡Será cabezota! Aquí hay que jugar con sus reglas y ya está. Solo se admite lo que él quiere y punto; esta mierda de juego es así.

Entro en el lavabo y cierro la puerta con un sonoro portazo. ¿Qué más da? Todos se han dado cuenta de que algo me pasaba. ¡Maldita sea!

—¿¿Te estás oyendo?? —le pregunto alzando mi tono de voz, frustrada—. ¿Por qué te molesta tanto que quiera saber algo más de ti? No soy una acosadora, simplemente necesito algo de confianza para seguir con esto.

Su risa se expande. Es una risa que podría describir como cruel. No da miedo, pero sí mucha rabia. Camino en círculos por el baño, siento como la cólera navega por mis venas; empiezo a marearme.

Me miro en el espejo, tengo las mejillas rojas, el pecho también. Toda yo soy un saco de nervios e ira.

—¿Saber si estoy casado te va hacer sentir mejor? ¿Te hará tener más confianza en mí? ¿Por qué? Tú y yo solo somos amigos, solo estamos teniendo sexo. No quieres una relación. Solo sexo. Eso es lo que me dijiste. Yo hasta ahora he sido sincero, mírate antes de acusar a los demás.

—No te he acusado, solo he preguntado. No quiero una relación contigo. ¿De eso tienes miedo? Quiero tener sexo, pero no con hombres casados. Es una cuestión de principios.

Otra carcajada, y esta me molesta de verdad. Resoplo una y otra vez intentando sacar de mí toda la rabia que tengo. ¿Por qué siempre le da la vuelta a todo? No somos amigos, los amigos se conocen. ¡Joder! No puede ser, incluso teniendo solo sexo, hay problemas.

—Principios. Bien. No estoy casado. No soy un violador. Trabajo en una multinacional. Tengo treinta y cinco años. Estoy sano. ¡Eso! ¡Por Dios! Eso es lo que te tendría que haber preocupado. Si quieres seguir con esto y vas en serio, me lo tendrás que demostrar de alguna forma. —Hace una pausa, pero yo todavía estoy asimilando qué pasa con su salud—. Me vas a escribir un correo todas las mañanas cuando llegues al trabajo, en el que me dirás cómo vas vestida y qué has sentido cuando los demás hombres te han mirado. Vas a estar depilada siempre. Puedes tener sexo con otras personas si es lo que deseas, pero si lo haces, me lo detallarás todo con pelos y señales. Creía que estabas un paso más adelante de todo esto, pero veo que no. Has retrocedido, gatita.

—Yo te dije que quería sexo, no que me controlases.

Oh, luego dicen que no, pero cuánto daño ha hecho ese cuarto rojo del dolor. ¿De verdad cree que ese es el sexo que estoy buscando? Está equivocado, muy equivocado.

—Vale, señorita, quieres sexo; no haces más que repetir que quieres sexo. Al parecer no eres lo que yo pensaba, Claudia; por lo que, si eso es lo que deseas, búscate a otro, cariño.

—Claro que lo haré.

La línea se queda en silencio. Ha colgado. No me inmuto, sus palabras parecían cuchillos afilados. ¿En serio hemos discutido? ¿En serio hemos roto o

lo que sea que hayamos hecho?

Estoy enfadada, en realidad, enfadada no es la palabra adecuada. Estoy alucinada. Álex aparece de la nada, más bien yo lo abordé, pero él me estaba buscando con esa mirada perdida en el rincón oscuro con su copa llena. ¡Se estaba haciendo el interesante! Sí, un tópico, pero yo caí como cualquier mujer con las hormonas alteradas.

Después me persiguió en mi día del deporte mensual, me provocó y acabé en un taxi practicando sexo oral.

¿En qué me he convertido?

Búscate a otro, me ha dicho.

Búscate a otro.

Busca, gatita, busca.

Capítulo 10

Un, dos, tres, yo me calmaré y todos lo veréis.

Un, dos, tres.

¡A la mierda!

Las técnicas de relajación baratas no funcionan. Tengo que centrarme y volver al trabajo. Me toca ir hasta mi rincón, después del largo pasillo de mesas y ojos avizores. Tú puedes.

Voy hasta la mesa, me están mirando. ¿Cómo no van a hacerlo? He caminado a toda prisa, manteniendo por teléfono una conversación acalorada, he dado un sonoro portazo, que por unos míseros segundos me ha hecho sentir mejor, y ahora soy el foco de atención.

Puedo ver por el rabillo del ojo cómo Pedro me mira desde la fotocopidora. No quiero que me observen, pero ¿cómo no lo van a hacer? Hoy, encima, me he vestido de forma provocativa. ¿Para qué leches le hago caso? ¿Para parecer una rarita buscona, esa que lee porno? ¡Diablos! Ahora seré una presa de cinco contra uno.

Cuando por fin me siento, me doy cuenta de que mi respiración se ha vuelto a detener. ¿Por qué tengo esa extraña manía? Cuando me pongo nerviosa y cuando me sacan de quicio, dejo de respirar. Sí, soy así de rarita.

Claudia, la rarita. La que lee, la que vive sola, la que viste a rayas y lunares. Pero ¿qué esperan? Tenía que vestir sexy, y siempre lo hago; y eso que todos mis vestidos fáciles de quitar estaban en la lavadora, ese aparato diabólico que

pongo una vez a la semana. Así que hoy me he puesto una falda a rayas, bonita, claro, pero que me hace algo más gorda y, sobre todo, me ensancha el culo, pero eso es bueno, ¿no? Y para que conjuntara, solo tenía una camisa de topos, sexy, medio transparente, pero de topos.

En definitiva, miro la pantalla del ordenador sintiéndome el payaso del anuncio del detergente.

Tengo que concentrarme en trabajar, para eso me pagan; no para tener orgasmos en el lavabo.

Abro un documento nuevo de Word y me dispongo a hacer el maldito informe que tengo que entregar a última hora. Tecleo la fecha cuando, de pronto, noto la presencia de alguien a mi espalda.

—¿Qué? —ladro sin mirar quién diablos es.

—¿Tienes un chicle pegado en la pantalla?

Maldito chicle antiespías. Lo ignoro, pero él permanece ahí, tras de mí, con su colonia barata.

—Pedro, el itinerario de la fotocopidora hasta tu mesa no pasa por aquí.

Quiero añadir un «cariño» de coletilla, pero no estoy de humor para regalar palabras cariñosas. Además de que no quiero crear falsas esperanzas, estoy con falda en un territorio noventa y nueve por ciento masculino.

—Pareces enfadada —añade él en un tono bajo, ¿tiene miedo? Quizás debería tenerlo. ¿En qué mundo vive? Si ve que estoy enfadada no sé por qué asume el riesgo de venir y preguntarme. No quiero a nadie a mi alrededor. Y *nadie* lo incluye a él.

—Sí, y no quiero hablar contigo.

No puedo negar lo evidente.

—Vale, pero te vendría bien hablarlo con alguien.

Miro a Pedro, y mi mirada es lo suficientemente clara como para que no se acerque a mi mesa en lo que queda de mes.

—Se ha terminado —anuncio tajantemente mientras me siento en el sofá. Me he provisto de todo tipo de comida basura: patatas, frutos secos y refrescos. Todos colocados al alcance de la mano para no tener que mover el culo hasta la cocina barra comedor barra recibidor.

—¿El qué? ¿El papel de váter? —pregunta Carla desde el otro lado de la

línea. Odio que se ponga en modo graciosa. No tiene gracia, bueno quizás sí, cuando está borracha, pero ahora no.

—Mi relación. Estoy muy enfadada. —No añado lo de frustrada porque tengo algo de orgullo todavía.

—¡Tienes novio! Dijiste que no, sucia traidora.

—No era mi novio —me excuso de forma rápida—, era una follamigo, pero algo más complicado porque follar, no hemos follado, y amigo, lo que se dice amigo, tampoco era. Se podría decir que era un conocido con tensión sexual.

Oigo un bocinazo, Carla debe de estar conduciendo. Un día se matará si sigue conduciendo y hablando a la vez.

Dios, ¿cómo ha pasado esto? Alejo el teléfono de mi cara y miro la pantalla. No tengo ninguna llamada perdida ni ningún mensaje. Sé que es patético, incluso rastrero, pero tengo la esperanza de que Álex recapacite. No hice nada malo.

—A ver, Claudia, no es tu novio, no habéis follado... Ese es tu problema. ¿Qué esperabas? ¿Llegar virgen a la relación de amistad? No lo entiendo. ¡Gilipollas!

Me quedo de piedra.

—El *gilipollas* no iba por ti.

Un par de bocinazos más.

No sé si tengo ganas de explicarlo, pero sé que me vendrá bien sacarlo. Lo primero que hay que hacer para dejar una etapa atrás es hablar de ello en voz alta y asumir lo bajo que has caído.

Tocan al timbre.

¿Quién osa molestarme? No quiero ninguna visita, tan solo quiero llorar mis penas. Una parte de mí piensa en Álex. Quizás ha venido hasta aquí, se supone que no sabe mi dirección, pero como me lo encontré corriendo, todo es posible. ¡Sí! Vendrá, entrará por esa puerta y por fin me hará lo que llevo deseando desde el primer día que lo vi.

Me levanto y voy hasta la puerta corriendo, totalmente decidida a asaltarlo en cuanto cruce la puerta, cuando la cordura me frena.

No, Claudia, esto tiene que terminar aquí.

Ese hombre se quiere convertir en un ser controlador, aparte de mandón, chulo y prepotente. No puedo continuar con esto.

—Ábreme la puerta.

Carla, es Carla. ¡Qué desilusión! ¿Cómo ha llegado tan pronto? Ni si quiera

la he invitado a venir. ¡Maldición! Abro la puerta, pero no la miro a la cara, no le doy dos besos. Voy hasta el sofá y me dejo caer en él.

—¿Rayas y topos? ¿En serio?

Su pregunta no me afecta. Sé que no pegan, pero me da igual. Estoy enfadada con el mundo. Y los demás mundanos deben sufrir las consecuencias.

—Cuéntame, ¿quién es ese tu no-novio, no-amigo?

—¿Juras no juzgarme? —pregunto mirándola a los ojos.

Carla alza su fina ceja a modo de respuesta. Sé que no debería dudar de ella, lo sabe todo sobre mí, y yo sé todo sobre ella, incluida aquella vez que se lió con una chica para despejar dudas.

Siempre hemos confiado la una en la otra. Siempre, pero con Álex tengo esa pequeña duda, porque en el fondo sé que me he convertido en una guarrilla dos punto cero.

—Tranquila, no juzgaré tu mal gusto a la hora de vestir.

Levanto la mirada. Omitiré la información de que esta indumentaria ha sido mi intento de ir sexy al trabajo porque seguro que me tira por la ventana.

Carla es la mujer más sexy que conozco. En realidad, lo es cuando está maquillada; cuando está de ir por casa es la antítesis.

Me está mirando expectante con sus labios de color rosa fucsia. Desde aquí puedo verle el diamante tan *cuqui* que se ha puesto en el diente.

—Se llama Álex y está muy bueno.

Ella asiente con la cabeza al tiempo que entrecierra los ojos. Algo parece no cuadrarle. Cruza sus largas piernas y con su mirada de tonos turquesas me pide más información.

—¿Cuál es el problema? ¿No te gusta su nombre? ¡Venga, ya! Dispara.

Trago saliva y cambio de posición. Me inclino hacia delante, abro una lata de Coca-Cola y bebo un eterno trago. Necesito cafeína en vena para lo que tengo que decir.

—He hecho guarradas con él.

No he encontrado otro término más adecuado para resumir mi no-relación con Álex. Ahora sé por qué no quería hablar de esto en voz alta, porque es penoso; más aún, es surrealista.

—A ver —me contesta mientras descruza las piernas—, me dices que no has follado, pero que has hecho guarradas. Me estás asustando. ¿Te ha grabado? ¿Qué has hecho? ¡Habla, perra!

Me pongo en pie intentando que mi horrible vestimenta haga que Carla

dirija en ella su atención y no en mi oscuro relato. Allá voy, lo voy a contar. Intento resumirlo lo mejor que puedo, pero es realmente difícil hacerlo.

—Sabes que estoy pasando una mala racha con los hombres, y decidí probar algo nuevo.

—Un momento —me corta alzándose ella también—, dime que no has ido a un prostíbulo o a un sitio de esos de intercambio de parejas.

La miro durante un segundo y niego con la cabeza.

—Qué va, fui al Tropical.

—¿Al Tropical? —pregunta, claramente defraudada por mi respuesta. Se deja caer de nuevo en el sofá y coge una de las bolsas de patatas fritas—. Sigue. Creo que no me va interesar en absoluto tu gran historia. Realmente pintaba bien, pero... ¿El Tropical? ¿Hola?

—Conocí a un hombre mientras estaba borracha y le dije que los tíos buenos no se lo montaban bien.

—¿En serio? —pregunta con una sonrisa al mismo tiempo que come, poniendo así una extraña mueca—, no sé por qué saliste sola, siempre vamos juntas de cacería.

Por eso, Carla, por eso. Siempre vamos juntas de cacería y no cazamos una mierda. Siempre una encuentra un chico interesante, pero a la otra no le gusta ninguno de sus amigos y claro... ¿qué clase de amiga deja a la otra tirada mientras se va con un tío que acaba de conocer? Y esto pasa una noche tras otra, así que el otro día dije que hasta aquí habíamos llegado y que tenía que hacer algo, por lo que fui sola al Tropical y conocí a Álex, el domador de gatitas.

—¿Te sigo contando o no? —pregunto impaciente, ella asiente con una mueca de fastidio—. Al día siguiente me lo encontré haciendo *footing*.

Carla me mira con el ceño fruncido, dándome a entender que sabe que no hago *footing*, que yo soy más de *trotting*, pero parece no querer interrumpirme más.

—Total, me preguntó qué buscaba, si una relación o sexo.

Lo más normal. ¿Verdad? Parece surrealista, lo sé, pero fue así. No puedo decir nada más.

Carla sonrío a medias, no sé qué estará pensando, pero no tardará en decírmelo. La miro, su maquillaje es perfecto, su camisa de cuadros rosa está atada a su cintura. Viste unos vaqueros cortos, pero de tiro alto; unas botas veraniegas, de estas que enseñan un par de dedos de los pies. En definitiva, Carla un diez y yo un menos veinte en atuendo.

—Sigue —me anima o, mejor dicho, me mete prisa, aunque ella sigue zampando patatas de forma no particularmente fina. Alguien debería decirle que no se habla mientras se come.

—Le dije que quería sexo; bueno, se lo dije al día siguiente cuando lo llamé y quedamos por la noche.

Las pestañas triple XL de Carla parpadean, pero no añade ningún comentario, mientras yo me preparo para contar lo más interesante de la relación, es decir, ese momento en que yo y mis bragas somos las protagonistas.

Me siento, no tengo ganas de que me imagine mientras se lo cuento.

—Me hizo ir al baño y me dijo que me quitara las braguitas.

Vuelvo al término «braguitas», parece que suaviza el tema. La cara de Carla no se inmuta, no pestañea, no habla. ¿Qué hago? ¿Continúo? Sí, es lo que tengo que hacer, porque en estos casos lo mejor es soltarlo todo, ya habrá tiempo después para analizar mi grado de locura y ninfomanía.

—Y después de sentarme y preguntarme qué tal, me dijo que me fuera, que nos veríamos al día siguiente. Al día siguiente otra vez me hizo ir al lavabo y me dijo que me tocara; después me mandó de nuevo para casa.

La mano derecha de Carla, con su perfecta manicura, se levanta. Sus ojos están cerrados, parece necesitar un momento para respirar. Lo hace, profundamente, y noto como las aletas de su preciosa y pequeña nariz se agitan. Está enfadada o algo por el estilo.

—Me estás diciendo que tu cita se basó en ir al baño y quitarte la ropa interior. ¡Joder, Claudia! ¿Por qué volviste?

Me quedo callada. ¿Lo digo o no lo digo? Mis mejillas arden, mi garganta se seca. Necesito más Coca-Cola. Bebo otro trago y la miro. Su mirada está puesta en la mía, noto la presión por no haberle contestado todavía.

Me humedezco los labios.

—Porque me gustó.

Lo he dicho, así se hace. Acabo de admitir que me gustó ir al baño y quitarme las braguitas.

Mis piernas se mueven inquietas.

—Claudia, ve al baño y quítate las braguitas.

—¡Vete a la mierda! —le contesto y le atizo con un cojín.

Se ríe, antes de preguntarme.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho mal? ¿Tiene que ser un hombre el que te lo diga? ¿Quieres que le diga a tu querido portero que te lo pida?

—¡NO! —grito, asqueada con solo pensarlo—. No, por favor, no.

—Bien, no sé si quiero saber lo siguiente, pero me arriesgaré. Un día te quitaste la ropa interior, otro te tocaste en un baño público, qué digo, en el baño del Tropical, con todos los gérmenes y sémenes rondando... incluso hasta puede que estés embarazada ¿y después?, ¿qué pasó después?

Visto así no me parece tan erótico, pero creo recordar que lo fue.

Porque lo fue, o al menos eso creo, pero no sé, ahora dudo, dudo de todo. Era tanta mi necesidad que llegué a pensar que fue erótico cuando, en realidad, no lo fue en absoluto.

—Bueno, hablamos por teléfono. —No le pienso decir que me toqué las tetas en el trabajo, no necesita saberlo—. Y quedamos de nuevo. Esta vez en un taxi, en la parte de atrás.

¡Madre mía! Cada vez que hablo, sube el pan. ¡Qué historia de pacotilla! ¿Qué me ha hecho? ¿Me ha drogado? Soy una cerda.

Carla levanta cada vez más las cejas y me mira esperando que siga. Puede que mi historia sea de pacotilla, pero aquí hay una que quiere saberla entera.

Me aclaro la garganta, intentando parecer una narradora interesante.

—Me dijo que escogiera: o me tocaba él o lo tocaba yo.

Lo sé, me he dejado varios detalles, no he contado que estaba el conductor, ni tampoco que estábamos dando vueltas por Salou y que yo llevaba los pechos fuera del sujetador, pero la esencia de lo que sucedió está ahí en el relato, porque lo importante era eso, decidir si tocar o ser tocado.

—Y fuiste tan tonta que decidiste tocar. ¿Verdad?

La miro callada. ¿Qué problema hay en tocar?

—Claudia, te manda que te quites las braguitas, te manda que te toques y, encima, vas y le tocas tú. Haberte tumbado y que el tío trabaje. ¡Así va España!

Tiene razón, pero no fue así. Ahora viene el bochorno. Lo de que la gatita... aunque me lo puedo saltar.

—Total, que pasó eso. Lo toqué y al día siguiente discutimos. Y fin.

—Espera, espera. Le tocaste y discutisteis. ¿Por qué?

—Porque es raro —respondo.

—Ah, es raro, y te das cuenta, ¿cuándo? ¿Cuando no te habías quedado embarazada por tocarle? ¡Venga ya! ¿Te has enamorado? Empezaste con celos, preguntas tontas y demás. Lo estoy viendo, pensaste: lo he tocado es mío, mi tesoro...

Odio que piense esto. No me he enamorado. Quizás pregunté si estaba

casado, pero él no solo quiere controlarme, sino mandar y preguntar él, y no pasa nada, pero, si lo hago yo, está mal.

—No estoy enamorada. Voy a pasar página. Necesito un polvo.

Y, después, quizás, le envió a Álex un mensaje contándole con pelos y señales cómo fue, qué pasó y demás.

¡No! Eso estaría mal. Sería ruin.

—Salgamos de fiesta —dice Carla, animada, y me parece una buena idea—. ¿Vamos al Tropical?

¡Perra!

Pero ¿por qué no?

Capítulo 11

Mucho perra, mucho perra, pero aquí estamos.

De nuevo en el Tropical y, como era de esperar, el portero me mira y se ríe. No sonrío, no, se ríe amplia y sonoramente. Quizás podría fingir que estoy enamorada de él, es grande, calvo y fuerte. No es para nada mi tipo, pero seguro que se lo monta bien. Por favor, me digo, debo dejar de analizar a los hombres de esta manera. Eso no me llevará a buen puerto.

Le saludo con una sonrisa propia de una pava y me humedezco los labios. Humedezco los de arriba y los de abajo, pero no, no puedo hacerlo, es calvo, me recuerdo, y, sin embargo, lo hago, porque nunca se sabe cuándo lo voy a necesitar, por lo que un pequeño coqueteo nunca va mal.

—Empiezas a asustarme —me susurra Carla al oído sin dejar de sonreír. Está en todo. Niego con la cabeza, pero no dejo de mirar al hombre de forma descarada y, la vez, medio avergonzada. Se sorprende de lo buena actriz que soy.

Entramos en el Tropical y no puedo evitar sentir un nudo en el estómago. Soy así de estúpida. No quiero verlo, me digo, pero sé que es una mentira, en realidad, quiero verlo y quiero que él me vea y me desee... Quiero que venga y me diga que me siente frente a él; quiero que me toque, que de una puñetera vez me folle. Eso es lo que quiero, pero nunca lo admitiré en voz alta.

Esta noche, como si fuera un acto de rebeldía, he venido en pantalón. Nada de vestidos accesibles, algo realmente estúpido, porque, si bien la idea de esta noche es ligar con otro que no sea ese de ojos azules, me siento algo más

decente con pantalones. A fin de cuentas, también las mujeres decentes quieren follar.

Eso sí, me he puesto los tacones alza-culos. Vaqueros, tacones y un top negro de palabra de honor, que no me queda espectacularmente bien.

No miro el rincón oscuro, voy directamente hasta la barra y dejo que mi cuerpo siga el ritmo de la música. Carla ha peinado su melena estilo leona y se ha embutido en una minifalda, tan corta como un cinturón y, por encima, lleva una blusa negra transparente. Ella, al contrario que yo, ha escogido ser la No Decente que quiere follar.

Pedimos un par de copas y nos miramos a los ojos.

—Hoy mojas, Claudia —dice ella segura de sí misma.

Y yo pienso que es una zorra, con cariño, pero una zorra. Ella no ha venido vestida para ser la amiga que acompaña, no, ha venido para comerse todo Salou. Así que esta noche seré yo la amiga que se queda de farol, alumbrando a los tortolitos o dando conversación al amigo feo.

Lo peor de los amigos feos es que no son conscientes de que lo son, y no hacen otra cosa que chulearte una y otra vez, pensando que tus bragas tienen su nombre bordado. No, hoy no quiero ser la amiga que se queda mirando, así que alzo la copa y brindo.

—¡Por esta noche!

Es un brindis absurdo, pero no tengo ninguna idea mejor.

Se nota que es verano, el local está a reventar, y la cola para entrar dobla la esquina. Me muevo al ritmo de la música y sonrío. Mis caderas chocan con las de Carla y ella coloca para fuera sus morritos, que lleva pintados de color rojo. Rojo para marcar pollas, como seguramente dirá ella cuando su estado de embriaguez aumente, porque Carla, cuando está borracha, siempre termina diciendo lo mismo.

Un grupo de chicos se nos acerca. Los analizo por el rabillo del ojo. Son feos, niego con la cabeza, mirando a Carla, que me guiña el ojo. Seguimos moviéndonos, intentando crear nuestra propia burbuja, pero ellos no lo captan. Son así. Y uno de ellos, el más valiente, se aproxima. Podría ir a saludar a Carla alias leona, pero no, va a por mí. Quizás cree que soy más accesible por mis vaqueros. ¡Maldito!

—Hola, guapa —saluda, acercando su boca demasiado a mi oído.

Sé que supuestamente lo hace porque la música está alta y es como se supone que se procede para hablar en las pistas de las discotecas, pero no hace

falta que jadee después. Su aliento no tiene efecto en mí.

—¿Qué haces?

Pregunta estúpida donde las haya.

¿Qué haces? ¿Hola? ¿No me ves? Estoy bailando en una discoteca. Lo miro dejando que mi expresión deje claro que no quiero entablar una conversación con él, pero sigue acercándose.

—¿Eres de aquí?

Su boca, de nuevo, invade todo mi espacio personal y no es para nada apetecible. Trago saliva y fijo mi mirada en él. Tendrá unos veinticinco o así, es alto, delgado. Sonríe y me doy cuenta, de forma algo cruel, de que sus dos paletas son enormes. Me fijo en que sus ojos son oscuros y su delgadez extrema hace que sus pómulos sobresalgan. Tengo que dejar de observarlo tanto, me digo, o pensará que me gusta.

—Bien —digo más para mí que para él—, vamos a dejar una cosa clara. Entre tú y yo debe haber dos palmos. ¿Comprendes?

Él se acerca más, y yo extendiendo las manos y coloco dos palmas entre nosotros. Sus ojos parecen captar la idea, y su expresión cambia. Pobre, le he roto el corazón. Sus amigos se ríen y os aseguro que mi intención no era esa, pero sin querer también suelto una pequeña risita. Soy cruel, una mujer cruel.

Voy hasta la barra y pido otra copa. A este paso me voy a arruinar. Mi alquiler no es muy caro, pero mi sueldo es más que básico. Tendré que comer huevos y patatas fritas toda la semana como me tome un par de copas más.

La camarera limpia la barra antes de servirme la copa.

Cojo una de esas pajitas negras que tanto me gustan, porque hacen que mi copa dure algo más. Todo sea por ahorrar.

¿Dónde está Carla? ¡Maldita sea! Carla sonríe, mientras un tipo le habla al oído. Por la expresión de sus ojos, le gusta lo que le está diciendo.

En un acto reflejo intento mirar quién es el tipo que tiene enterrada su cara en el cuello de mi amiga. ¿Será Álex? Mi corazón late con fuerza. Me acerco a ellos, con una sonrisa falsa instalada en la cara.

El tío, muy cansino, no levanta la cabeza, es moreno, por lo que no es Álex. ¡Soy patética! ¿Qué pasa?, ¿acaso solo Álex puede poner caliente a todo el mundo? *No, hay más hombres, Claudia.*

Tomo mi pajita y bebo. Carla parece haber encontrado una presa.

Bien por ella. Al parecer Carla va a mojar, y ni siquiera me deja a mí al amigo feo. ¡Maravilloso! Necesito ir al baño, no me molesto en avisar a Carla,

está demasiado ocupada gimiendo con la boca fruncida.

Me dirijo al lavabo y lo veo. Sentado en el sillón está Álex. Estoy decidida, voy a ir hacia él y le voy a decir cuatro cosas, cuando me doy cuenta de que hay una chica sentada a su lado; pero, si ese es MI sillón.

Ya me ha reemplazado.

¿Eso he sido en su vida? ¿Una más en su agenda de gatitas?

Cierro los puños, que podrían romper dientes si hiciera falta.

La está mirando de esa forma penetrante, se la está follando con la mirada. Dudo qué hacer, ¿me siento con ellos y digo algo como «Álex, cariño, no llevo bragas» o simplemente me encierro en el baño y lloro?

¡A la porra! Tengo que olvidar a ese hombre, es tóxico. Tengo que olvidarle, a él y a su oscura tentación. La mujer se levanta y se dirige al lavabo, contoneando sus caderas de Barbie. Aprovecho para hacer una maldita locura. Me siento en el sillón, mi sillón blandito, y lo miro.

—Hola, nene —saludo con toda la ironía que puedo recopilar.

—Hola, nena.

Mierda, no es él. Definitivamente veo mal de lejos. Se le parece mucho, tiene el cabello castaño clarito y los ojos azules. Es guapo también, pero no es él.

—Perdón, me he equivocado de persona —digo, muerta de vergüenza, y me pongo en pie. Él me mira de forma descarada de arriba abajo. Su lengua sale y se humedece el labio inferior para después pegarle un bocado.

Me vuelvo, sin decir nada más cuando me choco con un pecho duro.

—¿Ya has encontrado a otro?

Mis labios se humedecen y esta vez sí son los de la parte inferior de mi cuerpo.

No hay nada más digno en este tipo de situaciones que hacerse la sorda. Creedme, es lo mejor.

—¿Perdón? —pregunto, pero mi voz traicionera tiembla.

Maldita sea, menos mal que no he terminado gimiendo como una desesperada cualquiera. Esto lo tengo superado, no es mi novio, no es mi rollo, simplemente se la he comido, como si fuera una cualquiera. ¡Qué tristeza!

—¿Has ido a nuestro rincón? —pregunta sonriendo. Él no tiene que levantar el tono, ni si quiera tiene que acercarse, mi cuerpo reconoce su voz como si fuera un puñetero *walkie-talkie*—. ¿Vas sin bragas?

Su pregunta podría avergonzarme, pero no lo hace, simplemente me calienta. ¿Qué me ha hecho?

Me aclaro la garganta, solo para ganar algo de tiempo antes de contestar; estiro la espalda haciendo que mi pecho parezca más grande, y lo miro. ¡Joder! ¡Qué guapo es! No puedo mirarlo. *Piensa, piensa*. Los guapos no se lo montan bien, pero él la tiene grande; sin embargo, seguro que es torpe, y por esto le gustan todos esos juegucitos XX.

—Mi mundo no gira a tu alrededor, Álex.

Y tras esta espectacular frase, doy media vuelta y me voy. Mi pelo se mueve siguiendo el ritmo. Reconozco que estoy excitada, pero me marcho en un intento de volver a tener dignidad. Sé que me está mirando el trasero o, al menos, eso creo y es normal, porque estos vaqueros me hacen un buen culo.

Carla no está por ninguna parte. La situación no podría ser peor, ahora Álex me verá aquí sola y pensará que estaba aquí por él. Un hurra por las amigas desertoras. Miro a mi alrededor, buscando a alguien conocido, pero no hay nadie.

¿Dónde está el portero calvo? Evidentemente, en la puerta, pues para eso es el portero.

Hay un chico sentado solo en otro sillón, no es el mío, pero me da igual, con un par de ovarios me siento frente a él. Espero que no me monte un espectáculo.

El chico desconocido levanta una ceja.

—Si me sigues el rollo, te enseño una teta.

No, no he dicho eso, sí, en realidad, lo de he dicho, pero ¿en qué narices estoy pensando? Él sonríe y Álex lo ve. Fantástico, que lo vea. Además, el chico sonriente es guapo, no tanto como Álex, que lo es demasiado. Este es un guapo diferente... más de barrio.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta inclinándose hacia mí. Bien, el chico parece querer cooperar.

—Haz como que te gusto.

Suelta una carcajada, al parecer debo de ser una gran comediente, pero yo no le veo la gracia a esta situación tan comprometida. Él asiente, su mano coge la mía. Me está tocando, aunque imagino que solamente se está metiendo en su papel.

Lo miro y sonrío.

A diferencia de Álex, está afeitado. Lleva un aro pequeñito en la nariz, y sus ojos son de color verde. No está nada mal, algo más joven creo, pero poco importa. Sus ojos se deslizan desde nuestras manos entrelazados a mi boca.

—Dime, ¿estamos dando celos a un ex novio?

Me habla como si me estuviese contando un secreto, acercándose y mirándome de forma cómplice. Este tío debe de ser actor. ¿Qué me ha preguntado? Estoy desconcentrada. Ah sí, quiere saber si estoy intentando dar celos a mi ex.

Asiento; sé que Álex no es mi ex, pero es muy complicado de explicar. Además, ¿qué pensaría de mí? Si le cuento la historia, creerá que soy una fresca.

Él sonrío y su otra mano me acaricia la mejilla. Es un gesto bonito. Agacho la mirada y me muerdo el labio. ¡Jódete, Álex! Él me está tocando, yo lo estoy tocando. Nos tocamos. Esto es lo que hacen las personas adultas.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto y en mi mente aparecen las patatas fritas y los huevos que me voy a comer durante toda la semana.

Él sonrío de nuevo.

—Habíamos quedado en que me enseñarías una teta, no que me invitaras a alcohol, pero si insistes... recordaré lo que me debes, aunque esté borracho.

Suelto una carcajada. Un punto para él.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, todavía riéndome.

Aritos se pasa la mano por el pelo, suelta mi mano y se acomoda en el sofá. Mira a su alrededor, pero lo hace de forma natural.

—¿Tu ex es el alto con camiseta blanca?

¿Llevaba camiseta blanca? Estaba tan concentrada en no gemir que no me he fijado ni en cómo vestía. Miro hacia la zona donde estaba Álex. Ahora, él está en la barra, qué raro es verlo allí y no sentado. Así de pie puedo ver que tiene un buen culo. Aparato grande, pectorales duros y buen culo. Trato de concentrarme. Sí, es verdad, lleva camiseta blanca, de las que me gustan porque se le nota lo firme que tiene el estómago. Tengo que dejar de mirarlo.

Asiento en dirección a mi nuevo amigo, el actor.

—Pablo.

—No —niego con la cabeza—, se llama Álex.

Sus cejas se alzan. ¡Mierda! Me estaba diciendo su nombre. Se llama Pablo.

—Perdón, encantada, Pablo.

Me incorporo para darle dos besos, pero él me toma la cara y me da un único beso en los labios. El beso no es para nada espectacular, pero es un beso. Aquí el amigo se ha tomado el papel demasiado en serio.

—¿Qué pensará Álex si nos ve dándonos dos besos?

Tiene razón, el chico es listo, me gusta. Me pregunto, aunque no debería hacerlo, cómo follará. Lo vuelvo a mirar, sus ojos brillan por la diversión del momento o, quizás, simplemente porque está algo bebido. Dudo que mi beso lo haya excitado.

—Dime, ¿cómo comes los espaguetis? ¿Con tenedor o con cuchara y tenedor?

Su pregunta me deja fuera de juego. ¿Qué clase de pregunta es esa? Mi expresión debe de ser un poema. Me río con ganas. ¡Está loco!

Me acerco un poco más a él.

—Me arriesgo a hacerlo solo con tenedor, pero no se lo digas a nadie.

Él sonrío de nuevo y yo con él. Bueno, al parecer esta noche no voy a follar, pero sí que voy a conseguir unas maravillosas agujetas en el estómago de tanto reír.

Veo como Álex deja un billete en la barra y se va. ¿Le ha molestado verme reír con otro?

«Si me mientes, te estarás mintiendo a ti misma».

Su frase me abofetea, pero qué importa, sienta bien mentirse de vez en cuando. Él se ha ido solo esta noche y yo estoy aquí sentada con un chico con un *piercing*, pero encantador.

—Oh, Álex se ha ido —dice Pablo de forma exageradamente dramática.

Como ya predije, Pablo es el típico chico de barrio, con sus brazos tatuados, con su pendiente en la oreja, pero, a pesar de todo eso, no está mal. En serio, nunca había sentido atracción por los chicos con tantos tatuajes, pero él parece majo. A veces creo que soy un horror de persona con todos esos prejuicios. Al final, la realidad es que Pablo mola.

—Álex se ha marchado para no volver, el tren de la mañana... —le canto dramatizando un poco, algo que, bebida, se me da bien.

—Dirás Marco —dice él negando con la cabeza, pero creo que debajo de esa mueca chulesca hay una sonrisa.

—Lo sé, pero también queda bien con Álex.

Los dos nos miramos en silencio. Como siempre, caigo en la cuenta de que en cualquiera de los libros que yo leo ahora mismo acabaríamos empotrados

contra alguna pared haciéndolo como posesos, pero en la vida real es diferente: simplemente nos miramos y movemos la cabeza al ritmo de la música.

Polvos, ¿dónde estáis?

—Claudia —me llama Carla.

Levanto la cabeza. Carla ahora es menos leona, su pelo ha perdido volumen y sus labios ya no son rojos. Debería denunciar a la marca de ese pintalabios, ponía que duraban veinticuatro horas. A mi amiga solo le ha durado lo que parece ser un polvo salvaje.

—Pablo —dice un tío que no conozco. Miro al desconocido que está cogiendo de la mano a Carla. No, no es posible. Pablo es el amigo «feo» del rollo de Carla. El Tropical es un pañuelo.

No sé cómo se lo monta, pero paso de estar sentada sola en un sillón a estar al lado de Pablo. Frente a nosotros, Carla y Míster Chupetones.

¿Qué narices hacen? Carla sabe de sobra que hay una ley muy importante para un polvo de una noche: No debes tener más contacto después del orgasmo. Nada de abrazos, nada de sentarte con él a tomar algo. ¿Está loca o qué?

Miro a Pablo por el rabillo del ojo.

Parece un tío divertido y con sentido del humor.

—Si te dijera que no llevo ropa interior, ¿qué pensarías? —le digo al oído en una especie de susurro con bastante volumen.

Me mira por encima del hombro sin dejar de sonreír. No sé qué me pasa, no sé por qué solo pienso en ir o no ir con ropa interior y en jugar a estos juegos estúpidos, pero quiero saber si Pablo se ha excitado con mi información.

—Te diría que la costura del vaquero debe de ser muy molesta, ¿no?

Mierda.

Álex, ¿por qué no me follaste, joder?

—Es broma. Voy a tomar el aire.

Imagino que Pablo no cree que voy sin ropa interior, pero necesito salir.

—¿Tienes un cigarro? —pregunto al portero Míster Proper.

Él sonríe y me ofrece uno. Salgo a la calle, sé que el calvito me está mirando. Veo un taxi parado en la puerta y mis pezones se ponen duros.

Álex está dentro, es así; de lo contrario, mi vista me está causando problemas otra vez.

Cruzo la calle y voy hasta él. Sí, sé que mi comportamiento no tiene lógica, le digo que no es el centro de mi mundo, finjo ligar y después vuelvo a sus

brazos, pero la vida es así de complicada.

—Claudia, veo que has encontrado a otro.

Es él. Sin ninguna duda. Su voz es jodidamente sexy. Diga lo que diga, me parece sexy, incluso si dijera: «Lárgate, niñata».

No contesto. Mejor no afirmar ni desmentir.

—Cuando te lo folles... Piensa en mí, quizás te da más placer.

¿Pensar en él? La ventanilla sube haciendo imposible ver su cara de satisfacción.

Maldito Álex.

Capítulo 12

—Sácate las tetas.

Me quedo callada. No puedo evitar recordar la noche en que Álex me dijo exactamente lo mismo por primera vez. Fue humillante y excitante al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunto aturdida. No sé si esa orden ha sido fruto de mi imaginación.

—Te va a quedar marca, haz toples, coño.

Carla está tumbada solo con la parte de debajo de su minúsculo bikini.

Dudo por un instante, pero qué más da.

Me desabrocho la parte de arriba del bikini mientras maldigo en voz baja todo lo que me pasa. No he follado, no lo he hecho porque Álex se fue y yo me quedé atontada y excitada.

Últimamente soy la niña de las humedades.

Introduzco en mi bolso el bikini de rayas tan bonito que me he comprado en las rebajas y me tumbo de nuevo.

No sé para qué quiero que no me quede marca si nadie me mira las tetas últimamente. No es cierto, sí que me las han mirado, la otra noche. La imagen del taxi vuelve otra vez a mi memoria, no consigo borrarla.

Cierro los ojos y disfruto de los rayos de sol. La playa está llena de extranjeros. Muchos son guapos, rubios, altos y con ojos azules. Nórdicos la mayoría, todos están más blancos que Iniesta, aunque algunos ya tienen la tonalidad rojo-cangrejo. El hecho de que sean altos, rubios y de ojos claros no

los hacen atractivos. Álex es guapo, y los otros son normalitos, me digo. Pero ¿qué tipo de obsesión es esta?

Quizás un amor veraniego me vendría bien. Una historia con un tío de estos que no saben hablar ni pizca de español, así que si no hablas, follas. ¡Qué bonitos son los amores de verano!

Nunca he tenido uno, pero creo que lo son.

—¡Por fin me pagas por mi trabajo!

Abro los ojos de golpe cuando varias gotas frías caen sobre mis pechos. Mis pezones no tardan en reaccionar y se ponen alerta.

Pablo, el Aritos, está tapándome el sol.

—¿Me estás mirando las tetas? —pregunto incorporándome y tapándome torpemente con las manos.

—Me dijiste que si te ayudaba, me enseñarías una teta. Veo que eres una buena pagadora y me estás enseñando las dos.

A su lado, el polvete de Carla sonrío.

Mierda. ¿Qué se hace en una situación así? Nunca he hecho toples, y me siento realmente incómoda con ese par frente a mí, mientras yo enseño las tetas.

¿Cómo nos han encontrado? La playa es grande, además, está hasta arriba de gente. No cabe ni una sola sombrilla más.

Un niño malcriado corre por mi lado y me salpica toda la toalla de arena. En cualquier otro momento le habría insultado, pero ahora me siento salvada por su arena y me levanto para sacudir la toalla y ponerme la parte de arriba del bañador.

—Qué casualidad, ¿no? —digo mientras examino a Pablo.

Para ser chico de barrio no tiene barriga cervecera, pero tampoco está fibrado, no está mal. Su piel es morena, más que la mía, pero eso tampoco es muy difícil de conseguir. Le caen gotitas de agua por el pecho.

—De casualidad nada, aquí tu amiga nos ha dado vuestra ubicación.

Carla está saludando con un abrazo a su nuevo rollo de verano. ¿Qué es esto? Carla no suele repetir y tampoco sabía enviar ubicaciones la semana pasada. ¡Qué rápido aprende cuando quiere!

Putón con suerte.

Debe de ser raro eso de abrazar llevando solo un mini tanga en medio de la playa, pero más raro es que se coman la boca así, de golpe. ¡Que se vayan a un hotel!

—Me voy a bañar.

—Voy contigo —dice Pablo.

Lo miro por el rabillo del ojo, su bañador es un poco clásico. Nada de tela elástica ajustada marcando paquete, no, es más bien ancho. No puedo poner nota a su culo, una lástima.

—Tienes buenas tetas, mereció la pena hacerme pasar por tu novio.

¿Tienes buenas tetas? ¿Esa frase se puede conjugar? Lo miro con las cejas arqueadas, y mi expresión es un interrogante: ¿me estás vacilando?

—Gracias, supongo —digo con sarcasmo.

—Pero, aun así, no sé por qué lo hice.

El agua está fría, pero no me detengo. Camino poco a poco, intentando habituarme. Parezco Heidi caminando por la pradera, pero en versión acuática. Tanto calor y el agua tan helada.

No digo nada. Pablo entra en el mar como si no le afectase para nada este frío polar. Estoy convencida de que se está haciendo el machote y que, en realidad, sus huevos se le han quedado como dos canicas.

—¿Te puedo dar un consejo? —me pregunta saliendo del agua después de haberse sumergido con bastante estilo.

Sale con el pelo mojado hacia atrás, y sus ojos brillan bajo el sol. Son verdes, un verde turquesa, y en uno de ellos tiene una pequeña motita de color marrón, aunque ya no estoy segura de nada, puede que vea manchitas imaginarias.

—Si vas a decirme que mejor entre de golpe en el agua, no, gracias.

Espero que no me salpique, no estoy para tonterías. Me está mirando fijamente, no sé por qué lo hace, quizás espera que yo le pida que me dé ese consejo o, quizás, simplemente me está pegando un polvo imaginario. Quién sabe.

Me mojo primero la nuca, después las muñecas.

—¿Quieres mi consejo o no? —pregunta mientras me salpica con esa agua helada. No sabe lo que ha hecho. Voy hasta él poseída con las manos por delante y lo aplaco. Mi intención era derribarlo, pero su brazo toma mi cintura y acabamos los dos bajo el agua.

—No sabes lo que has hecho —le digo entre dientes, mientras salgo del agua, pero no tardo en hundirme de nuevo.

Golpeo su pecho e intento ponerme seria.

—¿Cuántos años tienes? Intentar ligar con guerras de agua se hace de adolescente. Ahora no, Pablito.

—Intentar dar celos a un ex con un desconocido también es de adolescentes.

Entrecierro mis ojos ante su respuesta. ¡Maldito! Quiero responderle, pero no sé qué decirle. Mi boca se abre y se cierra, sin decir nada.

—No lo entiendes —acabo respondiendo. La verdad, no lo entiendo ni yo, puesto que Álex no es mi ex, pero no tengo por qué dar más información al amigo no tan feo del rollo de mi amiga. ¡Dios, me canso solo con decirlo!

—No, no entiendo por qué intentas dar celos y después corres tras él.

¿Cómo? Ahora sí que me ruborizo.

—¿Me espíaste? —pregunto alterada, mientras lo salpico.

¿Qué se ha creído? Se hace pasar por mi novio, me roba un beso y después me sigue.

—No corrí tras él, caminé —subrayo, mientras cruzo los brazos a la altura del pecho—, además yo nunca corro, no me gusta correr.

Él asiente. Me está dando la razón como los tontos. Me irrita esta actitud chulesca, no sé por qué me sentí mal por juzgarlo por ser de barrio, su chulería es típica.

—¿Tan bien folla? —me pregunta como quien habla del tiempo.

¡Yo qué sé cómo folla!

Los dos nos miramos. No voy a contarle la verdad. No hay nada que decir. Me zambullo en el agua y nado, me alejo de él y de sus preguntas. Y él me sigue. Estos chicos medio adolescentes no saben cuándo se tienen que largar.

Y ahí está de nuevo con su intensa mirada.

—¿Sabes qué me dijo cuando salí? —le pregunto y no sé por qué narices le estoy contando esto. Quizás porque quiero saber su respuesta o porque quiero saber si él es un gatito o un león. Y otra vez estoy con el tema felino, me lo tendrían que prohibir.

Pablo se encoge de hombros.

—¿Qué te dijo?

—Que cuando te follase pensase en él.

Pablo se acerca a mí, es rápido como un pez. Mierda, esa frase queda demasiado cursi.

—Cariño, si te follase, no tendrías tiempo para pensar en él.

Mi sexo se emociona con la frase.

Pero ¿qué está pasando?

Analizo la situación rápidamente.

Frente a mí tengo a un hombre que cree que folla bien. Eso está bien. Está seguro de sí mismo, es guapo, con *piercing*, con tatuajes, pero guapo. ¡Un hurra por los hombres a los que les quedan bien los tatuajes! Y yo estoy muy necesitada. ¡Qué triste! Esta semana está siendo un torrente de calenturas, tanto que creo que mi sexo está a punto de sufrir una quemadura de segundo grado.

Yo, que había decidido ir de caza, tomarme el sexo como algo natural, aquí estoy, mirando a un chico que conocí anoche, intentando dar celos a otro que conocí cuatro días atrás.

Pablo se sumerge en el agua y se dirige a una zona particularmente profunda, allí donde solo se va cuando no quieres que te vean. Dudo por unos momentos, pero todos mis instintos me gritan que lo siga.

Al final, me decido, lo sigo.

Nado, intento hacerlo con estilo. Tengo miedo de encontrarme una caca flotadora, pero mi instinto de mujer me dice que no tengo que temer. Una brazada, otra brazada y mi cabeza cambiando de dirección. Llego hasta él, que me espera con una sonrisa pornográfica.

Nos miramos de nuevo sin decir palabra y noto como la tensión sexual va en aumento. Cuando esto ocurre, mi estómago se llena de mariposas imaginarias. No son mariposas de amor. ¡Qué va! Están llenas de deseo y de pasión. Su mano me toma por la cintura y me pega a él.

Sonríe, y yo debo de estar entusiasmada, casi como mi sexo.

Su cara es más bien cuadrada. Tiene el pelo mojado hacia atrás y sus labios entreabiertos.

—¿Los de tu barrio folláis bien? —digo empleando un tono erótico en una pregunta que es totalmente absurda.

Él sonríe con cara de no entender nada.

—¿Qué barrio?

Bien, eso me pasa por suponer cosas estúpidas.

—Pensé que eras de barrio, no me digas por qué.

Su lengua sale de su boca y se pasea por mi cuello. Mi sexo reacciona con un placentero aplauso. *Sex on the beach*. ¡Sí, por fin!

Mis pezones se ponen duros con ese simple lengüetazo. Me rozo contra él, para después volverme y pegar mi culo a su paquete. ¡Está duro! Quiero bailar, quiero saltar.

Tengo un chico guapo y una erección. A la porra la estadística de que los

chicos guapos se lo montan mal. Yo misma voy a comprobarlo.

—Yo soy de donde tú quieras que sea —me dice al oído, y las palmas de mi sexo ya son continuadas.

Sus brazos me unen todavía más a él. Una de sus manos viaja por mi cuerpo, pasa por el interior de mi muslo, sube por mi estómago para después volver a bajar. Su dedo se abre paso por mi bikini y entra sin pedir permiso. Dios, Claudia, eres una fresca de mucho cuidado. Dos hombres en tres días están tocándote.

Introduce su dedo en mi sexo. ¡Dios! Entra y sale, y yo lo único que consigo hacer es jadear.

Lo toco, busco su sexo, que está duro dentro de su bañador. Quiero sacarlo de ahí, liberarlo.

—No —dice quitando mi mano de su bañador. Sus labios besan mi cuello, son pequeños besos los que me da, pero mi cuerpo reacciona ante ellos.

Ahora son dos los dedos que entran en mí, con más ritmo. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que esta se apoye en su hombro.

Me besa, no es un beso normal; estamos en una posición extraña, pero su boca come mi labio superior con ganas.

Su pulgar juega con mi botoncito del placer mientras los otros dos entran y salen. ¡Maldita sea!

Necesito más. Quiero tenerlo dentro de mí. Intento girarme, pero él me bloquea en esa posición. Su lengua lame mi oreja y mi cuello, mientras sus dedos continúan montándome.

Voy a correrme, así, sin más.

Dios, Dios, Dios.

Gimo, no puedo evitarlo.

Él saca los dedos de mí. Siento que el placer está a punto de arrastrarme, siento como todo mi cuerpo se tensa. Es la tensión antes de la liberación.

Me gira, me mira a los ojos.

¿Qué hace? ¡Tócame!

Su rodilla abre mis piernas. Esta vez no se introduce dentro de mi bañador, en esta ocasión aprieta mi sexo por fuera. Me toca en un punto que da placer, pero lo que hace que termine es su presión continua mientras me mira.

Su mirada es sucia y sexy.

Termino. El interior de mi cuerpo se sacude de puro placer.

Él se acerca más a mí. Echo de menos la presión de su dedo. Me toma por las caderas y hace que cruce las piernas detrás de su culo. Roza su sexo duro contra el mío. Una, dos, hasta tres veces.

Me lame los labios y después se acerca hasta mi oído.

—Llama a Álex, dile que te has corrido y que su nombre no ha aparecido por ningún sitio.

Capítulo 13

Pablo se va nadando con estilo. ¿Cómo puede hacerlo con el palo que tiene entre las piernas? ¿No flota? Debe de funcionar como uno de esos churros que dan en las piscinas. ¿Qué demonios les pasa a los hombres de este planeta? Ninguno quiere meterla o, mejor dicho, ninguno quiere metérmela.

Al menos este me ha tocado.

Joder, joder, joder.

A ver si ahora tendré que sentirme agradecida de que lo haya hecho. No, nada de sentirse agradecida, además, a partir de ahora voy a ser decente, estoy cansada de ir por la vida como una mujer fácil. Esto me pasa por idiota, me toman el pelo. Aunque también es cierto que es verano, la época del año donde más se practica sexo, y yo estoy aquí, mojada en todos los sentidos.

Y, ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer? Imagino que salir del agua como si no hubiese pasado nada. Estoy cabreada, muy cabreada. Miro mi pecho y ahí está mi magnífico sarpullido. Tengo que relajarme.

Nado tranquilamente, mientras los demonios bailan en mi cabeza. Salgo del agua e intento poner una expresión indiferente. Sé que no lo estoy logrando porque mi ojo derecho tiene un molesto tic. ¡Qué maravilloso! Ahora Pablo creerá que le estoy guiñando un ojo, pero no le guiño nada, por mucho que él lo crea.

Voy hasta las toallas y veo que Pablo está tumbado en la mía; muy bien, entonces, me apetece tirar de ella y que se llene de arena.

—Es mi toalla —digo con un tono de enfado.

Claudia, eres una mujer adulta, te han hecho un dedo, has llegado hasta el final y él se ha ido. Lo sé, soy muy complicada, no quiero que los hombres se queden y ronquen, pero tampoco quiero que huyan.

Pablo me mira y sonrío, su sonrisa hace que me excite. ¿Otra vez? Mi sexo debe de tener algún tipo de insolación.

Él se sienta en un extremo y yo no tengo otra opción que sentarme a su lado. Lo ignoro. Se puede creer importante, pero no lo es.

—Hay más mundo —dice Pablo mientras mira en lejanía.

¿Me está hablando a mí o se cree poeta? Miro a mi alrededor, no encuentro ninguna grabadora, ni tampoco ninguna libreta donde garabatear sus ideas.

—¿Perdón?

—A veces las mujeres sois un poco obsesivas. Cuando ya no estás con un tío, hay más mundo. No tengas miedo a abrirte.

¿No tengas miedo a abrirte? ¿Y qué es lo que he hecho? A mí que me deje de psicología barata. Hemos practicado un coito manual en el agua. Punto. El calor de esta playa infernal no me ha dejado pensar bien qué narices estaba haciendo.

Esto es como en Las Vegas, lo que pasa en Salou, se queda en Salou.

—No estoy obsesionada —le informo con cierto retintín.

¿Qué narices se ha creído?

No, no es amor. Lo que yo siento se llama calentón...

Quiero cantarle, pero no lo hago. No tengo tanta confianza, aunque ya le canté a lo Laura Pausini. Al menos, fue antes de tener ese roce sexual en el agua. Ahora no le cantaré más, no quiero que crea que estoy intentando conquistarlo.

La música abre sábanas, dicen.

—Qué va. No estás obsesionada, simplemente me ofreciste tu teta a cambio de intentar dar celos a ese tal Álex.

Uy, visto así, sí que parece obsesión, pero no lo es.

—Mis tetas, dices... como has podido comprobar es algo que pueden ver más personas. No eres especial.

Hoy más que nunca tengo que dar las gracias a Carla por su maravillosa idea, yo nunca hago toples. Hablando de Carla, está aquí tumbada, junto a nosotros, mientras el amigo *follarín*, que no sé cómo se llama, la unta de crema.

Cómo es la vida. Carla se escandaliza de mis escarceos sexuales y, miradla, es la que más moja. ¡Qué mundo más cruel!

—Espero que no te enamores de mí, Pablo. Lo nuestro es imposible.

Suelta una carcajada. Yo no le veo la gracia, la verdad. No quiero ninguna relación con un hombre llamado Pablo. Pablo y Claudia no queda bien.

—¿Se puede saber por qué? ¿Estás esperando a que Álex vuelva contigo?

Noto la ironía en su voz.

Y no sé por qué me molesta este tonito chulesco. Me pregunta por qué, es fácil.

—Básicamente porque tú no te lo montas como Álex.

No sé por qué he dicho eso. Yo no sé cómo leches se lo monta Álex, ni si quiera sé cómo se lo monta Pablo. Solo sé cómo se lo montan los dedos de ambos. ¡Malditos! Soy de dedo fácil.

Él vuelve a reír.

—Estás chiflada. ¿Lo sabes?

Lo miro y no le digo nada.

Tengo una duda que me corroe. ¿Por qué no me he acostado con Álex? Cojo mi teléfono, le voy a escribir. Sí, es humillante; sí, es estúpido, también, pero no me quiero morir sin haberme acostado con ese hombre. Sé, porque lo sé, que esta etapa rebelde me va a durar dos suspiros y que, cuando pase el verano, querré tener una relación larga y duradera. Ir al cine sola es muy triste. Aunque, en verdad, no solo quiero un novio para ir al cine, quiero alguien que me cuide, que se preocupe por mí, que me abrace por las noches.

Pienso en mi ex. No quiero a nadie como mi ex, de todas formas, ahora quiero vivir, disfrutar del verano y de mi soltería. Quiero hacer con Álex todo lo que me apetezca, mejor dicho, todo lo que a él le apetezca, y puede que también con Pablo, para eso estoy soltera.

No hay que pensar en relaciones serias.

Miro a Pablo.

—Lo estoy.

—Y te ha gustado que te toque.

Mi boca se abre de par en par. ¡Qué descarado! Miro hacia Carla, creo que no nos ha oído.

—La verdad, me esperaba algo más.

Ahí están mi ego y mi chulería. Me ha gustado, claro que me ha gustado, pero necesito algo más.

—Claro, no soy Álex.

Sus ojos me taladran. Creo que se ha molestado. Me siento cruel en estos momentos. Apoyo mi cabeza en mi mano y lo miro de arriba abajo. Quiero que vea que lo estoy analizando y que se sienta observado.

—Que yo sepa, tú eres Pablo, no Álex.

Él sonríe.

—Entonces... ¿Quieres conocer a Pablo?

Como soy una chica fácil le he dicho a Pablo que sí, que quiero conocerlo.

Como soy una chica doblemente fácil le he mandado un mensaje a Álex preguntándole si esta noche está libre.

Es sábado, y ya sabéis lo que dicen de los sábados: «Sábado, sabadete, doble polvete». Quizás lo he versionado un poco a mi gusto, pero el resultado de la rima no está mal.

Para mi sorpresa, Álex me ha contestado el mensaje. Ha sido, como siempre, escueto:

«Claudia, hoy puede que tenga tiempo para ti».

Hoy puede que tenga tiempo para ti. Solo por ese mensaje tan prepotente debería mandarlo a la mierda, pero no, no puedo hacerlo, los chicos malos me ponen, soy así de clásica.

¿Por qué las mujeres no podemos conformarnos con los hombres bonachones? Esos que nos dicen que sí a todo... ¿Por qué nos complicamos la vida arrastrándonos por tíos erótico-festivos?

No lo sé, pero después de Álex, ninguno más. Probaré la manzana prohibida y, después, no volveré a pecar.

—Hola, Álex—saludo sentándome en nuestro rincón.

Mucha variedad para el sexo, pero siempre queda en el mismo lugar. El sitio en sí me gusta, le he cogido aprecio. Es un lugar discreto, donde la gente apenas te presta atención; además, como es temprano, no son todavía las once, casi no hay nadie. La gente en verano sale mucho más tarde.

—Hola, Claudia.

Su voz me afecta, como siempre. Basta que diga mi nombre para provocarme un orgasmo. He vuelto a ponerme vestido, uno que me he comprado después de llegar a casa de la playa. Es de color rojo, rojo pasión, palabra de honor y bien ceñido.

—¡Qué considerado que tengas tiempo para mí! —le ataco, no sin una dosis de sonrisa.

Es guapo, el jodío, es guapo y lo sabe. Sonríe, y se le dibujan unas arruguitas en las comisuras de los ojos. Noto como, antes de hablar, mueve la lengua en el interior de su boca, mientras sigue sonriendo de lado.

Se inclina hacia delante, acercándose más a mí.

—Tenía curiosidad por saber qué tal te había ido el coito. ¿Te gustó? Estabas más que ansiosa por uno.

Lo odio.

Lo odio.

Sonrío, porque sonreír es gratis y amarga a los capullos. Intento demostrar que sus palabras no me afectan en absoluto. Relamo mi labio inferior e intento parecer juguetona.

—No pensé en ti —comento, sin dejar de sonreír.

No afirmo ni desmiento, simplemente añado una información, así que puedo decir que no he mentado. Él está sorprendido, lo sé, aunque se empeña en mostrarse indiferente.

—Mientes muy mal, ¿lo sabes?

—No miento —contesto también inclinándome hacia delante, dejando nuestros cuerpos demasiado cerca.

Sus ojos azules son muy intensos.

—Si no pensaste en mí, ¿por qué estamos aquí, ahora? Si tu noche fue tan sumamente maravillosa, ¿por qué vuelves a mí, al hombre casado y/o acosador?

La palabra casado me abofetea en la cara. Quiero creer que simplemente está jugando con mis palabras, pero tengo dudas. ¿Estará casado? No, no lo está, me repito.

No me muevo, dejo que nuestros dedos se rocen sin querer. Tras el roce, su mano se aparta de la mía y apoya en ella su cara, mientras me mira de medio lado.

—¿Qué puedo hacer contigo, gatita?

Su pregunta va directa hasta mi sexo. Todo. Quiero que me haga de todo, pero, muy a mi pesar, su pregunta no tiene nada que ver con sexo. Él me miraba

de otra forma, como queriéndome dejar escapar.

—Creía que estabas preparada, pero me equivoqué.

—Estoy preparada —replico con genio.

No sé a qué narices se está refiriendo, pero con él estoy preparada para cualquier cosa. Álex vuelve a sonreír. Sus cejas se levantan, mientras la comisura de su labio se estira mínimamente. Está analizándome, lo noto.

Sus ojos se mueven al tiempo que chasquea la lengua. Se acomoda en el sofá, recostando la espalda en el sillón al que tanto aprecio he cogido. Está dudando, lo intuyo ¿Por qué dudas? ¿Por qué?

Me mira y me parece que la distancia entre los dos se ha multiplicado.

—¿Estás segura de que quieres entrar en mi mundo? Una vez que entres, no querrás salir.

Capítulo 14

¿Qué tipo de pregunta era esa? *¿Estás segura de que quieres entrar en mi mundo?* En todo caso, quien tiene que entrar eres tú, y entrar en mí; sin embargo, acepto la invitación para un polvo de infarto.

Como todas las citas con Álex, aquel encuentro terminó conmigo de vuelta a casa. En esta ocasión volví con la ropa interior puesta y sin humedades. No, no es exactamente así, porque la humedad se forma nada más verlo. Así que algo húmeda estaba, porque no lo puedo controlar.

Me comentó que ya me daría indicaciones para nuestra próxima cita. *Sí, sí, sí*, empleó la palabra «cita». No es algo habitual que te den indicaciones para este tipo de cosas, pero estoy segura de que merecerá la pena. Eso sí, espero que para llegar hasta él no tengan que hacerme la prueba del pañuelo o algo así, porque no la pasaría ni en broma. El Señor Misterios, además de darme las indicaciones, me ha pedido mi correo electrónico, cosa que me ha sorprendido y, desde entonces, no hago otra cosa que mirar el puñetero teléfono a la espera de un correo suyo, donde seguro que me dará órdenes, provocando que yo me excite.

Salí del Tropical como siempre, saludé a Míster Proper, que ya tengo en el bote, y fingí seguir mi camino habitual. Se suponía que yo me iría a casa, siempre lo hacía después de quedar con Álex, pero aquella noche fue diferente, porque tenía doble cita. Lo cierto es que me estaba convirtiendo en una chica mala,

aunque era bastante cómico todo, porque llevaba días intentando desmelenarme con esto del sexo y lo único que conseguía era un calentón tras otro. Álex era como un microondas, calentaba pero no llegaba a cocinar.

Lo de la cita doble queda muy bien en abstracto, cuando lo piensas así en voz alta, pero, al final, es solo un juego de palabras bien empleado. Tengo una cita doble, no hay más. He quedado con Carla, con su rollo veraniego y con su amigo, ese que no es feo, el que tiene los dedos largos y el arito en la nariz. Pablo.

Cruzo la calle y camino durante un largo tramo. Álex, como todo animal de costumbres, se ha quedado en el Tropical; más concretamente, en el segundo sillón blandito del local. En cambio, Pablo había decidido quedar en un lugar algo apartado de todo ese ruido. Habíamos quedado en una pequeña cala que había a unas pocas calles de allí, exactamente en el aparcamiento. Sí, lo sé, quedar en la cala es mucho más romántico, pero los chicos de barrio son así, no prestan atención a los pequeños detalles.

Llego al aparcamiento de la cala Crancs con los zapatos en la mano. Los tacones mejora-culos destrozan los pies, y más si tienes que bajar por una cuesta bastante empinada.

Por un momento, mi valentía en esto de probar nuevas citas, se esfuma. ¿Quién me manda venir a estos lugares tan apartados? Es peligroso. Saco el teléfono de mi mini-bolso y llamo a Carla. ¿Dónde está? Es una cita doble, así que ella debería estar aquí, es más, habíamos quedado en la puerta del Burger King que está justo enfrente del Tropical, pero ella (como siempre) había dicho eso de «ve tirando, que yo voy luego». En ocasiones es casi tan mentirosa como yo.

El aparcamiento en forma de huevo está oscuro, las farolas alumbran menos que la luna llena que nos acompaña esta noche. Quedar aquí no es, en absoluto, una buena idea.

Paso junto a un coche totalmente empañado. Sí, en estos lugares hay gente inteligente que no se limita solo a manosearse y a quedarse sin ropa interior. Lo sorprendente de todo no es que ese par esté haciéndolo en un parking poco iluminado, sino que frente al coche hay un grupo de chicos, en torno a los diecisiete y dieciocho años, que se están riendo con todo el espectáculo.

La pareja del coche parece ajena a sus espectadores, y sigue con el sube y baja a todo trapo. Los chicos se dan cuenta de mi presencia y se dan codazos entre sí. La situación no podía ser peor. Sujeto los zapatos uno en cada mano;

con la mirada, les advierto a los jóvenes de que, de ser necesario, los usaré como armas contra ellos.

Estoy tan concentrada mirándolos en el intento de que no vengan a molestarme que no me doy cuenta de que alguien se acerca detrás de mí. Unas manos grandes me cogen por las caderas y tiran de mí hacia atrás.

Noto la dureza de un hombre, la dureza de su cuerpo y, por un momento, siento pánico y, para ser sincera, algo de excitación. Pienso en Álex y en cómo el Señor Mandón disfrutaría ordenándome cosas sucias allí mismo.

—Te estaba esperando.

Quien habla es Pablo, Aritos y Dedoslargos para mí. Me vuelvo sonriéndole. Lo miro a los ojos, para ello tengo que alzar la cabeza, ya que el muchacho es alto. ¿Significará esto que se lo monta bien? Él no espera a decir nada, se abalanza sobre mí y me besa ferozmente.

No puedo evitar compararlo con Álex. El tío borde y sexy que ni se molesta en saludar cuando te ve llegar, frente a Pablo, su antónimo, que me asalta con su lengua. Tengo que dejar de compararlos y disfrutar del momento, pero no puedo evitarlo, soy maniática y obsesiva.

Echo a Álex y a sus oscuras peculiaridades de mi mente y me dejo besar. ¿Por qué no hacerlo?

—Hola —añado cuando su lengua se despega de la mía.

—Hola, nena —contesta él, y le sale natural, no es forzado, ni obligado.

Y en ese momento ocurre. Llega ese preciso instante frío y desconsiderado que te hace parecer tonta. Ese segundo donde ninguna de las dos personas sabe qué decir. Hablar del clima o de la luna me parece realmente incómodo, así que, para aprovechar el tiempo, la luna y el lugar... nos volvemos a besar. En esta ocasión es un beso más sexual, palpándonos los cuerpos y con la respiración agitada.

Los chicos silban emocionados. Al parecer se han abonado a esa farola donde están apoyados.

Por un momento, pienso si debería estar avergonzada, porque, cuando pasas de los veinticinco, deberías frenar las hormonas en público. La treintena se acerca y se supone que debes ser una mujer hecha y derecha. Dejo de pensar en cuanto toco los abdominales de Pablo. ¿Qué tenemos aquí? Él gime contra mi boca cuando mi mano se aventura a levantarle la camiseta.

Y es ahí cuando mi mente de mujer de casi treinta años reacciona. Los chicos podrían conocerme. Freno de golpe mi acalorado asalto y me giro en

seco. Pablo me toca el culo, pero intento no hacerle caso. Me fijo en los jóvenes, y uno de ellos me resulta familiar. Los dos nos miramos. Trago saliva y dudo, no sé si saludar o irme de espaldas con disimulo.

Sonrío tímidamente y muevo la cabeza insinuando un discreto saludo. ¿Qué diablos hace aquí Jaime? Jaime, Jaimito cuando no está su padre presente, hijo de mi jefe. El chico tiene quince años. ¿Qué leches hace ahí?

Los silbidos aumentan y yo intento centrar mi mirada perdida. La pareja que estaba en el coche, esa del sube y baja, ha terminado. Escucho como los preadolescentes parecen vitorear el nombre del tipo afortunado. Imagino que el coche se marchará, así que tengo que aprovechar la ocasión para irme. Negaré ser la mujer que Jaimito vio y punto.

Tomo a Pablo por la muñeca y tiro de él, noto que Pablo frena, pero insisto.

—Espera a mi primo y a Carla, ¿no?

—Ya llamarán —contesto y tiro otra vez de él.

—Vale, espera que les envíe un mensaje y ya dejo que me violes.

Freno. En realidad, abandono mi intento de moverlo, porque cuesta mucho, y lo miro a él y a su chulería.

—No pienso violarte.

Nada más terminar la frase, noto que mi tono no ha sido para nada convincente. Sus cejas se alzan ante mi comentario. Él y su ego creen que miento.

—¿Estás segura? —pregunta, mientras sonrío.

¿Qué me está pasando? Todos los hombres del planeta parecen haberse confabulado en mi contra, haciéndome parecer una enferma sexual, pero que no se engañen, soy una mujer autosuficiente.

—Claro que estoy segura.

—Entonces, ¿por qué me besabas?

—Porque estaba aburrida —contesto velozmente, mientras me abofeteo en mi interior.

¿De qué va? La luz de la luna ha convertido a Aritos en un tío demasiado chulesco. Este cree que me tiene en el bote y yo no se lo voy a poner tan fácil. ¿Qué se ha creído?

—Adiós, tortolitos —dice Jaime, el descarado hijo de mi jefe, sonriendo y entrecerrando los ojos a la vez.

Sonrío, no lo hago demasiado efusivamente, es una sonrisa forzada, una simple línea fina se dibuja en mi rostro.

Cuando ese renacuajo hormonado desaparece de mi vista, vuelvo a mirar a Pablo. Me está comiendo con la mirada, mientras sonrío pícaramente. Me gusta que me mire así, me gusta la sensación de ser deseada.

Golpeo su pecho, muy duro, con mi dedo índice.

—Creo que te has llevado una imagen preconcebida de mí que no es la real —comento con tono jovial, utilizando palabras que parecen sacadas de la enciclopedia con el único propósito de parecer una mujer más respetable.

—¿Ah, sí? —pregunta él, claramente divertido—. ¿Qué imagen crees que tengo de ti?

—Tú crees que soy una chica fácil, pero no, guapo.

—Oh, no. ¿Cómo osas decir tal cosa? —contesta él haciéndose el sorprendido.

Pablito podría ser actor, se le da bien, sobreactúa un poco, pero es gracioso, el chico. Niega con la cabeza al tiempo que se muerde el labio inferior.

—Porque nada más conocerme intentaste comprarme con tus tetas, preciosas, por cierto, y porque después mi dedo te rozó, sin querer, en la playa; eso no significa que seas una chica fácil para nada. Además, antes no he podido ni apreciar el sabor de tu lengua. Me lo pones difícil, rubia.

Sonrío. Soy toda una fresca, oye.

—Y más difícil que lo vas a tener. ¡Dos palmos entre tú y yo! Vamos, sepárate —le ordeno sin voz autoritaria.

—Me niego, no paso al grupo de dos palmos. Mis dos palmas en tu culo vale, pero eso sería de chica fácil, ¿no?

Asiento.

—Y los dos sabemos que no soy una chica fácil.

Se lo digo, mientras nuestros ojos se hablan. Ellos, ajenos a mi lengua, parecen entenderse. Quieren que nos comamos, pero como buena chica decente, no lo haré.

Capítulo 15

Hacerse la chica dura no está nada mal.

Sigo estando igual que antes respecto a mi escasa práctica sexual, pero tengo algo más de orgullo. La cita doble fue un fiasco. Carla y su nuevo objeto sexual no se presentaron. La odié durante unos minutos, pero después dejé de pensar en ella, porque la noche con Pablo fue completamente diferente a como me la esperaba; me encantó. Las horas pasaron volando, mientras nuestras lenguas se batían en un duelo de descaros. Nunca imaginé que fuera tan difícil hacerse la chica dura y más cuando el chico que tienes delante sonrío de forma descarada y te dice que sabe bailar bachata.

Sí, Pablo sabe bailar bachata, ese baile tan desconocido. Tengo una teoría, entre muchas otras que tengo, sobre la relación de ese baile y el sexo: si el chico se mueve bien bailando, también debe de moverse así en la cama, porque, como dice la teoría, se baila igual que se folla. Normalmente los chicos que bailan bien tienden a ser feos, pero cuando no es así, cuando te toca un chico guapo que baila bien, es como si te tocara el gordo de la lotería.

Oigo un ruido en la entrada y todo mi cuerpo se pone en alerta. Miro desesperada el reloj, son las cinco y media de la mañana. Siento auténtico terror y opto por tirar de la sábana y taparme la cabeza.

En aquel pequeño refugio, continúo escuchando ruidos. La puerta de la entrada se abre y percibo perfectamente cómo, al abrirse, rebota contra la pared.

Grito, lo hago tapándome la boca, pero grito. Salgo de la cama y busco con desesperación algo con lo que defenderme. A mi mente viene la película *Venganza*, la escena en que la hija del protagonista va a ser raptada y relata a su

padre por teléfono todo lo que ve de sus secuestradores.

No tengo nada que me sirva para defenderme cuando la puerta de mi habitación, esa que había dejado entornada, se abra.

Grito y corro hacia la puerta con los puños cerrados.

Oigo otro grito, un grito de mujer, pero mis pies no pueden frenarse y termino derribando a la intrusa.

—¿Qué demonios haces? —se queja Carla desde el suelo.

Me coloco el pelo y enfoco mi mirada en ella, que está debajo de mí.

—¿Qué cojones haces tú entrando en mi casa? ¿Cómo lo has hecho? —me quejo sin moverme del suelo.

¡Vaya susto! ¡Joder!

—He entrado por la puerta, con la llave que me dejaste para ocasiones de emergencia.

Soplo para quitarme la mata de pelo que me tapa la cara. ¿En serio? Me levanto, apoyándome en la pared. Carla intenta ponerse en pie, pero parece que tiene problemas de equilibrio.

—Dime —le digo cuando estoy llegando a la cocina—. ¿Qué es eso tan importante para usar la llave de emergencia?

Abro la nevera y cojo una lata de Coca-Cola Zero. No le ofrezco nada a Carla, estoy enfadada con ella y con sus intrusiones de madrugada. ¡Menudo susto me he llevado!

—¿Qué? —pregunto de mal humor, pero a ella parece no afectarle. Me mira todavía desde el suelo con una amplia sonrisa en la cara, con una sonrisa de pura satisfacción. Ha tenido los santos ovarios de venir aquí a restregarme su gran polvo—. Acabas de instalarte en el *ranking* de peor amiga del mundo. ¿Lo sabes?

—¿Por qué? —pregunta ella sumergida en su particular satisfacción expresada a través de sonrisas orgásmicas.

—Me has dejado tirada. Me has despertado con un susto de muerte y te plantas aquí como si nada. ¿Y si llego a estar acompañada? ¿Qué?

Su sonrisa se amplía por momentos.

—Habría sido divertido —termina sentenciando la muy cachonda.

Termino la lata de un trago largo y la lanzo hacia la papelera. Fallo, como es habitual, y murmuro una maldición mientras voy a recogerla y a meterla en la papelera.

—¡Quieres hablar o largarte! Haz lo que sea, pero hazlo.

—Ese chico es tan... oh.

—Oh. Ese chico es tan oh. ¿«Oh», qué? La cosa grande que tiene entre las piernas, oh, qué bonito todo, pero qué mal folla, oh, me ha dejado a medias, ¿«Oh», qué?

Carla deja de sonreír, por fin, y me mira ofendida. Se ha enamorado, me doy cuenta de que no sabe valorar si el mozo se lo monta bien o no. Lo leo en sus ojos.

—¡Venga ya! ¿Te has enamorado? Te ha dicho cuatro tonterías y ya te has pillado. ¿Tú? No me lo puedo creer. ¿Dónde está aquello de salir de caza juntas y todo ese humo barato que me vendiste?

Me hago la ofendida, pero realmente no lo estoy. Me alegro por ella y por su recién encontrado amor. Sé que no le va a durar más de dos telediarios pero, por lo menos, ahora está tan feliz como para venir a mi casa a restregármelo.

Su sonrisa vuelve aparecer, mientras niega con la cabeza.

—Lo he hecho con él, en la parte de atrás de su coche.

Necesito otra Coca-Cola. ¿Lo que he notado en su voz es emoción? No puede ser, ha venido hasta aquí solo para contarme que se lo ha montado en la parte de atrás de un coche. Un momento.

—No —digo con rotundidad mientras mis ojos se abren como auténticos platos.

No puede ser cierto. ¿Ella? ¿Un coche? ¿Parte de atrás?

Asiente.

Niego con la cabeza, pero ella continúa asintiendo.

—Eres una cerda —la bautizo sin ningún tipo de pudor—. No, Carla, no.

—Ha sido tan excitante.

—Y guarro. Había menores mirando, Carla, seguro que eso era delito.

Me acuerdo de los niños babeando, mientras miraban el interior del coche. No me lo podía creer.

—Estábamos esperándoos y todo fluyó.

—No has podido emplear una palabra mejor, cariño.

Las dos soltamos una sonora carcajada. ¡Dios! Carla es una caja de sorpresas.

—¿Y tú, qué?, ¿te has tirado al primo?

—No —contesto con la boca pequeña.

¿En qué momento decidí hacerme la mujer difícil? *Orgullosa, me tenía que*

sentir orgullosa de ello. Carla levanta las cejas, pero evita decirme algo. Sé lo que piensa, sé que cree que me quejo demasiado, no sé por qué no me recrimina por ello.

Me levanto, intentando que entienda el lenguaje subliminal de aquella acción. Quiero que se vaya, necesito dormir. Con la tontería son más de las seis de la madrugada y, aunque mañana sea domingo y pueda aprovechar para dormir, quiero comenzar a dormir ya...

Carla, en vez de imitarme, se acomoda en el sofá cruzando sus largas piernas.

—Estoy esperando que me cuentes por qué no te has acostado con Pablo, ¿se llamaba así?

Noto como las aletas de mi nariz se están abriendo en exceso. Estoy molesta, realmente no sé qué me repatea tanto. Puede que sea su actitud o quizás es mi no actividad sexual, pero lo cierto es que en este preciso momento quiero gritar enfadada a todo el mundo.

—No me he acostado con él porque quiero esperar.

Carla se ríe, lo hace a carcajadas, como si mi frase formase parte de un monólogo de los buenos.

—No me río... —añado y tomo el pomo de la puerta dispuesta a mandarla a su puñetera casa de un grito.

—Tía, escúchate. Quieres sexo, estás tan desesperada como para ir sin bragas por el Tropical y ahora coges y quieres esperar. Esto es para mear y no echar gota, no me jodas.

—Largo. Fuera de mi casa —le digo, intentando parecer seria, porque me doy cuenta de que mi caso es para llorar, pero de la risa. Es así de triste.

—¿Sabes qué te pasa? —me pregunta, mientras se dirige a la puerta—. Que estás pillada de ese acosador, eso o estás haciendo penitencia con el pobre Pablo, porque crees que así compensas tus actos guarros con el otro.

—¿Actos guarros? ¿Me lo dices tú, que vas para actriz porno de aparcamientos?

Carla me golpea el hombro ante mi comentario y después me planta un beso en los morros. Típico de ella. Regala picos a todos sus amigos.

—Llámame cuando estés de mejor humor, cari.

Carla sale por la puerta y yo asomo la cabeza en el pasillo.

—Dime que no has comido nada guarro hoy, perra.

Escucho su carcajada mientras voy corriendo al baño para lavarme la boca.

¡Maldita Carla!

Capítulo 16

Quiero dormir hasta las dos o puede que hasta mucho más tarde. Así, me salto la comida y no tengo que hacerla, me da tanta pereza... Es el plan fantástico.

Me tumbo en la cama y dejo que mis párpados se cierren. Necesito dormir, pero mi mente se empeña en pensar cosas absurdas. Odio que mi mente no me haga caso. Aprieto más los párpados, cerrándolos con fuerza. Me concentro, dejo que mi mente se quede en blanco, así se está muchísimo mejor. Noto como mis músculos empiezan a relajarse cuando aparece Álex. A pesar de que sé que todo es obra de mi astuta imaginación, noto como el pulso se me acelera y mi sexo también se emociona. Álex me sonrío, viene hasta a mí y me besa, lo hace de forma perversa. Nada nos separa, no hay ninguna mesa entre ambos, tampoco protocolos estrictos, ningún obstáculo. Álex me besa, puedo sentir como sus labios atrapan los míos, besa tan extremadamente bien que ni tan siquiera parece él. Lo aparto para poder mirarlo, necesito quedarme atrapada en su excitante mirada. Lo miro, pero no es él. Frente a mí está Pablo, que me sonrío, mientras la picardía brilla en su mirada. «¡Para, Claudia!», me grito, «así una no puede dormir, joder». Mente en blanco en tres, dos, uno. Noto como mi teléfono vibra, lo he puesto en silencio, pero he tenido la extraña e enfermiza necesidad de dejar el vibrador por si las moscas.

No quiero mirar el teléfono, son casi las ocho de la mañana y no he dormido nada, pero la curiosidad me vence. Intento en vano no girarme, pero soy presa fácil y lo hago rápidamente.

Me digo a mí misma que solo miraré por si es algo importante y me volveré a dormir. Mis labios se estiran en una leve sonrisa cuando veo que tengo un

correo entrante. ¿Será Álex? Pero ¿cómo va a escribirme un domingo a las ocho de la mañana? Lo más probable es que sea publicidad, esos odiosos e inoportunos mails que llenan los buzones de correo.

—¡Sí! —grito, mientras la emoción burbujea en mi estómago. Me despierto del sueño, ya no lo necesito.

Me siento torpe cuando intento abrir el correo. No despego mi mirada ansiosa de la pantalla del teléfono. Tengo un correo de Álex o eso deduzco cuando veo las iniciales: A. C. Lo abro sintiéndome una niña pequeña con un regalo entre las manos.

Buenos días, Claudia.

A las doce de la mañana un taxi te pasarán a recoger por casa. El protocolo de vestimenta es sencillo, pero elegante. Vestido o falda y blusa, nada de pantalones. Agradecería que cuidases tu imagen, nada de pintarse como una puerta.

Saludos.

Álex.

Leo el correo una y otra vez. Ese jodido mandón es escueto hasta en esto. ¿Buenos días, Claudia? ¿Hola? Vale, entiendo que no escribiera mi tan ansiado «nena», pero un «señorita» habría estado más que bien, pero no, me ha llamado Claudia, con todas mis letras. Y, además, me habla de un protocolo de vestimenta. ¿Protocolo? Sé que soy una mujer culta y puedo emplear también palabritas finas, pero ¿es necesario? ¿Adónde cree que vamos? Él dirá que no, pero todo esto de las normas de vestimenta es una simple copia de Grey y del mundo amo-sumisa. Seguro que no quiere aceptar que le gusta el sadomasoquismo y, sin embargo, yo tengo que admitir que a mí me pone, soy así de rara. Odio y amo que me manden, soy terriblemente bipolar.

Vestido o falda, estas son las dos opciones que me da este hombre, porque cree que es lo mejor para un casquete rápido. Los pantalones realzan culos, sin embargo, son más molestos a la hora de quitar y poner. De todas formas, lo que más me ha ofendido de todo este tema es que me haya dicho que no me tengo que pintar como una puerta. ¿Con quién cree que está tratando?

Chasqueo la lengua y le dedico al teléfono una mueca de puro asco. Respondo escueta, sin querer darle importancia.

Pretendo contestarle, a él y a su protocolo de mierda, con un simple OK,

pero termino por no enviar el mensaje. Cambio la pantalla y tecleo en el buscador de YouTube: «cómo maquillarse sin parecer una puerta».

Tengo cuatro horas para prepararme para la cita, que me abrirá a su nuevo mundo. ¿Significará esto que me va a presentar a sus padres? No, no puede ser. Él no lo haría. ¿Verdad? Siento nervios y emoción en grandes dosis. Me levanto de la cama de un brinco y asalto a mi armario.

Todas mis faldas y vestidos están para lavar. Es lo que tiene salir cada día. El pánico aparece cuando después de sacar toda mi ropa y dejarla desperdigada por la cama no tengo ninguna opción decente para ponerme. ¿Por qué diablos no hice la colada?

Tengo que buscar una solución; gracias a Dios, Salou vive del turismo y las tiendas están abiertas todos los días del año. Me pongo lo primero que encuentro y salgo a la calle como alma en pena. Cuatro horas son muy pocas para comprar algo que me siente bien.

Los nervios se multiplican por mil cuando me doy cuenta de que, por mucho que Salou abra todos los días, son las ocho y veinte de la mañana. ¿Quién diablos va a comprar a estas horas? Nadie. Siento como la presión me puede. Así que opto por el plan B.

Recorro un par de calles donde solo me encuentro con gente borracha tumbada en los bancos. Camino rápidamente, aprovechando el poco tiempo que tengo para hacer ejercicio.

El portal está abierto, así que subo las escaleras de dos en dos, cuando llego a la puerta, la aporreo de malas formas.

—¡Caaaaarla! —grito desesperada.

No estoy haciendo esto porque esté enfadada ni por devolverle el susto de mierda que ella me ha dado horas antes, no, le grito simplemente porque Carla es una marmota. Cuando se mete en la cama hiberna y no hay forma de que oiga ni teléfono, ni puerta, ni timbre ni nada.

Necesito el armario de Carla. Es mucho mejor que ir de tiendas.

—¿Qué haces aquí?

Me vuelvo de golpe con el corazón en la boca. Carla está detrás de mí, mirándome con su fina ceja alzada.

¿De dónde ha salido?

—¿Tu objetivo de hoy es que me dé un puto ataque al corazón? —le pregunto todavía sobresaltada.

Carla sonrío ampliamente, mientras introduce sus llaves en la cerradura, me

echo a un lado, ya que el espacio del pasillo es escaso. Veo como mi peor amiga del mundo niega con la cabeza.

—¿En serio has venido aquí a disculparte por echarme de tu casa? No hacía falta, cari.

Entrecierro los ojos. ¿Eso es lo que cree que hago aquí? Imposible, aunque, pensándolo bien, ni lo negaré ni lo afirmaré, al fin de cuentas, estará de mucho mejor humor si le dejo creer que he venido a disculparme. Además, me interesa que esté de muy buen humor porque no solo necesito que me deje un vestido sino también sus dotes de peluquería y estética.

—Quería pedirte un favor —digo entrado tras ella.

Carla vive con su madre y su padrastro, aunque este último nunca está en casa. La habitación de Carla, su fortaleza, está nada más entrar en el piso a mano izquierda. Oigo a su madre en la cocina; Carla no la saluda, su relación no es muy buena que digamos.

Mientras Carla se quita el vestido aprovecho para asomar la cabeza en la cocina y saludar a su madre.

—Hola, cariño —me saluda.

A pesar de que se esfuerza por regalarme una sonrisa, noto como el cansancio la tiene consumida. Esa mujer trabaja demasiadas horas para poder sacar su familia adelante.

—Hola, Gloria. ¿Cómo estás?

—Bien —contesta escuetamente, mientras termina de colocar los platos en el lavavajillas. Me quedo callada. Siento pena por ella y odio realmente que su relación con Carla esté así de rota. Chocan demasiado, y esta situación consume a su madre.

—Claudia —me llama Carla desde su habitación; me despido de su madre y voy hasta allí—, ¿qué necesitas? Suéltalo.

Sonrío. Evidentemente me conoce, ambas nos conocemos.

—Necesito algún vestido mono y si, ya que estás, me maquillas y me peinas, sería maravilloso.

Carla pone los ojos en blanco, mientras termina de quitarse las dos capas de pintura que lleva. Asiente, después de resoplar.

—Vuelve después de comer y lo miramos.

—Tengo que estar lista a las once y media...

Miento sobre la hora, no lo hago porque sea una mentirosa compulsiva, sino para asegurarme llegar a tiempo. Carla y el tiempo no se sincronizan bien. Noto

como su expresión cambia.

—¿Qué? Ni de coña, necesito dormir.

Carla no me da tiempo a rechistar, se tumba en la cama y se tapa. Ni hablar. No puedo permitirme que se ponga a dormir.

Tiro de su sábana haciendo que ella me insulte deliberadamente.

—Venga va, después duermes. He quedado con Álex, tienes que ayudarme.

Ella abre un ojo, parece que me está prestando atención. Le dedico una expresión de pena, sé que, si le doy lástima, puede que me ayude.

Ella se levanta de la cama mascullando algo, mientras yo sonrío ampliamente.

—Te doy cuarenta y cinco minutos, ni uno más.

Me miro y la miro. Necesito una ducha. Me parece realmente de caradura ducharme en su casa, pero después de más de veinte años de amistad hay confianza.

—Prepara los potingues, no tardo.

Gracias a Dios la madre de Carla, Gloria, ya se ha ido. Oí un escueto adiós cuando cerró la puerta. Corro por el largo pasillo y voy directa a la ducha. Siento como los nervios y la excitación se mueven por mi cuerpo, impidiéndome por completo estar quieta. Canto, bailo, me muevo nerviosa al mismo tiempo que me enjabono.

Cuando vuelvo a la habitación, Carla ya tiene preparados tres modelos encima de su cama.

—Opción uno —comenta ella, leyéndome la mente—. Vestido negro con complementos dorados. El negro siempre es elegante, aunque para las comidas y/o ceremonias de día no suele usarse tanto. Pasemos a la opción dos. Un top plateado de tirantes finos con una falda de color negro, alta hasta la cintura y con vuelo. ¿Te has fijado en el escote del top? Estoy segura de que no podrá quitarte los ojos de encima durante todo el día, y después, para terminar, tenemos la opción tres. Un vestido blanco de corte griego. Sencillo, pero insinuante. ¿Qué prefieres?

No tengo ni idea de qué escoger. Los tres son bonitos, no me veo con ellos, pero me gustan. Mi mente está en una continua contradicción. Quiero llamar la atención, quiero sentirme sexy como el infierno, pero también permanecer dentro de lo políticamente correcto. El blanco tengo que descartarlo, no puedo arriesgarme a que me ordene de nuevo que me quite la ropa interior. Con un vestido blanco se vería todo.

¿Qué hago?

—La opción dos —termino diciendo con un hilo de voz.

—Bien —comenta Carla aplaudiendo—. Vas a estar cañón.

Yo, que todavía estoy tapada con la toalla, tengo que pasar por uno de los momentos más embarazosos del día. Dudo cómo decirlo, pero no tengo mucho tiempo, me queda mucho por hacer. Con la tontería son casi las diez de la mañana.

—Necesito ropa interior.

Carla no contesta; me mira sin decir nada.

—¿Para qué? Si él no quiere que lleves.

Le enseño mi dedo corazón, mientras arrugo el labio como si fuera un mafioso de barrio. Ella sonrío.

—Te vendo, escúchame bien, te vendo estas braguitas que están sin usar porque la ropa interior no se comparte. Después te atreves a llamarme cerda. Y te comento, son unas bragas muy caras, las tengo guardadas para una ocasión especial.

Tomo las braguitas que ella me lanza de malas formas y las miro con detenimiento. ¿Cabrán mi trasero ahí? Carla está algo más delgada que yo; en realidad, no, solo que tenemos una distribución de la carne diferente, por lo cual tengo más trasero que ella.

Tengo que admitir que las braguitas de encaje negro son bonitas.

—¿Cuándo te compraste esto? —pregunto al mirar la etiqueta, que parece ser más vieja que yo—. ¿Estás segura de que no las has heredado o algo así?

—Las compré para una ocasión especial, que todavía no ha llegado.

—Se las has robado a tu madre. Seguro que son del ajuar de su boda con Manolo.

Carla me mira desafiante con la clara intención de intimidarme, pero no lo consigue.

—Tía, el precio está en pesetas —le digo fijándome bien—. ¡Esto es una reliquia!

—Vete a la mierda. Si no las quieres, déjalas ahí y ve sin braguitas. Total, ya estás acostumbrada.

Niego con la cabeza, sin poder evitar sonreír. No pienso ir sin braguitas, así que quito la etiqueta. Carla no parece divertirse tanto como yo, pero sonrío.

Me visto, lo hago con serias dificultades. Estaba tan preocupada por las braguitas que no me he percatado de lo tremendamente ajustado que es ese

maldito top; es tan estrecho que tengo que aplastarme los pechos para poder meterme ahí dentro. Me miro en el espejo con la sensación de que si estornudo o respiro profundamente se me va a salir una teta.

—Estás tremenda —sentencia Clara detrás de mí.

Sonrío mientras me miro en el espejo. La verdad es que me encanta este modelo, no podría haber encontrado nada mejor con el poco tiempo que Míster Mandón me ha dejado, aunque admito que he disfrutado mucho de la tensión que me ha provocado.

Carla se pone manos a la obra y me peina la melena rubia en una especie de coleta desecha de lado. La muchacha tarda como quince minutos en hacer el peinado. Queda bien, lo admito, aunque parece que no me haya peinado. Ella me insiste en que es lo que se lleva ahora, así que, después de mirarme una y otra vez en el espejo, decido que mi escote es tan peligroso que nadie me mirará el pelo.

—No puedo parecer una puerta —insisto por tercera vez.

—Qué pesada estás, ¿cuándo te he pintado yo como una puerta?

No digo nada porque tiene razón. Me dejo hacer. Carla tiene miles de productos distintos, muchos de ellos no se ni para qué sirven. Comienza a aplicarme una serie de cremas, abro un ojo e intento mirarme en el espejo que hay en la puerta de su armario.

—Cierra el ojo, jodida —me ordena, mientras continúa golpeándome con una esponjita.

—No te estarás pasando, ¿verdad?

—Me voy a ir a dormir y te voy a dejar así —me amenaza, tirando de mí para que me incorpore.

Aprovecho la ocasión para mirarme bien.

—Pero si parece que no me has hecho nada.

—Maquillaje natural. Es lo que me has pedido, ¿no?

—¿Para eso tanto rato? ¿Qué llevo, veinte minutos?

—Mira... Si te quejas una sola vez más te dejo así, a medias.

Niego con la cabeza y no añado nada más. Vuelvo a mi posición para que continúe maquillándome. No quiero quejarme, pero si sigo en esta posición mucho tiempo más acabaré con dolor de cervicales. Después de una lucha con el perfilador, llega el rímel, después el pintalabios, el colorete, el fijador de pintalabios, los polvos matizadores antibrillos... y con tanta cosa, temo no poder reírme ni gesticular.

Al fin, estoy lista. No puedo respirar profundamente, no puedo abrir los ojos demasiado, no puedo correr con los tacones que me ha enfundado, pero estoy monísima.

Para presumir hay que sufrir, dicen. Yo espero que, al menos, el esfuerzo merezca la pena y el mundo de Álex me llene por completo.

Capítulo 17

Son las doce en punto, yo y toda mis ansias estamos en el portal. Existen estupendas casualidades, y una de ellas es que los taxis pasen por mi calle habitualmente. Son tantos que tengo que estar con el ojo avizor para saber cuál de ellos me llevará a nuevos mundos.

Espero que no tarde mucho en llegar, porque mi vestimenta a estas horas de la mañana llama la atención y, ahora, a diferencia de a las ocho de la mañana, las calles están llenas de domingueros que quieren ir a la playa o a emborracharse.

Un taxi frena delante de mí. El conductor es el mismo señor que la otra vez; trato de parpadear, mis pestañas pesan tanto que solo se queda en un intento. ¿Se acordará de mí? ¡Qué vergüenza! Intento mantener el tipo, me recuerdo a mí misma que no debo respirar profundamente, de lo contrario le enseñaré, otra vez, las tetas a este señor.

Abro la puerta de atrás, pues no me veo con fuerzas de sentarme delante, e, incómoda, me subo al taxi. No dejo de preguntarme cuánto debe de cobrar Álex para tener un taxista a su servicio.

Me aclaro la garganta antes de hablar, lo hago para ganar algo de tiempo. Estoy en blanco, no sé qué debo decirle. ¿Me llevas con Álex, por favor?

—Buenos días —digo; ante todo, hay que ser educada.

El señor no contesta, ¿para qué molestarse en hacerlo? Él se limita a maniobrar y comenzar el trayecto. ¿Será alguna norma extraña de Álex? ¿Le tendrá prohibido hablar con sus chicas? Me pregunto, pensando cuántas chicas deben de haber subido a este coche. Me jode mucho pensar que está con otras y

que solo soy una gatita más en su manada. Odio ser una más, lo sé, es contradictorio y debería darme igual, pero soy una mujer posesiva.

El viaje se me hace eterno junto al conductor, que no habla y ni tan siquiera me mira por el retrovisor. ¿Qué pasaría si me sacase una teta? Bah, da igual, no lo intentaré.

El coche aminora la marcha. ¿Estamos llegando? Los nervios se amontonan en mi bajo vientre y me entran ganas de hacer pis. Resoplo, estoy nerviosa. Me doy cuenta de que mis tetas están tan exageradamente aprisionadas que si bajo la barbilla podría apoyarla en ellas.

El coche frena, intento ver dónde estamos, pero el sol me ciega casi por completo. El conductor, mudo a lo largo de todo el trayecto, se aclara la garganta.

—¿Dónde está Álex? —pregunto, pero, para variar, el señor conductor de primera no contesta.

Maravilloso.

Bajo del taxi intentando colocar todas las partes de mi cuerpo. Las braguitas de Carla, o de su madre, yo qué sé, o me vienen algo estrechas o tienen complejo de tanga. ¡Qué incomodidad!

No sé dónde estoy, parece una masía o quizás es un restaurante caro, pero rústico. He estado durante todo el viaje tan pendiente del señor conductor que no me he percatado de dónde estamos. Puedo oler el mar, amo el olor salado que desprende.

El taxi se va sin esperar a confirmar que Álex esté allí. Saco el teléfono dispuesta a llamarlo, me muevo porque tengo esa puñetera manía de hacerlo y por poco me caigo.

La zona está asfaltada, pero el resto es arena de playa. Tacóns y arena son mala combinación. Vuelvo a la mini zona asfaltada. Intento llamar a Míster Mundo Nuevo, pero no hay cobertura.

Miro a mi alrededor, pero no hay ni Dios. En el aparcamiento tampoco hay coches. ¿Aquel sitio estará abierto? ¡Joder! Frente a mí hay una puerta, es antigua o, al menos, quiere parecerlo. La empujo pero no se mueve. Estoy a punto de desatar mi lengua barriobajera, cuando noto que esta cede hacia el lado contrario.

Tiro de la puerta, pero no hace falta. Alguien está empujando de ella. Yo, que estoy demasiado atareada en mirar dónde piso, no puedo ver quién es el amable caballero que está ayudándome. Sé que es un hombre, porque veo unos

zapatos masculinos y, me aventuraría a decir, caros. Tomo aire, espero antes de levantar la mirada, quiero alargar el momento misterioso y, sobre todo, quiero asegurarme de que mis tetas siguen dentro del top. Mi sexo se emociona pensando que ese hombre con traje es Álex, seguro que está muy elegante.

Dejo que, al fin, mi mirada se levante y me encuentro con un NO Álex. Frente a mí tengo a un tipo de unos cuarenta y pocos que me sonrío de forma descarada. Soy mujer y sé que esa sonrisa no es de amabilidad; con esa sonrisa, ese tipo parece decirme: te follaría ahora mismo. Le devuelvo la sonrisa, pero de forma más discreta, un simple estiramiento labial.

—¿Está Álex? —pregunto, obviando la educación, sin el «Buenos días, ¿qué tal?» apropiado.

No me contesta, sigue analizándome con total desfachatez y, por un momento, el terror se apodera de mí. ¿Qué narices hago aquí? No sé nada de Álex, más allá de que está bueno y es un puto mandón. Quizás me ha vendido a este señor.

Trago saliva y retrocedo un paso.

—¿Álex? —pregunta él con un tono que no sé reconocer. Parece sorprendido por el nombre.

Y, en ese preciso momento, el pánico se apodera de mi cuerpo y pienso que voy a morir. Tras de mí tengo arenas movedizas, en realidad simplemente es arena de playa, pero mi tacón se entierra en ella y siento que no podré escapar. Es la perfecta trampa mortal.

El desconocido continúa mirándome como si de un trozo de carne se tratase. Me ha vendido. Álex me ha vendido.

—Buenos días —oigo la voz de Álex tras de mí.

El terror aminora y, como es costumbre al escuchar su voz, me excito, por el tono posesivo de sus palabras. Pienso en esa boca tan sumamente deseable, en su mano, esa que tanto añoro, y con la que me tiene tomada por la cintura.

El hombre «abridor de puertas» sonrío forzosamente.

«Chúpate esa, nene», pienso para mí, sintiéndome extrañamente poderosa. No me va a vender, ni me van a matar, es un buen día, joder, aunque mi ropa interior se empeñe en martirizarme.

Los tíos buenos, porque ahora que lo miro bien, el señor sonriente también es guapo, parecen estar batiéndose en un duelo de miradas que no llego a comprender.

Me aclaro la garganta, no tanto porque no me guste esta pequeña tensión que

se ha creado en el ambiente, al contrario, me pone, sino porque es algo incómodo estar en medio de la puerta con la brisa tratando de levantarme la falda.

Los hombres parecen haber captado mi llamamiento a la cordialidad, y el desconocido se aparta. Entramos en el interior de aquel lugar e intento no abrir la boca. Es espectacular. El interiorismo del local está entre la perfecta armonía de lo rústico y lo moderno. Me encanta.

Álex tira de mí, noto que está de mal humor. En su frente tiene una pequeña arruga que antes no estaba. ¿Qué demonios pasa? ¿Dónde está mi hombre posesivo?

—¿Por qué has dicho mi nombre?

Lo miro sin entender nada. ¿No podía decir su nombre? ¿Desde cuándo? No entiendo nada. Mi cara, que como mi madre siempre ha dicho es el reflejo del alma, parece mostrar mi total incomprensión.

—¿Hola? ¿No puedo decir tu nombre?

Él niega con la cabeza y parece enfadarse todavía más. ¿Qué le pasa?

—Hay normas —murmura todavía crispado—. Da igual, esto ha sido una mala idea. Te acompañaré a la puerta y haré que vengan a recogerte.

¿Cómo? ¿Me está echando? ¡Esto es increíble! ¿Me echa por haber dicho su nombre? No me lo puedo creer. Salimos y volvemos a estar en aquel pequeño lugar donde la puñetera arena nos acecha. Ahora, sin embargo, odio el olor a mar, odio la arena y odio que me ponga este hombre tan imbécil.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? No he hecho nada malo.

—No lo entiendes —me dice, cogiendo su teléfono móvil—. Hay unas normas, y tú no estás preparada... ¿Perdona, podrías volver a recogerla?

—Tú sí que no estás preparado —le contestó enfadada y salto para quitarle el teléfono. Cuelgo al señor taxista mudito, estoy segura de que lo estaba llamando a él.

—No es momento para niñatadas, Claudia. No ahora, no aquí.

¿Niñatadas? ¡Encima! Coloco los brazos en jarras y me importa un comino que mis tetas amenacen con suicidarse, es más, ojalá lo hagan. ¿Qué demonios pasa? No entiendo nada, nada de nada, y estoy furiosa.

—Si había normas para venir hasta aquí, tendrías que habérmelas comentado —le espeto y me ahorro el insulto, en un intento absurdo de demostrar que soy una persona educada que merece estar en ese maldito sitio.

—Estaban en el archivo adjunto.

—¿Qué archivo adjunto?

—En el correo —comenta él masajeándose el puente de la nariz.

¿Había un archivo adjunto? ¡No jodamos! ¿Por qué no avisa? Uno no puede enviar un mensaje a las ocho de la mañana con un archivo adjunto y pretender que yo lo vea y lo abra. ¿Por qué no lo puso en el cuerpo del mensaje? «Hola, nena, mira el archivo adjunto y aprende a no ser una niña», por feo que resulte, podría haberme escrito esto y, al menos, no estaríamos en esta situación. No me quiero ir, es una cuestión de orgullo, pero ¿por qué? En realidad, lo que tendría que hacer es dar media vuelta e irme o, mejor aún, debería lanzarle arena a los ojos y joderle el puñetero día, pero no, no puedo hacerlo porque soy una arrastrada.

—Resúmemelo —le pido o le ordeno, no sé realmente qué he hecho.

—¿Qué? No, dame mi teléfono. Te vas a casa. Mañana será otro día.

Me cuadro frente a él, mirándolo a los ojos, intento implorarlo sin usar palabra alguna. Esta mierda ha sido de los planes más excitantes que he tenido en los últimos años; sé que debería irme y olvidar todas estas tonterías, pero una parte de mí quiere quedarse, siente la inmensa curiosidad de saber más de él, más de su mundo.

Sus ojos de hielo me miran, siento cómo la ansiedad va tomando mi estómago. Sin poder evitarlo, me muerdo el labio inferior, coloco mis manos sobre sus brazos, y en ese momento siento algo, algo distinto, y no son sus músculos. Siento algo que me dice que tengo que entrar allí y creo que él también lo siente.

—Me voy a arrepentir de esto, lo sé —termina diciendo y yo tengo ganas de saltar, pero no puedo con este vestido, además de que seguro que está prohibido—. A la mínima que no te comportes, te mando a casa, aunque sea en volandas.

Quiero hacer una broma sobre ello, pero la arruga de su frente sigue dibujada, parece no borrarse de su rostro.

Intento concentrarme, debo prestarle atención. Esto parece importante para él. No puedo ni debo meter la pata. Sigo mordiéndome el labio y pensando que, quizás, lo mejor sería que fuéramos a cualquier otro lugar y simplemente nos lo montáramos, nuestros cuerpos lo necesitan.

—Aquí no me llamarás por mi nombre. ¿Entendido? —me pregunta, taladrándome con su azulada mirada. Asiento y espero más instrucciones—. Debes medir tu comportamiento cuando estemos acompañados y no debes interrumpir...

—Perdona que te interrumpa —le digo y me gano con ello una mirada asesina—, has dicho cuando estemos acompañados, pero aquí, a no ser que cuentes la arena como compañía, no hay nadie. Y si no puedo llamarte Álex, imagino que *nene* tampoco —bromeo intentando romper la tensión, cosa que a él no le hace gracia o al menos no lo exterioriza—. ¿Cómo tengo que hacerlo? ¿Señor?

Él niega con la cabeza, y mi idea de catalogar este lugar como el *summum* de concentración de amos dominantes se me va al garete.

—¿Entonces? —insisto.

—No debes de llamarme, simplemente esperas a que te pregunte algo.

—Pues vaya aburrimiento —suelto, y él me mira con lo que parece desesperación.

Sus ojos azules se abren demasiado y por un momento veo el ser humano que habita en él. No es de piedra, puede perder el control, y eso me gusta.

—Dame mi teléfono y llamaré para dar fin a este aburrimiento, gatita.

Gatita. Ha tenido que soltarlo.

—No sé por qué leches me llamas gatita. A las gatitas todavía las puedes dominar, pero a las leonas no les dices que se callen en público.

Álex sonrío, lo hace de medio lado, antes de morderse su propio labio. ¡Joder! ¡Por qué está tan bueno! Se acerca a mí y lo hace de forma invasora. ¡Eso es, invádeme! La pequeña acera se hace todavía más diminuta.

—Para estar con alguien como yo, tienes que ser fuerte. Para estar ahí dentro tienes que ser lista. Además, para tu información, las leonas se comportan como los leones.

Sus palabras son susurros enfadados, susurros excitantes que me acarician y acrecientan la necesidad que tengo de él.

—Mira si soy lista que te voy a dar la razón, pero solo en la parte de que las leonas se comportan como el león, pero también te diré que los leones nunca se reúnen, solo lo hacen para pelear. ¿A eso has venido aquí? A lo mejor, al final, lo que sucede es que eres un lindo gatito.

Él sonrío. No parece afectado por mi clase de fauna salvaje.

—He venido aquí a follarte, pero me lo estás poniendo difícil.

Capítulo 18

Ha venido aquí a follarme. O eso ha dicho.

Follarme del verbo follar, es decir, hacerte agarrotar los pies del placer, hacerte sudar, hacerte gritar. Sí, ha dicho follar, lo ha dicho.

Trago saliva y lo miro. Es lo que quiero o, al menos, eso es lo que creo. No puedo echarme para atrás. Humedezco mis labios y respiro hondo, poco me importa si se salen las tetas, aquí no hay nadie más que él.

—Bien. Jugaremos a tu juego. Dime qué tengo que hacer.

Álex me mira, sus ojos azules se clavan en los míos, noto como el riesgo le pone a mil. Sus labios están ligeramente estirados, dejan entrever su picardía.

—Es más fácil si te digo que, más bien, no tienes que hacer nada.

Quiero rechistar para llevarle la contraria, me gusta irritarlo y sacarlo de sus perfectas y obsesivas formas, pero no lo hago. Tengo demasiadas ganas de saber más de este nuevo juego o, como él lo ha denominado, de este nuevo mundo.

Él no dice nada. Sigue mirándome, desafiándome con la mirada. Se cree poderoso, quizás lo es, pero yo no pienso hacerme pequeña, no delante de él.

—Estoy esperando a que continúes...

—No puedes hablar con otros hombres de la sala, nunca. No puedes hablar de temas personales y, muy importante, no puedes dar nombres ni direcciones, no puedes decir nada personal, nunca. ¿Entendido?

¡Vaya mierda de normas! Siento una especie de desilusión. Sí, el sitio es espectacular, pero esperaba que fuera algo más oscuro. Puede que vea

demasiadas películas, pero me da la sensación que entrar allí es como retroceder en el tiempo, cuando la mujer solo eran un mero objeto, no podía opinar y solo acompañaba al hombre.

Admito que, en un primer momento, había pensado que ese lugar podía ser un algún club de intercambio de parejas para tríos y orgías. No es que quisiera estar con otros, yo quiero estar con Álex de una vez, pero esperaba algo así. Me imaginaba una habitación del placer o, quizás, un lugar algo más morboso, pero no, no tiene nada de todo esto. Simplemente, estoy ejerciendo de simple acompañante. Por lo que parece, ejerzo de *escort*.

—¿Qué? —pregunta él y noto un ápice de nerviosismo en su voz. Su mirada parece desviarse de un lado al otro, quizás, preocupado por la llegada de más gente.

—Nada, nada...

—Suéltalo. ¿Quieres irte? ¿No te ves capaz?

¿Capaz? Hasta una niña de doce años podría venir aquí y mantenerse callada. Hacer de trofeo es terriblemente aburrido, ¿no? Me ofusco cada vez más a medida que pienso en el papel que me toca jugar. ¿Para esto tantas molestias? ¿Tantos juegos? La tensión sexual entre nosotros era tanta que pensaba que Álex era una máquina y no un palo, como al final ha demostrado ser.

—Eres rarito. ¿Sabes? ¿Eso te pone? Que sea una mujer servicial y que te acompañe en tus reuniones aburridas para después follarme como hombre neandertal. Esperaba mucho más de ti, la verdad.

Quizás me he pasado. Me arrepiento nada más terminar de hablar, sé que, a lo mejor, no era el momento y, seguramente, yo soy la menos indicada para juzgar nada ni a nadie, pero la verdad es esta: tenía expectativas muy altas de esta cita y me encuentro con esto...

Noto la rabia en la mirada de Álex. Se mueve dibujando un pequeño círculo, mientras con su cabeza niega. Se muerde el labio. ¿Está intentando controlar su carácter? Sinceramente, preferiría que no lo hiciera.

Álex se para frente a mí, invade todo mi espacio y, por un momento, creo que me va a besar, pero no.

—¿Sabes lo que realmente me pone? —me pregunta con un tono roto—. El riesgo... las apuestas... lo diferente. Ya te dije que no era un tipo normal, tú no querías algo normal... por eso estás aquí. Así que, si no te gusta, ya sabes, te puedes ir, no te lo diré más.

—¿Hola? —contesto malhumorada, noto como mi frente se arruga o, al menos, lo intenta, porque los kilos de maquillaje parecen poner resistencia—. Esto no es una carrera de caballos. Se trata de una mujer que no puede hablar. Además, ¿qué riesgo ni qué leches? Dime, señor diferente, ¿qué diablos me puede pasar si me salto una de tus estrictas y prehistóricas normas? Venga, ilumíname.

—Que te folle otro.

Silencio.

Mi boca quiere decir algo, pero no puede, y mi corazón se ha parado por unas milésimas de segundo. ¿Perdona? Álex me está evaluando, noto como sus fosas nasales se mueven rápidamente, quizás el muy guarro esté tratando de descubrir si esa pequeña información que tenía oculta me ha puesto cachonda. ¿Me ha puesto? No, puede, quizás, sí, pero no por lo de acostarme con otro, sino por entrar en este extraño juego.

—¿Quieres jugar o no?

Dudo. Quiero jugar, claro que quiero, pero una vocecita me dice que use la lógica. No conozco a nadie. Puede ser una secta de estas donde follan todos con todos y yo no estoy ni dispuesta, ni preparada para ello.

Sin embargo, el riesgo es excitante.

Miro a mi alrededor, esperando encontrar alguna señal, algo que me indique qué leches hacer. Álex está frente a mí, no se mueve, me mira, me come con la mirada, parece que está expectante. Quiere saber qué opino de su juego.

—Si lo hago todo bien...

—Entonces follarás conmigo.

Perfecto, ahí está mi premio y ahí está el señor Álex y sus normas no escritas, el desconocido que me ha revolucionado a mí y a mis hormonas. ¿Qué hacer? La presión me excita.

Me muerdo el labio inferior, imaginándome cómo sería todo aquello. Tengo dudas, claro que las tengo, pero a la par quiero saber más. Siempre he dicho que es mejor arrepentirse de algo que haces que de algo que has dejado por hacer, así que me toca arriesgarme.

—¿Mantenerme callada será una demostración de que soy una leona?

Él se ríe. No sé si lo hace conmigo o de mí, pero se ríe, mientras niega con la

cabeza. Su dedo pulgar se desliza por su labio inferior, ese que tengo ganas de succionar.

Y por un momento me fijo en su vestimenta: traje, aparentemente caro, de color negro con una camisa blanca sin corbata. Deseo romper con mis manitas esa camisa, no puedo evitarlo, está tan guapo que, incluso, por un momento, pienso en convencerlo para irnos de allí.

¿Por qué no pasar directamente al premio? Prometo ser una chica buena de cara a la galería, pero quiero sacar al demonio que hay en mí.

—No, cariño. Mantenerte callada hará que entres conmigo en una habitación. Lo demás estará por ver.

Asiento.

Quiero entrar en su mundo.

Quiero demostrarle que soy suficientemente mujer como para jugar con él.

—Recuerda. Lo importante ahí dentro soy yo... mírame a mí y todo irá bien.

Capítulo 19

La puerta se abre sin problemas aparentes. Álex, el listillo, sabe hacia dónde tirar. El otro hombre, aquel que tenía los zapatos caros, continúa estando en el mismo sitio. ¿Qué hace? ¿Es el portero? Álex me comenta algo, no lo entiendo del todo bien, pero por lo poco que escucho decido quedarme apartada en un rincón.

Me siento como cuando a los niños en la guardería los envían al rincón de pensar.

Álex va hasta aquel hombre y, sin dejar de sonreír, lo toma del brazo y lo lleva a una esquina. Evidentemente no tengo un medidor de fuerza a distancia, pero estoy convencida de que Álex no está siendo amable con aquel tipo. ¿Por qué? ¿Lo estará amenazando para que no diga nada sobre su nombre? ¿Le estará pagando? Y tantas preguntas me llevan a una última cuestión: ¿Álex es rico?

Sé que, si fuerzo un poco el cuello y lo estiro, como una jirafa comiendo de un árbol, en una postura para nada disimulada, lograré poder espiar algo de la conversación, pero decido no hacerlo. No quiero poner a Álex en más problemas por mi culpa.

Me quedo en el rincón de pensar mirando un cuadro. El pintor no se ha esmerado, básicamente el cuadro es una línea negra, ancha y desenfadada. Nada más. Esto es lo que se conoce como arte moderno, aunque para mí es arte de parvulario.

Oigo como la puerta se abre de nuevo, junto con una grande franja de luz. Entra un hombre de pelo moreno. Yo, sinceramente, esperaba que aquel acto se convirtiese en una reunión de viejos cromañones, pero al parecer el vicio de

mandar es algo específico de los tíos guapos. La puerta se cierra llevándose consigo aquella franja de luz. El tipo es guapo, el tipo de hombre con el cual me importaría equivocarme si me toca irme a una habitación con él. Puede que exagere, soy de mucho ladrar y poco morder. Me gusta Álex, he venido con Álex y lo respetaré o, al menos, eso creo.

—Haces bien al estar aquí dentro, preciosa. Los bombones al sol se derriten.

El piropo va por mí. Lo sé, porque no hay nadie más en este lugar. Es cierto que el piropo es bastante manido, pero que te lo diga un tío de metro noventa, moreno, tanto de piel como de pelo, con una eterna mirada, no está nada mal. Además, tiene una esencia latina que me gusta, ¿sabrá bailar bachata?, me pregunto y, al momento, me recrimino por analizar siempre a los hombres según si follan bien o no. No creo que sea bueno para la salud.

No contesto. En realidad, si mis hormonas no se hubiesen churrascado con su visión, quizás, habría contestado.

—¿Estás sola? —vuelve a preguntarme el hombre latino.

Quiero negar con la cabeza, pero me asalta la duda de si puedo hacerlo o no. ¿Estará permitido? Como dudo, no hago absolutamente nada, opto por ignorarlo. Intento no mirarlo, dirijo mi mirada hacia el cuadro, ese de la raya. Nada ha cambiado, excepto la temperatura del lugar. ¿Alguien ha encendido las estufas?

—Buenas tardes —saluda Álex, y siento un eterno alivio de que esté de nuevo de vuelta.

—¿Esta es tu compañera? —pregunta el hombre latino.

Álex asiente, y yo siento como mi ego se desinflara mínimamente. ¿Compañera? ¿Qué mierda de expresión es esa? Es comparable o, incluso, peor que un beso en la frente en una cita. No vale para nada.

—¿Quién ha escogido la ubicación esta vez? —pregunta Álex, ignorándome por completo.

—No lo sé, no se han esmerado mucho. Eso de tener el cuartel general ocupado es un engorro. Tengo esperanzas de que pronto podamos volver a él.

Álex asiente y yo no entiendo absolutamente nada. Sí, sé que no estoy aquí para entender nada. Estoy, básicamente, por el premio de después, pero soy demasiado curiosa. En pocos minutos, el pequeño *hall* se llena de hombres, algunos vienen acompañados por mujeres. Siento verdadero pánico al ver como todas ellas vienen con vestidos caros, aptos para ir una boda, cuyo precio no baja de las tres o cuatro cifras.

Miro mi escote de reajo. Mis tetas están dentro del top, bien expuestas, pero dentro. No puedo evitar pasar la mano por mi coleta despeinada. Me siento una cenicienta en aquel lugar. Álex no me había mencionado nada sobre mi vestimenta, pero por las miradas que me echa la mayoría de aquellas mozas sé que no es del todo adecuada.

Siempre me equivoco, no sé cómo lo hago.

Los hombres continúan hablando de temas que no me importan lo más mínimo y me aburro. Poco a poco, se va cerrando más el círculo y me quedo medio apartada. Entre todas aquellas mujeres hay una que me llama la atención. Es una morena de ojos tan azules como el hielo. Parece la cabecilla de todas ellas. He notado que me ha estado analizando y, aunque no quiero pensar mal, estoy convencida de que no me ha mirado de forma positiva, pero ¿por qué? ¿Acaso le molesta mi escote? A mí me siguen molestando las braguitas, pero no digo nada. De repente, hace un gesto o, al menos, eso me parece. Diría que sí, que no me equivoco. Toca su bolso de una forma extraña y, de inmediato, todas, absolutamente todas, excepto yo, se dirigen al baño.

Los hombres parecen no inmutarse ante su huida. Dudo qué hacer. Intento buscar con la mirada a Álex, pero este no parece prestarme nada de atención. Maldito, como organizador de eventos es horrible. No me ha explicado qué tengo que hacer.

Noto que una mujer o, mejor dicho, una joven con aspecto de adolescente, me hace una señal. Parece que quiere que la siga. Lo hago y, como todas, me dirijo al baño, en medio de esta reunión o fiesta de actitudes prehistóricas.

Entro en el lavabo, mejor dicho, en el set de retoques. Todas parecen estar demasiado ocupadas con su maquillaje y sus peinados; alguna, incluso, con su trasero. Me siento desubicada y algo jodida ante tanta belleza femenina. Por un momento me creí especial, pero veo que llevar una «compañera», en palabras del hombre latino de la entrada, era algo normal.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —me dice la chica jovencita.

Por el amor de Dios, ¿qué edad debe de tener? ¿Dieciséis? Asiento y me guardo el: «¿Has venido con tu padre?». Esto no debe de ser legal.

Por un momento mis hormonas se calman y pienso fríamente. Este mundo apesta a corrupción.

La cría me sonrío, pero no veo que la alegría llegue a sus ojos.

—Tranquila, todo irá bien —me anima la muchacha.

Así de irónica es la vida, una jovencita tiene que animarme a mí.

—Estoy tranquila —miento vilmente. No tengo ganas de que ella me anime, quiero que esto se acabe; estar a solas con Álex está bien, pero todo esto no me gusta tanto.

La morena de los ojos de hielo posa su mirada sobre mí, noto cierta hostilidad en ella. La jovencita se disculpa antes de entrar en el baño y, entonces, la zorra, digo la morena, se acerca a mí con contoneo de caderas incluido.

No camines así, guapa, que te vas a romper.

—¿Me miras por algo en especial? —me pregunta, y en ese preciso instante todas callan.

Noto todas las miradas puestas en mí. Han cerrado los grifos del agua, toda la atención está sobre mí. En mi lengua se amontonan mil y una respuestas, pero no digo nada. He decidido mantenerme callada y no meterme en problemas. Quiero a Álex para mí.

—Te estoy hablando —insiste ella.

La miro sin decirle nada, disfrutando de cómo un silencio puede más que una bofetada. Me dispongo a marcharme, Álex no me ha dicho nada de quedarse encerrada en el baño, pero la morena me toma del brazo.

Sé que esto no va a terminar bien, lo noto.

—¿Eres sorda? ¿Eres muda?

—Vamos, déjala en paz —comenta la jovencita interponiéndose entre nosotras dos.

Por un instante odio que intente mediar. Tenía ganas de atizar a esa tía. ¿Qué diablos se cree? ¿La puta reina de este lugar?

La jovencita simpática continúa en medio de nosotras. Sus brazos son extremadamente delgados, tanto que parecen que se van a romper en cualquier momento. Aparto la mirada y decido salir de este lugar de mierda.

Cuando abro la puerta, Álex está justo en frente con una postura desenfadada que lo hace irresistible. Tiene las manos metidas en los bolsillos de su pantalón y eso hace que su paquete se marque mucho más.

Nos miramos. Tengo una docena de chicas tras de mí, pero él solo me está mirando a mí y eso hace que mi ego se infle. Camino hasta él. Me muero de ganas de besarlo pero sé o, por lo menos, supongo, que no es lo más correcto.

Noto como alguien me empuja desde atrás, es un empujón suave, pero yo aprovecho la ocasión para abalanzarme sobre Álex. No hace falta que me vuelva para saber de quién se trata. La reina de hielo está peleona.

Álex me agarra por los brazos y me sonrío. Toma un mechón de mi pelo y lo coloca detrás de la oreja.

—¿Haciendo amigas? —me susurra en un tono erótico.

Lo de este hombre es un don, puede decir cualquier cosa que, por rara que sea, suena a sexo puro.

Me encojo de hombros sin dejar de mirarlo, la mala puta sigue ahí acechándome con su mirada de hielo. ¿Qué le molesta tanto?

—Creo que ahora mismo puedo ver tu pezón, es de un color rosado ¿verdad?

Muero.

Trago saliva sin dejar de mirarlo, intentándome hacer la fuerte. Me encantaría ser tan descarada como para coger y enseñárselo sin más, pero no he evolucionado a ese nivel de osadía.

Tiro del top hacia arriba.

La morena pesada se aclara la garganta, me vuelvo dispuesta a pedirle que se vaya cuando me doy cuenta de lo que está pasando. La morena buscabroncas no me está mirando a mí, sino a Álex.

¿Estará pillada de él? Si es así no la culpo, el tío está bueno, pero algo me dice que entre ellos dos hay algo más. Pensar en esto me hace sentir fatal, aunque, afortunadamente, Álex no se digna a mirarla; me toma del brazo enlazándolo con el suyo y hace que le siga.

Yo aprovecho la ocasión para caminar recta y disfrutar del momento.

Al pasar por su lado le guiño un ojo, no es que me guste provocar, pero ella se lo ha buscado.

Capítulo 20

Creo divisar una especie de espasmo en el ojo de la mujer de hielo, pero paso completamente de ella. ¡Jódete!

—No te metas en problemas —me regaña Álex sin dejar su posición de hombre prepotente.

—¿Te la has tirado?

Hala, ya lo he preguntado. No lo he podido evitar, y espero no haber sonado como una celosa empedernida, pero todo mi cuerpo me está gritando que ese rencor que me he ganado de golpe y porrazo no se debe a mi vestimenta *low cost*. Esa mujer está pillada de Álex, lo noto.

Álex no contesta; es más, el tío ha acelerado el paso y hemos entrado en el comedor. Intento contener mi asombro. En el centro del gran salón hay una única mesa alargada como la de los doce apóstoles.

—¿En serio vamos a comer todos allí como buenos hermanos?

Lo tomaré como un sí —le comento, a pesar de que él me ha ignorado.

Lo imito, tomando asiento a su lado. Aquello me está pareciendo de lo más aburrido. Hay una decena de tíos hablando sobre la bolsa y mil tonterías más del mismo tipo. No puedo hablar, esto es lo que me dijo Álex antes de entrar, así que me entretengo imaginando las posibles conversaciones entre cada uno de los guapetones y amargados comensales.

«Me pica un huevo», imagino que dice el señor del bigote fino que está sentado frente a mí.

«Seguro que te lo ha pegado Electra —así he bautizado a la morena con

problemas de agresividad—, me han comentado que tiene ladillas», le responde en mi cabeza el señor menos agraciado de la sala.

No es feo, la verdad, pero es el menos guapo de todos, así que en mi imaginación, como forma de compensación por su «fealdad», le he otorgado el don de saberlo todo.

«Tienes razón, yo también sospeché de ella. Siempre se rasca».

Electra, ajena a mi otra realidad, se mueve en su asiento justo en ese momento y yo no puedo contener la risa.

Álex se tensa a mi lado, pero tranquilo, es una simple risa. Me aclaro la garganta.

—¿De qué diablos te ríes? —me pregunta con un intento de disimulo.

—Nada —contesto, tapando mi boca con la servilleta.

Su mirada me fulmina, pero yo intento sobrevivir a ello. Y justo en ese instante decido arriesgarme. Mi mano busca la pierna de Mister Mandón por debajo de la mesa. No lo miro directamente, pero puedo apreciar que él ni se inmuta. Todo es pura fachada, su pierna se ha tensado y hasta juraría que su polla también.

Siento como la lujuria corre por mis venas. Me siento con poder, un poder muy limitado, pero poder. Sé que Álex no montará el numerito, no aquí, quizás lo monte después, en la intimidad, pero él se lo ha buscado.

Esto le pasa por haber predicado todo ese discurso en torno a los nuevos mundos como si fuesen fascinantes, cuando, en realidad, estoy aquí aburrida como una ostra.

Noto como el tipo de las ladillas imaginarias me mira. Por un momento me sonrojo, ¿me habrá pillado? Me está mirando de una forma extraña que me incomoda. Electra está a su lado con la mirada clavada en mi hombre.

Espero y deseo que ese tipo no esté interesado en ningún intercambio lujurioso. «Que te folle otro», recuerdo las palabras de Álex, y siento como mi estómago se cierra.

Álex toma mi mano por debajo de la mesa. Por un momento mi mente calenturienta imagina que él va a hacer una guarrada allí mismo; noto como me tira de la mano y la lleva hasta su paquete. Ya se lo he tocado antes, en aquel taxi, pero aquí es diferente. Muy diferente.

Mi mente, una vez más, me engaña. Álex sube mi mano y se la lleva hasta los labios. Otra vez no, otra vez un beso en la mano, no, es como dar un beso en la frente. Suplico, dentro de mí, que no lo haga, no aquí frente a Electra, que

está al acecho.

Álex lo hace. Me besa en la mano. ¡Maldito! En este preciso instante no quiero un tío educado, no, quiero el Álex perverso.

—No quieres jugar a eso aquí, gatita —me dice en un susurro erótico.

Mi boca se abre, pero no digo nada.

¡Qué sabrá él a qué quiero jugar o no! Además, ¿no estábamos aquí para eso?

—Sí, quiero —contesto y, por un momento, me siento como una novia en el altar. Mi tono es seguro, fuerte y demasiado alto. He llamado la atención de varios hombres, cosa que Álex no lleva bien.

Se aclara la garganta, manteniéndome la mirada. Si la situación ya era tensa de por sí, la mirada de aquellos descarados lo complica todo.

—¿Qué es lo que quieres, cariño?

Estoy a punto de contestar, odio que me interrumpan, pero cuando voy a decir algo, me acuerdo de que no puedo hablar con nadie que no sea él.

No digo nada, pero ellos se han dado cuenta de lo débil que soy y, por si fuera poco, con mis palabras acaba de colgarme un cartel de «fácil» en el cuello. Sí, un cartel luminoso igual que mis mejillas en este preciso momento.

El señor ladillas me mira expectante, noto que me quiere comer y, al parecer, me quiere enterita. Electra, que está a su lado, junta sus voluminosos y operados labios formando una fina línea. Él, sin prestarle nada de atención, se humedece los labios con la lengua.

Puaj.

La mano de Álex, esa que ya no me está cogiendo, viaja a toda velocidad hasta mis muslos. Se posa ahí, entre ambos, y yo me coloco recta como una tabla. Todas mis hormonas corean un «Firmes, que viene» y yo no me atrevo a mirarlo.

Su mano se queda ahí, quieta. Yo quisiera moverme un poco, pero no lo hago.

Álex se inclina sobre mí. Deja que su cálido aliento acaricie mi cuello.

—¿Ya no quieres estar conmigo, gatita? ¿Quieres estar con él? ¿Es eso lo que buscas? Tan solo tienes que hablarle; venga, hazlo.

Odio que haga eso.

—Dile que quieres follártelo. Cuéntale toda esa palabrería tuya sobre los tíos que no se lo montan bien. Hazlo.

Está enfadado. Álex está enfadado, no sé por qué. No he incumplido

ninguna de sus estúpidas normas, no he hablado con nadie, mientras que los demás sí, escucho sus murmullos taladrando mi cabeza.

Tengo la mirada perdida, descentrada. ¿Qué hago?

—Tú has empezado esto. Hazlo.

Me vuelvo y lo miro, lo hago de forma tan rápida que no controlo la pequeña distancia que nos separa. Nuestros labios están cerca, muy cerca, a escasos centímetros. Noto como respira, lo hace agitado, está enfadado, el muy cabezota.

—No quiero hacerlo con él.

Álex se humedece los labios sin decir nada. Me mira, lo hace como quien mira un caramelo que quiere degustar. Yo no puedo mirarlo a los ojos, así que le miro a los labios, esos tan apetecibles.

—La gatita tiene miedo.

—No tengo miedo —contesto velozmente.

—Mírame —me ordena Míster Mandón, y yo lo hago.

Sus ojos están brillando, imagino que los míos también. Tengo calor, mucho calor, normal, porque su mano continúa estando en mis muslos.

—Quiero que lo mires a él, que lo hagas mientras te toco. Si quieres que deje de hacerlo, eres libre de irte. ¿Lo has entendido?

Mi mente se nubla. Tengo calor y estoy excitada, muy excitada, pero mi cordura o lo poco que me queda de ella me pide que pare, que no lo haga. Tengo que levantarme e irme, tengo que hacerlo, pero mis ojos ya se han desviado y se han fijado sobre aquel hombre. Es guapo, pero Álex tiene algo que me vuelve loca.

Sus dedos me tocan, por primera vez, y noto lo habilidosos que son. No me lo puedo creer, intento pensar en otra cosa, en el cuadro de la entrada, por ejemplo, pero nada es lo suficiente potente como para que el placer no domine todo mi cuerpo.

Noto como la humedad se multiplica en mi sexo, como mis piernas luchan por cerrarse y atrapar aquel arte que tenía él en sus manos. Siento placer, intento que no se note en mi cara, porque hay muchísima, demasiada, gente aquí. Mi boca se entreabre, y Álex se lo toma como una invitación a aumentar el ritmo.

Voy a correrme, lo voy a hacer aquí, mientras aquel hombre desconocido me mira a los ojos. No, no, no.

Tengo que irme. No puedo continuar con esta locura. No es lo que estaba buscando. Quería sexo diferente, pero no esto.

Muevo la silla hacia atrás, estoy a unas décimas de tocar el cielo de los placeres, pero la presión puede conmigo.

No hablo, no digo nada.

Me vuelvo en busca de la salida.

Adiós a este nuevo mundo de sensaciones.

No estoy preparada para esto.

Capítulo 21

Los odiosos tacones resuenan contra el suelo, ¿por qué nadie ha inventado un silenciador para estas cosas? Necesito huir dignamente, aunque, no nos engañemos, la dignidad la he dejado en aquella silla cara, necesito irme y punto.

Llego hasta la puerta y tiro de ella. ¡Joder! Otra vez me he equivocado. La empujo de mala gana y salgo al exterior. El sol vuelve a abofetearme la cara. Camino un par de pasos y me encuentro con la engorrosa arena.

—¡A la mierda! —grito al tiempo que me quito los zapatos.

Quiero largarme de aquí, no sé dónde narices estoy, pero tampoco hay tantas playas en la provincia; o tal vez sí, ¡yo qué sé!

Me vuelvo con la esperanza de que Álex venga a por mí, pero no, no ha venido, no está frente a mí rogándome que regrese. No soy tan importante.

¡Maldito él! ¡Maldito su dedo! ¡Maldito este sitio!

Cojo cada zapato con una mano y comienzo mi camino en busca de algún rincón con cobertura. Tengo que buscar un puñetero taxi, que me costará un ojo de la cara y, por si fuera poco, este mes, entre tanta salida y tanta tontería, estoy casi en números rojos. ¡Maldito Álex!

Ha terminado con todo, con mi paciencia, con mi dignidad y con mi dinero. Continúo caminando y llego a una carretera, el asfalto quema la planta de mis pies. Maldigo una y otra vez, mientras me calzo los zapatos.

Un coche para cerca de mí, dentro viaja un grupo de chicos que intentan chulearme. Les enseño mi dedo corazón, pero este gesto tan infantil solo les provoca risa. Saco el teléfono e intento hacer ver que llamo, pero aquellos

capullos empiezan a incordiarme de tal manera que me ponen muy nerviosa, tanto que solamente puedo fingir llamar, soy incapaz de hacer una llamada real.

—Te doy veinte euros si me la chupas.

—Yo te doy cincuenta si nos la chupas a todos.

El coche se acerca peligrosamente, no tengo apenas sitio para poder reaccionar. La calzada es demasiado estrecha. Oigo sus risotadas prepotentes y no veo otra opción que saltar el quitamiedos, intentando no matarme. Estoy haciéndolo cuando noto que me dan un tirón.

Están intentando robarme el móvil, sus risas empiezan a ponerme histérica. Estoy en una posición difícil, en medio del arcén y de la nada, después del quitamiedos solo hay un desnivel y nada más. Hay que ser muy valiente para cruzar al otro lado y, cuando se lleva tacones, toda la valentía desaparece.

Intento tirar de mi teléfono, pero no tengo ninguna oportunidad. La ley de la física es básica, y la fuerza de un coche siempre se impondrá. Lo peor es que, tras el estirón, no solo me quedo sin móvil, sino que me caigo de bruces. Mi falda se quedó atrapada en el dichoso quitamiedos, y mis bragas, es decir, las bragas de Carla, esas que tienen complejo de tanga, han quedado al aire.

Me he hecho daño, cómo no iba a hacérmelo, no soy contorsionista, y el golpe en el ardiente asfalto ha sido notable.

Me levanto como puedo e intento no llorar. Soy una mujer, y las mujeres no lloran, me digo. No quiero seguir en esta mierda de carretera y no puedo llamar a ningún maldito taxi. Desando el camino y me dirijo de vuelta al lugar de donde he huido. Lo sé, arrastro mi orgullo, que no quiere regresar, pero no tengo otra opción. Llego hasta la puerta y tiro de ella con fuerza. Nada más entrar, me encuentro al mismo tío de antes, el de los zapatos bonitos, que, en cuanto me ve, abre los ojos de par en par. No hace falta que le diga nada; sale huyendo.

—Estúpido —digo entre dientes.

Voy hasta una especie de mostrador que hay en la entrada, porque necesito un teléfono. Me adentro en el lugar sin miedo, pero no encuentro solución alguna a mis problemas.

—¡Qué mierda de mostrador es este que no tiene teléfono! ¡Joder!

Acabar las frases con la palabra *joder* me gusta, da más énfasis a los enfados. Zapatos bonitos, en cuyos ojos se refleja su alteración ante mi regreso, viene hacia mí malhumorado en compañía de Álex.

—¿Qué narices te ha pasado?

—Hola a ti también, necesito un teléfono.

—No se te puede dejar sola, siempre terminas en problemas —me dice, mientras camina hasta donde estoy con dos largas zancadas.

—No he venido a darte pena, sino a que me dejes tu teléfono.

Álex me ignora, se acerca más y toma mi cara con ambas manos. ¿Me va a besar ahora? No, no me va a besar, al parecer está mirando un rasguño que tengo en la cara. Intento apartarme, solo para fingir ser más fuerte de lo que soy, pero él tiene mucha fuerza.

—Si ya has terminado con tu inspección, necesito un teléfono.

—Llamo ahora a mi taxi, no te preocupes.

Niego con rotundidad.

Álex me vuelve a ignorar, y veo como saca su teléfono en perfecto estado y llama. Se va hasta el pasillo para hablar; cuando vuelve, ya ha colgado. Intento hacerme la digna, pero, siendo realista, en mi estado es muy difícil mantener la dignidad.

Álex me toma del brazo y, sin mediar palabra, me arrastra hasta el pasillo por donde se ha ido hace escasos segundos.

—¿Se puede saber qué haces?

—Llévate a una habitación.

—No pienso acostarme contigo —le contesto enfadada mientras mis hormonas se quejan por esa decisión precipitada.

—No voy a acostarme contigo —remarca él, y su comentario me duele—, voy a llevarte allí para que puedas lavarte las heridas.

Alzo la barbilla intentando no llorar. Mi cita se ha convertido en un desastre. Es muy difícil intentar no llorar cuando tus labios se empeñan en hacer pucheros. Los tenso, intentando que no me traicionen, no aquí, no con él.

Álex no dice nada más, abre una puerta que hay al final del pasillo, y me encuentro en una habitación enorme. En el centro hay una cama con dosel de dos metros.

Míster Mandón se quita la americana y la deja encima de un sillón. Toda la ropa le queda realmente bien a este chico, pero esa camisa blanca parece creada para él.

—¿Me puedes explicar qué te ha pasado? No has bebido alcohol...

—No me trates como una borracha, me han robado, ¿vale?

Solo he estado ebria una vez frente a él, no es necesario que sea tan capullo y me lo recuerde continuamente. Su frente se frunce.

—¿Te han hecho daño? —pregunta acercándose a mí.

—No, qué va, solo me han dicho: «Por favor, señorita, ¿quiere usted ser tan amable de darme su teléfono?». ¿Tú qué crees?

Álex toma mis manos, no sé por qué lo hace pero les da la vuelta y sopla encima de un rasguño que tengo en una de ellas. Miro para otro lado, su cercanía me excita, no puedo evitarlo. Debería estar enfadada con él, es más, debería vetarlo y no excitarme ni ahora ni nunca más, pero parece que mi cuerpo no opina lo mismo. Mi piel se estremece cuando el aire que sale de sus pulmones la acaricia.

—A quién se le ocurre...

Suelto mi mano de su agarre y lo miro con el ceño fruncido. Afortunadamente, el maquillaje ya me deja gesticular algo.

—¿Tienes los santos cojones de decir a quién se le ocurre? Me han confundido con una prostituta, ¿sabes? Y tú sueltas eso, ¿en serio?

—Y ¿qué culpa tengo yo? Te fuiste.

—¿Qué culpa tienes tú? ¿Hola? La erección ha debido de afectarte las neuronas, guapo. Y ni se te ocurra preguntar por cuál erección, porque te la corto. Me has tocado delante de ese hombre que me miraba como si fuese un trozo de carne, me has humillado, me has engañado.

—No te he engañado —me corta furioso—. Tú sabías a lo que te atenías. Llevabas toda la tarde buscándolo.

—¿¿YO?? —grito bajándome de los tacones.

—Sí, tú, no le has sacado la mirada de encima. Yo no te he engañado. Te dije las normas antes de entrar.

—Las normas... esas normas propias de un cromañón que no tienen ningún sentido. Además, no me dijiste nada de no mirar, no hablé con él, así que, dime, ¿cómo te he humillado?

—¿Reglas de cromañón? ¿Y me preguntas cómo me has humillado? Acompañarme aquí debería ser un honor, ¿sabes? Vienes y miras de forma descarada a otros, ofreciéndote en bandeja. Lo mío es mío. No me gusta que crean que lo pueden tocar, no me gusta que lo toquen.

Bragas al suelo.

Debo de haber viajado a épocas antiguas, pero no puedo remediarlo. Lo de «lo mío», me pone. Quiero ser suya, quiero que quiera que lo sea.

Debería decirle que no he mirado a nadie, que solo perdía el tiempo con estúpidas conversaciones imaginarias, pero qué narices, que sufra un poco como yo he sufrido.

Capítulo 22

—No soy tuya —replico con la boca pequeña.

Quiero serlo, es más que obvio, pero no me ha gustado nada la situación que he tenido que presenciar, me he puesto cachonda, sí, no lo he podido evitar, pero eso no quita que esperaba que él hubiese venido a por mí, pero no. El señorito ha tenido que hacerse el macho alfa quedándose ahí sentado.

—Además, podrías haber venido, no sé, demostrar algo de interés. Tampoco pido tanto.

—¿Más? —pregunta él con un tono cargado de puro sarcasmo.

¿Cómo que más? Pero ¿qué narices se cree que ha hecho? Solo me ha tocado, ¿acaso debo hacerle un monumento por ello?

—¿Dices que no pides tanto? —dice él nadando entre su propio sarcasmo—. Quieres que te folle y, cariño, yo no soy fácil.

Oh, no. ¡Venga ya! ¿Acaba de decir eso?

—Me voy —anuncio dolorida.

No sé dónde voy a ir, sigo sin teléfono y sin dinero, pero me tengo que marchar. Álex y su prepotencia deben desaparecer de mi vida para siempre. Ha estado bien, joder, no, al contrario, creo que voy a llorar.

Quiero irme como una señora; camino con la cabeza bien alta, mientras mis tetas se mueven con el impulso de una dignidad que no tengo.

Álex me toma de la muñeca, pero yo no pienso quedarme más en este sitio. No tendría que haber entrado en la habitación. ¿En qué estaba pensando?

Intento ignorarlo, pero él tiene mucha más fuerza. Me gira bruscamente, lo

hace tan fuerte que me maneja a su antojo, choco contra su cuerpo y mi cara queda a la altura de su pecho.

Estoy a punto de quejarme, de insultarlo e incluso de morderlo cuando sus manos toman mis nalgas con fuerza. Me lleva en volandas mientras se mueve. Tengo la boca entreabierta, no soy capaz de articular ni una palabra.

Noto como mi espalda choca contra la pared, sus manos van hasta mi ropa interior, tira de los lados y la rompe. Pasa un segundo, quizás dos, puede que más, pero en este preciso instante el tiempo vuelva.

Su sexo entra en mí, sin ningún juego previo. Lo noto abriéndose paso en mi interior, y grito. Lo hago de placer, porque Álex es como una máquina que arrasa con todo a su paso.

Lo siento duro, fuerte y potente en mi interior. Se mueve como un pistón; clavo mis dedos en su espalda y lucho por no irme todavía, pero mi cuerpo está ansioso por un orgasmo.

Mis pies se bloquean de tanto intentar contener lo incontenible. Grito, intento tapar el sonido que sale de mi boca, pero es algo difícil en esta postura. Él no frena, continúa con su saqueo.

No sé qué es lo que hace con las caderas, pero las mueve dando una especie de un medio giro que lo consigue todo. Lo noto, entero, completo.

Lo muerdo conteniendo mi grito final y me voy. Noto pequeñas pero satisfactorias sacudidas de los músculos que forman mi sexo; parecen aferrarse al suyo hasta el último segundo.

Álex sale de mí y siento una añoranza extrema. Él no ha terminado, no entiendo nada. Suelta mi culo y bajo al suelo. Mi pecho sube y baja acompañando mi descompensada respiración.

Noto que toda yo ardo. Mis ojos viajan hasta el sexo de él, está duro, grande y brillante. No sé por qué lo miro porque, solo con hacerlo, quiero más; él, en cambio, guarda su arma dentro de su ropa interior y se abrocha los pantalones.

—Eso es por tu teléfono.

Sus palabras me destrozan. ¿Qué cojones está diciendo? Me quedo de piedra viendo como él, ajeno a su erección, se abrocha el maldito cinturón. Se vuelve, dándome la espalda, y toma la chaqueta que descansa encima del sillón.

—El taxi te está esperando fuera.

Su tono frío me hiela. ¿Ya está? Me empotra contra una pared y después termina así... Ya no es Míster Mandón, qué va, ahora es un doctorado en humillación. ¿Alguien puede decirle que porque sepa mover bien las putas

caderas no me tiene que tratar así?

¡Que le den! Aprieto los labios, que tiemblan de la rabia; tengo ganas de llorar, pero no pienso darle ese placer. Tengo que irme, tengo que hacerlo con un sonoro y vibrante portazo, pero mis pies parecen estar anclados a esta maldita habitación.

Voy hasta la puerta, pero decido que no quiero irme sin decirle nada, estoy furiosa.

—No te molestes en llamarme. No quiero saber nada más de ti en la vida. ¿Me has oído?

No hay cosa que me irrite más en el mundo que la actitud pasiva. Yo, aquí, tan enfadada, y él con el espíritu zen burbujeando en su bonita cara. Parece no estar afectado por la situación, todo le da igual, me ha regalado un orgasmo como si estuviera dando limosna a un puñetero mendigo y ya.

—Y que sepas que no has cumplido las expectativas.

Lo digo dolida, claro que lo hago, odio su chulería. Un poco de humildad le vendría bien de vez en cuando. Mi comentario parece haberle hecho gracia, sonrío con esa sonrisa torcida de empotrador que tiene. He dejado que me empotere y me arrepiento; ¿cómo he podido?, pero no tenía otra opción. Ha entrado en mí y me ha dejado en *shock*.

—Entonces ¿no me lo monto bien?

Niego con la cabeza con una expresión de indiferencia; le molesta, seguro, pero que se entere de que yo también sé fingir que no me importa una mierda. Él asiente y vuelve a sonreír. ¡Qué rabia me da!

—¿Por eso te has corrido en menos de cinco minutos?

Lo odio. Lo odio tanto que tengo que atacarle.

—No estaba pensando en ti mientras lo hacíamos.

Y con esa frase abro la puerta y me largo, golpeando mis tacones contra el suelo. Me voy, de nuevo, con la misma sensación que antes. La mujer humillada, tocada, follada a la que nadie intenta parar.

¡Maldito Álex!

Capítulo 23

No quiero que existan los lunes.

No quiero levantarme.

¿Por qué no soy rica?

Dudo si hacerme la enferma para no ir a trabajar, pero me recuerdo a mí misma que mi cuenta está en números rojos y no me queda otra que levantarme. Tengo que seguir adelante, porque, a pesar de que Álex ha aparecido hoy en mis sueños, ya es agua pasada.

Es igual de pedante y de macho alfa en mis sueños que en la realidad, y yo también soy la misma: lo perdono y vuelvo con él. Sin embargo, llevo yo las riendas de la situación y lo dejo sin palabras en más de una ocasión, pero sé que esa situación no se va a repetir en la realidad, ante todo, porque ya he cubierto el cupo de humillaciones de este año.

Ayer me vestí de plata y negro, usé las bragas de la madre de mi amiga, bragas que me rompieron, me tocaron en una mesa propia de los doce discípulos; me intentaron comprar como una putilla de carretera, me robaron, me empotraron y me abandonaron. Todo en un periodo de tiempo demasiado corto.

Voy hasta el armario, sin ganas de buscar un atuendo apropiado para la oficina. Quiero ir en chándal, uno rastrero y cómodo, pero no puedo. No pienso ponerme falda, ni bragas prestadas, me pongo unos pantalones negros entallados y una camisa del mismo color. Iré de luto. He perdido a mi macho alfa.

Intento pasar por chapa y pintura, pero el maquillaje que me puso Carla es tan bueno que todavía está en buenas condiciones. Aún conservo mi coleta, no

es necesario que me peine, simplemente cojo un bastoncito para los oídos, lo mojo, y me quito los restos del rímel que hay debajo de mis ojos, y lista.

Llego a la oficina con el tiempo justo. Los orgasmos rápidos deben de engordar porque estos pantalones me aprietan.

—Hola, preciosa, ¿has ido a la peluquería?

Lo sé, este comentario un día como hoy en boca de otra persona sería un puñal envenenado. Alguien que intenta darte a entender que no te has peinado y lo sabe, pero no. En esta ocasión me encuentro con uno de mis compañeros, ese que tiene la dentadura postiza y el peluquín.

Niego con la cabeza e intento no entablar una conversación con él. No estoy de humor.

—Espera, mujer —me dice tomándome del brazo.

Noto como su dedo pulgar hace unos pequeños giros contra mi brazo; son giros que a simple vista no se perciben, pero que con el tacto sabes que están ahí. Qué asco, seguro que disfruta rozándose contra mí.

—Necesito que me hagas unas fotocopias y me las traigas al despacho antes de la reunión de las nueve. Hoy tenemos una visita de posibles inversores y necesito que estén listas.

«¿Y por qué no se lo pides a tu secretaria? ¿O te la haces tú mismo?», le grita mi subconsciente, pero mi cuerpo solo asiente con una ligera sonrisa sumisa.

¡Maldito!

El señor del peluquín coge un paquete de hojas y me lo entrega antes de despedirse con uno de sus empalagosos piropos. Cómo lo odio. En verdad, hoy odio a todo el género masculino.

Cuando llego a la fotocopidora me encuentro con Juan y Ana, el binomio de la oficina. ¿Qué leches hacen aquí? Ellos son de otra planta; veo que los dos se ríen con solo mirarse a los ojos.

No, otra vez, no. Me digo a mí misma. No tengo mucho tiempo para llegar al despacho de Antonio antes de las nueve con las fotocopias, podría haber sido divertido estar en la cola detrás de Ana y Juan, pero con prisa no lo es tanto.

Ellos dos son un tira y afloja constante de tensiones sexuales no resueltas.

—¿Quieres tocarte el pecho? —pregunta él en un intento de hacerlo serio, pero sus labios se cierran como si fuesen el pico de un patito. Juan es alto, y Ana, en cambio, es bastante bajita. Son el punto y la i, pero escucharlos hace que cualquiera que esté a su alrededor se ponga colorado.

—Sí —afirma ella mirándolo a los ojos en plan descarado.

Esta conversación en un plano íntimo habría sido algo normal, pero en una fotocopidora con gente detrás, pues como que no.

—A la fotocopidora me refiero, ¿eh? Que veo que te estás apoyando demasiado. —Ella sonrío al tiempo que se pasa las manos por el pecho. Lo hace una y dos veces sin dejar de mirarlo. Me encanta que se lo pasen tan bien, de verdad, pero tengo prisa, mucha prisa.

«Deja de tocarte las tetas delante de mí y haz las fotocopias, que hay gente esperando», querría decirle, pero no lo hago. Afortunadamente, Ana se vuelve y me sonrío. Se han dado cuenta de mi infeliz inexistencia.

—Buenos días, Claudia —me dice con alegría.

—Hola, ¿vuestra fotocopidora no funciona? —pregunto, consciente de que estoy siendo algo grosera, pero es lo que tiene que sea lunes y tenga prisa.

Ellos se miran con complicidad y se sonrío.

—Se ha sobrecalentado —contesta Juan riéndose, parece que es una broma que tienen entre ellos, pero yo me limito a estirar ligeramente los labios en una sonrisa de pura cortesía, porque, a pesar de ser exageradamente borde, en el fondo soy amable, puede que un poco falsa, pero solo conmigo misma.

Después de unos minutos dejan la fotocopidora libre, por fin. Mientras me coloco para hacer mis fotocopias, oigo como él le comenta algo de su mujer; sí, aunque parezca mentira, ambos están casados.

No sé cuántas fotocopias tengo que hacer, así que para curarme en salud hago cinco paquetes, pero como las prisas siempre son malas, la fotocopidora se atasca. Toqueteo entre los cajones y abro todas las opciones que la fotocopidora me indica. La cabrona termina funcionando, pero yo acabo con las manos negras de tinta.

Hago todo lo posible para no manchar las hojas y corro, mejor dicho, trote, hasta la oficina de Antonio.

Llego hasta el despacho, pero no hay nadie. Su secretaria, esa que debería haber hecho las malditas fotocopias, está sentada sonriéndole a la pantalla. Me aclaro la garganta y ella me presta atención.

—¿Puedes darle esto a Antonio? —pregunto, ofreciéndole los casi trescientos folios que tengo en las manos.

—Está en la sala de reunión número cuatro, puedes dárselos tú misma.

Y así, sin más, dirige, otra vez, su vista a la pantalla con una sonrisa, mientras aporrea el teclado con los dedos.

Respiro; lo he estado haciendo todo este rato, si no estaría muerta, pero, esta vez, lo hago a conciencia. Intentando que mi lengua no se suelte y mande a todo el mundo a la mierda. Me quedan tres días, solo tres días, para coger vacaciones. Y con ese pensamiento positivo en la cabeza, me dirijo a la sala de reuniones. Todavía llevo colgando mi bolso, no sé por qué leches los compro tan grandes, siempre acaban llenos de cosas realmente inútiles.

Quiero ser una empleada educada y llamar a la puerta, lo juro, pero no puedo. Mis manos están llenas de cosas. Mi bolso, que pesa media tonelada, me ha dejado el brazo derecho medio muerto y mi cola molona debe de haberse despeinado al estilo vagabundo por completo porque tengo los malditos pelos por toda la cara.

Entro abriendo la puerta con el trasero y rezando para no llamar mucho la atención, pero mis plegarias no sirven absolutamente de nada. Todos se vuelven para mirarme, avergonzándome sobremanera; esas miradas me paralizan, pero sobre todo me frena verlos a ellos dos ahí sentados, no me lo puedo creer. Absorta, todas las hojas se me caen al suelo.

Capítulo 24

Ni en mi peor pesadilla imaginaría tal cosa.

Frente a mí, están Antonio, alias Peluquín; Álex, alias Míster Mandón, y, para rematar, el Señor Ladillas. El trío de ases junto a un par más que no me atrevo a mirar por miedo a que ellos también estuvieran en la gran comida de los apóstoles y a que a mí me dé un ataque. Los tres me miran, pero cómo no van a hacerlo si he entrado sin llamar a la puerta y he tirado todos los papeles al suelo.

Intento agacharme, pero los pantalones no dan de sí, me van demasiado ceñidos para poder hacerlo sin romperlos.

Álex no se ríe, me mira desde su posición, él ahí sentado y yo agachada. Solo puedo pensar en cosas obscenas, aunque no debería, ni que sea porque he llegado a la conclusión de que los orgasmos engordan.

Me había prometido a mí misma no verlo más, pero el destino, gran cabrón, me la tenía guardada.

El Señor Ladillas se agacha frente a mí y me mira con media sonrisa.

—¿Te ayudo? —pregunta con un tono demasiado amable.

Tengo miedo a contestarle, no quiero que esto termine convirtiéndose en una especie de orgía. Opto por no decir nada.

—Claudia —me regaña Antonio.

Asiento de forma automática, sin articular palabra, maldigo en mi interior al genio que ha hecho estos dosieres. ¿Por qué no ha numerado las páginas?

Intento inútilmente colocarlas. Son muchas hojas, tengo calor, me aprietan los pantalones y Álex, ese hombre cruel, me está mirando desde su silla sin

inmutarse.

Mis pantalones van a romperse, dejando mis bragas más feas a la vista. No puedo salir de aquí, estoy atrapada en esta espantosa situación.

Después de los minutos más largos de toda mi existencia, durante los cuales el Señor Ladillas me ha rozado constantemente la mano, consigo recoger todos los papeles. Agacharse ha sido difícil, pero levantarse da miedo. Lo hago contrayendo el culo para que el pantalón no ceda.

Me levanto aliviada y dejo todos los papeles encima de la mesa. Quiero huir, joder, quiero hacerlo.

—Lo siento —balbuceo, dispuesta a irme.

Me vuelvo y veo la puerta; siento la necesidad de cruzarla a toda prisa cuando oigo la voz de Álex.

—Señor Rodríguez —dice él con su habitual tono de macho alfa refiriéndose a Antonio, mi Antonio, el del peluquín—. Teníamos intención de llevarnos estos papeles para estudiarlos antes de ofrecer una oferta firme, pero de la forma en que están no va a ser fácil.

Lo odio. ¿Lo he dicho en alguna ocasión? Sí, lo odio con toda mi alma, maldito guapo de mierda.

—Por supuesto —contesta Antonio con un tono nervioso—. Claudia, haz el favor de llevarte los papeles y tráelos en condiciones, a ser posible encuadernados.

Antonio me hace un gesto para que me vaya. Me ha hablado con tono frío y, por primera vez desde que estoy en la empresa, no me mira a la cara. Me van a despedir, lo veo venir.

—Disculpad, debe de tener la regla hoy —dice Antonio cuando yo estoy cerrando la puerta.

Quiero entrar y mandarlo a la mierda, pero pienso en las patatas y en los huevos que tengo que comer por no tener dinero y cierro con un portazo. Lo digno sería irme y no volver, pero la voz de Álex resuena en el interior de la sala y yo no puedo evitar pegar mi oreja a la puerta.

—En ocasiones, si quieres que las cosas salgan bien tienes que hacerlo tú mismo.

¿Hacer las cosas bien? Pero él qué sabe de hacer las cosas bien, ante todo, que aprenda a bajar las bragas y no a romperlas y, después, que hable.

Estoy de mal humor, de pésimo humor. Voy hasta la mesa de la secretaria, esa que sigue sonriendo de manera estúpida a la pantalla y dejo caer el tocho de

hojas desordenadas.

La mujer me mira desde sus gafas de pasta, puedo ver el brillo lujurioso en sus ojos de secretaria caliente pollas. Lo sé, soy una borde, consigo que su sonrisa se desvanezca cuando me mira.

—Tienes la cara manchada —me anuncia sin ninguna expresión.

Lo que me faltaba. Dejo escapar el aire de mis pulmones e intento calmarme. Hoy no quiero terminar matando a alguien, aunque la vida me lo está poniendo difícil.

—Por casualidad, no tendrás este dossier en un archivo, ¿verdad?

Ella parece seguir mirando la mancha de mi cara, trato de frotarla con la mano, pero no sé si consigo borrarla. La secretaria, cuyo nombre desconozco, mira el montón de hojas con su cara de empanada mental.

—¿Qué dossier es?

—Si lo supiera, no te lo estaría pidiendo. Es de Antonio, de la reunión que están teniendo ahora —contesto, mientras señalo a la sala odiosa donde está aquel par de perversos. Siento un dolor punzante en la cabeza, no me encuentro bien.

—Ah, la reunión de inversores. Sí. Lo tengo.

Mis ojos y mis manos se cierran a la vez. «Dios, dame paciencia, porque si me das fuerza, la estampo», me digo. No lo entiendo, si la secretaria de los cojones tenía el puñetero archivo, ¿por qué me han hecho hacer fotocopias? ¿No saben imprimir?

Trago saliva y, de paso, mis malos modales. La mujer ya no me está prestando atención; hay algo en su pantalla que, al parecer, es mucho más divertido. Masajeo el puente de mi nariz antes de hablar.

—Disculpa —le comento.

Ella me mira y suelta una carcajada.

—No sé qué haces, pero ahora tienes la cara todavía más manchada.

Miro mis manos; están llenas de tinta. Maldigo una y otra vez. Tengo que centrarme o mi corazón decidirá dejar de trabajar hoy, y morir es muy caro.

—Imprime cinco copias del dossier, encuadérnalas y se las entregas en la reunión. Gracias —le ordeno, ya cansada de tanta tontería. Que lo haga ella, que para eso le pagan, y yo me voy a mi mesa a hibernar.

Me voy sin darle tiempo a rechistar, pero la tía habla a mi espalda.

—No funciona la impresora.

¿Por qué me lo dice? ¿En su grado de secretariado no hay nada que le

enseñe a llamar a un técnico? Respiro y me vuelvo de nuevo.

—Dame el archivo.

Tengo que esperar, porque lo que se dice rápida, la mujer no es. Después de unos segundos, que se convierten en minutos, la mujer sin despeinarse me ofrece un pen. Oigo que la puerta de la sala de reuniones se abre; Álex sale de ella y, entonces, de golpe, la secretaria se convierte en un ser vivo activo y me quita el pen de la mano dispuesta a ir ella misma a la fotocopidora.

Tiran más dos huevos que dos carretas, es la nueva versión del refrán. Me quedo sin palabras, viendo de qué manera ella contonea sus caderas hasta la fotocopidora, esa que está justo junto a Álex.

Levanto la mirada.

—Claudia —me llama Antonio asomando la cabeza desde la sala de reuniones.

Parpadeo en su dirección y, por un momento, creo que su peluquín, que no admite que lleva, se le va a caer, y estaría bien que así fuera, al menos no sería la única haciendo el ridículo.

—Acompaña al señor Casado —me ordena con un tono despectivo.

¿Esto qué es? ¿Se contagia el ser grosero?

Álex camina hasta mí como si aquel pasillo fuese una maldita pasarela. Su mano izquierda está metida en el pantalón negro y ceñido que le queda tan bien. Como tiene la mano en el bolsillo, el pantalón está tirando y se le marca el paquete.

La secretaria mira hacia él sin disimulo. Guapa, yo lo he sentido dentro, le digo entre dientes, aunque de inmediato me doy cuenta de lo mal que suenan esas palabras.

Álex se para frente a mí con los labios ligeramente apretados y su expresión de chulería que tanto odio y a la vez tanto me pone.

—¿Dónde tienes que ir?

No me dice nada, me mira como si me estuviese perdonando la vida. Parece ofendido, pero ¿por qué?, es él quien ha aparecido en mi trabajo, ese que necesito para subsistir.

—Tengo que ir al departamento de contabilidad. Me han dicho que tengo que ir a ver a una tal Piñero.

Asiento y comienzo a caminar. Yo también sé caminar como una modelo, el problema es que estos pantalones me odian, de lo contrario, yo también contonearía mis caderas imitándolo. ¿Qué se ha creído? ¿El rey del mundo?

—La próxima vez, me hablas de usted. Una empleada siempre tiene que hablar con respeto a sus superiores.

¿Perdón?

Freno en seco, parándome en medio del pasillo.

—Uno, tú no eres mi superior.

Me quedo sin nada que añadir, no sé qué más decirle a ese creído.

—Eso no lo sabes. Puede que sea un accionista de esta empresa, y sí, tienes que tratarme de usted, además no deberías responderme. Tienes que aprender a aceptar las normas y a obedecer. Mira por dónde esta semana te he enseñado tres cosas. A cómo hablar a un superior, a cómo obedecer y a cómo follar. Estás más que servida.

Capítulo 25

Álex dice que estoy servida y es él quien terminará estándolo, pero de hostias. Me gustaría decirle «espérame a la salida», pero no tengo edad para andar con estas tonterías y tampoco es el caso de amenazarle con bloquearle en WhatsApp.

Finjo ignorarlo y continúo caminando por el largo y eterno pasillo. Giro a la derecha y agradezco que el ascensor esté allí parado. Tener que esperar con él sería más que incómodo, sería bochornoso.

Entramos los dos a la vez. Llamo al piso número siete y me cruzo de brazos realmente incómoda.

—¿Llevas ropa interior? —pregunta Álex.

Lo mato. Lo ahorco. Lo estampo.

—No creo que a usted le interese —contesto, remarcando la palabra «usted». Evito mirarlo, pero sé que está sonriendo y lo odio por ello. ¿Por qué me tortura con estas tonterías?

Por el rabillo del ojo, puedo ver como se humedece los labios. He llegado al límite. Pulso el botón de parada del ascensor y, finalmente, lo encaro.

—Vamos a dejar las cosas claras. Tú y yo hemos acabado. No hay más. Se terminó este circo.

—¿Dónde está el usted? Ibas bien encaminada —me corta con su sonrisa pedante.

—Cállate. No sé quién te crees que eres, el hecho de tener dinero y de ser un obseso, no te da derecho a venir aquí a joderme la vida. Sé un poco más maduro.

Álex niega con la cabeza ante mi comentario, parece estar molesto.

—Te recuerdo que aquí la niña eres tú.

—Niñata a la que te follaste. Solo te lo recuerdo y, por cierto, me debes unas bragas.

—¿Follar? Yo no acabé. Has tenido dos oportunidades y en ninguna he terminado. Háztelo mirar.

Álex va hasta los pulsadores del ascensor con la intención de reanudar la marcha. Quiere huir de mí. Me parece bien, estupendo. Yo también quiero irme y no verlo más. Estoy cansada de este juego; sin embargo, todavía me queda algo por decir.

—No acabaste porque no quise. ¿Me viste moverme? No, simplemente te usé como a un consolador. Estaba cansada. Solo sabes vender humo, nada más. Qué nuevo mundo ni qué porras. Simplemente tienes dinero y te crees guay, pero no lo eres. Para nada.

Después de hablar y de sentirme realmente bien habiendo sacado toda mi ira, aprieto el botón del piso séptimo. Iremos a contabilidad, le acompañaré hasta la mesa de la señora Piñero y me iré por donde he venido.

El ascensor se para en el cuarto piso. No puede ser, este ascensor no lo usa casi nadie o tal vez sí. Las puertas se abren y en ellas aparece Pedro. ¿Qué demonios hace Pedro en el cuarto piso? Lo que me faltaba.

—Hola —saluda Pedro entrando en el ascensor—. ¿Qué tal tu fin de semana?

Miro hacia arriba con la esperanza de que el cielo se abra y lo abduzcan los extraterrestres. Noto como balancea el peso de su cuerpo, y con ese ligero movimiento una alarma resuena en mi cabeza. Pedro quiere entablar conversación, el chico tiene una frase estrella: «¿Qué tal tu fin de semana?», pero después arranca.

—Oye, lo del otro día. Aquello que me preguntaste sobre... ya sabes la excitación...

Cuando Pedro dice la palabra «excitación» se tapa la boca con la mano como si se tratase de un entrenador de fútbol, cosa estúpida porque se le oye igual en este pequeño y asfixiante ascensor.

Trago saliva, sé que Álex lo ha escuchado a pesar de que se está haciendo el loco mirando hacia otro lado.

—Era una broma —corto de forma tajante deseando que olvide el tema. ¿Por qué diablos le pregunté esa chorrada?

Pedro asiente y vuelve a cambiar el peso de su cuerpo, balanceándose ligeramente.

—Sé que el tema es un poco delicado, pero si quieres hablar o, no sé, si quieres que quedemos...

La puerta del ascensor se abre, ya hemos llegado a la sexta planta, que es donde Pedro tiene que bajar. El aire que, de repente, me golpea en la cara es como una salvación. Pedro sale del ascensor y no se va sin más, eso sería demasiado pedir; se vuelve y mueve los labios con un «llámame», que acompaña con un extraño y nada sutil guiño de ojo.

Las puertas vuelven a cerrarse y rezo, lo hago de verdad, para que aquel ser guapo e indecente que tengo a mi lado no abra su tenaz boca, pero los rezos conmigo no funcionan. Soy una pecadora.

—Ahora lo entiendo —comenta él manteniendo un tono jovial y nada pedante. Miedo me da.

—No entiendes nada —corto por lo sano con una frase que sé que me va a rebatir, pero el ascensor está llegando a la séptima planta, las puertas se van a abrir; mira, ya se abren, y yo huyo.

Álex me sigue, odio que lo haga, pero no hay otra opción, pues estoy aquí para eso, para indicarle el maldito camino hasta contabilidad.

—Estás haciendo un estudio de campo —dice él un paso por detrás de mí. No entiendo a qué se refiere y tampoco sé si quiero saberlo—. Te lo montas con un guapo y con un feo para estudiar tu teoría —explica él sin ser preguntado—. ¿Has pensado completar tu trabajo de campo con una mujer? Estaría bien, también.

—Para tu información, no me he acostado con Pedro; además, no es feo.

Absolutamente sonrojada por la situación, le contesto en actitud defensiva. Álex asiente, está sonriendo, pero aun así puedo notar algo de decepción en su tono. ¿Estará celoso? No lo creo, porque un tipo como él no podría estarlo de nada en este mundo. En su gen de macho alfa no hay posibilidad alguna de eso. Es demasiado creído, demasiado perfecto como para perder el tiempo con sentimientos tan humanos.

—Si tú lo dices. Ya sabes lo que siempre te digo... si te engañas, te lo haces a ti misma.

Estoy de esa frase hasta las narices. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Días? Pues parece como si lo conociese de toda la vida. Tuerzo a la derecha y le señalo con el dedo el despacho de contabilidad.

Él asiente, llama a la puerta y después de escuchar un «adelante» gira el pomo dispuesto a entrar.

—Espérame aquí —dice con su tono autoritario y cruza el umbral sin darme tiempo a contestar.

No pienso quedarme aquí, no lo tengo que hacer, él no me da órdenes. Si alguien se va a quedar será, en todo caso, Rita la cantaora, pero yo no. Giro sobre mis talones y camino hasta el ascensor, pulso el botón y, entonces, en ese momento, las dudas empiezan a corroerme. Tengo que esperarlo, es mejor, tengo que demostrarle que soy una profesional que puede separar las cosas. Debo demostrarle que no tiene influencia sobre mí. Doy media vuelta y regreso al mismo sitio. Intento dar un par de zancadas largas con la intención de que él no me vea volver. Puedo escuchar su voz despidiéndose de forma educada y seductora.

Al intentar llegar a tiempo oigo un ruido que dispara todas las alarmas de integridad de mi cuerpo. Un ruido que perfectamente podría originar pesadillas a toda mujer.

El ruido de la tela rasgándose, rompiéndose, es la tela de mi pantalón. ¿Alguien puede borrarle del mapa?

Esto no puede estar pasándome. No, hoy no, no con él aquí, pero por mucho que me empeñe en engañarme a mí misma, la realidad no va a cambiar, y mi pantalón está roto. Me paso la mano por el trasero y me doy cuenta de que el pantalón se ha rajado y no de una forma discreta.

Intento pensar algo, pero no se me ocurre nada más que pegar la espalda a la pared, intento disimular, lo debo de estar haciendo de forma pésima porque, cuando Álex me ve, alza una ceja. Noto los calores subiendo por mi cara, pero sonrío para que no se diga que soy una borde.

—¿Qué me he perdido? —pregunta, ajeno a mi vergüenza.

—Nada —respondo escuetamente. Él llama al ascensor sin apartar su mirada de mí. Me está evaluando, pero yo intento mantener la compostura.

La puerta del ascensor se abre y él entra con su ropa en perfecto estado. ¿Qué hago? Puedo arriesgarme, entrar y pegarme de nuevo a la pared o puedo quedarme aquí, en pie, esperando a que la tela se regenere sola y volver a recuperar mi dignidad milagrosamente.

No me muevo, y él, en vez de irse, coloca el pie en el sensor de la puerta para que no se cierre. ¿Por qué no se va y me deja en paz con mi humillación? ¿Tan difícil es?

—¿Puedes dejar de comportarte como una niña de tres años y subir al ascensor?

Su tono no es amigable, está enfadado. Esto ya no tiene arreglo, pero tampoco lo quiero, lo único que deseo es que se esfume, que desaparezca y fingir no haberlo conocido nunca, pero, no sé por qué me engaño, pues en realidad quiero que sonría y que me llame nena, quiero que mi pantalón esté bien y entrar ahí como una auténtica tigresa y hacerlo en este pequeño espacio. En realidad, quiero que saque un anillo y me diga que desea casarse conmigo.

—Bajaré por las escaleras —anuncio pareciendo una persona sana y deportista—. Que tengas un día maravilloso.

Debería parecer una mujer digna y desenfadada que se marcha con la barbilla en alto y la espalda recta, pero, en realidad, soy una mujer que huye de la humillación.

Voy hasta la puerta que da a las escaleras y lo hago cruzando todos los dedos de mi cuerpo. Cuando la puerta se cierra tras de mí, respiro aliviada. No sé si es cosa mía, pero siempre que cruzo los dedos deseando algo con todas mis fuerzas me da la sensación de que no respiro, estupideces.

Comienzo a bajar las escaleras sintiéndome liberada, no sabéis el espacio que necesitaba este pantalón.

—¿Sabes que tienes el pantalón roto?

Pedro, ¿qué narices hace Pedro aquí?

Mundo cruel, dame fuerzas para no tirarlo escaleras abajo.

Encontrarme con Pedro no ha sido del todo malo. En realidad, debajo de ese escaso vocabulario, hay todo un caballero, pues me ha ofrecido su americana. Noto, eso sí, que me mira de forma rara, pero no me extraña después de nuestras recientes conversaciones sobre sexo. En el fondo, sucede siempre así, le hablas de sexo a un hombre y este comienza a mirarte de otra manera.

Cuando llegamos a nuestra planta, él continúa comportándose como un caballero a la antigua usanza y me abre la puerta; yo sonrío como muestra de agradecimiento; es una sonrisa sincera, pero me dura poco. Me encuentro de frente con los ojos azules de Álex, fríos como el hielo, atravesándome. Está evaluando la situación y lo hace sin esforzarse en poner esa estúpida coraza tan habitual en él.

—Hola, nuevos mundos —digo viniéndome arriba—, ¿necesitarías algo más de mí?

Álex no contesta, gira sobre sus talones y se va, dejando a la vista su culo

perfecto. Por fin, me siento bien, estúpidamente bien, a pesar de tener el pantalón roto. Sin embargo, como siempre me pasa, la felicidad me dura poco y, apenas dos horas después, ya no queda rastro de ella.

—¡Estás despedida!

No me lo puedo creer, necesito que alguien me pellizque, porque no puede ser cierto que el señor Antonio me esté despidiendo. ¿En serio?

—No puedes hacer eso —contesto, aunque, en realidad, sí que puede, otra cosa muy diferente es que no debería hacerlo, porque no es justo.

—Te acabo de ordenar algo y tú te has negado, por lo que no me dejas otra opción que despedirte. Es lo que suele pasar cuando un empleado no cumple con su trabajo.

—¿Perdona? En mi contrato no pone nada sobre tener que trasladarme a trabajar para quien tú quieras.

En realidad, no sé qué pone en mi contrato, nadie los lee, o a lo mejor sí, quizá la gente normal lo hace, pero yo no, porque cuando lo firmé estaba demasiado entusiasmada y me limité a repasar las casillas donde la chica de recursos humanos había puesto una X, tras comprobar mi DNI y poco más. No sé lo que firmé, podría haber firmado la venta de mis órganos y no me habría dado cuenta.

—Puedes empezar a recoger tus cosas, jovencita.

No voy a recoger mis cosas, ¿qué cosas?, no tengo nada como tampoco tengo ya ni dignidad, que he perdido junto a mi gran estimado orgullo. Nunca pensé en que me enfrentaría al señor Antonio, pero lo he hecho y me ha salido mal. Me molestan tanto sus palabras que no puedo hacer otra cosa que negarme, a pesar de ver como su vena se hincha por momentos.

Tengo ganas de llorar, pero no lo pienso hacer. Trago saliva. Dudo si rogar o no por esta mierda de trabajo, pero, al final, no digo nada. Simplemente me levanto, vistiendo todavía la americana de Pedro.

Odio a Álex. Su nuevo mundo es una auténtica mierda. Todavía no entiendo bien cómo he llegado a este punto. No me cabe en la cabeza que un hombre haya podido sacudir de tal forma mi vida.

Arrastro la silla antes de levantarme y, después, salgo de aquel maldito despacho sin decir nada más. Me he quedado sin trabajo, intento no hundirme en

pensamientos fatalistas del tipo «qué narices voy a comer», y me centro en lo positivo. Me recuerdo el absurdo lema según el cual «todo pasa por algo», pero de momento solo puedo contener mis lágrimas.

Voy hasta mi mesa y recojo las cuatro tonterías que tengo: cuatro bolígrafos, una taza de Mr. Wonderful y un calendario donde hay fotos con Carla. No tengo más; como venganza, decido dejar el chicle en la cámara del ordenador.

Quiero arrastrar los pies y caminar de forma catastrófica, pero no lo hago. Sonrío como si mi mundo no se estuviese derrumbando y salgo por la puerta sin despedirme.

Una vez en la puerta saco mi nuevo teléfono, bueno no es nuevo, porque soy pobre; es uno viejo que tenía por casa y que aún funcionaba. Los teléfonos de antes no son como los de ahora, no, estaban hechos de otra pasta. Quiero llamar a Álex y machacarlo con los insultos que tengo amontonados en la punta de la lengua. Tengo un mensaje nuevo, lo abro. Es Pablo.

«¿Quieres que te regale un orgasmo?»

Sonrío ante su ocurrencia.

¿Por qué no?

Un orgasmo es mucho mejor que mil insultos, por mucho que Álex se lo merezca.

Capítulo 26

Conducir excitada *is different*, pero, sobre todo, es peligroso.

Mis hormonas están todas cantando a pleno pulmón una canción, que me es familiar, pero que no logro descifrar. Estoy bailando, sí, bailo mientras conduzco; sé que es temerario, pero lo hago de todas formas porque esta noche va a ser mi noche. Tarareo la dichosa canción, cuyo título tengo en la punta de la lengua pero que no puedo recordar; al parecer mis neuronas también están sobreexcitadas, cantan y mueven sus caderas, mientras yo aprieto mis muslos intentando contener la excitación.

Aprovecho que estoy parada en un semáforo para coger el móvil; busco en *Shazam*, ese programita que detecta las melodías para facilitarte el título y el artista, y le canto la canción que estaba escuchando. Canto lo mejor que puedo, pero al parecer no funciona.

Continúo con mi tarareo y mi bailoteo hasta llegar a casa, el coche de Pablo me sigue y los nervios se amontonan en la boca de mi estómago. Aparcar en Salou en verano es difícil, por eso evito coger el coche, pero para ir hasta un descampado no tenía otra opción. Siempre que aparco, me encantaría tener un súper poder para que el coche lo hiciera todo solo; a falta de él, tampoco me importaría tener un aparcacoches, un lujo que mi economía no me permite, mucho menos ahora que me han despedido. Todavía no me lo creo, pero voy a intentar no pensar en esto; intentaré eliminar los pensamientos negativos, aunque, normalmente, este proceso es complicado, porque, por mucho que te empeñes, la mente es poderosa y lo controla todo. Afortunadamente, ahora mis neuronas están cachondas y ganan la batalla.

Los astros se alinean y solo tardo diez minutos en aparcar, pero diez minutos pueden ser muchos si el deseo aprieta. Sin embargo, el tiempo pasa volando nada más ver cómo Pablo se muerde el labio mientras espera.

Cuando llega hasta mí, me besa con descaro, lo hace de una forma apasionada como si hiciera mil años que no nos viésemos. Ese beso tiene un mensaje claro: fóllame.

La canción sigue sonando en mi mente, mientras le respondo al beso de la misma forma. Es curioso cómo cada persona puede sacar una versión distinta de uno mismo. Con Pablo me siento más mujer, como si la situación la dominase yo, como si todo fluyese en una dirección más fácil. Sé que Pablo no era lo que yo quería, pero ahora me resulta apetecible.

Nuestros labios se separan durante unos instantes, ambos sonreímos, no es una sonrisa cursi sino caliente. Es una sonrisa que nos incita a quitarnos la ropa, aquí, en medio de la calle, pero no lo hacemos, no quiero que mis vecinos me vean en ropa interior. Opto por ir hasta un lugar más privado. A casa.

La cerradura de la puerta de entrada de mi apartamento me vacila, intento meter la llave, pero es realmente difícil cuando te soban el culo con total descaro.

—Como todo lo metas así... —me comenta Pablo con un susurro erótico en la oreja.

Después de girar la llave y empujar la puerta como si no existieran paredes contra las que pudiera golpear, lo miro con descaro. Mirar de esta forma a un jovencito es algo que toda mujer en la treintena debe hacer alguna vez, lo digo en serio, y no hay que sentirse una asaltacunas en potencia, porque él es solo más joven, pero no menor de edad. Lo miro con todo el descaro del mundo, me muerdo el labio inferior, un pequeño detalle esencial en estas situaciones.

—Perdona, el que tiene que meter aquí algo eres tú.

Él sonrío, mientras todas mis neuronas parecen ovacionarse a sí mismas por la maravillosa respuesta.

—Hasta el fondo —me contesta. Yo no le replico, no es necesario. Ahora lo único que me pide el cuerpo es que no hable y que disfrute, ¿acaso puedo hacer otra cosa? Mientras entramos en mi pequeño apartamento, sus dedos, al parecer largos y ágiles, desabrochan su camisa, porque sí, hoy Pablo ha decidido ponerse una camisa. La lleva abierta, dejando ver su torso tatuado, y mi temperatura corporal aumenta en modo *rompiendo termómetros*.

Su pie se encarga de la puerta, la golpea con la fuerza adecuada para que

esta se cierre sin dar un portazo.

—¿Quieres una copa? —pregunto. Me siento algo tonta, pero es lo primero que se me ocurre.

Pablo niega con la cabeza mientras sus ojos me desnudan sin ningún tipo de pudor.

—Te quiero a ti —su voz suena ronca, sexual, llena de testosterona.

—Aquí estoy —contesto demasiado segura de mí misma.

Él se acerca, él y todo su torso, él y todas sus ganas.

Sus manos se posan en mi cintura, las siento grandes y fuertes, mi espalda choca contra la pared y sus labios vuelven al ataque. Su lengua no tiene ningún reparo en entrar en mi boca, apropiándose de ella y, por primera vez, noto su *piercing*. Juego con él. Su lengua se mueve tan rápidamente que, por momentos, creo que tiene dos.

Estoy tan sumamente concentrada en el duelo de nuestras lenguas que no me doy cuenta de que nos estamos desplazando y, en apenas unos segundos, mi espalda se apoya sobre el colchón de mi cama. Es cierto que mi piso es pequeño, pero todo ha ido particularmente rápido.

Él está sobre mí, y sus manos parecen querer tocar todos los rincones de mi cuerpo. No opongo resistencia, al contrario, intento desabrochar su cinturón con una sola mano; no es una tarea fácil y más cuando lo hace una mujer como yo, que no tiene demasiada práctica, pero lo consigo. Y es entonces, nada más desabrocharle los pantalones, tras liberar su sexo de la presión, cuando puedo apreciar que el bulto que se marcaba en sus pantalones es real, no era una sombra, ni un calcetín, es todo él.

Lo tomo con mi mano y lo acaricio suavemente, noto como la humedad lo invade, nos invade a los dos, mi sexo arde.

Pablo tira de mis pantalones que, afortunadamente, salen con total facilidad. Él no deja de sonreírme de manera seductora, dejando ver sus facciones juveniles. Me pregunto qué edad tendrá Pablo y, por un breve momento, me siento nuevamente una asaltacunas, pero esta absurda idea se esfuma pronto de mi cabeza en cuanto noto como sus dientes tiran de mis braguitas.

—¿Ves esto? —pregunta Pablo con tono ronco-sexual.

Tengo que volver a la Tierra, a mi cama, a su boca, esa que parece una experta en técnicas amatorias. Lo miro, levantando mi cuello para poder hacerlo, estoy segura de que mañana me resentiré de esta postura tan incómoda, pero qué más da. Soy una mujer afortunada.

Y mi fortuna se expande por segundos cuando Pablo me mira sacando su lengua.

En su boca veo tres bolitas, que hacen la forma de un triángulo o, al menos, es lo que a mí me parece.

—¿Sabes el porqué de esta forma?

Niego con la cabeza, sin gran convencimiento, tengo demasiado calor para pensar: mis piernas están abiertas y él en el espacio que hay entre ambas, con su camisa abierta, sus abdominales marcados y esa maravillosa e imponente V que tanto me pone.

—Mejor te lo enseño y así sobran las palabras.

No tengo tiempo para decir nada, no puedo quejarme o rechistar, ni siquiera tengo tiempo a pensar qué es lo que me va a enseñar. Su boca va directa a mi sexo, solo hace una breve parada en mi ingle, donde se recrea dejando que su cálido aliento me acaricie.

Y después es cuando noto esos tres *piercings*. Su lengua imponente y sin miedo acaricia cada uno de los rincones de mi sexo, está húmeda, fría, ágil. Yo me agarro a las sábanas para intentar no chillar.

Las noto, sus tres bolas parecen una trampa mortal. No sé cómo lo hace, pero logra crear la presión adecuada para que todos mis esfuerzos por no chillar se queden en nada.

Grito, lo hago, no sé qué digo, pero algo sale de mi boca; él, lejos de parar, continúa lamiendo, presionando, succionando. Lo odio. ¿Dónde ha aprendido a hacer tal cosa? No puedo, el orgasmo está a punto de llegar y han pasado, ¿qué?, ¿dos minutos, tres? No puedo pararlo. Y llega como un maremoto arrollando todos mis sentidos, dejándome con la boca abierta y los puños cerrados.

—¿Qué te parece el niño? —me pregunta descarado levantándose.

Me pregunta qué me parece, ¿qué me va a parecer? Me ha dejado en KO técnico, el niño me ha dejado tumbada, sin aire, regalándome un orgasmo arrollador. ¿Pero qué les dan a los jóvenes de hoy en día en la comida? Tengo que reaccionar; me muerdo el labio de nuevo, esta vez me siento menos descarada, aunque cuando estás desnuda el descarado es lo menos importante.

Cojo su sexo, que sigue tan duro y su punta brilla de toda la excitación acumulada.

Lo lamo, lo hago despacio, saboreando el momento y, de paso, retomando algo el aliento que he perdido de tanto gritar. ¿En serio he gritado? Mi garganta está resentida, pero ha merecido la pena.

—Un condón —pido con tono autoritario al tiempo que continúo jugando con su sexo.

Él se queda callado, no dice nada. Esto no puede estar pasando. Mi sexo, ese que acaba de vivir un gran orgasmo, se queja en forma de espasmo, quiere más acción, pero sin condón es imposible.

¿Por qué Dios no me hizo una mujer previsoras? Tendría que haber comprado una caja de diez; mejor, una veinte o treinta. No sé por qué nunca he comprado condones, siempre pienso que es él quien los tendrá.

Mis pensamientos están enfriando la situación, menos mal que mi mano va por libre y lleva un par de minutos moviéndose alrededor del sexo de Pablo.

Él acompaña mi movimiento con sonidos erótico-festivos, que me ponen más cachonda. Intento no fustigarme más por el tema del condón y aprovecho el momento para devolverle a Pablo el favor. Lo lamo con deseo, dejo que mi boca se encargue de todo. Y mi boca, sin *piercings*, logra que Pablo termine, lo hace mientras tira la cabeza hacia atrás y dice algo parecido a un: «Sí, nena».

Y tal y como yo predije, qué bien suena ese «nena» acompañando un orgasmo...

Capítulo 27

A pesar del no-polvo con Pablo, estoy feliz. Nunca imaginé que el conjunto de lengua+*piercing*+dedo equivaliese a un grandísimo orgasmo, que muchos quisieran conseguir después de mover horas las caderas.

Estoy tumbada en la cama mirando al techo. Pablo se ha ido y yo siento una sensación extraña. Tranquilos, no es amor, no me he enamorado de él, pero siento un extraño vacío, que provoca un ligero eco en mi pecho. No, no es amor, es falta de algo más, quizás es miedo a que no me vuelva a llamar, pero ¿qué importa?, él se lo pierde. De nuevo, me miento a mí misma.

Son las siete de la mañana. Debería estar levantándome, corriendo por mi pequeño piso intentando no llegar tarde a trabajar, pero me han echado. Fue horrible, todo tan sumamente frío, un puto adiós y no vuelvas.

La sensación extraña se desvanece y aparece un gran cabreo. Todo es por culpa de ese tío que se cree el mejor del mundo. Puede que sea atractivo, un madurito sexy, pero es un auténtico gilipollas.

Noto como mi frente se frunce, como siga así, tras esta crisis habré ganado ochocientas arrugas. Intento cerrar los ojos y descansar. Dormir me sentará bien, ocupará horas que no necesito, pero, por mucho que lo intente, no puedo dejar de pensar en todo. Álex me atormenta. Todo él me atormenta.

Quiero insultarlo, me muero de ganas de hacerlo, pero eso sería caer demasiado bajo. Mi teléfono suena, mi mano se mueve de forma automática, palpando por la cama en busca del dichoso aparato.

¿Dónde demonios está? Estiro el brazo lo máximo que puedo sin levantarme del sitio. Consigo alcanzarlo y descuelgo sin mirar la pantalla. Mis ojos

continúan cerrados, evitando el mundo real.

—En cinco minutos te pasan a buscar.

Si tuviese que describirme como un emoticono en este momento sería un gran interrogante de estos que palpitan sin parar.

Tengo que articular alguna palabra; a poder ser que no sea un insulto, pero estos se amontonan en la punta de mi lengua.

—Que te den —contesto escogiendo lo más suave que tengo en mi repertorio.

—No te he contratado para eso.

Lo odio. Creo que nunca antes había detestado a nadie tanto.

—No soy empleada tuya, no soy nada tuyo —le digo con un tono cortante —. Voy a colgar.

—Siempre me ha parecido curiosa la gente que anuncia que va a hacer algo, pero después no lo hace. ¿Cuál es la finalidad de ello? ¿Que os pidan que no lo hagáis? ¿Quieres que te pida que no me cuelgues? Está bien. No me cuelgues, nena.

Ese nena, esa palabra que tanto ansiaba, esa palabra que horas atrás me había llevado al punto más alto del placer ahora hace que mis nervios se crispen. ¿Por qué? Porque lo odio, pero es tan terriblemente tentador, maldito ser.

—¿En alguna ocasión te han dicho que eres un ser engreído y odioso?

Se lo digo directamente, porque me da la real gana. Se lo digo mientras abro los ojos a la realidad, odiándome por no haberle colgado antes. Quiero decirle todo lo que pienso, que se dé cuenta de que, por mucho que lo crea, no me puede dominar.

—Te crees un ser todopoderoso por tener dinero, pero eres un don nadie que necesita sentir el poder manteniendo a las mujeres bajo las alas; tú y tus amiguitos. Me dais asco. ¿Me has entendido? Te puedes meter el dichoso trabajo por donde te quepa, no lo quiero. Dormiría bajo un puente antes de trabajar contigo.

Cuelgo, esta vez lo hago sin anunciarlo y me siento bien. Por un momento, me he sentido libre. Los remordimientos amenazan con aparecer, quizás, solo quizás, me he pasado un poco, pero, por jugar conmigo como si fuese una ficha de su partida de ajedrez, se merece esto y mucho más.

La adrenalina no me permite quedarme en la cama. Voy hasta el baño y me hago un moño de maruja y me arrastro hasta el comedor. Tomo el mando del televisor y busco un canal de radio. Quiero música, la cura para todos los males, menos para los de regla, cuyos dolores solo los cura el chocolate. Subo el volumen y dejo que mi cuerpo se mueva al ritmo de la música, mientras cojo la escoba y barro de forma enérgica.

Llega un mensaje de Carla.

«¿Hola? ¿Cómo que en el paro? Voy a tu casa y me auto invito a un café. Besos, *perri*».

A un café, dice. Seguramente después me hablará de lo mareada que se siente, me echará en cara que está muerta de hambre; quizás, abrirá el armario y cogerá lo primero que encuentre. De lo que estoy completamente segura es que un café solo no será.

Los acordes de una de mis canciones favoritas resuenan haciendo que mi vello se erice, es *I don't want to miss a thing*, de Aerosmith. Siempre que he soñado despierta con mi boda, sonaba esta canción, mientras yo camino hacia el altar, vestida blanco, pero con una chupa de cuero encima. Mientras estoy en pleno *playback*, dejándome la garganta en el intento, llaman a la puerta.

Miro hacia la entrada con toda la frustración posible, querría poner pausa, pero no puedo, la radio es así.

Voy hasta la puerta y abro esperando que Carla comience con su sinfín de preguntas, pero Carla no está.

En la puerta se encuentra Álex, con un traje negro y camisa blanca, sin corbata. Sí, increíble, pero cierto, ahí está Álex con un traje negro y una camisa blanca; con EL traje negro. ¿Se lo han hecho a medida para que le quede tan bien? Su barba está creciendo ligeramente, dando a su cara hombría y sexualidad. Tiene el ceño fruncido, debe de estar enfadado, demasiado enfadado si ha desplazado su culo rico hasta aquí.

—Vístete —me ordena como si fuese mi padre.

Mis brazos, en un acto reflejo, se colocan en jarras. Debo de estar de foto, con esta camiseta tres tallas más grandes, unos pantalones cortos de cuando hacía gimnasia en el instituto y mi moño. Seguramente a una modelo famosa este *look* le queda genial, pero a mí me hace parecer la vecina que vende droga.

Quiero enseñarle mi dedo corazón a modo de respuesta, pero me parece ya bastante elocuente mi postura.

—No me da la real gana.

Álex entra en mi apartamento con pasos agigantados, noto como con su mirada lo evalúa todo, pero no logro entender qué quiere este tipo rico que entra, sin más, en mi casa, en este pequeño apartamento, que es lo mejor que he podido conseguir con mi ya antiguo sueldo de mierda.

—Vístete, Claudia.

—¿Ya no me llamas nena?

—Buenos días, ¿dónde está mi café? Vengo muerta de hambre, te aviso.

Carla entra como un torbellino a la cocina. La muchacha tiene tanta hambre que no ha prestado atención a que tenemos un invitado. Ella va directa al armario donde tengo las tazas, saca una y después abre la nevera.

—Bueno, dime, qué te ha hecho ese pedazo de hijo de puta.

Maravilloso.

Álex me mira alzando sus perfectas y pobladas cejas. Cruza los brazos, y esta postura es bastante mejor que la mía. Luego sus dedos gorditos, esos que tocan tan jodidamente bien, se enfundan en la cinturilla de su pantalón.

—Vístete, Claudia, no tengo todo el santo día.

Carla oye la voz ronca de Álex, su coordinación desaparece y con ella también mi taza, que cae al suelo con un estruendoso ruido que, junto al grito que lo acompaña, llega hasta mí provocándome dolor de cabeza. Levanto los brazos y toco mi moño, no sé por qué; trato de no enfadarme, de no chillar, pero me resulta bastante difícil. Voy hasta mi pequeña cocina que se abre en el comedor.

—¿Qué hace él aquí? ¿Por qué no me avisas? —me increpa Carla mientras se recoloca el peinado.

Me pellizco el puente de la nariz mientras intento reorganizar mi mente. En este momento estoy tan bloqueada que no sé ni dónde está la fregona. Respiro hondo cuando escucho el sonido de una puerta.

No, no y no.

Álex está en mi cuarto, que todavía debe de oler a sexo y sin orden alguno.

Voy hasta allí con los puños cerrados.

—¿¿Se puede saber qué estás haciendo??

—Intento escogerte la ropa, pero tengo que admitir que es realmente difícil... —me responde. No puede estar pasando esto, no me puede estar pasando a mí.

—Ahórratelo, no pienso trabajar para ti.

—Está bien, pero no he venido por eso. Ponte esto.

Álex abre la puerta y me lanza una camisa blanca y unos pantalones negros que logro coger al vuelo. ¿Qué mosca le ha picado? No entiendo para qué ha venido hasta mi casa.

—¿Se puede saber a qué has venido? —le pregunto al tiempo que lo persigo hasta el salón.

Puedo apreciar como su mirada de incredulidad acompaña cada rincón de mi piso; puede que, incluso, le salga un sarpullido por estar aquí, pero qué importa, que le den, a él y a todo su dinero. Me gustaría saber cómo lo gana, en droga, quizás.

—¿Cuánto dices que pagas por esto? —pregunta él sin mirarme y, para mi fastidio, parece que lo está preguntando en serio.

Clara ha recogido lo que queda de mi taza favorita y está en un rincón babeando por Álex, cuya presencia le ha hecho olvidar que tenía hambre. Intento ignorarla y centrarme en la conversación que estoy manteniendo con él.

—Te he hecho una pregunta.

—He venido a que me acompañes a un sitio.

—Será si yo quiero —le suelto con la ropa que me ha dado todavía en la mano. Hubiera añadido un «no te jode» como coletilla final, pero me he contenido para mantener un mínimo de respeto. Él me mira con sus ojos seductores y soy consciente de que en nada iré al baño a prepararme.

He intentado caminar de forma digna, todo lo digna que una puede ir con semejantes pintas. Mientras estoy en el baño siento una sensación extraña; no estoy segura de que haya sido una buena idea dejar solos en el salón a Carla y a Álex, es una combinación peligrosa. De todas formas, a mí me debería importar bien poco lo que él haga y, sin embargo, me importa y, por culpa de las prisas, resbalo y casi me rompo algo. Me miro y me doy pena a mí misma. Trato de peinarme, opto por una coleta alta de estas que se hacen en un minuto y no quedan tan mal; pienso en maquillarme, pero como no sé dónde vamos a ir no lo hago, quizás quiere llevarme a un SPA y pedirme perdón. ¡Qué pena doy!

Salgo del baño, y Carla sigue en el mismo sitio.

—¿Quieres un café? —pregunto, en un intento de ser la mujer educada que aspiro llegar a ser algún día. Él niega con la cabeza y yo siento un gran alivio. Solo tengo una taza más con un enorme corazón dibujado, bastante ridícula sobre todo para dársela a él.

Me aclaro la garganta intentando que Carla, ese ser vivo que sigue en un rincón de mi salón, capte la indirecta y se largue, pero eso sería pedir

demasiado.

—Y bien... ¿Dónde se supone que te tengo que acompañar?

—Ahora lo verás —dice, mientras se arregla la americana y camina hacia la salida.

No quiero mirarle el trasero, pero no puedo evitarlo porque con esos pantalones, diseñados por el mismísimo diablo, le quedan espectaculares.

—Vuelvo enseguida —le digo a Carla, consciente de que, una vez más, estoy mintiendo—. Cuando te vayas, cierra la puerta, en la estantería de abajo están las galletas. Besis.

Acabar una frase algo fría con «besis», lo medio arregla todo.

Tengo que decir que el noventa y nueve por ciento de las veces odio que mi pasillo sea tan largo, pero hoy es una excepción; hoy no puedo odiarlo porque las vistas son inmejorables. Siento nervios, tantos que tengo ganas de hacer pis, pero no pienso decir nada. ¿Dónde diablos quiere ir? Me pregunto, odio cuando quiere ir de misterioso y no dice nada.

Dentro del ascensor me siento algo incómoda. Álex no me mira, no me busca, tampoco me incordia, está ahí, frente a mí, con su traje caro y el ceño fruncido. No para de mirar el reloj, como si llegase tarde a algún sitio.

Quiero quejarme, quiero recordarle que ha sido él quien ha venido, que nadie le ha llamado, pero me quedo callada. Los nervios y la incertidumbre me pueden más que las ganas de castigarlo.

Camina deprisa; sus piernas, evidentemente, son mucho más largas que las mías, a pesar del tacón que llevo. Me cuesta seguirle el ritmo; él sigue sin decir nada, camina y camina sin parar. Llegamos hasta la calle y trato de busco su querido taxi, pero no está.

Las luces del coche que tengo frente a mí se iluminan. Mi boca tiende abrirse, pero mantengo el tipo. No soy una mujer materialista, me da exactamente igual que tenga un coche deportivo, uno de color negro, con asientos de piel o asientos blanditos como los del Tropical. Me da exactamente igual que el coche huela de maravilla y que la música que suena sea la maldita canción que antes no me ha dejado escuchar hasta el final. Me da igual todo; tanto da que conduzca seguro de sí mismo como que sus manos muevan el volante con tacto y firmeza.

No hablamos durante el trayecto y la situación se me hace realmente incómoda.

Su coche se desvía en un camino privado, para ante la caseta de un vigilante al que saluda con bastante entusiasmo.

—No quiero ir a tu casa —le informo mintiendo de nuevo.

Vale, sí, claro que quiero ir a su casa, pero no se lo merece.

—No vamos a mi casa.

Por un momento, el plan se me complica. Mis uñas buscan donde agarrarse. Tengo miedo. ¿Iremos a alguna de sus fiestas estúpidas? Espero que no quiera demostrarme quién manda, esta situación me asusta. La velocidad aminora cuando llegamos a una casa que a simple vista parece acogedora, con un bonito jardín delantero, incluso hay una fuente con luz.

Álex baja del coche y yo lo imito. No sé dónde vamos y los nervios amenazan con atrincherar mi estómago. No sé qué hacer, así que me limito a seguirlo; llegamos hasta la puerta y él toca el timbre.

Quiero preguntarle dónde estamos, pero no me atrevo. Puede que sea mejor no saberlo; dudo si irme; mi casa no debe de estar muy lejos. La puerta se abre y una mujer que de unos cincuenta años sonrío a Álex.

—Señor, no le esperábamos hoy. La señora se pondrá tan contenta.

Él sonrío a modo de respuesta y asiente con la cabeza, haciendo que con ese gesto la mujer camine hacia el interior. La señora. ¿Me va a presentar a su mujer? No, no puede ser verdad. Tengo miedo a lo desconocido, y toda esta situación me hacer sentir pequeña.

Tomo aire de forma disimulada y le sigo, algo que llevo haciendo ya varios días, como si fuera una veleta. Seguirlo es maravilloso y, a la vez, algo que me deja helada.

—Tata —dice con un tono meloso.

Una mujer mayor de pelo cano se vuelve nada más oírlo. Los ojos azules de la mujer se iluminan al verlo; sonrío efusivamente, su sonrisa es tan especial que contagia esa inmensidad de amor que proviene de su alma.

La menuda mujer abre los brazos, y Álex va a su encuentro con toda la delicadeza que puede. Se abrazan, lo hacen como si el resto del mundo no existiese.

—Mi hombrecito... Estás más delgado. ¿Ya comes? Deberías cuidarte un poquito más, cariño.

Álex se aclara la garganta ante el aluvión de reprimendas que, de la nada, la

mujer le hace.

—Tata, quiero presentarte a alguien.

La mujer calla un segundo y es ahí cuando se percata de mi presencia. Sus ojos me evalúan por un momento, en su rostro se dibuja una casi imperceptible sonrisa y, estirando los brazos, se dirige nuevamente a él.

—¿A qué estas esperando, jovencito?

Álex la rodea con el brazo y ese gesto parece calmar el pequeño y constante temblor que sacude el cuerpo de la anciana.

—Tata, ella es Claudia, una amiga.

La mujer me sonrío y yo le respondo de la misma manera. Me obligo a sonreír con los nervios amontonándose en mi estómago. Tata toma mi mofole entre sus dedos y me da un pellizco cariñoso.

—Encantada, señorita —me dice la mujer de la amplia sonrisa—. Alejandro, cariño, ¿cuándo dejarás de enviarme a ese señor tan pesado?

Álex sonrío.

—Ese señor tan pesado es fisioterapeuta y te ayuda mucho, tata.

La anciana me guiña el ojo antes de volver a la carga con un par de quejas más; oigo a Álex resoplar ante sus comentarios, que él no tarda en rebatir. Los dos parecen quererse tanto que el amor se puede notar en el ambiente.

Pasan diez o quizás veinte minutos, y Álex se despide cariñosamente. La mujer me abraza con calidez. Es un abrazo distinto a los que estoy acostumbrada, es un abrazo de verdad, a través del cual la energía positiva traspasa las pieles y llega hasta mi cuerpo.

—Espero verte pronto, guapa.

Quiero decirle que yo también lo espero, pero no puedo. Sería mentirla, sería mentirme a mí misma. La puerta de la casa se cierra y con ella se va toda la calidez. Álex se dirige hasta su coche, subimos en él sin decir nada.

Quiero preguntarle para qué hemos venido, pero él arranca pisando demasiado el acelerador.

—Así trato yo a las mujeres que quiero. Cuando quieras saber cómo trata un hombre a una mujer que realmente le importa fíjate en cómo trata a su madre. Ella es mi abuela, porque por desgracia mi madre murió cuando yo nací, pero la Tata lo es todo para mí. Me ha enseñado cómo se trata a una mujer, así que límpiame la boca antes de volver a decir que a mí me gusta dominar a las mujeres, no mezcles los juegos con la vida real. Yo te ofrecí un mundo nuevo, no te obligué a entrar. Eres libre.

Capítulo 28

Libreee, como el sol cuando amanece yo soy libre, como el mar...

Libre.

Álex dice que soy libre, pero ¿qué concepto tiene él de libertad?

—¿Libre? Por eso me han echado del trabajo, ¿no? Por las grandes libertades que me han dado. ¡No te fastidia! Libre, dice...

Sus cejas se levantan ante mi comentario, su ceño se frunce en un gesto que lo hace parecer un tipo duro, uno de esos malotes por los cuales muchas perdemos la cabeza, aunque yo debería mantenerlo lejos de mí.

—No te han echado del trabajo, te han ofrecido un ascenso —contesta molesto.

—No, me han echado porque no he querido ser tu perrito faldero. Si quieres tener una secretaria a la que follarte, contrata a otra, gracias.

—¡Qué rabia me da que hagas eso! —grita, molesto, a la vez que toca el claxon a un señor que pasaba por en medio de la calle.

El hombre lo mira asustado, pero a Álex le da completamente igual.

Está enfadado, muy enfadado, pero me importa bien poco, yo también lo estoy. Lo miro, sin miedo alguno, con el ceño fruncido. Yo también sé fruncir el ceño, tocar el claxon y gritar. Me enfrento a él sin problemas, aunque le dé rabia que le diga la verdad. Si le da rabia, que se aguante.

—¿Que haga qué?

—Lo que haces todo el rato. Sacas conclusiones a tu antojo. Tu mente te fustiga y se monta una película barata. ¿En serio crees que te he ofrecido ser mi

empleada para follarte? Lo dices como si no te tuviese ya.

Y, sin pensarlo dos veces, con fuerza, mi mano impacta contra su cara. El golpe seco resuena fuerte en el coche, en mi alma y en mi mano...

Álex frena en seco, mi cuerpo se sacude, alguien pita y él lo insulta, gira el volante y aparca el coche en una pequeña explanada. Es el aparcamiento de un parque acuático, uno que no tardará en llenarse, pero le da igual. Como todo.

Toma su teléfono y teclea, más bien aporrea las teclas.

—¿Qué haces? —espero molesta por sus comentarios y avergonzada por haberle dado una torta.

—Pásamelo, no... ¡Me da igual que esté en una reunión! ¡Pásamelo! No, buenos días, no. Creo que el otro día no te quedó clara nuestra conversación. Te he dicho que quería a la señorita Martínez en mi equipo y no aceptaré una negativa por respuesta.

Puedo oír cómo, al otro lado de la línea, Antonio contesta en un tono nervioso; habla a toda prisa y no logro entender bien lo que le está diciendo, pero a juzgar por la cara de Álex, nada bueno.

—No me importa. Consíguelo. Si no lo haces, estás despedido.

Álex cuelga.

Se vuelve hacia mí y sonrío, lo hace ampliamente como si nadie le hubiese golpeado la cara, como si no hubiera problema alguno. Necesitaría un manual de instrucciones, a Álex no hay quien lo entienda. Ya no comprendo nada, acaba de amenazar a Antonio, pero ¿quién es Álex para despedir a Antonio?

—Te crees importante, ¿verdad? —le suelto entrecerrando los ojos.

—¿Perdón?

—Sí, te crees con el poder de dirigir la vida de los demás. Lo que quieres, lo consigues con una llamadita de teléfono, ¿no? Pues lo siento, pero yo no estoy en venta. Viviré en un apartamento de cuarenta metros cuadrados y no tendré caviar en mi nevera, ni un coche deportivo, pero al menos tengo dignidad.

Abro la puerta del coche y me bajo dispuesta a irme de allí.

—Sube al coche —me ordena, pero lo ignoro. Álex baja del automóvil y me persigue hasta que me coge del hombro. Freno en seco y miro fijamente su mano, y con ese simple gesto, basta para que me suelte—. Deja de comportarte como una niña y súbete al coche.

—No quiero.

Me cruzo de brazos y me quedo plantada frente a él sin saber bien qué hacer. Lo odio tanto, pero, a la vez, me encantaría que me abrazase, que me besase,

que me tratase de forma diferente y no como a una más.

Soy una estúpida con estos deseos, que nunca se cumplirán, porque la vida no es como las de las novelas donde el amor siempre vence cualquier adversidad. En la vida, cuando un tío te chulea, es así, sin más. No hay que darle más vueltas.

Las manos de Álex se colocan en su cintura, tirando de la americana hacia atrás, dejando que la camisa abrace sus perfectas formas. Es difícil intentar separar la atracción que siento por él de mi dañado orgullo.

—Escúchame, te quiero como empleada porque en aquel rincón donde trabajabas no hacías absolutamente nada. Creo que en el otro sector podrías crecer como profesional. De lo que se trata es de vivir, sí, cariño, se trata de tu vida.

Noto como mis labios se juntan frunciéndose por completo. No quiero creerme lo que me dice, ¿qué sabe él de mi trabajo ¿Qué le importa a él lo que haga con mi vida?

Lo miro sin decir nada. A estas horas de la mañana, el sol amenaza con fuerza desde lo alto del cielo, brillando sobre nuestras cabezas. Los coches empiezan a llegar, ocupando toda la explanada. En la mayoría de ellos, viajan niños que gritan histéricos, mientras sus padres resoplan al pensar en el día que les espera.

Dejo que mi mente se despiste por un momento, intentando huir del miedo que empuja a lanzarme al vacío; siempre es la misma sensación cada vez que tengo que tomar una decisión importante en mi vida.

—¿Qué puedes perder? —me pregunta, tirando de mi barbilla para que lo mire.

¿Todo? No, en realidad, nada, no tengo que perder nada, tampoco a él, que ya está perdido.

—Está bien, pero no me tocarás. No me mirarás lascivamente —le ordeno, y noto como se reprime un comentario—. Y —añado alzando el dedo índice— voy a ir con ropa interior a trabajar.

Una carcajada sale de su garganta, una carcajada sincera. Cuando ríe es todavía más guapo, pienso y, al momento, me riño, porque no puedo pensar siempre lo mismo, no puedo seguir seducida por él.

Tengo que pensar en Pablo y, sobre todo, tengo que comprar condones. Seguro que Álex nunca se olvidaría de ellos; él es un hombre, pienso y, de inmediato, me vuelvo a reñir.

—Sube, te llevo a trabajar.

Quiero hacerme la digna y decirle que no, que no es necesario, pero, evidentemente, no quiero volver a caminar sola y menos con la que está cayendo. Asiento y lo sigo hasta el coche. Vuelvo a mirarle el trasero, sí, no puedo evitarlo.

El camino hasta mi nuevo trabajo es bastante aburrido. Él está conduciendo con su pose sexy, y yo me estoy haciendo la digna. De reajo miro si su mejilla está roja, porque le he dado con fuerza, pero se lo merecía. Odio que piense que soy una chica fácil, aunque en ocasiones lo sea, pero a él no debe importarle, mi vida es mía.

—Estaría bien si me explicas qué tengo que hacer.

—Cuando te llame Antonio, hazte de rogar. No puedes dejar que te manejen a su antojo, ni que te hagan comentarios poco dignos.

Estoy alucinando, no entiendo nada.

Me tomo la libertad de tocarle la frente. Quiero comprobar que no esté en estado febril. Él me mira sorprendido sin entender qué estoy haciendo.

—No tienes fiebre. ¿Has tomado alguna droga? No me mires así... Tú no hablas, hasta ahora solo me has dado órdenes: «no te toques», «no laves bragas»... y ahora me dices que tengo que hacerme respetar. No es normal.

Su sonrisa se desvanece.

—Tienes que diferenciar las cosas o tendremos problemas. Una cosa es la persona y otra es el juego. La persona está por encima de todo y el juego... da igual, porque no vamos a jugar más.

¿Alguien le puede decir a Álex que a las mujeres no se les dice lo que no tienen que hacer?

Capítulo 29

Enterar en este edificio es como entrar en un hotel de cinco de estrellas, uno de esos donde te ofrecen una escapada romántica que nunca olvidarás. Solo falta que la gente se pasee con los albornoces por allí.

El lugar es amplio y luminoso, extremadamente pijo. El olor es similar al del incienso, dulzón y pegajoso. Me siento como si estuviese en medio de un retiro zen. Nadie parece prestarme atención, hay varias personas caminando por allí, sobre todo mujeres espectaculares, todas ellas con cara de saber qué hacer y no estar perdiendo el tiempo como hago yo.

Por un momento me siento pequeña y desubicada, pero Álex no me deja apenas tiempo a maldecirme; tira de mí hasta el ascensor y, a partir de este momento, todas las mujeres lo saludan con sus estupendas sonrisas de anuncio. Me da un poco de asco todo aquello, pero me reprimo, no sería una buena forma de empezar.

El ascensor es tan luminoso como el resto del edificio, se abre y entramos, solos.

—¿Te has acostado con todas? —escupo la frase como si me quemase en la punta de la lengua.

Sus cejas se alzan y percibo un intento de sonrisa en su cara, que frena al instante.

—No es de tu incumbencia. Cambia el chip. Has venido a trabajar.

Eso es un sí, lo ha hecho, pero a mí no me debe importar.

Asiento y busco una expresión de completa indiferencia, mirándome en el

espejo. Me veo hortera, muy hortera, parezco una camarera. Intento levantar los hombros hacia atrás y sacar un poco los labios, es una tontería, un cambio en la actitud, que puede modificarlo todo o, lo más probable, puede no cambiar nada. Desisto, soy así, y a quien no le guste, que no mire.

Los celos se concentran en mi estómago. Todas ellas son guapas, perfectas y, después, estoy yo, con bragas que se vendían en la época de la peseta y pantalones que se rompen en el mejor momento.

—Aquí me llamarás señor Casado, y ahora no hagas que me arrepienta de haberte seleccionado.

Y con esa frase tan falta de cariño, sale del ascensor. Camina como si de un modelo se tratase, con su maravilloso traje y su barba sexy. No me espera, es imposible seguir su ritmo, pero a él, gran cabrón, no le importa. Giramos a la derecha y llegamos a una pequeña recepción, donde encontramos a una preciosa señorita, como no podía ser de otra forma.

—Magda, explícale a la señorita Martínez sus funciones. Que tengas un buen día.

Y así se va, sin más. Sus pisadas resuenan por el largo pasillo que acaba muriendo en lo que debe de ser su despacho.

Trago saliva y miro a Magda, que me sonríe con una simpatía desbordante. Odio los nuevos trabajos y las personas extremadamente simpáticas y, sobre todo, falsas, pero sonrío yo también.

Sin embargo, me equivocaba, Magda es una chica realmente muy simpática y agradable. No suelo equivocarme detectando engréidos, pero esta vez, sí. Desde que llegué al mostrador y durante toda la mañana, la muchacha me ha explicado mis nuevas funciones, me duele la cabeza de escucharla, pero siento una inesperada ilusión con este nuevo trabajo.

Su sistema informático parece bastante lógico a la hora de trabajar, cosa que facilita enormemente las cosas, pero tiene muchos peros, que Magda me explica uno a uno, mientras yo tomo nota como si me hubiese poseído el espíritu de una novata obsesiva.

No quiero fallar, no ahora, cuando alguien ha confiado en mí más que yo misma.

Las horas pasan y apenas he parado. Magda y yo hemos comido con un

grupito de chicas que parece que se dedican a chupar lechuga, pues no tienen grasa en el cuerpo y, evidentemente, no hay rastro de sus curvas.

No he visto a Álex en todo el día y me siento algo defraudada. Sí, lo sé, no tengo perdón ni tampoco lógica alguna, pero aunque mi mente, esa parte sana de mi cuerpo, me dice que no tengo que verlo, que no tengo que perseguirlo, ni babear por él porque lo mejor para mí es no verlo, en el fondo, quiero encontrármelo, quiero que me desee, quiero que me chulee. No tengo solución.

Es una sensación extraña: tras haber estado con él, he estado mal, me he sentido vulnerable y me he dicho a mí misma que nunca más, pero ahora lo vuelvo a desear y quiero más de él. Soy masoquista, lo sé.

Es casi la hora de irse y no tengo coche, no tengo dinero para un taxi y no quiero pedir favores el primer día de trabajo. Álex está en su despacho, pero mi digno orgullo no me permite acercarme hasta allí.

Así que cojo mi teléfono con la esperanza de repasar la agenda en busca de un alma caritativa que venga a buscarme cuando, de repente, el móvil comienza a sonar. Tengo una llamada entrante de Pablo. Los nervios o quizás el calentón me llevan a descolgar sin pensar siquiera en jugar a ser una mujer interesante.

—Nena —dice en un susurro o, al menos, es así como lo siento y mis hormonas parecen reaccionar a ese simple y corto término, dando órdenes a mi cara para que sonría como una tonta.

—Hola —contesto escuetamente, pero no por falta de ganas sino por unos extraños nervios que se amontonan en mi garganta.

—¿Te apetece quedar?

Quedar o no quedar, esa es la cuestión. La parte más inmadura de mí me dice que sí, que quede con él y disfrute, que viva la vida y que me olvide de Álex. La parte madura, esa a la que ignoro, me recuerda que tengo que acabar un informe para mañana y poner lavadoras para poder parecer algo más decente.

—Claro, ¿podrías pasar a buscarme?

Yo, que quería ser una mujer madura, quedo con Pablo.

Capítulo 30

El Seat Ibiza de color rojo está frente la puerta. No es un Ferrari, no es un coche deportivo, pero me da exactamente igual. Pablo está apoyado en él, con su pelo peinado hacia arriba y su sonrisa dibujada en la cara. Camiseta blanca, vaqueros rotos y unas gafas de sol que le quedan realmente bien.

Mi corazón se acelera cuando lo ve y me obligo a concentrarme en mis pies. Tengo que bajar las escaleras y quiero hacerlo de forma normal, sin tropiezos.

Llego hasta él y le regalo una sonrisa, una de verdad; no estoy enamorada, pero parezco una niña tonta colgada de un chico. Él me mira desde su altura, pero no sé qué se supone que debemos hacer. ¿Nos besamos?

Y antes de que entre en un debate interno sobre si es correcto besarlo o no, él lo hace. Me besa de forma apasionada, como cuando se desea a alguien de verdad. No es un beso por compromiso, es un beso espontáneo; me dejo llevar colocándome de puntillas para poder profundizar más, muerdo su labio inferior y tiro ligeramente de él.

Su mano golpea mi trasero, y con ese pequeño gesto entramos en el coche.

—Abre la guantera.

Hago lo que me pide y mi boca se abre de par en par. Dentro hay una caja de preservativos. Suelto una carcajada nerviosa. ¿Para qué dar rodeos?

—Prepárate, hoy no te me escapas.

Su frase resuena en el coche, mientras mis hormonas alteran la sangre de mi cuerpo. Él arranca con ganas, pisando a fondo, cuando todavía no he podido apartar la vista de mi nuevo trabajo.

No, hoy no me escapo. Lo miro, y él me devuelve la mirada, desnudándose, acariciando mi sexualidad.

El viaje hasta casa se hace muy breve, aparcamos con facilidad. Pablo coge la caja de preservativos, mientras deja que una de sus manos se apoye intencionalmente en mi pierna.

Siento un pequeño escalofrío que va directo a mi sexo.

Caminamos de nuevo por mi famoso y particular pasillo del terror, pero andar por aquel lugar con Pablo es diferente, no es frío ni eterno. Sus pasos van acompañados de palabras que provocan que la excitación se despierte en mi interior.

—¿Ya te he enseñado a meterla? —pregunta cuando consigo introducir la llave en la cerradura—. La llave, me refiero —matiza con tono juguetón, mientras acerca su paquete a mi trasero.

Está duro, lo que multiplica mi excitación. No quiero ponerme nerviosa, no con él, así que lo miro desafiante, cuando todavía estamos en el marco de la puerta.

—Tú todavía no me has enseñado nada.

Intento que el «nada» suene más alto que lo demás, aunque no hacía falta, porque él capta el desafío al vuelo. Me toma por la cintura y me lleva hasta el dormitorio. ¿La puerta sigue abierta? No lo sé, pero no puedo pensar, no con su boca en mi cuello. El cuello no, por favor, no; basta con morderme ahí para que mi conciencia se apague y se desate el deseo.

Noto como sus manos se pasean por mi cuerpo hasta llegar a mis pantalones; tira de ellos y se lleva también mi ropa interior. Su mano no pierde el tiempo y busca mi sexo. Sabe dónde tocar... siento la humedad multiplicándose por instantes. Su boca busca la mía, sus dedos en mi sexo y yo sin poder hacer nada. El placer llega como un huracán, calentando mi cuerpo por completo.

—Lo sé, quieres que te folle, lo estás deseando, pero quiero que seas tú quien me lo pida.

El orgullo, ese maldito cabrón, intenta hacer acto de presencia, aunque yo nunca le pediré eso. Su lengua, acompañada por sus bolitas, ataca mi sexo sin dejarme tiempo a rechistar.

Mientras su lengua presiona ese punto que tanto placer me regala, sus dedos se adentran en mí.

Las plegarias silenciosas no sirven para nada. Intento aguantar las sacudidas de placer, clavo mis uñas poco cuidadas en las sábanas, pero no sirve para nada.

Lo necesito dentro y lo necesito ya.

—Fóllame.

Lo ordeno así, tal cual, porque mi cuerpo lo está pidiendo a gritos. Él sonrío, lo hace contra mi boca antes de regalarme un último beso, que sabe a poco y que olvido en el momento que lo siento entrar.

¿Ya se ha puesto el preservativo? Sí, lo ha hecho.

Entra haciéndose paso en mi estrechez. Se mueve a toda prisa, sin pedir permiso, sin dejarme tiempo para respirar. Mis uñas siguen clavadas en las sábanas deshechas.

Su movimiento no cesa, entra y sale, entra y sale. Tengo que hacer algo, pero es casi imposible con su ataque sexual. Aprovecho uno de los vaivenes para colocar mis piernas encima de sus hombros.

Él sonrío y entra, esta vez con más profundidad. Ambos gemimos y nos miramos a los ojos. Lo siento en mi interior, incluso puedo sentir como su erección está en su punto máximo; puedo sentir que la sangre de nuestros cuerpos se concentra en nuestros sexos, ambos deseosos de explotar de placer.

—Déjame a mí —le digo queriendo colocarme encima, pero él niega con la cabeza.

—Te voy a enseñar cómo follo.

Y bien que me lo enseñó.

Sus caderas fueron dos pistones bien engrasados, y mi garganta se quejó de tanto gemido contenido. Sus labios succionaron mis pezones, mis labios y mi cuello. Me martirizó de la forma más tentadora y juntos llegamos al clímax, sin forzar la máquina, de forma natural.

Nuestros cuerpos se quedaron tumbados boca arriba mirando al techo. Las respiraciones estuvieron agitadas durante segundos. Su mano rozaba la mía, pero sin apenas tocarla.

Un contacto mínimo, pero que lo decía todo.

Había sido un polvo explosivo que había disfrutado al máximo, pero todo se quedaría ahí, en buen sexo, porque esto es lo que yo quería, creo. Puede que debiera empezar a admitir que realmente no sé qué quiero y vivir sin más.

Despedirse de un follamigo por primera vez es raro. Las palabras «ya te llamaré, nos vemos, ya te digo algo» aparecen en nuestros labios de forma automática. Él se va con un beso tímido en los labios. Ya no quedan restos del beso con el que me atacó en la puerta del trabajo.

Se va y, con él, se marcha toda mi energía. Quiero dormir, es más, creo que si no lo hago me desmayaré, pero tengo tantas cosas por hacer; entre ellas, un informe y lavar la ropa. Consigo hacer todo no sin bostezar hasta que caigo en un sueño profundo, lo más parecido a un coma...

Capítulo 31

Llegar al trabajo con ropa combinable, peinada y a tiempo es de guapas.

He llegado tan pronto que la gente me mira de forma extraña o puede que sea porque tengo aspecto de haber echado un polvo la noche anterior, un polvo de los buenos, de esos que hacen que los dedos de los pies se te queden engarrotados.

Camino por el largo pasillo, tratando de no hacer resonar mis tacones, pero es bastante complicado. Caminar bien y sin ruido es imposible; la única solución es caminar mal, de forma retorcida, olvidándome por completo de la elegancia, que es lo que yo quiero.

Estoy a punto de torcer en dirección a mi oficina cuando lo veo. Álex está en la puerta de su despacho, guapo como siempre, pero enfadado. Lo sé por su frente arrugada y, como siempre, sexy. No soy la única que viste de forma correcta y llega a tiempo. Él está furioso, es tan evidente como que anoche no ha follado, pero ¿qué pretende?, debería saber que, si rompe las bragas a una chica, lo más probable es que esta se enfade.

—Entra —me ordena con un tono de voz autoritario.

Lo miro a los ojos, esos ojos que tanto me han hipnotizado. Algo va mal. Lo noto. Él se aparta para dejarme paso, entro en su despacho. Ante la duda de si sentarme o no, me quedo de pie, embobada con la perfección extrema de su decoración.

—¿Algún problema? —pregunto, intentando que de mi garganta no salga un casi inaudible hilo de voz. Mi intento fracasa, él me impone demasiado.

—Quiero que te queden las cosas claras. Aquí se viene a trabajar, no a

pasearse ni tampoco a coquetear en la puerta como si fueses una adolescente. ¿Quién era ese? ¿Tu primo pequeño? ¿En qué narices estás pensando?

Las alarmas saltan y todavía no sé por qué. No puedo pensar que esté celoso, es imposible. Me humedezco los labios e intento organizar mis palabras. Siento un extraño poder en mí, algo que nunca antes había sentido con Álex, como si, por una vez, el control lo tuviera yo. Es una sensación gratificante, me gusta.

—Creo, con todos mis respetos, que a ti no te importa quién viene a recogerme.

Sus ojos me buscan. Aprecio como las aletas de su nariz se mueven, intentando contener su enfado, aunque, algo me dice que puede explotar en cualquier momento.

—La imagen que des en la puerta de mi oficina es de mi incumbencia.

En esto tiene razón. Intento pensar rápido, pero no puedo concentrarme. Álex no se sienta, se mueve nervioso por la habitación. Viste completamente de negro, camisa, traje, corbata. Parece ir de luto, pero su aspecto es inmejorable. Céntrate, Claudia, y responde, me digo. Apenas abro la boca para decir algo, me señala con el dedo, ese dedo que, recuerdo, ha estado en mi interior. Ciertas imágenes regresan a mí, me enfado, tengo que ponerme seria.

—¿Ves cómo mentías? —me dice con claro desprecio—. Te mientes a ti misma diciendo que buscas algo diferente y, después, te restriegas con uno cualquiera. ¡Viva la hipocresía!

Quiero sentarme y charlar con él sobre lo muy celoso que está, pero no voy a hacerlo. No aquí. No me interesa. Prefiero mostrarme como la madura de esta conversación. Me reclino sobre la mesa, mostrando no inocentemente mi escote, y lo miro fijamente con un semblante lo más tranquilo posible.

—Este no es el momento ni el lugar. Si tienes algo que decirme sobre mi trabajo estaré en la puerta de al lado. Tranquilo, no volveré a morrearne con nadie frente a tu gran oficina. Ah —añado desde la puerta—, tuve un maravilloso orgasmo, y no, no pensé en ti.

Cierro la puerta tras de mí y mi mente se imagina el sonido de los aplausos a mi alrededor. Yo también sé decir frases para enmarcar.

Voy hasta mi pequeño despacho compartido, contoneando las caderas sin importarme en absoluto el sonido de mis zapatos. Me siento a la mesa y saco de

mi carpeta el informe que preparé anoche.

Álex no ha dicho nada. Se ha quedado callado, mirándome a los ojos mientras yo he tenido el valor de hablarle de mi maravilloso orgasmo.

Todo debería ser maravilloso, pero no lo es, ante todo, porque él tiene razón y, segundo, porque yo me miento a mí misma. Pablo está bien, folla bien y lo hace todo bien, pero Pablo no es Álex y, ahora, Álex no solo está enfadado, sino que he perdido todas las oportunidades que tenía con él. Seguramente, tenía pocas, pero ahora todavía menos. Odio pensar que Pablo no es suficiente, porque, en realidad, el chico está bien y su lengua todavía más, pero yo soy así de estúpida.

Álex está enfadado y celoso y eso, idiota de mí, me pone. Estoy peor de lo que pensaba. Mientras aporreo las teclas de mi ordenador, miro la puerta de su despacho, completamente cerrada.

Magda está muy callada hoy, demasiado callada. No sé qué mosca le ha picado, puede que su amabilidad sea limitada y se agotó ayer. Odio la gente falsa, pero le voy a dar una oportunidad.

—¿Estás bien? —pregunto en un intento de ser amable.

—Lleva la corbata negra —dice entre dientes, mientras continua con la mirada fija en su pantalla.

¿Corbata negra? No entiendo el problema, a Álex la corbata negra le sienta bien, todo le sienta bien. No entiendo qué quiere decir Magda, que, antes de hablar, mira hacia el despacho de Álex carraspeando un poco.

—Cuando el jefe se pone la corbata de negra es que está de mal humor. Y, créeme, no quieras conocerlo de mal humor.

Miro al cielo, no hace falta que me diga qué significa que Álex esté de mal humor; cuando lo está, el cabrón, rompe las bragas. Niego con la cabeza e, inevitablemente, me siento culpable. Me he comportado como una estúpida: ayer se abrió, me presentó a su Tata y, sin embargo, lo único que yo tenía en mente era ir a casa y tener un orgasmo.

La puerta del despacho se abre y puedo notar como el ambiente se hiela. ¿Tanto miedo le tienen?

—Martínez —me llama.

Magda me mira con lástima poniéndome algo nerviosa. Tengo una bomba de sentimientos encontrados en mi estómago, me siento mal conmigo misma por mi actitud, porque el hecho de que él sea un capullo integral no justifica que yo me comporte como una fresca.

Voy hasta su despacho y entro cerrando la puerta tras de mí. Él no me mira. ¿Tan enfadado está? No debería estarlo, él también se ha acostado con más personas; además, a él no le importa nada. Puede que me equivoque, puede que tenga sentimientos, eso lo haría perfecto. No se puede pedir más, un hombre con corazón, con dinero, que folla bien...

—El informe está bien.

Siento un pequeño alivio al ver que, al menos, sabe separar las cosas. Humedezco los labios e intento hacer contacto visual con él, pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, noto frialdad, y mi corazón, debajo de una enorme coraza, sufre.

—No te engañes, Martínez, en mi empresa no quiero que las cosas estén bien, aquí tienen que estar perfectas. Céntrate y no hagas que me arrepienta de haberte contratado. Como tú hay miles esperando en la puerta.

¿He dicho que tenía corazón? Será uno de papel, de esos que se arrugan y se tiran.

Capítulo 32

Llego a casa sintiéndome una mierda. Mi cabeza quiere cogerse unas vacaciones, tengo miles de sentimientos encontrados, me voy a volver loca. Me preocupa el trabajo: nadie, nunca, me ha dicho que tengo que mejorar en algo. Mi perfeccionismo está sufriendo un ataque de histeria con ese mísero comentario que ha salido de la perfecta boca de Álex. Estoy enfadada conmigo misma, me grito, porque me he comportado como una fresca; peor, como una puta.

Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo dejar de pensar que, en realidad, no he hecho nada malo. ¿Por qué me estoy machacando así? Mi perfeccionismo y Álex están furiosos conmigo por acostarme con Pablo, pero no he hecho nada malo. No soy propiedad de nadie. Exceptuando ayer, cuando fue amable, Álex se ha portado siempre fatal, como un auténtico capullo. Su actitud de ayer no compensa la de todos estos días.

Me dejo caer en la cama y miro al techo.

Mi relación con el techo es algo peculiar. Siempre acabo odiándolo. La mayoría de las veces no soy consciente de su presencia hasta que no tengo nada mejor que hacer que mirarlo. ¿Qué hago con mi vida? Hace unos días estaba triste y desolada porque mi vida sexual era una basura. Puede que sea algo exagerada, pero, como soy muy dramática, la sensación que tenía era esta. Sin embargo, ahora que, por fin, tengo una vida sexual activa y diferente, me asaltan las dudas. Está claro que no estoy enamorada. ¿Cómo iba a estarlo? No obstante, siendo sincera, tengo de admitir que estoy completamente seducida por un hombre que es un auténtico gilipollas, pero no puedo evitarlo. Es

adictivo. Gilipollas y adictivo, dos cualidades ideales para un hombre a las que también podría añadir engreído y bipolar. Y, por si fuera poco, también está Pablo, un chico normal, follable, simpático... no hay nada malo en él, no hay ningún pero que ponerle y, sin embargo... Puede que el único «defecto» es que sea más joven, pero dicen que el amor no tiene edad, aunque, lo cierto es que Pablo no me llena como Álex. De todas formas, puede que, si continúo quedando con Pablo, olvide a Álex. Dicho así, parezco una mala persona y, además, tampoco me sirve el refrán «un clavo saca otro clavo», porque Álex nunca ha sido mi clavo. Da igual, la cuestión es sacarme a Álex de una vez por todas de la mente, aunque no estoy muy segura de que sea una buena idea. Y, mientras dudo, mis dedos se mueven ágiles por la pantalla de mi teléfono, parecen tan desesperados como yo.

«Hola, niñato, ¿qué tal tu cuerpo? ¿Te apetece que nos veamos?»

Releo el mensaje una vez enviado, aunque lo más apropiado sería haberlo releído antes, pero soy así, impulsiva, y así me va la vida.

Ha estado bien, de todas formas; el mensaje ha quedado en el tono informal que quería, no me gustaría que pensase que estoy desesperada ni nada por el estilo. Simplemente quiero quedar con él de nuevo. Mantener mi mente ocupada, pero solo un ratito, porque tengo que hacer un informe y callar la boca de Álex, que siempre, quiera o no, aparece en mi mente.

«Hola, bombón, estoy en el trabajo, si te quieres pasar...»

¿Trabajando? ¿Pablo trabaja? ¿Tiene edad para ello? Evidentemente, es un chico mayor de edad y yo no soy una asaltacunas. Intento recordar si en alguna ocasión me ha comentado algo sobre su trabajo. No, me parece que no. No lo recuerdo.

¿Ir a verlo al trabajo es dar falsas esperanzas? No, solo somos amigos, más bien somos conocidos, los amigos saben a qué se dedican y cosas básicas parecidas, pero nos hemos acostado, así que eso nos convierte en conocidos con derecho a roces varios.

Finalmente decido ir. Resulta que Pablo es tatuador, por lo que ahora comprendo todos esos tatuajes que tiene esparcidos por el cuerpo. Me arreglo de manera informal, aunque, eso sí, me pongo mis mejores vaqueros, esos Levi's que me hacen mejor culo del que tengo. Iba a optar por unos tacones, pero Pablo trabaja en la calle Zaragoza, y odio caminar mucho rato con tacones, así que unas deportivas están bien.

East Coast Salou, bonito nombre, bonita tienda. El estudio está dentro. Pablo

me espera en la puerta subido a uno de esos monopatines con batería. Me sonrío con una sonrisa no perfecta, pero que te hace querer sonreír a ti también. Ha sido una mala idea venir. Pablo es encantador, y yo soy una bruja.

No muy oportunamente, entra una chica que, al parecer, quiere tatuarse; Pablo me guiña el ojo antes de atenderla. Mueve los labios con un «No tardo», y yo solo sé contestarle con una sonrisa. Miro a mi alrededor sin saber qué hacer, presto atención a los Funkos; los adoro, y en esa tienda hay decenas de ellos. Los quiero todos, sobre todo, el de Jon Nieve. Estoy tan embobada que no me doy cuenta de que se me acerca un chico de ojos azules que, aunque me quiera engañar, me recuerdan inmediatamente a los de Álex.

—Hola, soy Christian, tú debes de ser Claudia.

—Hola —contesto, sabiendo que estoy en problemas. Pablo ha debido de hablarle de mí, quizás soy importante para él o puede que no, puede que solo sea la loca con la que se acostó, pero, si fuera así, no me habría llamado por mi nombre, ¿verdad?

El chico de los ojos azules parece leerme la mente. Su ceño se frunce, parece dudar si decir algo más o no. Chico listo.

—¿Eres amigo de Pablo? —pregunto, sabiendo la respuesta, pero era mejor añadir algo a mi soso «Hola» y no quedarnos los dos aquí parados como pasmarotes.

—Sí, somos colegas. Bueno, yo soy el dueño de la tienda.

Termina la frase con una pequeña sonrisa. Es como si no quisiera presumir, aunque, indirectamente, lo hace. Su lengua sale tímida de su boca y se humedece el labio. ¿Por qué diablos me fijo en estas cosas? Debo de tener mis hormonas revoltosas.

—Es muy bonita —elogio y consigue simplemente que él asienta—. Realmente es bonita, mezcla moda con coleccionismo, además me he enamorado de ese muñequito encantador de Jon Nieve.

Miro hacia la puerta del pequeño estudio. Pablo sigue ahí dentro. No sé qué hacer. ¿Me voy? ¿Estaría mal hacerlo? Realmente no sé si ha sido buena idea venir.

—Todavía le quedará una media hora —comenta Christian como si me estuviera leyendo la mente de nuevo.

Maravilloso, media hora. ¿Qué narices hago? Debería irme y ponerme a escribir ese maravilloso informe, pero quiero hablar con Pablo. Tengo que decirle que lo nuestro se ha terminado o, mejor dicho, que se ha terminado la

costumbre de irme a buscar al trabajo. No sé por qué, pero últimamente solo tengo dudas.

—¿Quieres ir a tomar un helado? —La pregunta sale de su boca de forma brusca y, a la vez, tímida. Intenta ser amable. Asiento, porque me he convertido en un ser que se rige por impulsos y porque el chico desprende buenas vibraciones.

Hace una señal a una de las dependientas y sale de la tienda. Sus brazos también están tatuados, no logro ver todos los dibujos, pero juraría que uno es de *Regreso al futuro*. Lo sigo sin decir nada, no caminamos mucho más, justo antes de llegar a la esquina de la calle se vuelve para mirarme.

—Vas a flipar —me anuncia con la ilusión tiñendo sus palabras.

Y el término *flipar* se queda corto.

Aquello es el sueño de todo niño. La isla del tesoro, se llama, y no sé dónde mirar. Hay tantos detalles, tantas cosas; es una tienda de chucherías y helados, pero todo está ambientado en el mundo pirata y es simplemente preciosa. Quiero hacerme una foto con el pirata que hay en la puerta, pero me da vergüenza admitirlo.

Soy una caprichosa y lo quiero todo, pero finalmente pedimos un helado cada uno y terminamos sentados en un banco frente a la tienda. No puedo evitar mirarlo de reojo; a lo mejor, él me puede dar algún consejo sobre Pablo, pero no tengo confianza como para preguntarle. Lo acabo de conocer, pero no sé por qué me da confianza, desprende una especie de aura buena.

—Suéltalo —dice él sin mirarme, su vista está fija en su helado, uno de fresa y chocolate. ¿Soltar? ¿El qué?—. Lo que sea que esté rondando en tu mente. Noto que quieres decirme algo, pero no logras arrancar.

—Verás, no sé qué te ha contado Pablo, pero... él y yo... somos amigos.

Utilizo el término *amigos*, porque lo de conocidos con derechos varios me haría parecer muy fresca y, por mucho que se lleve ahora, a mí no me gusta. Él asiente, esperando a que yo continúe hablando y lo haría encantada, porque soy bastante habladora, pero ahora mismo no sé qué contarle.

—Mira, a mí no me gusta jugar con la gente. No quiero que pienses mal de mí.

—No, si yo no pienso —me corta él quitando hierro al asunto—. Yo no sé qué tenéis o dejáis de tener, y, siento ser tan sincero, pero realmente me da igual. Simplemente te puedo decir que tienes que hacer lo que te haga feliz y ya está. La vida es así de simple, pero siempre y cuando tu felicidad no haga daño a

terceras personas. Piénsalo.

Yo no quiero hacer daño a nadie. Soy una buena persona o, al menos, eso creo. Pablo sale de la cabina, la chica que ha tatuado le sonrío con cara de tonta. En otro momento de mi vida habría sentido celos, pero no ahora. Camina hacia nosotros, que seguimos comiendo el helado y reconozco que me hubiera gustado que nuestra conversación durara más, estar más tiempo a solas.

—¿Qué? ¿Levantándome a mi chica?

Todas las alarmas de mi cuerpo resuenan. ¿Mi chica? Mis labios se estiran mínimamente en una sonrisa de pura cortesía. ¿Dónde te estás metiendo, Claudia? Christian sonrío ante el comentario, mientras levanta las manos de forma inocente. Después de intercambiar dos o tres frases sobre el tatuaje, el jefe se va para la tienda, y Pablo se sienta a mi lado.

Dos palabras retumban en mi mente. «Mi chica». Tengo que ser sincera y decirle que en estos momentos no estoy preparada para una relación, aunque es una gran mentira. Decir que no quieres una relación es una forma de decir que no la quieres con esa persona que tienes delante.

—¿Qué tal todo? —pregunto sintiéndome por un momento como una estúpida.

No sé cómo se corta con alguien con el que no estás. No sé si realmente quiero cortar, pero lo que sí sé es que no me gusta jugar con las personas y crear falsas esperanzas.

—Bien, estoy pensando que todavía no has pagado tu apuesta. No me enseñaste la teta.

Su comentario me coge desprevenida.

—¿Perdona? Creo recordar que ha estado hasta en tu boca.

—En todo caso, la palpé, pero, seguramente, cuando lo hacía tenía los ojos cerrados, por lo que no las vi. No cuenta. Así que tienes que pagarme, nena.

Está como una cabra, pero no puedo evitar reírme con sus ocurrencias. Cojo la parte inferior de mi camiseta y tiro de ella. Puedo notar como sus ojos se abren más de lo normal. Cree que voy a hacerlo, pero ¿cómo se le ocurre? Estamos a plena luz del día en una calle peatonal llena de gente, no en un rincón oscuro.

—¡Me las viste en la playa! —le digo con un tono demasiado alto.

Pablo chasquea su lengua y sus *piercings*, que tiene tan bien colocados, resuenan entre ellos. Tengo que admitir que mi sexo se humedece ligeramente con tal sonido, quizás me está pidiendo una última ronda, algo así como una

despedida en toda regla.

—¿Te pone pensar que te vi las tetas en la playa? —me pregunta con tono entre divertido y morboso.

—¿Lo dices porque me estoy mordiendo el labio?

Él sonrío y tengo que admitir que es sexy cuando lo hace. Sus ojos color avellana buscan los míos y ahora es él quien atrapa su labio entre sus dientes. «¡Claudia! ¡Céntrate!», me grito.

El sonido de los metales chocando de nuevo suena lo suficiente como para que mi cuerpo se tense.

—Tus *piercings* me ponen... nerviosa —comento sintiendo el calor en mi cuerpo.

La sonrisa de Pablo se amplía y una pequeña bola aparece entre sus dientes. La mueve de un lado a otro y mis muslos se aprietan instintivamente.

—Si quieres sentirlos de nuevo, solo tienes que pedirlo. La idea es que te pongan, a secas, no que te pongan nerviosa. Ya sabes.

Lo sé, lo sé, pero se suponía que yo tenía que hablar sobre mi vida. Lo intenté, rebusqué en mi mente las palabras adecuadas para comentarle a este conocido con derecho a lengüetazos que tengo que centrarme en mi trabajo, en mi jefe todopoderoso y en no ser la chica de nadie, pero las bolitas se mueven, y el sonido es demasiado excitante y, una vez más, solo una más, no hago daño a nadie.

Pablo acaba de entrar a la tienda y yo rezo para que mi cordura vuelva, porque se desvanece siempre que la temperatura corporal supera ciertos grados. A lo mejor, si Pablo tarda mucho, podré escupir las palabras mágicas capaces de hacer desaparecer el sexo, pero Pablo vuelve rápidamente y, por si no bastara, vive en esta misma calle.

No me da tiempo a contar los pasos, que mis pantalones Levi's, no sé cómo, ya están tirados en el suelo y su cabeza está entre mis piernas. Intento no gemir demasiado, controlar mi respiración, pero es imposible. Su lengua es una puta maestra en encontrar el punto exacto de no retorno. Se mueve enérgica en lo que parece un semicírculo o, quizás, un círculo completo, no lo sé. Lo único que sé es que mis manos acaban de aferrarse a las sábanas y que los dedos de mis pies no han podido soportar las altas dosis de placer y se han quedado engarrotados. Cuando los dedos de los pies llegan a este punto es la prueba inequívoca de que no se está fingiendo, porque ha llegado el orgasmo, el de verdad. Los pies no engañan.

Después del enorme orgasmo que he sentido, se coloca entre mis piernas dispuesto a rematar la faena. Entra en mí cuando mi cuerpo todavía está levitando. Lo siento, grande y duro, en mi interior, y mi sexo parece querer más, mucho más.

Tiro de él colocándome encima, lo miro haciendo que nuestras miradas se entrelacen. Muevo las caderas sintiendo como sus dedos se entierran en mis nalgas, acompañándolas en su vaivén.

Y disfruto, disfruto del sexo casual, del sexo sin amor y de los orgasmos, en plural, porque con Pablo uno nunca es suficiente.

Capítulo 33

¡Arranca, joder, arranca!

Mi coche no reacciona, no sé qué le pasa, quizás son los años; tal vez es que no sé hace cuánto tiempo que no le miro el aceite, pero no puede haber muerto así, sin más, sin avisarme.

Tengo mi querido informe terminado, voy con un vestido precioso, de esos entallados hasta la cintura y con un pequeño vuelo. Mis tetas están bien colocadas e, incluso, me he levantado antes para peinarme.

Hoy era mi gran día, tengo el informe perfecto y, además, tengo el guapo subido, quizá por el sexo de ayer, pero qué más da, lo que importa es que estoy guapa.

No puedo coger un autobús, no tanto porque los odie, sino porque no llegaría a tiempo. Un taxi, eso es, miro mi monedero y sé que este mes seré pobre antes del día veinte. Cojo el informe, que tengo en el sillón del copiloto. No puedo llevarlo en la mano, acabará roto o arrugado. Miro con desesperación en mi maletero, una versión mejorada de mi bolso, donde tengo de todo y no tengo de nada.

Y ahí está, la dichosa maletita de color negro que me regalaron en la copistería. Pensé que era muy fea entonces pero ahora me resulta extremadamente práctica.

Voy hasta la parada de taxis, que, gracias al turismo, siempre está vacía. Todavía siento como mis piernas se tensan recordando a Álex y su paseo en taxi, pero tengo que centrarme. Afortunadamente veo que llega uno, y lo detengo.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta, el conductor lo hace por mí. Me

sorprendo, parece ser que todavía hay caballeros. Le sonrío y balbuceo una especie de agradecimiento mientras subo, cuando, repente, lo veo.

—¿Qué haces? —pregunto dejándome el «cojones» por el camino.

—Yo he llamado al taxi para que viniera —aclara él desde el interior con un tono de superioridad.

—Lo miro con todo el odio que una persona puede tener a estas horas de la mañana.

—¿Perdona? He sido yo la que ha levantado la mano. ¿No me has visto? Anda, bájate, llego tarde al trabajo.

No llego tarde, pero quiero estar pronto para poder entregar el informe. El hombre no se inmuta, sigue ahí metido en el taxi como si este fuese de su propiedad.

—No pienso bajarme, si quieres lo compartimos.

Quiero matarlo, pero me da una enorme pereza. Asiento malhumorada y subo al coche intentando que mi ropa interior no quede a la vista.

Me coloco en el asiento lo más lejos posible de él, que parece divertirse, con esa perilla que tiene de dos o tres días, moreno y ojos saltones de un color extraño.

Son entre verdes y marrones, cejas pobladas, de constitución delgada y con un perfume agradable.

Dejo el maletín entre los dos, haciendo una barrera no verbal para que no intente propasarse. Nunca sabes cuándo un tío puede meterte mano en la parte de atrás de un coche; es algo que les nace de forma involuntaria. La juventud y la parte trasera de los coches nos deja marcados de por vida.

—Espero que, después de robarme el taxi, tendrás la decencia de dejarme bajar a mí primero —comento sin mirarlo, cuando el amable conductor nos pregunta adónde vamos.

—¿Robarte el taxi? —pregunta riéndose—, ¿siempre eres así de egocéntrica?

—¿Qué?

—Egocéntrica. Ya sabes, cielo, creerte el ombligo del mundo.

—Sé lo que significa egocéntrica, y no me llames cielo.

Trata de ser gracioso, cree serlo, pero por mucho que lo intente, no lo consigue. El conductor se aclara la garganta. A él le debe de importar una mierda si nos llamamos cielo o no, pero quiere saber a dónde ir.

—Lléveme a la avenida Països Catalans, gracias.

—Cómo es el destino, ¿verdad? —comenta, pasados unos minutos, pero decido ignorarlo. No quiero hablar con él. Es un robataxis y, encima, va sonriendo por la vida como si ser feliz fuese gratis. ¿Qué ha desayunado? Quiero un poco de eso.

Estoy nerviosa, quiero entregar el informe y demostrarle a Álex de lo que soy capaz. Una parte de mí quiere impresionarlo y, joder, no solo quiero hacerlo en el ámbito profesional, también en la vida, que vea que soy un partidazo.

Intento no mirar al desconocido con el que comparto coche. Los hombres felices a las siete de la mañana no son de fiar. Abre su maletín y saca un paquete de chicles, me ofrece uno, pero niego con la cabeza. Él se encoge de hombros y vuelve a meter el paquete en su maletín, lo deja también entre nosotros.

—Es una barrera antiviolaciones —comenta en tono bajo como si lo que estuviese contando fuese algún tipo de secreto oscuro.

Suelto una carcajada, está loco.

—¿Ya te sientes más seguro? —pregunto siguiéndole el juego, empleando el mismo tono que él. Él asiente sonriendo.

Miro por la ventana, el mundo está lleno de gente loca, yo la primera. El coche disminuye su ritmo. Estamos llegando, por fin.

Saco mi monedero dispuesta a pagar la mitad de la carrera.

—¿Cuánto es? —pregunto y, justo en ese momento, alguien pita.

Estamos mal aparcados y, por la mañana, la gente suele estar irritada, no sonriente como mi nuevo amigo.

—Déjalo, cielo, ya me lo pagarás otro día —comenta él.

Levanto una ceja, pero no pienso discutir, van a volver a pitar. Cojo mi maletín y me despido con un adiós seco; no me gusta que me llame cielo alguien que no conozco de nada. Bajo, el taxista acelera y, con él, el coche que iba a detrás, a quien le dedico mi precioso dedo corazón por esas prisas tan absurdas.

—¡Madruga más! —le grito cuando él me insulta en la lejanía.

El corazón es el músculo más importante de nuestro cuerpo, y el mío, al parecer, está modo *fitness*. Estoy frente a la puerta de Álex, con la mano puesta en su pomo, y noto que mi corazón se acelera más de lo normal. Tengo cosquillas en el estómago y me sudan las manos, lo que me impide abrir la puerta. Miro a mi alrededor antes de usar la parte de debajo del vestido para abrirla.

—¿Qué se supone que haces?

Álex está detrás de mí y yo, con el vestido medio subido, haciendo una maniobra realmente complicada para poder abrir su dichosa puerta. Soy tan lista que he llamado y, por culpa de los nervios, del corazón y de todas estas tonterías que las mujeres pensamos que nos ocurren cuando un tío nos hace mojar las bragas, he dado por hecho no solo que él estaba dentro, sino que me había contestado con un «pasa».

—Te estoy limpiando el pomo, no sabes la de gérmenes que se pueden llegar a coger.

Sí, he dicho lo primero que me ha venido a la mente, una soberana estupidez, pero ha salido de mi boca sin pasar por ningún filtro.

Su ceja se alza, pero esta vez no aprecio lo sexy del gesto.

Sus ojos se desvían, me bajo el vestido y tiro de este todo lo que puedo, sin darme cuenta de que, cuanto más estiro por abajo, más escote enseño. Me aclaro la garganta, siempre he querido interrumpir un momento tenso con un carraspeo.

Álex pasa por mi lado y, cuando lo hace, su perfume se apodera de mis fosas nasales. Intento no poner los ojos en blanco y me cuesta, porque el perfume de un hombre es el olor más sexual que conozco.

Entra, girando el pomo sin ningún tipo de problema, dejándome claro que yo no le produzco absolutamente nada, ni un ligero sudor de manos.

Cierro la puerta tras de mí, intento no mirarle a los ojos, me siento pequeña, aquí, apoyada en la puerta esperando para entregarle mi informe, que me ha dejado sin dormir y que es lo mejor que he hecho en toda mi vida. Mi mano tiembla ligeramente, odio que lo haga, pero no puedo evitarlo. Respiro hondo, intento que no se note que lo estoy haciendo. Estiro el brazo con la intención de dárselo como una persona educada y profesional, pero como él no me está prestando la más mínima atención, lo lanzo con un acto de rebeldía encima de su perfecto y ordenado escritorio.

Con el ceño fruncido, me busca con la mirada. No le ha gustado mi gesto, pero qué más da.

—Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy —comento, volviéndome de tal manera que mi pelo se mueve conmigo, como si estuviera en un anuncio. Hoy me he despertado rebelde; mis nervios se han ido con mi nuevo estado de vida.

No dice nada, he ganado. Un mini punto para mí. Voy hasta la puerta y tomo

el pomo con fuerza, ese cabrón no puede joderme el momento. Lo giro y este reacciona, pero justo cuando en mi mente aparecen diversos y variados aplausos, Álex lo fastidia todo.

Su boca se abre y los puñales salen volando hacia mí.

—¿Le has cogido gusto a lo de no llevar bragas?

Quiero irme, os lo juro, mis pies quieren salir de este despacho infernal sin mediar palabra, como lo haría una mujer interesante, pero yo nunca lo seré: las mujeres interesantes son cívicas, y yo no.

—No te hagas ilusiones —le digo mirándole a los ojos de forma desafiante —, llevo tanga, te lo enseñaría, pero entonces estarías empalmado toda la mañana.

Y con esa gran frase salgo de su despacho dando un ligero portazo, pero sintiéndome muy bien. Me ha faltado decir «y no me molestes», pero no hay que olvidar que él es el jefe, y yo una empleada.

Llego hasta mi mesa, llena de papeles y de *post-its*.

Estoy con el subidón por haber recuperado algo de dignidad, cuando suena el teléfono. Lo descuelgo sin pensar, con una sonrisa en mi cara, que se esfuma al momento.

—¿Qué tipo de broma es este informe?

Es Álex, no llama para decirme que está pensando en mi tanga ni para pedirme que vuelva porque quiere regalarme un orgasmo por ser así de mala. Su tono es de jefe enfadado y decepcionado. No lo entiendo, estoy segura de que ese informe es lo mejor que ha visto en su puta vida.

—No mezcles cosas —le respondo entre dientes esperando que Magda no me escuche, aunque lo hace, por mucho que aparente estar concentrada en sus cosas.

—No mezclo las cosas, Claudia, yo estoy muy por encima de eso. Te dije que aquí se venía a trabajar. ¿Crees que he conseguido estar donde estoy jugando? No, Claudia, no. Así que o arreglas esto antes de que acabe tu jornada laboral o no hace falta que te molestes en volver mañana.

Capítulo 34

El pitido intermitente me indica que ha colgado, pero mis manos no son capaces de reaccionar. Continúo con el teléfono pegado a la oreja y con la vista perdida en algún punto de aquella blanca pared.

¿Qué cojones está pasando?

¡El tío del taxi! ¡Maldito él, maldito el día que acepté compartir taxi con él! ¿Cómo no me he dado cuenta? Joder, joder, joder.

Me levanto de mi asiento con el corazón cabalgando preso de los nervios. Tiro de mi vestido de nuevo, en esta ocasión de forma más suave, sin mostrar como antes las tetas.

Voy hasta el despacho de Álex, intentando que mis zapatos no repiquen contra el suelo. ¡Qué vergüenza! Tomo aire antes de enfrentarme al pomo, lo intento girar, pero mis manos siguen sudando, como me pasa siempre que los nervios me atacan. Por mucho que me empeño y gire con más fuerza, esa mierda resbala, llamo a la puerta golpeando los nudillos contra la madera con fuerza, quiero hacerlo como Sheldon Cooper y llamar hasta tres veces, pero no estamos para bromas, me van a echar, otra vez, joder, mi vida se va a la mierda. Está claro que no puedo con todo. O tengo orgasmos o tengo trabajo, las dos cosas es demasiado pedir.

Álex abre la puerta con brusquedad.

—¿Qué pasa? ¿Te apetece volver a enseñar tu lindo trasero?

Su tono podría ser amigable, pero no, es de ultratumba. Se dirige a mí con su voz rasgando las palabras y su ceño arrugado estropeando su cara bonita.

Entro en el despacho como si el pasillo fuese lava.

—Tiene una explicación —digo, sabiendo que esta es surrealista, pero real.

—Claro, que te dé una segunda oportunidad para un informe que tendría que estar listo para ayer y, sin embargo, me entregas, ¿cómo era? ¿*Generación Goonies*? ¿En serio? ¿Así te tomas tu trabajo?

¿*Generación Goonies*? No puedo evitar soltar una carcajada, el tipo del taxi no tenía pinta de dedicarse a algo así.

—En Salou solo hay una copistería.

—¿Qué?

A simple vista mi respuesta es una mierda, pero es que me he acordado y lo he dicho sin pensar.

—Es un error.

—¿Que en Salou solo haya una copistería es un error? Y a mí qué cojones me importa.

—No, no me refería a eso. He venido en taxi porque quería llegar la primera, y mi coche ha muerto; joder, hace años que no cojo un autobús. ¿Viste aquel documental que pasaron sobre la cantidad de mierda que hay en los asientos? Además, la gente cree que el desodorante dura cuarenta y ocho horas y se sube ahí con todo su olor corporal. —Álex me mira mal, así que vuelvo a lo importante—. Lo que te decía, cogí un taxi y había un tipo, uno un poco raro, que quiso compartirlo conmigo y se ha llevado mi maletín y yo el suyo. Vamos, que la hemos liado.

Me callo porque sé que si no lo hago estaré hablando sin parar hasta que él me perdone. Sus ojos me están analizando, lo hacen de forma fría, ni si quiera se ha dignado a sentarse o a invitarme a que lo haga yo, estamos ambos de pie a escasos metros de distancia el uno del otro y, por primera vez, la tensión sexual entre los dos no surge.

—Tú y tu manía de subir a los taxis con desconocidos.

Parece que él también se está ablandando, pero es pura apariencia, ha sido solo una ilusión óptica. Su expresión lo delata, es una expresión de asco, de superioridad, no sabría definirlo, pero lo odio por ello.

—Tienes hasta que acabe el día, si no, no te molestes en venir mañana.

Quiero enseñarle el dedo corazón, no miento, pero no puedo, es mi jefe, y yo necesito el trabajo. Ojalá tuviera el dinero que él tiene, todo sería diferente.

Salgo del despacho, sin movimiento de pelo, sin portazo, sin ninguna frase maravillosa; salgo sabiendo que es mi último día aquí. ¿Por qué lo sé? No es por

ser negativa, aunque reconozco que lo soy bastante. Lo fácil sería volver a imprimir el informe que hice ayer por la noche, pero no puedo, porque no basta con darle al ordenador la orden de imprimir, sino que necesito el pen donde está guardado y este está en mi maletín, que se ha llevado el tío desconocido, cuyo paradero desconozco. ¿Quién lleva un libro de *Los Goonies* en su maletín? Mejor dicho, ¿quién puede llevar en su maletín un libro fotocopiado, cometiendo así un delito? Me pregunto por qué teníamos que tener los dos el mismo maletín negro, que no me compré, sino que me regaló la chica de la imprenta. Pensé que lo hizo para ser amable conmigo, pero no, va regalando maletines publicitarios a todos sus clientes potenciales, que en todo Salou debemos de ser entre cinco y diez.

Me dejo caer derrotada en la silla con la esperanza de que aquel dichoso maletín contuviese algo, cualquier cosa, que me llevase a localizar al hombre robataxis. Si ni siquiera llegué a pagar el trayecto, seguro que me odia y ha destruido mi pen como venganza.

Abro el maletín, y enfoco con la linterna de mi teléfono hacia el interior. La decepción llega demasiado rápido. No hay mucho más, un bolígrafo Bic sin morder y, ya se sabe, nunca hay que fiarse de quien no muerde los bolígrafos, seguro que algo esconden y por esto no quieren dejar su ADN por ahí. Además del boli, hay unas llaves de lo que parece una taquilla, un paquete de clínex y nada más. Imposible descubrir nada. Por un momento pienso qué narices tengo yo en mi maletín, que es lo más parecido al bolsillo del Doraemon. Tengo de todo. Llevo todo aquello que una persona normal necesita y lo que pueda necesitar: pastillas varias para dolores varios, compresas, un cargador de móvil, unas pinzas para pelos rebeldes, toallitas íntimas, puesto que no me gusta el papel de lija que ponen en la oficina, un desodorante, importantísimo, mini muestras de colonias, un peine, el PEN y, lo más importante, junto a mi agenda, el informe. Lo necesito, pero no sé cómo hacer para recuperarlo.

Tengo la maravillosa idea de llamar a la señora amable de la copistería, puede que sepa dónde puedo encontrar al robataxis. Después de que San Google me indique el número de teléfono, llamo. Magda se coloca las gafas y mira la pantalla sin apenas parpadear.

—Hola —saludo dejando que la «a» se alargue lo suficiente mientras mi mente intenta recordar su nombre, pero no lo consigue—, soy Claudia, la chica que estuvo ayer encuadrando un informe.

La respuesta es un largo silencio, así que tendré que ser más específica.

—Que suele ir cada semana por trabajo, ¿sabe?

—Ay, sí, hola, ¿en qué puedo ayudarte?

Creo que no se acuerda, pero bueno, da igual. Intento pensar en cómo planteárselo, creo que es una mala idea, pero la desesperación siempre tira de ideas pésimas.

—Verá, sé que lo que le voy a decir es algo atípico, además de que no sé si realmente me puede ayudar, pero necesito encontrar a un chico que va a su tienda o, al menos eso creo, porque también tiene uno de sus maletines. Así que, imagino, será asiduo, o no, no lo sé. Esta mañana hemos compartido taxi y, sin querer, cambiamos los maletines, así que es muy importante que lo localice. Y me preguntaba si usted tiene alguna forma de contactarlo.

—Muchacha, ¿sabes cuántos maletines hemos regalado? —pregunta y espero que sea una pregunta retórica, porque mi respuesta de entre cinco y diez puede ofenderla—, deberías darme más datos y aun así no sé si podré ayudarte.

—Pues verá, es un chico alto, delgado, con perilla, ojos claros, creo, no lo sé, no le miré a los ojos, tenía la sonrisa bonita, sé que no es un dato de gran ayuda, pero siempre me fijo en eso. Vestía bien, con un pantalón de vestir y una camisa, y era muy hablador, ¿sabe?, de esos que empiezan y no paran, más o menos como yo, y no sabe lo coñazo que es para alguien hablador encontrarse con otro que también lo sea. Total, cogimos el taxi por la zona del City Hall, no sé qué más le puedo decir.

—No me suena —comenta ella, después de tres o cuatro segundos de fastidioso silencio. ¡Qué mujer! No es necesario que se haga la interesante, no puede ir tanta gente a su pequeña tienda, o puede que sí, porque está llena de cosas; en todo caso, este chico debería de sonarle, no hay tantos hombres con sonrisas bonitas esparcidos por el mundo.

—¡Ah, sí! ¡Qué tonta! Debió de fotocopiar un libro en su tienda; tranquila, no daré esta información porque sé que no es legal, pero era el libro *Generación Goonies*.

—¡Ah! Ese libro —comenta risueña—, fotocopia uno cada dos semanas o así, al parecer es un tipo maniático, que tiene todos esos libros, pero que no quiere que se le estropeen a la hora de leer en el trabajo, algo así me comentaron.

Siento una oleada de alivio. Sabe quién es, esto está bien. Ahora solo necesito recuperar mi informe, y lo necesito ya.

—Lo siento, no puedo ayudarte, él no viene nunca, es una chica la que viene a fotocopiar sus cosas y demás, así que lo siento.

Noto las intenciones de colgarme, su tono ha sonado a despedida y no puedo permitirlo. Debe de saber algo, no sé, cualquier cosa.

—Espere, espere —suelto desesperada—, ¿seguro que no sabe nada, aunque sea de la chica que me ha comentado, para poder pedirle que se ponga en contacto conmigo?, es urgente.

—Si quieres, dame un número, y si hoy viene, aunque no creo que lo haga pues vino anteayer, se lo pregunto.

Me paso las manos por el pelo con toda mi desesperación. Le doy mi teléfono. Me duele la cabeza de intentar pensar una solución. Después de un par de minutos durante los cuales mi mente está ya pensando en la caja en la que recogeré mis cosas, una idea cruza mi mente.

Cojo mi teléfono y vuelvo a llamar al taxi. La chica de la centralita parece ser una buena persona, por lo menos, es paciente, porque me ha dejado volver a contarle toda mi vida resumida en un minuto de extrema desesperación. Después de tres minutos eternos, me ha pasado la llamada al señor taxista de esta mañana.

—Hola, perdone que lo moleste. ¿Podría decirme dónde ha dejado al chico que ha compartido su taxi conmigo esta mañana? —termino la frase, sintiéndome una auténtica acosadora de manual, pero es por una buena causa—. No estoy loca, lo prometo.

—No puedo darte esta información, muchacha —contesta el señor taxista con un hilo de pena enredado entre sus palabras.

Resoplo mientras dejo caer la cabeza contra la fría mesa. Adiós, vida, adiós.

—Mi trabajo depende de ello, no se lo pediría si no fuese importante, de verdad. Se llevó mi maletín y yo me llevé el suyo.

Silencio. Puto silencio.

—Yo no te he dicho que se bajó en la rambla Nova y que entró en la tienda de donuts. Suerte, muchacha.

El hombre cuelga y yo siento un atisbo de esperanza; toda la que se puede tener cuando te dicen que un desconocido se ha bajado en una rambla llena de bloques de pisos y de oficinas. Es como buscar una aguja en un pajar, pero no puedo rendirme.

—Magda, sé que suena extraño lo que te voy a pedir, pero... ¿me prestas tu coche?

Magda me mira a través de los cristales de las gafas. No es una tía muy expresiva que digamos y, encima, le gusta mantener esa apariencia de misterio

que en cualquier otro momento me daría igual, pero que, justo hoy, no soporto.

—¿Te ha amenazado con echarte? —pregunta con el mismo tono que si me estuviera preguntando si he matado a alguien. Un tono sombrío, incluso juraría que ha entrecerrado los ojos a la hora de decirlo.

Asiento. Y eso le basta para darme las llaves de su coche y, por suerte, no me ha preguntado el motivo de la amenaza, porque le habría contado todo, absolutamente todo, desde el inicio.

Intento no conducir como en un *rally*. Me recuerdo que el coche no es mío y que, posiblemente, me quede sin trabajo, así que no puedo permitirme fastidiar ningún coche más.

Voy hasta la rambla, para ello tengo que pasar por la Imperial, una maldita rotonda que odio, donde parece que no hay ley alguna y los conductores pasean por carriles imaginarios; sin embargo, no hay tiempo para buscar una ruta alternativa.

Llego hasta la dichosa tienda de los donuts, después de dar vueltas durante treinta minutos en busca de aparcamiento. Noto como si la cuenta atrás estuviera retumbando dentro de mi cabeza. El tiempo se acaba.

Entro en la tienda y ahí no hay rastro del chico robataxis. Absurdo, pero tenía la esperanza de que el destino, ese maldito cabrón, hubiese sido piadoso conmigo y en la tienda acabase mi estúpida aventura en busca del informe perdido.

Y, como ya no tengo dignidad alguna, voy hasta la barra e interrogo a la pobre y desquiciada camarera. Su expresión no cambia, como si fuera habitual que vengan pobres mujeres preguntando por su clientela masculina.

—Han entrado varios hombres hoy; si no eres algo más específica, no podré ayudarte.

—Llevaba un maletín como este —digo alzando el mío.

Ella mira el maletín y yo la observo, preguntándome si no le habrá dolido mucho hacerse ese tipo de *piercing*, Septum, creo que se llama, en la nariz.

—Sí, ese tío viene cada día, es majo, creo que se llama Félix.

No quiero sonar borde y decir que me importa una mierda cómo se llama, porque lo único que quiero es recuperar mi informe, así que me dedico a sonreír de forma impaciente, forzada, llegando a sentir dolor por tanta falsedad

acumulada.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? —pregunto finalmente.

—Creo que trabaja en el edificio de aquí al lado. Espera —comenta y gira su cabeza hacia la pequeña puerta que hay en su lado izquierdo—. ¡María! —grita con tono ronco—, ¿tú sabes dónde trabaja el tío ese, era Félix?

—¿Quién lo pregunta? —dice la tal María sacando la cabeza del interior.

Con esa redecilla que lleva en el pelo y esa mueca de asco que tiene colocada en la cara, no podría decir si es guapa o no, pero también le dedico mi hermosa y falsa sonrisa forzada. Y les pondría, a las dos, más de mil sonrisas si así puedo conseguir mi puñetero informe.

—Hola, sin querer se llevó mi maletín y yo el suyo, y necesito con urgencia recuperar mis cosas.

Lo admito, he usado la voz de pena más profunda que conozco. Su mueca de asco se suaviza, pero aun así su expresión chulesca no desaparece. Tiene un *piercing* en la ceja, al parecer, tener *piercings* y cara de pocos amigos es un requisito para trabajar en este local.

Masca chicle de forma exagerada, parece que eso la ayuda a pensar.

—Algo me ha comentado esta mañana.

No sé qué significa ese «algo», pero mi calma comienza a tambalearse. ¿Por qué la vida es tan cruel? ¡Joder!

—¿Eres la tía del taxi?

Omito el hecho que la palabra «tía» ha salido de su boca de forma despectiva. Como si el tal Félix le hubiese hablado mal de mí. Puede que, en otro momento de mi vida, me hubiera preocupado su opinión, pero ahora mismo me da completamente igual.

Asiento y continúo forzando mis labios para poder sonreír, aunque creo que lo que consigo es tener cara de cordero degollado.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? Mi jefe me va a echar si no le entrego esos papeles hoy.

—Qué cabrón, tu jefe —comenta, mientras su chicle se pasea entre sus dientes torcidos—, trabaja en el edificio de enfrente. En el último piso. En el portal verás que hay un cartel que te dirá el piso exacto, pone algo de Elite.

—Gracias.

Estoy saliendo por la puerta, cuando la oigo alzar la voz pidiéndome que le diga a ese tal Félix que le debe un favor. Al parecer, mi nueva no amiga le tiene ganas a Félix. Un mini punto para ella, pero no sabe lo que hace. Una vez que

comienzas a acostarte con desconocidos y a descubrir sus nuevos mundos, tu vida se va a la mierda.

Cruzo la calle como un auténtico kamikaze, llego a su portal, busco el nombre de «Elite» y no me entretengo a leer lo demás. Llamo al timbre, la puerta se abre sin más. Siento una mezcla de nervios y alivio mientras subo en el ascensor.

Respiro hondo, al parecer hoy estoy destinada a encontrarme con puertas que me provocan sudores. Estiro mi vestido ligeramente y coloco los nudillos para llamar, cuando la puerta se abre; por fin, algo bueno.

Frente a mí hay una recepción extraordinariamente iluminada, toda decorada con muebles blancos y lámparas de color plata. Huele de maravilla, no sé realmente qué es, pero es un olor dulzón.

—Buenos días —me saluda una chica morena de ojos castaños, una de esas chicas tan guapas que hacen que ya no quieras volver a mirarte al espejo nunca más—, ¿vienes por la prueba?

Parpadeo. Me cuesta reaccionar, no sé por qué.

—No, estaba buscando a Félix.

Suelto la frase como si conociese a Félix de toda la vida, pero no es cierto. En realidad, no sé si es su verdadero nombre, puede que sea el que emplea para las camareras que intenta ligarse. Me doy cuenta de que veo dobles vidas por todos lados.

Ella sonrío, pero de forma forzada, seguramente está pensando que ya viene otra loca del coño a por su jefe *rompebragas*, pero ¡si no estoy interesada en él, solo vengo a por mi informe!

—Está un poco ocupado.

¡Maldición! Ahora me dirá que está muy liado y que ella tiene la orden estricta de no dejar pasar a tías que parezcan que están locas por él. Vuelvo a mi sonrisa forzada.

—Verás, no le voy a molestar mucho rato. Solo quiero que me devuelva mi maletín y yo el suyo, no hace falta ni que lo vea. Se lo das tú y me traes el mío. ¿Por favor?

La muchacha se disculpa antes de perderse por el largo pasillo. Me quedo allí de pie admirando la decoración del lugar, es sencilla pero elegante.

—Sígueme, por favor, Félix quiere verte.

Quizás son imaginaciones mías, pero ese «Félix quiere verte» no ha sonado nada bien, al contrario, me ha parecido oscuro, siniestro, sexual. ¿Qué cojones

me está pasando?

Capítulo 35

—¿Ves como el destino nos tenía preparado que nos volviéramos a encontrar? Todo ocurre por algo, cielo.

¿Destino? Empiezo a pensar que mi día de mierda tiene nombre y apellidos. Los apellidos todavía no me los sé, pero su nombre empieza por F. ¿Lo ha hecho aposta? No, no puede ser. Nadie es tan completamente capullo de hacer algo así. ¿O sí?

—Quizás con otras te funciona lo de llamarles cielo, pero conmigo te aseguro que no. Así que puedes ahorrártelo. Ahora, si eres tan amable de devolverme mi cartera, yo te doy la tuya y ya está. Tan desconocidos como siempre.

Sonrío, pero para quedar bien, pues lo que quiero de verdad es mandarlo a la mierda.

—Toma asiento —comenta él como si nada, ignorado mi sonrisa y mis palabras claras y directas.

Él se sienta tras su escritorio, no me detengo en analizarlo, solamente me percató de que es mucho más desordenado que el de Álex. Tiene una de esas sillas de color transparente que tanto me gustan y que, por un momento, pienso en robarle por todas las molestias ocasionadas con su insensatez.

—¿Prefieres de pie? Bien. No he podido evitar echarle un vistazo a tu trabajo y realmente es bueno.

Tengo que sentarme, debo hacerlo porque si no, mataré a alguien. Lo hago no sin antes arrastrar la silla. ¿Por qué lee mi informe? ¿Acaso sabe él lo que está bien y lo que está mal? Mis ojos no pueden evitar mirar sus cuadros,

esperando encontrar algún título académico o algo así, pero lo único que veo es arte abstracto.

Creo que un niño haría cuadros mejores que estos.

—¿Puedes explicarme por qué, aparte de robar mis cosas, las lees?

Esto no ha sido obra del destino, sino de un soplapollas aburrido. ¿Qué pasa con los hombres? ¿Todos los guapos tienen que ser gilipollas? Seguro que los feos dan menos problemas.

—Soy un tío curioso.

—Pues tu curiosidad —le corto— me importa bien poco. Necesito que me devuelvas mi maletín. Quizás aquí no tienes problemas, pero en el mundo real existen, y yo necesito conservar mi trabajo, así que, por favor, deja de hacerme perder el tiempo.

Él sonrío como si yo estuviese recitando poesía. ¡Maldito cabrón! Está loco, desquiciado. Comienzo a pensar que todos los hombres están chalados.

Mi teléfono vibra, es un mensaje de Pablo, pero no tengo tiempo para esto ahora. Me remuevo en la silla esperando a que él diga, no sé, algo, a poder ser algo como: toma tus cosas, perdona las molestias. ¿Cómo va a decir algo así? Esto sería de hombre cuerdo, y al parecer él no lo está.

—Quiero que trabajes para mí —suelta él mientras sonrío con profunda satisfacción.

—No tienes dinero suficiente para pagarme —contesto sabiendo que estoy mintiendo. No tengo un gran sueldo y, como no presente el informe, lo más seguro es que ya no tenga ni trabajo; sin embargo, es bueno hacerse valer, por si el farol funciona.

Él sonrío, parece que mi respuesta no le sorprende, incluso hasta parece que le gusta.

—Te doblo el sueldo —contesta él, así, en plan vacilón.

—Ah, es eso —respondo colocando mis manos en su bonita mesa y poniéndome en pie—. ¿Este es tu plan? ¿Primero me llamas cielo y después me llenas de promesas que no piensas cumplir? ¿A cambio de qué? ¿De que me arrodille? Pues no, usa tu estrategia para otra y dame mis cosas.

Su sonrisa se amplía, a pesar de que, teóricamente, mi discurso buscaba el efecto opuesto.

—No es para que te arrodilles. Estoy buscando a alguien para *marketing* y publicidad, justo hoy tenía convocadas las entrevistas. He leído tu trabajo y me encanta tu enfoque. Eres arriesgada, y es justo lo que necesita mi compañía.

Hoy tenía varias entrevistas a posibles trabajadores, pero te quiero a ti. Lo siento, no es nada sexual, lo prometo, simplemente es por trabajo.

Me quedo callada, y sí, lo admito, siento algo de vergüenza. No todo gira alrededor del sexo. Debería ir a terapia. Me aclaro la garganta, por segunda vez en mi fantástico día, y asiento como una tonta, sin sentido.

—Agradezco tu oferta, pero tengo que entregar ese informe antes de las tres. Y voy a llegar tarde.

Puedo apreciar la decepción brillando en sus ojos, pero él es un tío de negocios, uno que no va a expresar absolutamente nada. Sonríe, lo hace con su brillante sonrisa de anuncio.

Se inclina y toma mi maletín de uno de sus cajones.

—Está bien, cielo. Tú mandas.

Iba a recordarle todo eso de que no me llame cielo, pero no importa. Tengo mi informe, debo volver a la oficina.

—Gracias, que tengas suerte con tu nuevo empleado.

Tomo el maletín como si yo fuese Gollum de *El señor de los anillos* y doy media vuelta. Como esta mañana, he tratado que, al girarme, mi pelo se moviera; vuelvo a ser la de antes, menos mal, aunque ya no enseñe el trasero.

—Toma —dice Félix poniéndose en pie, dirigiéndose hasta la puerta—. Es mi tarjeta, por si cambias de opinión.

Cojo la tarjeta por puro compromiso. Sonrío mientras asiento y me largo de allí. Mis tacones resuenan, aunque odio que lo hagan, pero tengo prisa, mucha prisa. Álex me espera y yo necesito que cuando vea mi informe se le bajen los humos.

Aparentemente mi día no podía ir a peor, pero sí, fue a peor. La pregunta es por qué, qué le pasa a mi vida. Llego hasta el coche que mi buena y rara compañera me ha prestado y me encuentro con un señor gordo enganchándolo a su grúa.

—¡Ehhh! —grito como si la vida me fuera en ello.

El señor barriguitas no me mira, continúa haciendo su trabajo mientras un guardia urbano rellena unos papeles de color amarillo. Maldito color, tendría que estar prohibido.

—Hola, perdone, es un error —le digo—. Ese es mi coche, no se lo pueden

llevar.

El guardia me mira molesto por haberle dicho que NO puede hacerlo. Intento poner otra maldita vez mi sonrisa de pena, aunque, en realidad, solo quiero comenzar a insultar a todos y a todo.

—En serio, lo siento mucho.

—Ahí hay un cartel que pone «no estacionar», y la fecha está bien clara. Hoy. Así que si quiere recuperar su coche tendrá que ir al depósito.

No puede ser verdad, esto es una puta broma de mal gusto y debe de haber una cámara grabándome, no sé, puede que sea una novatada por ser nueva en el trabajo.

Trago saliva.

—Pago la multa y lo cojo ya —digo desesperada, pero este señor es un mal follado, y pasa de mí. Le da un par de hojas amarillas al señor barriguitas y este tampoco se inmuta, sigue mascando ese mondadientes que lleva en la boca a saber desde cuándo, mientras me da la espalda.

Lo que me faltaba. Miro el reloj, son las dos y veinte. Esto es una auténtica mierda. Cojo mi teléfono, sintiendo que todo mi cuerpo sufre los efectos de la ansiedad, lo desbloqueo y veo el mensaje de Pablo. Dios, perdóname; lo llamo. Lo hago porque estoy desesperada, si bien sé que no se puede utilizar a la gente. No sé por qué me siento así con él, a lo mejor porque sé que lo nuestro no va a ninguna parte, ya habrá tiempo para hablar con él.

—Pablo, necesito un favor.

Pablo es un buen tío, viene a buscarme y me lleva al trabajo, pero no es Superman, por lo que entre que viene y me lleva, es imposible llegar antes de las tres menos cinco, justo a tiempo para dar el informe. Bajo del coche sin apenas despedirme y corro por esas enormes escaleras, que, a lo mejor, tonificarán los glúteos, pero destrozan los tobillos.

Álex está en la puerta, llego resoplando y debo de parecer un pollo sudado. Extiendo el brazo, que tiembla ligeramente del esfuerzo.

Álex me mira y después mira el informe.

—Estás despedida —sus palabras me llegan como si fuese una bofetada a mano abierta.

¿Perdón?

—Déjame que te explique —exijo casi sin aire en mis pulmones, cómo queman los condenados.

—¿Qué me habías dicho? Algo de un taxi, ¿verdad? Pues veo que has venido otra vez con tu amiguito. Creía que te tomabas más en serio el trabajo, pero al parecer las hormonas no te dejan pensar con claridad. Qué decepción.

Voy a llorar. No puedo hacerlo, no delante de él. Mis labios se juntan intentando contener las lágrimas que amenazan con salir. Siento que me voy a romper y no quiero. Soy una persona fuerte. Me he cansado de ser alguien a quien manejar.

Lo miro, odiando sentirme débil, nunca más lo seré. No me da la real gana.

Capítulo 36

Subo al coche de Pablo sintiéndome derrotada. ¿Qué cojones le ha pasado a mi vida? Salgo un día por ahí fingiendo ser una mujer fuerte y destrozo todo lo que he tardado años en conseguir.

Intento contener las lágrimas, y la pena que siento no tarda en convertirse en rabia. Rabia que me presiona y que me convierte en un peligro.

—Imagino que tú sabes que no somos nada, ¿verdad?

Mis palabras salen disparadas de mi boca como dardos envenenados. Pablo me mira con su ceja alzada e, imagino, intenta mantener la compostura, aunque en realidad él sabe perfectamente lo que somos e, incluso, puede que no le importe nada si le llamo o le dejo de llamar, porque los hombres, por lo general, no se enamoran, ellos viven el día a día, buscando siempre otra a quien despedir o a quien sustituir.

—Como amigo —comenta, subrayando la palabra amigo, no sé si con fastidio o con ironía—, te aconsejo que dejes de ver a ese tío, es como una droga para ti y ahora estás en la estúpida fase del mono. Sé que yo solo he sido tu metadona. No soy estúpido. ¿Qué pensabas, que estaba enamorado de ti? ¿Sentías pena por mí?

Me llevo las manos a la cabeza. Sé que he sido una gilipollas con él, pero la idea de estar creándole falsas ilusiones me pesaba demasiado.

—¿Te llevo a tu casa o quieres seguir lamentándote en mi coche?

Su tono es frío. Está enfadado, lo sé. Asiento, sin fuerzas para mediar palabra. Él arranca el coche pisando el acelerador y el coche se mueve, mientras las ruedas chirrían. Alex debe de estar cerca, viendo la escena desde lo más alto

de su ego.

Seguramente está disfrutando de mi desgracia. Tan solo he sido una gatita más en su enorme listado. ¡Maldita sea! Odio que las mujeres seamos así de estúpidas, que nos creamos capaces de cambiar al chico malo de turno, pero no es así, ellos no cambian.

Pablo, en esta ocasión, sí que es Superman, porque, cuando me quiero dar cuenta, su coche ya está frente a la puerta de mi edificio, y él se queda callado creando un silencio incómodo.

Trago saliva antes de hablar. No quiero decir nada, no quiero crear más tensión, solo quiero que el nudo de mi estómago desaparezca y no hacer el ridículo.

—Lo siento.

Mi disculpa es una auténtica mierda. He dicho esas dos palabras sin pensar, como sin querer; por lo menos, son sinceras y él se lo merece.

En el rostro de Pablo se dibuja una sonrisa de aceptación, de derrota, es una sonrisa triste e irónica; su sonrisa seductora ha desaparecido por completo.

—Hazme un favor, qué coño, háztelo a ti misma. Valórate, mujer, no aceptes que te quieran a medias, ni siquiera tú misma. Cuando consigas quererte tú, créeme, lo verás todo de forma distinta.

Pablo se acerca a mí con su brazo izquierdo estirado, me tiro sobre él y lo abrazo con todo el dolor de mi alma. Él está tenso, parece que evita respirar cerca de mí.

—Solo intentaba abrirte la puerta, Claudia.

No hay nena, hay Claudia, sí, Claudia con sus siete letras congeladas. Me aparto avergonzada y dejo que su mano termine de abrir la puerta.

Salgo del coche, sintiendo como toda la sangre de mi cuerpo se hiela. Escucho un clic en mi cabeza o, a lo mejor, es la puerta de su coche cerrándose, no importa, algo ha sonado en mi mente, quiero creer que es así. Pablo tiene razón, tengo que espabilar y creo que, por fin, algo me ha hecho reaccionar.

Él vuelve a pisar a fondo el acelerador para irse con la misma actitud que tenía yo esta mañana cuando me iba moviendo el pelo, con estilo, pero destrozada por dentro.

Decido subir a mi piso por las escaleras. Los grandes cambios empiezan por pequeñas decisiones. Así que entro en mi apartamento resurgiendo de mis cenizas. El señor Álex quiere despedirme, bien, él se lo pierde.

Me quedo plantada en medio del salón de mi pequeño apartamento, con los

brazos en jarras, sintiéndome Superwoman de nuevo.

Cojo mi bolso y salgo otra vez por la puerta, volvería a ir por las escaleras, pero es un quinto y los cambios hay que hacerlos de forma paulatina, pues mucho cambio da agujetas y yo, con agujetas, no soy persona.

Me encantaría ir hasta mi coche y como una urbanita por la vida, pero este sigue estropeado; tampoco tengo el comodín de Pablo y, estando sin trabajo, no me puedo permitir un taxi. No me queda otra que coger el autobús; preferiría el metro, me gusta más, pero en Tarragona no tenemos.

La combinación de autobús es mejorable, pero la nueva Claudia no puede gastar energías quejándose. Espero al sol, porque las paradas solo tienen un trocito de sombra que está ocupada por señoras mayores con abanicos, señoras que no pagan el trayecto y que solo se dedican a pasear. ¿Para qué caminar ocho metros? Cojo el autobús para una sola parada, pero no me voy a quejar, ni por eso ni porque la mayoría de la gente asidua a este transporte no se ponga desodorante.

Cojo un poco de mi colonia de emergencias, ese bote pequeño de muestra que todos tenemos, y vierto un poco de esa estupenda y maravillosa fragancia en mi muñeca para luego pasarme todo el trayecto oliéndome el brazo como una enferma, pero soy feliz.

En realidad, el trayecto no es tan largo, lo malo es que tiene que parar cada minutos para que señoras bajen y suban a su antojo.

Por fin llego al mismo lugar donde hace un par de horas Álex me ha despedido. Subo las escaleras con mucho más ímpetu que antes, mi espalda está recta y mis pechos erguidos. Al menos, mi madre estará orgullosa de mí, después de tanto decirme: «¡Ponte recta, que te va a salir chepa!».

Llego hasta recepción y la chica de allí, esa morena cuyo nombre nunca recuerdo y a la que siempre acabo diciéndole *cariño*, me sonrío de forma falsa. Puede que sea imaginación mía, me fijo mejor, no, sonrío falsamente, es evidente, porque cuando una persona sonrío de manera falsa, las arrugas de expresión de los ojos no aparecen.

—Hola —digo y me olvido del *cariño*—, te dejo esto para que se lo entregues al señor Álex Casado mañana.

Ella va a rechistar, lo sé, está abriendo la boca para hacerlo, pero me vuelvo con el pelo en movimiento y me marcho de allí.

Nada más salir cojo mi teléfono y marco el número que está grabado en la tarjeta, menos mal que me quedé con ella. Suenan tres tonos cuando descuelga.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

La voz de Félix resuena al otro lado del teléfono. Félix, no te conozco de nada, pero quien no arriesga no gana.

—Estoy interesada —contesto así, sin más, sin un *Hola*, ni nada—. Me interesa tu trabajo —añado así, como un pegote.

—Pásate por mi oficina.

Sonríó al colgar el teléfono, aunque la sonrisa me dura más bien poco al comprender que tengo que volver a coger un autobús. No sé qué línea lleva hasta aquella zona y odio preguntar. Hace tanto calor que la gente que trabaja está de mal humor. Meto la mano en mi pantalón en busca de monedas, los medios de transporte son caros. Encuentro un papel arrugado, ya ni me acordaba.

Vuelvo sobre mis talones y entro de nuevo en la recepción. Mis pasos son pesados, porque no se camina igual cuando vas a hacer maldades que cuando estás muerto de miedo porque sabes que te van a despedir. Entro, como si aquello fuese un puñetero ring, voy hasta la Cariño y le entrego la multa del coche de Magda. Sé que la muchacha no tiene la culpa, más tarde le escribiré para darle el dinero a plazos, porque no tengo un duro, pero me siento bien dejándole la multa.

Llego a la oficina de Félix sana y salva, un poco mareada, pero de una sola pieza después de mi nueva aventura cogiendo otro autobús. Quiero mi coche de vuelta, lo necesito.

Al entrar de nuevo en aquella oficina barra piso, me doy cuenta de que la recepcionista sigue siendo tan jodidamente guapa como hace unas horas. No se ha convertido en calabaza ni nada por el estilo, tampoco le ha salido un grano no deseado, sigue perfecta y sonriente como si su vida fuese maravillosa.

—Hola, Claudia.

No lo puedo evitar, pongo mi cara de póker, pero con una sonrisa falsa, esas que no arrugan los ojos. Tengo la típica cara de tonta de cuando te llaman por tu nombre y tú no sabes por qué. No recuerdo haberle dicho cómo me llamaba, pero no importa.

—Hola —contesto con tono seco, ya he tenido un «cariño» esta mañana y no tengo cupo para más—, creo que Félix me está esperando.

Me resulta extraño hablar de Félix como si lo conociera de toda la vida, pero más extraño me resultará no tener sueldo a final de mes.

Ella asiente sonriendo, porque, aparte de guapa, es feliz. Sonríe así, sin más,

con la felicidad burbujeando en sus ojos y despertándome mucha envidia.

Mi proyecto de nuevo jefe tarda como quince minutos antes de hacerme pasar. Como estoy sentada en la salita de espera, muy acogedora, no logro escuchar qué es lo que le dice a la recepcionista guapa, pero esta asiente sonriendo, cómo no.

Me pide que le siga, y lo hago con espalda erguida. Este es mi nuevo estilo de vida.

—Toma asiento —me comenta, cerrando la puerta tras de mí.

Lo hago y siento el estómago cerrado por los nervios. Sí, nada de amor ni de sexo, solo nervios e ilusión.

—La oferta de trabajo es de *marketing* y publicad, además, deberías ayudar en gestiones comerciales. Por lo que vi en tu informe te las ingenias bastante bien investigando los mercados afines y buscando soluciones prácticas. Entiéndeme, con «prácticas» me refiero a que son factibles, eficaces y, ya que estamos, económicas. Te daremos un fondo del que dispondrás para realizar tu trabajo. Justo ahora tengo una visita comercial, vamos allí y después te explico un poco nuestro producto.

La información se pone en fila para poder entrar en mi cabeza. Asiento, sé que mi cara debe de ser de alucinada.

—¿Tienes alguna libreta o algo para tomar nota? —pregunto sintiéndome torpe por momentos.

Él asiente, mientras camina con estilo hacia la puerta. Los jefes caminan de distinta forma, como si su cuerpo flotase o algo así.

Lo sigo por el pasillo sin abrir la boca, estoy demasiado nerviosa como para componer una frase digna de ser dicha. Justo antes de llegar a la recepción, hay un armario empotrado, y en su interior está la fiesta a la que todo amante del material escolar querría asistir. Hay libretas, *post-its*, bolígrafos de colores, de todo.

Intento no abrir la boca, ni aplaudir, pero mi cara debe de expresar la ilusión que me hace estrenar todas esas cosas. Me dice que coja todo lo que necesite y yo me odio por no llevar un bolso algo más grande, pero para no parecer una obsesa, cojo solamente lo necesario, es decir, un par de bolis de cada color, unos *post-its*, algunas libretas y un par de fundas de esas transparentes para las hojas.

Quiero coger una de esas grapadoras minis, pero me parece abusivo, así que me abstengo.

—¿Siempre haces esto? —pregunto, una vez que estamos los dos solos en el

ascensor; no puedo evitar estar medio de lado, mi bolso pesa, el jodido.

—¿Esto? ¿Coger el ascensor? —pregunta con cierta gracia—. Sí, la verdad es que intento evitar las escaleras.

Sonrío ante su curiosa forma de responder.

—Me refiero a lo de contratar a desconocidas.

Antes de responderme, una sonrisa pícaro nace en su boca, me mira de lado, sin afrontarme por completo.

—Si son guapas, sí.

Siento como me suben los colores, miro al suelo. No, no quiero sentir nada, ni mezclar nada. Mis hormonas lo fastidian todo. Con esa sola frase, leyendo un libro erótico, mis bragas se habrían bajado solas, los dos estaríamos empotrados contra el ascensor, que cambiaría su ritmo para ir tan despacito que nos daría tiempo a uno o dos orgasmos. Mi espalda habría chocado contra el frío espejo mientras sus manos subirían mi vestido de tal forma que mi sexo quedaría a su completa disposición.

No puedo evitar mirar su pulgar. ¿Es ese el que determina el tamaño de su pene? Tengo que alejar la tentación, ¿por qué siempre pienso en lo mismo?

—No, ahora en serio. Me sorprendió tu trabajo, fue una buena casualidad lo de intercambiar nuestras maletas.

Casualidad. Me río yo de la casualidad. Está interesado en mi trabajo, no tengo que fastidiarlo; lo único que debo hacer es demostrar cuánto valgo. Así que, nada de sexo. Nada de hormonas revolucionarias. Casta y pura.

Capítulo 37

Casta y pura.

Casta y pura.

Imposible, y es que antes de aceptar un trabajo hay que preguntar de qué se trata y a qué se dedica la empresa que te contrata.

Estoy erguida, lo máximo que puedo y no sé dónde meterme. Félix está a mi lado, y frente a mí hay un tipo cincuentón de esos que se creen mucho más jóvenes y visten y sonríen como un chico de casi treinta.

Estamos en un hotel, hasta ahí todo parece correcto o normal. Puede que mi trabajo consista en vender viajes o en contratar habitaciones para grandes empresarios. La cuestión, sin embargo, es otra: lo extraño es el tipo de hotel en el que estamos. Yo ni tan siquiera sabía que existían. Hemos venido hasta Barcelona, hasta un hotel en el que el señor cincuentón nos ha enseñado la habitación por la que Félix y él habían cerrado el trato.

Es una habitación diferente. Tiene una cama, pero también un sillón tantra. Yo creía que era un sofá para leer, de un rojo precioso; he fantaseado, incluso, con colocar uno en mi salón, evidentemente, cuando mi salón sea un poco más grande. Sin embargo, cuando he visto su utilidad, me he quedado muerta, porque es un sofá para follar. De todas formas, sigo queriendo tener uno, ni que sea para probar un par de posturas.

En la habitación hay espejos por todas partes, hasta en el techo, y un *jacuzzi* enorme, así como un catálogo con un extenso repertorio de juguetes sexuales.

—¿Tarifa? —pregunta Félix sin sacar ojo del televisor enorme de plasma que está reproduciendo un interesante documental sobre cómo introducirse unas

bolas chinas.

—Cincuenta —suelta el otro, mientras sus manos se frotan.

¿Cincuenta euros? Sí que es barata, pienso; es más barata que una de las habitaciones más básicas en Salou. Merece la pena quedarse, aunque sea solo por el *jacuzzi*.

—¿Y la siguiente hora? —pregunta Félix.

¿Hora? ¿Se contrata por horas?

—Diez, está genial. También hay un pequeño suplemento por persona adicional, que si quieres podemos dejar en cinco euros.

¿Persona adicional? Esto se me escapa. Ellos terminan de cuadrar horarios y yo no soy capaz de opinar nada. Salimos de allí en riguroso silencio.

—Ahora iremos a visitar a la competencia. Después, me preparas una tabla de habitaciones y servicios junto con los precios para poder ofrecérselo a nuestros clientes en caso necesario.

—Sé que esto te lo tendría que haber preguntado antes, pero ¿de qué va el negocio?

Realmente no sé si quiero saberlo, no sé si me tengo que ir por donde he venido, pero no tengo gana alguna de coger el autobús hasta Tarragona.

—Tenemos una agencia de modelos y, dentro de esta, hay un apartado de *escorts*. ¿Sabes lo que son?

Suspiro. Sé que parezco una chica con poca experiencia en el ámbito sexual, pero he leído bastante; además, en los últimos tiempos he conocido nuevos mundos. Mi estómago da un pequeño vuelco al recordarlo. Es curioso como el cuerpo humano reacciona a los recuerdos; parece que el mío añora la adrenalina que sentí aquellos días, pero no lo entiendo, ¿cómo puede ser que algo me haga daño y placer en las misas dosis? Puede que, durante aquel día, yo también entre en el juego, pero sin tener en cuenta que los juegos sexuales son buenos, exquisitos, siempre y cuando no se active el botón de los sentimientos. Y yo, sin quererlo, soy una enamorada de la vida, y tanto mi corazón como mi cuerpo querían a Álex, que, sin embargo, no está hecho para corazones, él solo está diseñado para fabricar orgasmos.

—Podrías habérmelo dicho antes —le contesto claramente malhumorada. Estoy enfadada con él y con el mundo. Quería un trabajo digno, ¿tanto cuesta? En tres, dos, uno volveré a ser una persona en el paro. Mis trabajos cada vez duran menos. ¿Cuánto llevo en este? ¿Horas?

—¿El qué? —pregunta como si mis palabras fuesen un chiste malo—, tú

tampoco preguntaste.

—Me gustaría saber si estoy haciendo algo ilegal o inmoral antes de empezar.

—¿Perdón? —pregunta y parece que el chiste ha terminado siendo malo—, no hacemos nada ilegal. Nosotros tenemos modelos y acompañantes para ceremonias o lo que el cliente quiera. Si esas personas después pactan realizar algo sexual o inmoral, como tú dices, es su problema. Nosotros solo lo organizamos y buscamos lugares para ello, pero no cobramos por sexo. ¿Entiendes? Además, permíteme decirme que tú y tu inmoralidad estáis desfasados. Abre los ojos al mundo, cielo.

No, otro con mundos nuevos, no. Yo tengo los ojos bien abiertos, pero este no es el trabajo con el que he soñado. Necesito pensar antes de tomar una decisión.

El otro hotel es igual de perverso, pero tengo que decir que me ha gustado mucho más el primero, con diferencia. El primero te invita a quedarte, hace que tu mente reclute sus fantasías más oscuras y las vea factibles. ¿Es posible un mundo donde la sexualidad sea vista de forma abierta y sin pudor?

Tengo la sensación de que estas fantasías siempre se quedan para el secreto, para hacerlo fuera de la pareja. No puedo decir que sea cosas de hombres, porque estoy segura de que también las mujeres practican este tipo de sexo, pero es como si la mayoría de la sociedad pensase que es algo impuro, algo prohibido, algo que tu pareja nunca podría soportar y, entonces, lo hacen a escondidas, porque el morbo nos ataca de forma cruel y despiadada.

—¿Qué estás pensando? Tienes cara de querer quemar medio mundo — comenta Félix mientras conduce de vuelta a Tarragona.

¿Por qué Dios me hizo tan expresiva?

—Nada, entonces, tus clientes buscan chicas y/o chicos para engañar a sus mujeres y maridos en sitios de estos, ¿no?

Él suelta una carcajada y yo no le veo la gracia. Odio la infidelidad, la odio desde lo más profundo de mi corazón.

—Estoy seguro de que las mujeres tenéis un gen para pensar mal siempre de todo. Te sorprenderías la de parejas y matrimonios que vienen a contratar nuestros servicios para una noche loca. No todo el mundo va engañando por la

vida, cielo.

—¿En serio? ¿Para hacer tríos? —pregunto sintiendo un morbo curioso por saber más de aquel mundo.

—Tríos, intercambios, orgías. En estos sitios todo vale. Además, son muy respetuosos. Disfrutan de la vida, de sus cuerpos, sin necesidad de que los celos enfermizos lleguen y lo estropeen todo. Créeme, he visto más sinceridad y confianza en esas parejas que en las que todo el mundo califica de perfectas.

No sé, no es que no quiera creer lo que me dice, pero me cuesta digerirlo. Puedo respetar esta manera de vivir las relaciones, pero no sé si sería capaz de tener una relación así.

El viaje de vuelta es entretenido, Félix es un tipo hablador, y sus palabras quitan el hierro a todo el asunto pesado que mi mente pueda imaginar. Me cuenta anécdotas sobre los clientes y sus peticiones más extrañas.

Me habla del tipo de publicidad agresiva que necesita, y quiero hacerlo, quiero trabajar con él. Lo siento como un reto, siempre he estado por debajo de alguien, siempre he trabajado realizando encargos y, por primera vez, voy a tener voz y voto.

Y pienso:

¿Por qué no?

Claudia, tú puedes.

Capítulo 38

Cuando estás de buen humor, los días parecen distintos. El despertador suena de diferente forma, incluso la ropa te queda mejor. Pero, como pasa todo lo bueno en la vida, la calma se esfuma cuando mi teléfono suena o, mejor dicho, cuando mis ojos ven en la pantalla que quien llama es Álexbuenorro. En el móvil sigue apareciendo así, con este nombre tan peculiar que le puse.

No sé cómo describir lo que siento cuando leo su nombre. Admito que, una parte de mí siente odio. Sé que odiar es malo, pero que te despidan sin tener razón todavía es peor; aun así, al ver su nombre, mi sexo ha sentido un pequeño y maravilloso latigazo de placer. No es algo bueno, es como cuando alguien sabe que la droga es mala, pero aun así tiene una deliciosa adicción. Pablo tenía razón, Álex se convirtió en mi droga y yo, ahora, estoy con el mono.

Descuelgo el teléfono, porque las mujeres maduras lo hacen y fingen que los hombres adictivos no les afectan para nada. Su voz resuena contra mi oreja y mis muslos se juntan involuntariamente.

—Buenos días —contesto como un ser humano educado.

—Buenos días, te quiero en mi despacho en media hora.

¿Perdón? Mi ceja se levanta interrogante, pero él no puede ver mi cara de: «¿Qué coño me estás contando?» Su tono autoritario, de señor mandón, me pone y me enrabia, pero no pienso dejar que me mande, nunca más.

Ni en la cama, ni en el sillón blandito, ni en ningún despacho con pomos malvados.

—¿Perdona? Ya no trabajo para ti.

Oigo como el aire se escapa de sus pulmones. ¿Está enfadado? ¿Él? ¡Esto es de traca!

—Que yo sepa no has firmado los papeles de finalización de contrato. He leído tu informe y quiero comentar un par de aspectos contigo.

Me llevo la mano a la cabeza. Esto no puede estar pasando. Quizás Álex es el típico que tiene un pronto incontrolable; es ese tipo de personas que sueltan lo que les da la real gana por la boca y, al día siguiente, se comportan como si no hubiese pasado nada, pues yo no soy así.

—Prepara los papeles, ya iré cuando pueda.

Quiero terminar la frase con un fantástico «Gracias» y después colgar, pero mis muslos están demasiado apretados.

—No me has entendido bien —comenta él, mientras, estoy convencida de ello, se pellizca el puente de la nariz—. Quiero que muevas tu hermoso trasero hasta aquí y que comentemos el informe antes de entrar en la reunión con el cliente.

—¿Hermoso trasero? —pregunto, erróneamente, en voz alta—. Es lo más bonito que me has dicho desde que nos conocemos, pero siento comunicarte que quien no se ha enterado bien eres tú. Ayer me despediste, así que lo siento, tengo otro trabajo. Ya hablamos en otro momento.

Cuelgo, lo hago.

—¿Has ganado la lotería? —me pregunta Félix asomando su cabeza en mi nuevo despacho. Tener despacho para una sola es algo que toda persona tendría que experimentar alguna vez en la vida. Es... simplemente genial.

—Algo parecido —contesto, notando como el rubor se acomoda en mi cara. He debido de sonreír como una tonta, pero qué bien sienta.

—Tenemos trabajo. Te he mandado a tu correo un calendario con todas las reuniones que hay programadas y los plazos para los informes. En la carpeta que tienes encima de la mesa están las claves de acceso. ¡Suerte!

Félix sale risueño de mi campo de visión y yo despego los muslos de una vez. Me froto las manos antes de ponerme a trabajar. ¿Y qué pasa cuando una está concentrada por primera vez en mucho tiempo? Que el teléfono suena de nuevo, y lo cojo nerviosa, como si se tratase de un arma. Respondo brusca, enfadada.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunta Carla desde el otro lado del teléfono.

Miro asombrada mi reloj, Carla está despierta a estas horas, algo muy raro.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Qué mosca te ha picado? Me ha dicho Alberto que lo has dejado con su primo. ¿Ahora eres una rompecorazones? ¿Es eso?

—¿Alberto?

No sé quién es Alberto, por lo que no sé quién es su primo. Me siento desconcertada como si por un momento hubiese perdido la poca memoria que tengo.

—Mi novio —dice Carla con orgullo. Estoy casi del todo segura que es la primera vez que escucho esas palabras de su boca. Carla con novio, quién me lo iba a decir—. El primo de Pablo, ¿recuerdas? Ese que te tirabas y has usado como un clínex.

—¿Míster Chupetones se llama Alberto? ¿Clínex? ¿En serio?

¿Desde cuándo Carla tiene esa moral tan sensible? Yo no lo he usado como nada. Hemos sido amigos, amigos con derecho a roce. Punto. Y no ha sido fácil, intento evitar pensar en ello porque cuando me acuerdo de aquella despedida, me duele el pecho.

Siento que acabase así, todo ha sido un error.

—Haz el favor de hablar con él.

—¿De qué? —contesto de forma seca, quizás ha sonado algo borde y orgulloso, pero ¿cómo iba a contestar?, estoy enfadada. No tengo nada en contra de Pablo, es un amor y su lengua es lo más, pero en ese momento de mi vida no necesitaba un tirón de orejas o, a lo mejor, puede que sí.

—Le he dicho que mi amiga no es una hija de puta y que te dé tiempo. No hagas que me arrepienta. Te dejo, que tengo una entrevista de trabajo.

Carla cuelga y yo me quedo mirando el teléfono unos segundos. No soy ninguna hija de puta y odio no estar enamorada de Pablo, sé que con él sería todo más fácil, pero el corazón es un órgano rebelde y no hace nada de lo que le pides.

Es curioso ver cómo el amor puede cambiarte. Carla era un despropósito de tía, buena persona, eso sí, pero no estaba centrada y ahora parece que su vida toma un camino.

Miro la pantalla del ordenador, cojo aire y comienzo a trabajar. La mente ocupada no sufre, o al menos eso dicen, pero hoy yo también lo creo.

La mañana se pasa volando. Es asombroso cómo ocho horas de trabajo pueden parecer dos meses. He estado chafardeando nuestro catálogo de personas; no tendría que haberlo hecho, pero he mirado cada nombre, con todas sus letras y en mayúsculas.

Cuando salgo a la calle es de noche. He estado tan concentrada que no he parado ni para comer; he malcomido un bocadillo que ha llenado todo mi escritorio de migas, pero cuando una está concentrada, el tiempo vuela.

Ir en autobús no es tan malo, echo de menos mi coche, lo admito, pero poder hacer una mini siesta durante el trayecto no está tan mal.

Cuando llego a casa, me gustaría subir por las escaleras de mi edificio, pero estoy demasiado cansada, tomo el ascensor sabiendo que nunca tendré culo de brasileña; no se puede tener todo.

No enciendo la luz del largo pasillo que lleva hasta mi puerta, no lo necesito. Ya sé que son veinticuatro pasos hasta llegar a mi puerta, además, camino chafardenado el Instagram, así que la luz del teléfono me alumbra lo suficiente, creando un escenario algo tétrico.

—Hola.

Grito, y mi mano, del miedo, golpea al intruso.

—¡Joder! ¿Qué cojones te pasa? —grita Álex, y yo, frente a él, con el escaso alumbramiento de mi móvil, puedo intuir cómo se lleva la mano a la cara. Palpo la pared, nerviosa, y enciendo la luz del pasillo.

Le he hecho sangre.

Meto las manos en mi bolso, pero lo tengo lleno de cosas inútiles y no encuentro nada que me sirva. Dudo si ponerle un tampón en la nariz para que así de sangrar. Encuentro, por fin, las llaves, abro la puerta y entramos en mi mini piso.

Abro el congelador, tomo un paquete de guisantes, que solo tengo para situaciones así, porque no me gusta la sensación tan extraña que se tiene al morderlos.

Le pongo el paquete en la zona afectada.

Él me mira de una forma intensa. No es odio, y no entiendo por qué no me odia, casi le rompo la nariz.

—¿En qué cojones estabas pensando?

—¿Y tú? ¿Qué haces ahí escondido en la oscuridad? Da gracias que no tenía

una navaja a mano —le comento, fingiendo que se lo digo en serio, me encanta parecer una mujer dura—. No te creas que porque estás herido voy a perdonarte, en cuanto te deje de sangrar la nariz, te irás por donde has entrado.

Álex se quita los guisantes de la cara y, afortunadamente, su nariz sigue en su sitio, de una sola pieza. Me sigue mirando desde su altitud con gesto serio. ¿Qué quiere?

—Quiero que vuelvas al trabajo.

Sus palabras suenan sinceras. No está rogando, pero su tono es neutro, como si hablara del puñetero tiempo que hace. Me mira tratando de convencerme con la mirada de que le haga caso. Quien es mandón, lo es siempre.

—Haberlo pensado antes de despedirme. Ya sabes, cuenta hasta mil la próxima vez.

—Te doy el doble.

Sus palabras salen disparadas de su boca. Su ceño está fruncido. Al parecer Álex nunca pierde, ni al parchís, por lo que no aceptará un no por respuesta. Está plantado en mi salón con la camisa manchada de sangre, con su espalda erguida y los dedos pulgares anclados en la cinturilla del pantalón.

—¿El doble? —pregunto, ilusa de mí, mientras paralelamente pienso en qué postura chulesca voy a tomar yo.

—Te doblo el sueldo que tengas. Dime un número.

Su tono es una mezcla entre autoritario y fastidiado.

—Así lo arreglas todo tú, ¿no? Con un número. Eso soy para ti. Un puto número. Pues, métete tu dinero por el culo; mira por dónde, quizás te gusta y todo, y tendrás otro mundo nuevo para explorar.

El niega con la cabeza, mientras yo intento pensar cuál es mi sueldo. Ni si quiera lo sé. ¿Me pagarán bien? Las *escorts* deben de dar pasta, ¿verdad?

—¿En serio crees que si fueras un numero estaría aquí? Habría mandado a alguien, pero no, estoy aquí.

Y con ese «estoy aquí» da un paso, una zancada que lo acerca a mi cuerpo y me nubla la vista, pero no soy un ser débil, esa Claudia ya no está aquí, me da igual que huela bien, me da igual que todo su cuerpo sea lo más sexual que he visto nunca.

Me muerdo el interior de mi mejilla para que mi boca no se abra y deje paso a su lengua.

—Bien —comento, sintiendo un fuerte calor—, pues como sabes que no soy un número y que soy un ser libre que toma sus propias decisiones, puedes irte

por donde has venido, porque no pienso volver a trabajar para ti.

Álex no dice nada y no sé qué es peor. Su mirada, esa puñetera mirada, está fija sobre mí, como si estuviese memorizando cada una de mis moléculas. Trago saliva y decido que ya va siendo hora de que se vaya de una vez.

Camino hasta la puerta y abro, y parece que me hace caso.

Álex asiente y camina hasta la puerta con esos andares de modelo que tiene. Sus dientes muerden su labio inferior.

—Como quieras.

Alza su mano y esta atrapa uno de mis mechones rebeldes colocándolo detrás de mi oreja. Juro que quería cerrar los ojos y decirle: «Venga, vale, fóllame», pero en esta vida todo tiene un valor, y mi cuerpo está cotizando al alza.

Me besa, no lo hace como cualquier hombre normal, no, su categoría de dios le hace besarme como nadie es capaz de besar, con todo. Labios carnosos, perfume caro y cercanía, sobre todo, cercanía. Me besa como si estuviéramos follando, sí, su beso es mucho más que un simple beso.

Mis piernas quieren abrirse, he notado como mis braguitas han hecho el intento de bajarse hasta mis tobillos, pero no, soy más fuerte que todo esto. Voy a ser un ser casto y puro, que organizará cosas para que la gente folle a diestro y siniestro.

Me aclaro la garganta para que corte el rollo y se vaya. Podría comenzar con mi castidad después de acostarme con él, pero no, esta vez voy a ser una Claudia diferente. Álex se va a ir por la puerta.

—Tus orgasmos seguirán siendo míos —dice antes de irse, lo hace mirándome a los ojos, desnudándome el alma, pero ni me inmuto.

Sale de mi casa y yo me enfado conmigo misma, ¿por qué?

Capítulo 39

Me gustaría decir que no me toqué, pero lo hice en cuanto se fue, para demostrarle que mis orgasmos eran míos, solo míos, pero, cuando terminé, me sentí sucia y saciada. Sin embargo, a pesar o gracias a esa sensación de suciedad, escribí un mensaje a Pablo, un mensaje corto pero contundente.

«Pablo, siento mucho haber sido una bruja. Perdóname».

A veces, las brujas bajan de sus escobas, ven el desastre que han hecho y, en ocasiones, se arrepienten. En este caso, yo me arrepentí.

Llegar al trabajo como un ser casto y puro es algo bastante fácil, llevo vaqueros, tacones, como siempre, y una camiseta negra con un poquito de puntilla en el escote. No es la camiseta más casta del mundo, me doy cuenta, pero combinada con los vaqueros todo queda compensado.

Llego a mi despacho, abro mi calendario y tengo el doble de cosas de las que tenía ayer. Me da la impresión de que este hombre quiere matarme de trabajo; sin embargo, soy feliz, como si mi jefe me hubiera contagiado, con su felicidad matutina, un virus del que parece que no soy inmune.

Las reuniones me llevan todo el día de arriba para abajo. He tenido que ir a una sesión de fotos donde la ropa era bastante escasa, y he tenido el honor de poder elegir las fotografías que más me gustaban para el nuevo catálogo; finalmente, he discutido con los chicos de diseño gráfico los colores que eran más idóneos para el producto que queríamos vender, y he descubierto que existe una extraordinaria cantidad de tonos para cada color. Un día bastante estresante.

Mi teléfono vibra, y mi mano instintivamente lo coge. Pensaba que sería Pablo, pero no. Es un mensaje de Álex. Sí, el guapo y adictivo pero borde y

mandón al que he pensado poner el nombre de «Mr. Hyde». No sé qué esperar de su mensaje, con qué me va a sorprender hoy.

«¿Llevas ropa interior?»

Álex siempre consigue lo que se propone, soy consciente de ello y sé que, cuando ha sido mi jefe, ha intentado mandarme, pero como no lo ha conseguido, ahora vuelve con el tema sexual, pero no va a lograr nada, no pienso caer en sus redes de sucia seducción.

«Ya no tienes efecto sobre mí».

Mi respuesta es contundente, tiene alguna dosis de mentira, pero eso él no lo sabe. Dejo el móvil, porque si no tiene efecto sobre mí no necesito estar pendiente de él, que, sin embargo, vuelve a vibrar. Lo miro de reojo, lo he colocado bocabajo sintiéndome una mujer fuerte, pero las mujeres fuertes pueden girar el teléfono con un solo dedo y mirar el mensaje sin abrirlo.

«Ya sabes, nena, si mientes, te mientes a ti misma».

Estoy harta de esta frase y de él, siempre tan engreído.

Continúo con mi trabajo, enterrando así a la Claudia que cae rendida en los pies de los hombres. Después de un par de horas más y con la campaña casi terminada, decido que es buena hora para volver a casa.

Cuando preparas una campaña, sobre todo si es tu primera campaña como responsable principal, no consigues desprenderte de ella, esta va contigo a todos los sitios, desde la sala de espera del taller, donde por fin recupero mi coche, hasta el baño, pasando por la cena, e, incluso, los sueños.

Los días pasan y las horas de trabajo se multiplican, pero cuando haces las cosas que verdaderamente te gustan, no te molesta tanto. Además, Félix ha resultado ser un tío legal, hace que el trabajo sea mucho más fácil y más cómodo. No consigue que tus bragas se caigan nada más verle, pero sí que tú des el doscientos por cien de ti.

—¿Cómo estoy? —pregunto, mirándolo al tiempo que giro sobre mí misma y, aunque cueste admitirlo, sonrío como una niña de quince años, cuando todavía se es inocente.

—Preciosa —contesta él, y noto algo magnético en su voz que parece haber salido desde lo más profundo de su alma. Suena cursi, lo sé, pero su tono hace que me detenga a mirarlo a los ojos, que brillan. Por un momento intento mirar a Félix como un hombre y no como un Teletubby—. Vamos, que llegaremos tarde y nunca se sabe cuándo aparece una loca que nos pueda robar el taxi.

—Eh —le corto—, aquí el que robó el taxi fuiste tú, qué poco caballeroso

por tu parte. Además —añado—, no vamos a ir en taxi a Barcelona ¿verdad?

—Algo parecido.

Félix ha alquilado un coche con chófer para poder aprovechar el viaje y seguir comentando la reunión a la que estamos a punto de asistir. Tengo que admitir que cuando me explicó la idea, lo taché de loco. Hacer un desfile con todos nuestros modelos y acompañantes y, después, abrir a una especie de subasta con todos ellos me parecía degradante, sin embargo, todos parecían entusiasmados con la idea.

—¿Estás seguro de que no nos pueden denunciar por esto? —pregunto algo nerviosa cuando ya estábamos llegando a nuestro destino.

Félix me coge la mano entre las suyas. Hielo y fuego rozándose. Los nervios hacen que mis manos estén congeladas.

—No, es una reunión privada, además solo está abierta a gente de un círculo muy cerrado. Gente de mucho dinero, créeme, muy influyente. Todo irá bien, ahora solo toca disfrutar del trabajo duro de todos estos días.

Al entrar en el lugar, mi vello se ponen de punta. Todo está organizado al milímetro, mucho mejor de lo que había imaginado. El aroma a incienso oriental inunda el ambiente, las luces son tenues y el escenario está colocado en el sitio perfecto, con decenas de focos esperando iluminar a aquellos cuerpos tan perfectos. Las butacas están también todas colocadas en puntos estratégicos, con los nombres ficticios de cada uno de los participantes, que se presentan, todos ellos, bajo un seudónimo, porque lo primordial es la discreción, que reina en todo este sarao. En el vestuario, los nervios y el entusiasmo afloran a un ritmo acelerado. Quedan escasos minutos para que empiece el espectáculo, sin embargo, podemos estar tranquilos, todo parece estar en su sitio.

Félix y yo estamos colocados en el lado derecho de la sala y debemos estar a disposición de cualquiera de los presentes. Por el pinganillo, me avisan de que el acto va a empezar. Una voz en off anuncia las normas, subrayando, sobre todo, que tanto los teléfonos móviles como las fotografías están totalmente prohibidos.

Primero se ofrece una ronda rápida con todas los participantes y, después de una breve pausa, se procederá a la puja. Todo parece ir sobre ruedas. La música está elegida con gusto, y las chicas, que son las primeras en desfilar, lo hacen con elegancia y luciendo toda su perfección.

Noto que el móvil vibra, miro la pantalla sin abrir el mensaje.

«Eres mi bruja preferida. Espero que seas feliz, aunque piense que te

equivocas, siempre me tendrás aquí. Besos».

Siento un hormigueo en el estómago y sonrío; qué bien sienta arreglar las cosas y no dejar que el orgullo destroce buenas amistades. Miro a los presentes, todos vestidos de etiqueta e intento no pensar hasta qué punto hemos llegado como sociedad. Sin embargo, no voy mucho más allá en mi reflexión, pues mi atención va hacia él, que está ente la multitud, y mi corazón al verlo se para por un mini instante.

Ahí está Álex con su mejor traje, con sus ojos hipnotizantes; su porte lo hace resaltar entre la multitud. Los celos pellizcan mi estómago, y yo, ilusa, pensaba que lo había superado.

Busco a Félix con la mirada, está hablando con el técnico de sonido para que anuncie la breve pausa. Me acerco hasta él con la clara intención de decirle que voy a salir a tomar el aire cuando noto el perfume de Álex detrás de mí.

Sus manos, esas grandes, se posan en mis brazos, su boca deja escapar su cálido aliento en mi cuello. Intento no moverme, trato de hacer ver que no tiene ningún puñetero efecto sobre mí, pero mi saliva bajando por mi garganta me delata.

—¿Qué estás haciendo aquí? —digo entre dientes—. Se suponía que no eras un acosador.

Él ríe y mi cuerpo se tensa con su cálido aliento. Sé fuerte, Claudia, me repito a mí misma. Félix viene hasta nosotros y Álex se aleja levemente de mí.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta con su particular sonrisa de hombre feliz.

Mi cara debe de haberle asustado, y no es de extrañar, soy excesivamente expresiva. Álex tiende su mano hacia mi nuevo jefe.

—Encantado de conocerte. Un acto exquisito. Está todo hecho con muy buen gusto.

Los dos se dan la mano como gallos de corral. Félix no es tonto, aunque a veces finja serlo. Se estrechan las manos con fuerza, de manera firme, como si quisieran marcar su propio territorio. A mí no me hace ninguna gracia, ni tampoco me impresionan.

—Gracias. Ella tiene casi todo el mérito —comenta Félix.

—No lo dudo, ella siempre ha tenido un gusto exquisito para casi todo. Una

pregunta, Félix —comenta parándose a leer el cartelito que lleva este en la solapa—, ¿ella también está disponible?

—¿Quién? —pregunta haciéndose el tonto.

Sabe tanto como yo que se refiere a mí. Mi sexo, como ser independiente, está contento con su pregunta, tanto que está empezando a lubricar solito.

—¿Claudia era?

Aprieto los dientes ante su duda. Álex toma mi cartel y aprovecha para rozar mi pecho con su mano de forma discreta y mi pezón parece ponerse firme con solo eso, no necesita mucho más.

—Sí, Claudia —repite con tono ronco.

Félix sonrío, pero la alegría no llega a sus ojos.

—No, lo siento, pero como has podido apreciar tenemos un montón de chicas, todas preciosas.

Álex asiente sin quitarme los ojos de encima. Su mirada me está desnudando lentamente y yo, inevitablemente, me estoy poniendo nerviosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurro en su oído intentando no montar una escena en mi primer gran trabajo.

—Busco una acompañante para mi nueva reunión.

Sus palabras me sientan como una patada en el estómago, por un mísero momento me había sentido importante. Álex, el cabezota, se había tomado las molestias de investigarme, de averiguar dónde encontrarme y así, después, seducirme.

En mi cabeza, Álex es fantástico, es perfecto, pero en la vida real no, aunque ahí esté, frente a mí, toda su masculinidad con su traje de marca, sus zapatos caros y ese perfume que tanto me gusta.

Busca una chica para su nueva reunión. Quiero enseñarle mi dedo corazón, pero no sería lo correcto.

—Reunión neandertal —comento con una sonrisa irónica.

—¿No te hace apetece venir conmigo? —contraataca y, acercándose hasta mi oído, me dice—: Si lo haces, pienso follarte hasta borrar el límite que hay entre los dos.

Adiós, bragas, adiós. Intento mantener el tipo, lo intento de verdad, pero nada; mis muslos se rozan un poquito.

—Seguro que cualquiera de las chicas de aquí estarían dispuestas a ir contigo —comenta Félix, de cuya existencia me había olvidado.

—Claro, por una buena cantidad. Eso es lo que hacéis los tipos como tú,

¿no? Comprar la compañía para poder presumir, ¿no? —le digo a Álex.

El codo de Félix roza mis costillas. Me tengo que callar y, sobre todo, de dejar la leona que hay en mí afilándose las uñas en otro sitio.

—Es broma —aclaro falsamente—, la puja va a dar comienzo en breve, será mejor que vuelvas a tu sitio.

Y con esa frase tan profesional me voy a buscar una copa o más. Álex estrecha la mano de Félix, pero yo no espero a que me dé mis dos besos; me voy, no podré soportar que me toque, no después de sus promesas de sexo salvaje.

Pensé que sería fácil deshacerme de él, aunque mi inconsciente quería volver a encontrarlo, estar con él.

—Quiero que me acompañes.

Sus palabras parecen sortear sus dientes para poder salir de su estupenda boca, mientras su mano acompaña la frase tomándome del brazo.

—¿Hasta tu silla? —pregunto irónica—, ¿tanto sexo te ha hecho perder la memoria?

—No, quiero que me acompañes a mi hotel. Creo que tenemos algo pendiente entre nosotros y va siendo hora de que lo hagamos.

—¿El qué? —pregunto frenando en seco.

—Follar, tú y yo.

Mis fuerzas están decayendo. La palabra follar suena tan bien dicha por su boca. Demasiado bien, tanto que creo que, por muy exagerado que parezca, puedo llegar al orgasmo solo con escucharla una vez más.

—Ah, pero ¿tú follas? —pregunto solo por fastidiar—, creo que lo nuestro ha terminado, eso me dijiste, así que habértelo pensado antes. Ya sabes, piensa antes de hablar. Un mojito —le digo al de la barra, que asiente antes de prepararme la copa.

—Creo que será lo mejor para los dos.

Su tono ha bajado, intenta mantener la compostura colocándose a mi lado como si estuviéramos conversando sobre el tiempo o política.

El camarero me ofrece mi copa y la cojo con un agradecimiento seco y veloz. Tengo que volver a mi sitio antes de que empiece la puja, debo recordar que estoy trabajando.

—Lo dudo, lo nuestro terminó.

—Correcto. Nuestro juego se acabó, no éramos lo que el otro estaba buscando, pero sigues ahí en mi cabeza molestándome.

—¡Qué honor! —comento con ironía. ¿Molestando? Me ha dicho que le sigo molestando, ¿cómo puede decir esto? Me persigue y, encima, me dice que le molesto en la cabeza, no tiene sentido. Está definitivamente enfermo.

—No hagas como si yo no tuviese efecto en ti. Creo que lo más sensato es que nos acostemos, follemos, sin más. Sexo salvaje, convencional, pero rudo, pues, al fin y al cabo, es lo que tú querías desde el minuto uno. Después cada uno podrá seguir con su vida. Lo miro por encima de mi hombro, del suyo es imposible con lo alto que es, pero siento que mis fuerzas están decayendo. Quizás tiene razón, quizás el sexo nos curará.

—Puede que tengas razón —comento sin darle demasiada importancia al tema, mientras el fuego arde en mis entrañas.

—Bien, te espero aquí a las doce. No hace falta que te diga que la ropa interior sobra.

Me da una tarjeta antes de volver a su sitio.

Voy hasta donde está Félix, intentando disimular mi excitación. La puja empieza, y yo desvío la mirada hacia la dichosa tarjeta. La dirección indicada es la del hotel Luxtal, donde está el sillón erótico y donde los espejos cuelgan por todas las paredes de la habitación con *jacuzzi*.

Capítulo 40

Son las doce y, como la dulce e inocente Cenicienta, llego a mi destino, aunque, a diferencia del personaje, yo no pierdo el zapato, sino algo mucho peor, el tanga. Nada más llegar, recibo un mensaje de texto de Álex en el que me indica que suba a la habitación, señalándome el número de la puerta y el lugar en el que puedo encontrar la llave. Mis hormonas estás excitadas, mi cuerpo es toda una fiesta. Subo hasta el piso donde está la habitación y, nada más oír el ruido de la puerta deslizándose tras haber introducido la tarjeta en el sensor, los nervios afloran, y en mi estómago revolotean cientos de mariposas.

Las luces que ambientan la habitación van cambiando entre el lila y el rojo, en la pantalla de televisión, que me encuentro delante nada más entrar, se proyecta una película porno, donde se puede ver a una chica arrodillada mientras dos tipos se le corren encima.

Álex está en el *jacuzzi*.

—Ven, el agua está perfecta —comenta dando, como siempre, una orden para que yo obedezca.

Voy hasta allí con mi vestido y mis tacones. Lo miro, no quiero detenerme a pensar qué estoy haciendo, ni tampoco quiero preguntarme si lo que hago está bien o mal. Simplemente me quito el vestido, me desnudo completamente, quedándome solo con los tacones que, sin embargo, no tardo en quitarme y lanzarlos por la habitación, sin preocuparme de romper algo.

Entro en el *jacuzzi*. El agua está caliente y las burbujas tapan el cuerpo de Álex. Me siento a su lado y su lengua lame mi cuello a modo de saludo. Su mano no tarda en desplazarse hasta mi sexo y acariciarlo suavemente. El placer

que siento no se puede describir y, aunque mis orgasmos no son suyos, la realidad es que, cuando me toco yo, no se siento lo mismo que ahora. Estoy húmeda y no es por el agua de *jacuzzi*.

Introduce un par de dedos en mi interior y mi mano busca su sexo, pero me aparta con delicadeza.

—Shh —susurra en mi oído—, me toca a mí.

Quiero quejarme, pero me gusta que, mientras lo hacemos, sea él quien mande, me gusta sentirme dominada.

Sus dedos entran y salen mientras el pulgar se apodera del pequeño botón del placer. Lo mueve en círculos perfectos mientras los otros dos me embisten.

—Tócate los pechos —me ordena, y yo lo hago sin pensar. Me acaricio, cierro los ojos y él continúa torturándome.

Estoy a punto de correrme, cuando él frena su ritmo, saca los dedos de mi interior y los introduce en mi boca.

Lo miro a los ojos, él está ahí con sus dedos en mi boca, los chupo, lo hago como si fueran su polla, me excita hacerlo. Por primera vez, me estoy saboreando a mí misma y no me desagrada la situación.

Siento como mi sexo palpita enfurecido en busca de su orgasmo. Las manos de Álex se mueven veloces, abre un preservativo con facilidad y, con destreza, se pone en pie para colocárselo. Su sexo está grande y brillante. Se vuelve a sentar, me coge de las caderas y me sienta encima de él. Conectamos a la primera; sentirlo dentro me hace arquear la espalda hacia atrás. Subo y bajo al tiempo que su boca se apodera de mis pechos; me lame, me muerde, me saborea.

Subo y bajo, subo y bajo.

—Mírame —me ordena y sus dientes atrapan mi pezón.

Le miro a los ojos y el resto del mundo parece desaparecer sin que nada me importe, porque la conexión entre él y yo lo es todo, es el motor de mi cuerpo.

Sus dedos se entierran con más fuerza y acompañan a mi cadera para que aumente la velocidad. Siento que el orgasmo está llegando para acabar con todas mis fuerzas, pero sus manos continúan moviendo mi cuerpo.

Lo miro, y no puedo evitar mordirme el labio. Me levanta sin ningún tipo de esfuerzo, salimos del *jacuzzi* y me reclina encima del sillón. Tira mi cuerpo hacia delante, apoyando mi pecho encima en el sillón y así dejar mi trasero a su disposición.

Entra en mi sexo desde atrás, cogiendo mi pierna derecha y estirándola. Lo

siento dentro de mí, es como si me estuviese llenado por completo.

Él se mueve con contundencia, siento un placer tan fuerte que no puedo contener mis gemidos, que se entrelazan con los que provienen de la televisión, que sigue retransmitiendo la película porno.

—Dios, Dios, Dios —es lo único que puedo decir.

—Dios no, Álex, nena.

Sale de mí y me da la vuelta. Estoy boca arriba y su cara se entierra en mi sexo. Su lengua lame toda mi humedad, se mueve en círculos que me martirizan lentamente y, después, comienza a moverse de forma lineal, de arriba abajo. Quiero que nada de esto termine, quiero sentirlo todo desde el inicio.

Lo tomo del pelo y lo estiro con rabia. Me mira, sonriéndome al tiempo que se relame los labios.

—¿Quieres más?

Asiento. Sus manos toman mi pelo con fuerza y me besa. Nos besamos con ansias, con el sexo hirviendo en nuestras lenguas.

Entra de nuevo en mí y, esta vez, tengo que agarrarme al sillón, mientras siento cómo me taladra una y otra vez.

—No mires al techo, yo nunca te haré mirar al techo, mírame a mí, quiero verte mientras te corres de nuevo.

Sus palabras son órdenes, y yo me corro y lo miro, como a él le gusta. Su mirada es tan erótica que, sin tocarme, es capaz de hacerme llegar al cielo; se muerde el labio con rabia, y sus caderas continúan moviéndose sin piedad alguna.

Sale de mí y, otra vez, me da la vuelta para que mi cuerpo se deslice por él hasta quedarme sentada; se coloca, entonces, frente a mí con sus piernas abiertas, mientras su mano toma su sexo acariciándolo con rapidez. Sin apenas aliento, intento devolverle el favor, pero él me empuja y, al segundo, su semen cae sobre mis pechos.

Uno de sus dedos toma un poco de su orgasmo y lo lleva hasta mi boca. Lo lamo, lo chupo mientras nuestros ojos se miran.

Termina sentando frente a mí, nos miramos, ahora mucho más calmados, sin decirnos nada.

Él creía que esto haría que nuestra necesidad del otro desapareciese y, por el contrario, ahora yo solo pienso en una cosa: quiero volver a hacerlo, quiero volver a hacerlo con él. Lo beso, lo hago con los ojos cerrados y con el alma abierta, porque es en los minutos después del sexo cuando nos volvemos más

vulnerables.

Álex me devuelve el beso y tomamos aire para una segunda ronda.

Capítulo 41

Estoy tumbada en mi cama, odiándome una vez más.

Nunca tendría que haberme acostado con él. No se debe nunca cometer el error de tener un gran polvo, el mejor de todos, con un hombre que no quiere saber nada de ti. Sí, es cierto, al menos he tenido un gran polvo, al menos me llevo algo, pero no compensa. Al final, una termina siempre sintiéndose desdichada.

De todas formas, no puedo decir otra cosa: lo he disfrutado como ser libre y me lo he pasado genial. He descubierto la cantidad de posturas que se pueden practicar en ese hermoso sillón, sin embargo, ahora, cuando el calentón ha desaparecido de mi cuerpo, aunque no de mi mente, pienso que sería mucho más feliz si nada hubiera pasado y no hubiera experimentado la gran conexión que hay entre los dos. Antes, por lo menos, pensaba que nada funcionaría entre nosotros, me sentía atraída por él, pero asumía que no podía haber nada; ahora, sin embargo, la situación es diferente, ahora sé que conectamos y, por tanto, quiero más, lo quiero todo. Quiero que funcionemos, aunque no creo que funcionemos como pareja, es imposible. Nunca se puede estar bien con gente tan sumamente imbécil como él, pero Álex no es solo imbécil, hay otra parte de él que no lo es y que aparece cuando deja ver su carácter amable, mostrando que, más allá de su mundo de sexo, hay algo más, y yo quiero ese algo más. Después de todo lo que hemos pasado, no puedo deseárselo; nuestra historia está ya escrita desde hace tiempo: somos seres sexuales incompatibles.

Me obligo a levantarme, porque filosofar en la cama sobre el bien y el mal no me da de comer. Voy hasta el cuarto de baño y decido que el sexo sienta bien

para el cutis, así que opto por no maquillarme y realzar la llamada belleza natural.

Una coleta alta, un mono negro de tirantes y unas sandalias son mi atuendo para hoy. Cojo mi maletín, ese que tanto odié por lo que me hizo pasar, y me dirijo al trabajo.

Encima de mi mesa hay un ramo de flores.

Hacerme ilusiones mentalmente está bien, pero verlas materializadas en forma de ramo de flores sobre mi mesa me da miedo. Hay una tarjeta que acompaña a las flores, le tengo pánico, la miro desde la distancia.

«¿A cuánto está la puja para cenar juntos?»

Sonrío, pero no tardo en borrar la sonrisa de mi rostro, ¿qué me quiere decir con esto? ¿Acaso me está tomando por una *escort* más? Puede que sea un intento de tener un gesto bonito conmigo, pero no pienso caer en sus redes de seducción. No, lo tengo claro.

Cojo mi teléfono móvil y le escribo un mensaje.

«Siento comunicarte que no estoy en venta. Sigue buscando».

Me siento realizada cuando le doy el botón de enviar; se me hincha el pecho, pero es todo pose, porque, en realidad, lo único que quiero es que me ruegue para quedar luego, a modo de venganza por todos estos días en que me ha rechazado.

«Buena observación. Ven gratis a cenar conmigo».

Niego con la cabeza y me pongo en faena. Los mensajes continúan llegando a mi móvil y viceversa. Ambos entablamos un tira y afloja que no sé a dónde nos va a llevar.

La hora de la salida llega, y yo, como siempre, me quedo un poquito más. Al salir, la brisa veraniega acaricia mi rostro, está oscuro y, mientras trato de buscar las llaves en mi bolso, lo veo allí plantado con una camiseta básica negra y unos vaqueros.

Álex ha venido a buscarme, no me lo puedo creer. Intento esconder mi cara de sorpresa y mostrar, ante él, mi completa indiferencia.

—No sé qué haces aquí. No pueden venirme a buscarme al trabajo, da mala impresión, me lo enseñó mi antiguo jefe. ¿Lo conoces? Un poco estúpido, él.

Álex sonríe ante mi insulto.

—Creo que tu antiguo jefe se refería a lo de morrearse como quinceañeros, cosa que no he hecho todavía, pero, si quieres, mi lengua está disponible.

—Tu lengua la quiero en... —contesto, pero, afortunadamente, me callo a

tiempo.

—¿Dónde? Es una información que me interesa —comenta él, sonriendo como si la vida no fuese complicada.

Lo ignoro. Camino hasta mi coche, pero él me sigue como si fuera un acosador. Como veo que no va a detenerse, lo hago yo, en seco. Apenas hay distancia entre nosotros, su aliento llega hasta mi oído, dejando que mi cuerpo lo inhale otra vez más, pero soy fuerte o, al menos, eso me digo.

—Mira, no sé qué mosca te ha picado. No sé si te has caído y te has dado un golpe en la cabeza o si tienes algún tipo de apuesta donde el premio es ir a cenar con la empleada despedida o, a lo mejor, simplemente es tu ego, que quiere conseguirme para después mandarme a paseo, no lo sé, pero no estoy interesada.

Su ceño se frunce como si fuera una pasa.

—¿Sabes?, son peores las películas que se monta tu cabeza que la realidad. El otro día me lo pasé bien, hace tiempo que estoy luchando por sentir algo por alguien como tú, no te ofendas, pero eres una tía difícil. No sabes lo que quieres.

Suelto una carcajada, está chistoso hoy.

—¿Yo soy la que no sé qué quiere? ¡Venga ya! Y tú, ¿sabes lo que quieres, Don Perfecto?

—Sí.

—¿El qué?

—Quiero ir a cenar contigo.

Me llevo las manos a la cabeza, me saca de quicio con solo respirar.

—No vas a parar hasta que vayamos a cenar, ¿verdad?

El asiente, orgulloso de sí mismo.

Y la chica fuerte que hay en mí cree que lo mejor será cenar con él y que, luego, se olvide de todo. La chica fuerte cree que esto no le va a afectar, que tan solo cenará gratis, porque, evidentemente, pagará él como compensación a su injusto despido. Una cena no hará daño a nadie o, al menos, me engaño con esta idea.

—Está bien, pero pienso llevar bragas.

Una pareja que pasea por la acera de enfrente me mira y se ríe. Viva el ridículo y viva yo. Álex sonrío orgulloso de sí mismo, mientras pongo cara de pocos amigos, aunque la comisura de mis labios tienda a ir hacia arriba, revelando una pequeña sonrisa.

Capítulo 42

Y aquí estoy. Sentada en el Tropical en mi sofá preferido y especialmente blandito y, frente a mí, como es ya costumbre, una copa con cubitos de hielo flotando. Como soy algo más madura que en la primera ocasión, al menos esto es lo que quiero pensar, he pedido una tónica, aunque, en realidad, más que mostrarme madura, parece que esté siguiendo un plan de desintoxicación para dejar de beber.

Álex llega con unos minutos de retraso. En cualquier otra ocasión me habría molestado, pero esta vez no. Verlo llegar vestido con una camisa blanca y unos vaqueros oscuros de esos que le marcan todos los músculos del cuerpo, absolutamente todos, me hace estar de mejor humor.

—Buenas noches, nena —saluda y termina la frase con una sonrisa traviesa. Sus ojos se ven mucho más brillantes con las luces de este local. Se sienta frente a mí colocando su mano encima de la mesa, no es un gesto casual, quiere que yo le ofrezca mi mano, y lo hago. Coloco mi mano sobre la suya y el roce de nuestras pieles me excita.

Dejo apoyada mi mano sobre la suya, sin moverla, abrazando todas las sensaciones que nuestro contacto me suscita.

—Dime a qué estás jugando. Ya me has tenido. Ya nos hemos acostado, ya has ganado.

—¿Yo? —pregunta Álex, sonriendo a la vez que hace un gesto a la camarera para que le traiga una copa—, pensaba que eras tú la que quería follar. ¿Por qué se supone que gano yo?

—*Touché* —le contesto, acordándome, una vez más, de nuestro primer

encuentro—. Esto está claro. Yo, sin embargo, he cedido algo y tú me has destrozado el corazón.

Por una vez, he sido sincera sin alcohol de por medio. Consigo sincerarme porque hoy no quiero ser cobarde, quiero afrontar la situación de forma madura y puede que dolorosa.

—No he venido a destrozarte nada más que no sean tus bragas.

—¿Perdona?

—Eso te pasa por ponértelas.

Suelto una carcajada ante su comentario. Hoy está diferente; con sus facciones tan masculinas, no duda en ponerse en una postura despreocupada y gamberra que me provoca algo de risa.

—Te estoy hablando en serio —le digo intentando no reírme.

—Y yo, vayamos a cenar, yo invito.

—Has sido un capullo, lo sabes, ¿verdad?

—Déjame arreglarlo. Ese era otro Álex, uno que solo estaba jugando; déjame que te presente quien soy. Hace mucho tiempo que no me sentía tan yo como ahora; siento que he vuelto a reencontrarme conmigo mismo. Hace unos meses sentía mi corazón frío, que no estaba dispuesto a involucrarse con nada ni nadie, pero ahora, está aquí —dice al tiempo que toma mi mano y se la acerca hasta el pecho—, y tú también estás. Creo que nos merecemos una oportunidad, ¿no?

Intenté hacerme la fuerte después de la cena, borrando su número y su imagen de mi mente, comiendo helado e imaginando un mundo feliz donde él no estuviera; sin embargo, Álex no me ponía las cosas fáciles.

Con cada uno de sus mensajes de buenos días, mi estómago daba un vuelco. La mayoría de ellos eran calientes, no hay que engañarse, pero, en ocasiones, dejaba ver la otra cara de Álex, esa que parecía haber tenido dormida. Sin embargo, no podía olvidarme de que también tenía otro mundo que me impedía estar junto a él. Tenía miedo, mucho miedo, de que la oscuridad y el frío volvieran a aposentarse en su corazón y, en consecuencia, acabar destrozada por él. Es verdad que cualquiera puede hacerte daño, ya sea guapo o feo, y es verdad que hay momentos en que es necesario arriesgar e intentar ser feliz.

Estoy en casa, ha pasado un mes desde aquella noche en la que ambos

caímos en las redes del sexo con la excusa de que era lo que nuestros cuerpos necesitaban y, desde entonces, hemos follado en diversas ocasiones. Una vez, incluso, lo hicimos en su despacho, con completa desfachatez, bajando las persianas para no ser vistos y, luego, volviéndolas a subir como si nada hubiera pasado. Me dio bastante apuro de que todas supieran lo que íbamos a hacer, pero el morbo es adictivo y no te hace pensar.

Suena el timbre.

¿Quién será? Álex no está, hoy tiene una de sus reuniones sobre las que es mejor no preguntar. ¿Será alguna donde tiene que acostarse con otras? No quiero pensar, no estamos en ese punto, seguimos siendo libres. Es un repartidor, pero no sé qué puede traer, pues no recuerdo que haya nada pendiente, aunque también es cierto que Félix siempre me sorprende. Espero en la puerta a que los repartidores suban, los veo salir del ascensor con un paquete enorme. No puedo adivinar qué es lo que traen.

—Lo siento, ha debido de haber un error —les digo nada más verlos llegar con una caja que parece contener una nevera o un electrodoméstico similar.

—¿Eres Claudia? —pregunta el tipo de la gorra. Asiento, y él hace una señal al otro para que entre el paquete dentro de mi piso.

Firmo el papel que me entrega y cierro la puerta. Miro el paquete, que viene acompañado de una carta. Abro el sobre, mejor dicho, lo destrozo y es que nunca he sabido abrir sobres sin romperlos. Contiene una nota.

«Porque sé que lo echas de menos. Lo estrenamos en breve».

Cojo un cuchillo y abro la caja con toda la rapidez que mi destreza me permite. Y allí dentro, entre bolas de poliespan hay un sillón tántrico. ¡No me lo puedo creer!

Me río, querría incluso aplaudir de la alegría, pero no puedo dejar de dar vueltas por mi piso tratando de encontrar un lugar dónde ponerlo. Con dificultad, consigo a sacarlo de la caja, que destrozo completamente. Lo dejo en el centro del comedor, no sé dónde ponerlo.

Paso la mano por encima del cuero, y los recuerdos de aquella noche me azotan. Me siento en él y decido hacer una locura: desnudarme por completo, sentarme en el sillón, coger mi móvil y tratar de hacerme una foto con temporizador. Es complicado, no consigo que funcione y, cuando estoy a punto de tirar la toalla, encuentro el sitio adecuado donde apoyar el móvil y, aprovechando bien el tiempo, logro que la fotografía no salga movida. Decido enviársela a Álex, no sin antes tapar mis partes con dibujos de conchas y

caracolas.

«Aquí te espero».

Su respuesta no tarda en llegar. Es una foto de su pantalón con un bulto bastante sugerente.

«Así me tienes».

A las tres de la mañana suena el timbre, pero me quedo en la cama unos segundos, estoy convencida de que, sin duda, ha sido producto de mi imaginación, pero el timbre suena de nuevo.

Me levanto con los ojos medio pegados. Cojo el matamoscas en espray, por si tengo que fastidiarle los ojos a alguien, y me pego a la puerta.

—¿Quién es? —pregunto, deseando con todas mis fuerzas que no sea un ladrón.

—El lobo —contesta Álex.

¿Qué hace aquí?

Abro la puerta, y él entra con energía; con una ligera patada cierra la puerta y tira de mí para llevarme hasta el sillón que ocupa la mitad de mi salón.

—Te sobra la ropa —me dice con tono ronco en mi oído.

Me quita el matamoscas de la mano, lo mira encogiéndose de hombros y lo lanza por algún lugar de mi casa. Sus manos cogen mis pechos antes de llevárselos a la boca, me muerde con ganas.

—¿No tenías una reunión?

—Sí, ya he vuelto. Tú y tus fotos calientes me han hecho que tenga prisa por volver —comenta al tiempo que se quita la ropa—. ¿Has mirado el manual de uso? Porque pienso hacer cada una de las posturas.

Se tumba en el sillón mientras se acaricia el sexo con suavidad.

—Necesitamos una lengua por aquí.

Me arrodillo frente a él. No me puedo creer que viniese a las tres de la mañana a mi casa.

Lamo su sexo lentamente.

Sus ojos buscan los míos.

—¿Qué me estás haciendo? —me pregunta con un tono que no sé describir.

—Chuparte —contesto mientras sigo deleitándome.

—No me refiero a eso. Mi necesidad de ti va en aumento, se suponía que me tenía que cansar, pero te has metido en mi cabeza, en mi cuerpo. Vaya donde vaya, hablo de ti y esto es nuevo para mí, nunca me había pasado.

Siento como mi pecho se precipita, como mi corazón palpita de forma distinta al escuchar sus palabras, como una pequeña ilusión se aposenta en mí. Por mucho que me engañe, como hacen muchas mujeres, diciendo que solo quiero sexo, sin ningún tipo de atadura, en realidad, anhelo, todas anhelamos, el amor. En realidad, todas buscamos sexo con amor, no pedimos tanto.

—¿Y qué hay de tus otros mundos? —pregunto, mientras dejo que mi mano lo acaricie, aunque puede que no sea el momento más adecuado para hablar de esto, estando los dos desnudos y excitados en un sofá erótico, pero las cosas en nuestra vida nunca han sido normales.

—Siempre podemos descubrirlos juntos —comenta él, y no me deja decir nada más. Coge mi cabeza y mete su sexo en mi boca, sus caderas se mueven mientras yo lo saboreo.

Me levanto y me coloco encima de él.

—¿Juntos?

Álex entra en mí y un gemido se escapa de mi garganta. Él asiente lamiéndome el cuello. Su boca se acerca a mi oreja mientras nuestros sexos se dan placer mutuo.

—No puedo decir que será fácil, pero, nena, el camino se hace caminando.

Epílogo

—¿Estás preparada? —me pregunta Álex sin apenas mover los labios.

Asiento, no lo miro, no necesito hacerlo para saber que está espléndido con su mejor traje y con la corbata de color rojo que yo misma le he colocado antes de salir de casa.

La puerta se abre y un chico joven que no había visto antes saluda a Álex haciéndome caso omiso. Los dos caminamos al son de mis tacones. El eco de la sala anuncia que aquel lugar está demasiado vacío. Una lámpara de cristal enorme cuelga del techo.

El Señor Ladillas aparece, siento su mirada en mí. Sus ojos me desnudan lentamente y yo disfruto de ello. Siento un extraño placer, mezclado con altas dosis de orgullo. Sé que Álex está a mi lado, con el pecho hinchado, confiando ciegamente en mí, sabiendo que yo soy suya, solo suya, y que él es mío. Nos pertenecemos el uno al otro, fuera de las normas y las lógicas que una pareja convencional pueda comprender. Puede que algunos no comprendan este tipo de juegos, lo entiendo, porque yo tampoco lo entendía, pensaba que era una locura propia de hombres con gustos bastante primitivos, pero las parejas se aceptan tal y como son; lo importante es que ambos jugamos con nuestras reglas. Él manda en este juego, y yo mando en casa; este es un juego de una hora o dos y después somos personas normales, con sus rutinas, con su casa, somos una familia.

Yo continúo con mi ritual de ponerle voces a todos aquellos hombres de negocios y sigo odiando a todas esas jovencitas que miran a mi hombre como si pudieran tenerlo, pero ahora es un odio distinto. Sé que solo se trata de un juego y que tengo las de ganar; cuando estás llena de confianza, puedes disfrutar

de estas situaciones, porque el sexo está repleto de mundos distintos que, si las dos personas disfrutan juntas, pueden ser maravillosos.

—¿Qué te has creído? —me pregunta Álex así, de golpe, con tono autoritario mientras me toma del brazo.

Me coge fuera de juego, ¿qué he hecho mal?

Lo miro y noto su mirada lujuriosa.

—¿Qué? —contesto sin alzar mucho el tono.

—Eres mía —dice con la boca llena—. ¿Tengo que recordártelo?

La gente nos mira mientras él me saca de la sala tomándome del brazo. En el pasillo su lengua entra en mi boca con pura necesidad.

—He visto una habitación de castigos que te va a encantar.

Sonrío.

Espero que tenga espejos, muchos espejos.

Agradecimientos

Gracias a ti, sí, a ti, al que tienes este libro entre tus manos, gracias por llegar hasta aquí. Tengo muchas cosas que agradecer a los lectores de tiempos difíciles, a los nuevos y a los de siempre. GRACIAS.

Gracias a todas las personas que me escribís por redes sociales, vuestro cariño es infinito. Gracias a Sara y Paloma por toda la ayuda prestada, tengo mucho que aprender todavía, pero confío en que lo haré.

Gracias a mis lectoras cero, esas que molesto de vez en cuando, sois lo más. Y sobre todo gracias a mi editora, sé que en ocasiones puedo llegar a ser muy pesada. Gracias por esta gran oportunidad.

Gracias a mis amigas, esas que he encontrado en este gran mundo de las letras. Quizás no nos vemos todo lo que nos gustaría, pero me muero de ganas por juntarnos de nuevo por aquellos jardines del Retiro.

Mil gracias a mi pareja por entender mi locura y aguantar mi mente llena de historias, gracias por aportar tu punto de vista a todo lo que me ronda. ¿Puedes escuchar las gallinas? Gracias a Liam por aporrear las teclas cuando escribo, no sería igual sin ti.

En definitiva. **GRACIAS** en mayúsculas, negrita y purpurina.

Sobre la autora



Liah S. Queipo es escorpio, adicta a la Coca-Cola y a las series molonas, además de cabezota, sincera y soñadora. Desde pequeña demostró un gran interés por la lectura (de hecho, su primera «novela» fue un diario personal que compartía con sus amigas del colegio todas las semanas) y, pronto, decidió hacer su sueño realidad: escribir y publicar novelas románticas.

Actualmente compagina su trabajo, con la escritura de sus divertidas y adictivas novelas. En su tiempo libre le encanta escuchar música, bailar y jugar con su hijo Liam.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.




BRITTAINY C. CHERRY



EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna

9788416223473

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librerios italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

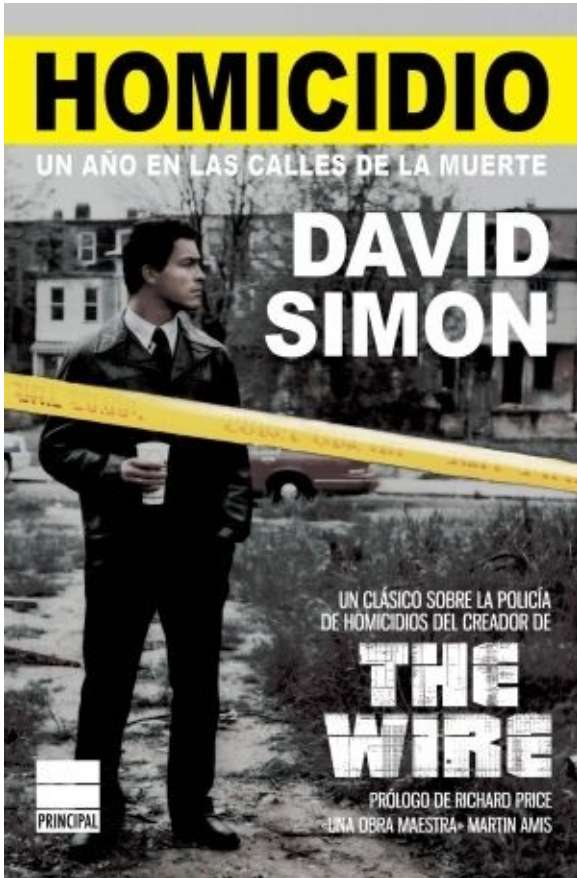
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



SERIE LOS CHICOS 3

CHIC 

El chico de mi vida

Aston, Jana

9788417333072

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toc, toc. ¿Quién es? El chico de tu vida. Chloe tiene veintidós años, es profesora y muy tímida. Cuando se pone nerviosa con un chico, cuenta chistes malos. Compulsivamente. Boyd trabaja para el FBI y necesita que una chica se haga pasar por su novia en una boda. ¿Convencerá a la joven e inocente Chloe para que sea su cita y pasen un fin de semana juntos?" Jana Aston no deja de sorprenderme con las historias de amor más ingeniosas e inesperadas. Estoy asombrada." Audrey Carlan, autora de Calendar Girl "Menudo final tan dulce y divertido para esta serie. Jana Aston es la nueva reina de la comedia romántica." After Dark Book Lovers "Lo terminé de una sentada. Me he enamorado de la pareja que forman Chloe y Boyd." Racy Lit Reader "Me encanta la química entre Chloe y Boyd. ¡Jana Aston ha vuelto a hacerlo!" In Lust With Books

[Cómpralo y empieza a leer](#)